
LO QUIERO TODO CONTIGO
ARIADNA BAKER

LO QUIERO TODO CONTIGO

ARIADNA BAKER

Primera edición.

Lo quiero todo contigo

©Ariadna Baker.

©marzo, 2025

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo
RRSS

Capítulo 1



Paulina

Acababa de arreglar el vestidor con el que tantas veces había soñado. Ahora lucía en un orden que me transmitía mucha serenidad.

Escuchaba música y los pies se me iban. El ritmo era calmado, acorde con el momento que estaba viviendo. Me sentía relajada, todo en el ambiente invitaba a ello.

Estaba a punto de prepararme un café y disfrutar de él tranquilamente, cuando me entró una llamada de Guillermo que no esperaba, pero que debía ser importante porque él no solía llamarme a deshoras.

—Guillermo, dime —respondí al descolgar.

—Paulina, hola —saludó con su tono habitual, un tanto serio, pero cálido al mismo tiempo—. ¿Cómo va todo?

—Terminando con la mudanza, por fin —sonreí, porque él sabía que estaba metida de lleno en este asunto, al igual que todos.

—Me alegro, y espero que no estés tan ocupada como para que te olvides de mí, y de la exclusiva que lanzamos mañana —dijo, y me reí levemente, porque no era la primera vez que me llamaba por algo así.

—No, tranquilo, lo tengo todo bajo control, Guillermo. Aunque debo admitir que la mudanza ha sido más absorbente de lo que esperaba, pero, claro, todo tiene su tiempo. En cuanto a la exclusiva, ¿qué necesitas exactamente? Vi tu mensaje de ayer, pero cuando iba a contestar, ya era tarde —suspiré.

—El tema de Luca, ya sabes… la historia está bastante explotada, pero lo que quiero no es solo una recapitulación de los hechos. Es más que eso. Necesito algo que haga que la gente quiera saber más, pero que no caiga en lo típico. Es… complicado, ¿verdad? —dijo, y podía notar que estaba pensando en algo según hablaba.

—Sí, entiendo lo que dices —me senté en el suelo y comencé a pensar rápidamente algunas ideas—. Creo que lo que podría hacer es centrarme en algo menos obvio, quizás enfocarme en los rumores sobre su relación, pero dándole un giro. ¿Qué te parece si planteamos una teoría algo arriesgada, algo que la gente no se espera?

—¿Qué tipo de teoría?

—Bueno, ¿y si lo que realmente hay entre Luca y la cantante no es exactamente lo que nos están vendiendo? —contesté, recordando algunos de esos rumores de los que se hablaban en estos últimos días— Podríamos sugerir que su relación está más influenciada por las marcas y los publicistas que por el amor verdadero. Algo que lo haga parecer más una estrategia de *marketing* que un romance genuino. De esa manera, podemos mantener la intriga, pero también darles algo que los haga pensar. Si le damos un enfoque fresco, con base en lo que las redes y los programas del corazón han estado insinuando, creo que tendríamos un buen artículo. Es decir, ¿es amor o mero interés comercial? No sé si me explico.

—Te explicas perfectamente, y el enfoque me gusta. Es más, suena mucho más interesante que todo lo que ya se ha dicho. Todo el mundo habla de que fue un flechazo, que uno de los temas de ella podría estar inspirado en él, pero yo quiero algo que dé que hablar de verdad, algo que podría pensar cualquiera.

—Está claro que no serían la primera pareja que comienza todo como una estrategia de *marketing* para promocionar; en el cine ha pasado muchas veces.

—Cierto, y algunas de ellas fueron muy sonadas. Pero, ¿crees que las fuentes serán suficientes como para darles credibilidad a los rumores? No quiero que nos metamos en problemas legales.

—Lo puedo enfocar de manera que no estemos afirmando nada, solo planteando una posibilidad, una teoría que ha ido yendo de boca en boca en los círculos de la prensa. Claro, siempre con las fuentes bien cuidadas. No quiero arriesgarme a algo que pueda terminar mal, ya me conoces. Pero podemos dejar claro que son solo suposiciones y rumores. Algo así como: *"Fuentes cercanas a Luca"* o *"Según lo que se dice en los pasillos de la industria del entretenimiento…"*. Podemos jugar con eso sin comprometernos.

Guillermo me escuchaba atento, siempre lo hacía y me daba vía libre para escribir cada exclusiva como quisiera.

—Perfecto. Me gusta mucho, Paulina. Es audaz, pero tiene ese toque intrigante que tanto me gusta. El titular tiene que ser de esos que te atrapan al instante. Quiero que la gente se quede con esa duda de si es amor o puro marketing.

—Está claro que puede ser amor, y hacen una bonita pareja, pero ¿no hace poco más de dos meses que él rompió con esa modelo a la que pillaron siéndole infiel?

—Exacto, y de ahí las dudas de si es real o solo algo pactado. Es una visión diferente a lo que todos hablan, y esos rumores están ahí. Quiero darles a los lectores eso que piden, cotilleos jugosos, nada de darles la misma historia de la que todos hablan.

—Perfecto, pues contrasto algunas cositas y en cuanto lo tenga, te lo mando.

—Bien, entonces no te entretengo más. Vamos hablando, Paulina.

—Adiós, Guillermo.

Sonreí al cortar la llamada pensando que ya tenía tarea para pasar el día, y aún sentada en el suelo, eché un vistazo a mi alrededor, observando el vestidor y lo bien que me había quedado, y llegué a la conclusión de que debía dar saltos de alegría: no todos los días se cumple un objetivo. Y yo no solo lo veía cumplido, sino que superaba todas mis expectativas.

Pensando en las posibilidades del que era mi nuevo hogar, sentía que tuve la suerte de contar con una habitación de más, que aproveché bastante bien, ya que quedaba otra de invitados.

Justo al fondo de la pared del vestidor había dos puertas de cristal con su marco de aluminio blanco que daban a un balcón por el que entraba mucha luminosidad.

Me encantaba eso porque había elegido cuidadosamente la orientación. Soy de las que necesita luz para vivir; me da alegría, me carga las pilas.

A un lado de las puertas estaba la mesa de tocador con varias repisas y cajones para todas mis cremas, maquillajes y perfumes. Tenía debilidad por los productos del cuidado de cara y cuerpo; todos esos botecitos me volvían loca. Siempre estaba pensando en cuántos más podía añadir a mi repertorio, ya que, si por mí fuese, me los compraba todos.

A ambos lados del vestidor tenía todos los modulares que servían de percheros y estanterías, valiendo así para colocar la ropa doblada y colgada; tampoco le faltaban sus cajoneras.

Había colocado todo por colores y temporadas. Así lo tendría más a mano cuando lo necesitara y elegiría con más facilidad mis *outfits*. Odiaba las prisas de última hora, ya que era de elegir mis prendas con tiempo. Y si hacía falta probar una y otra vez distintos modelitos hasta dar con el adecuado para cada ocasión, lo hacía. Estaba de lo más emocionada con el resultado y no podía dejar de observar cada detalle.

Me miré en ese espejo en el que ya me imaginaba arreglándome a diario. Mi melena rubia, que siempre llevaba perfectamente planchada, me caía hasta media espalda. Soy alta, paso de sobra el metro setenta y he tenido mucha suerte con mi genética porque puedo comer lo que quiera sin apenas engordar, de ahí que sea también estilizada.

Mi piel clara contrastaba con mis grandes ojos azules, que solían llamar bastante la atención. Siempre me han dicho que desprenden un vivo muy especial y que hablo mucho con ellos, por lo que a veces me sobraban las palabras.

Aquel rincón me había quedado de lo más coqueto y eso me llenaba de satisfacción porque me esmeré mucho para que diera esa sensación.

El resto de la casa llevaba amueblada dos semanas. Tanto paredes como muebles eran de

color blanco, algo que tenía claro desde el principio.

Me gustan los espacios minimalistas, en absoluto recargados, y en los que no encuentres obstáculos a tu paso. En cuanto a los colores claros, también encuentro en ellos la calma. Tan solo unos toques en tonos pastel en los complementos y listo. Nada de colores estridentes de esos que cansan a los dos días y te ponen como una moto.

En cuanto al suelo, era de tarima. Cuando me dieron la memoria de calidades, figuraba otro. Y eso lo negocié porque no entraba en mis esquemas un suelo frío. La madera siempre me ha transmitido mucha calidez, y la posibilidad de pisar directamente sobre ella me producía un placer irresistible al que no estaba dispuesta a renunciar.

El punto natural que contrastaba con el mobiliario lo ponían las plantas. Elegí algunas que situé estratégicamente, más que nada en el recibidor y en el salón. Me habían quedado muy cuquis y el efecto era muy de mi gusto también.

Contaba con un jardín rectangular, bastante aprovechable, por cierto, y con un amplio porche que cogía todo el frontal de la casa y en el que, en el lado izquierdo mirando de frente, tenía una mesa de madera que era mejor no moverla, puesto que pesaba muchísimo. De la misma colección había un sillón de dos plazas y dos amplios sillones individuales a cada lado de la mesa. El conjunto era en blanco y resaltaba con el contraste de los cojines en colores rojos.

Tenía claro que aquella zona la disfrutaría muchísimo y ya me visualizaba trabajando allí, por eso elegí un mobiliario tan bonito como cómodo, pues no iba a ser de adorno precisamente.

Conforme entrabas en la casa, te lo encontrabas todo diáfano, quedando el salón a un lado y la cocina al otro, separándolos la barra de la encimera.

El salón era muy amplio, a doble altura, con zona de comedor incorporada. En ella dispuse un conjunto de mesa de cristal con seis sillas. El cristal era otro elemento que me gustaba porque resultaba ligero a la vista, dando la sensación de que no pesaba.

En cuanto a la cocina, era muy completa y no le faltaba un detalle. Decorada en tonos neutros, contaba con los electrodomésticos integrados y un montón de pijaditas colocadas encima de la encimera. Entre ellas, una cafetera que era una monería, como las de los bares, pero en miniatura. Me había costado una pasta, pero cuando la vi, supe que debía darme ese capricho.

Al fondo estaban la escalera a la izquierda y un cuarto de baño a la derecha que era independiente.

La sensación de amplitud era grande y eso me encantaba. Me ahogaba en los espacios pequeños, así que no me cansaba de mirar a un lado y a otro.

La planta superior contaba con el dormitorio de invitados, que tenía su propio baño, al igual que el mío, además del vestidor, que era otra habitación que había transformado para ese uso.

Mi cama era otro capricho que me había dado. Me refiero a su tamaño, de esas llamadas *king*

size, enorme, como la de los hoteles de lujo. El colchón era muy alto y mullido. De veras que me tumbaba en él y no daban ganas de levantarse. Para mí, que corría el riesgo de que se me pegaran las sábanas por la mañana. No podía resultarme más agradable y acogedora.

El descanso era fundamental, así que fue otro de los elementos que elegí a conciencia. Cuando se trataba de la casa en la que vas a vivir, es mejor no dejar nada al azar. Al menos, eso pienso yo.

Estaba de lo más feliz, ya que era todo lo que siempre había soñado. Desde el vestidor hasta la cocina, pasando por el resto de las habitaciones, todo había sido diseñado justo como deseaba y los ojos se me iban; no me cansaba de mirarlo todo.

Mi unifamiliar era una de las cincuenta que se habían construido de manera residencial y que habían sido entregadas todas a la vez. El caso es que yo contaba con la mía y dos más que ya tenía alquiladas, todo fruto de que tres años atrás falleció mi madre y heredé estos terrenos, por los que no tardaron en ofrecerme doscientos mil euros y tres unifamiliares de las que iban a construir, que eran de calidades de lujo.

Las cuentas las eché bien rápido porque no tuve duda en ningún momento de que debía aceptar la oferta, sí o sí.

Cuando esto sucedió, yo no tenía relación con mi madre de ningún tipo, pero como hija única tenía derecho a adjudicarme la herencia y no regalársela al Estado. Lo vi como una recompensa a lo mal que me lo había hecho pasar.

Puede sonar un poco frío, lo sé, soy consciente de ello, pero, cuando os haga un resumen de mi historia, me iréis comprendiendo un poco mejor.

Capítulo 2



Paulina

Tenía diecisiete años cuando mi madre conoció a un hombre del que se enamoró perdidamente, momento en el que me di cuenta de que comencé a sobrarle, aunque la realidad es que para ella siempre había sido una carga.

La verdad, no tengo ningún recuerdo de ella que me emocione, sino todo lo contrario. Nunca fue cariñosa, todo lo relacionado conmigo lo hacía con desgana y, en cuanto me fui haciendo mayor, no solo me trataba con la punta del pie, sino que casi pretendía que actuase con ella como si yo fuera su sirvienta.

No obstante, conocer a ese hombre ya fue el colmo. Imaginé que el final de nuestra relación estaba cerca porque no hacía más que tirar de la cuerda, una y otra vez, con toda la mala leche que acumulaba su cuerpo. Pero no me imaginé lo pronto que se desharía de mí.

El día que cumplí los dieciocho años, su regalo fue la advertencia de que debía abandonar la casa, ya que su pareja venía a vivir con ella. Aquellas palabras me causaron un daño tan grande que aún me dolían diez años después.

A cualquier persona que dé a luz la llaman madre, cuando esa es una palabra muy grande que debería reservarse para quien realmente la merezca, porque esa mujer ni era madre, ni era nada.

Recogí mis cosas con una pena infinita. Tampoco es que tuviera muchas porque ella se limitó a comprarme siempre lo mínimo imprescindible. Su hija estaba de más para aquella egoísta. Yo no era más que una cría que nunca recibió afecto por su parte. No se dignó siquiera a aparecer por mi dormitorio en el momento que salí de él, sino que se limitó a hacerse la tonta y a meterse en la ducha. Cuando me fui, ya no estaba. Era justo lo que quería, así que me la imaginé encantada de la vida.

De un portazo, dije adiós a la que había sido mi vida en ese momento, con el alma rota y la mayor de las decepciones en mi corazón, ese que ella había demostrado no tener.

Entonces, me fui a vivir con mi abuela paterna, ella tenía su casa en el centro de la ciudad y me acogió con los brazos abiertos. Por suerte, pude contar con ella, porque de otro modo no sé

qué hubiera sido de mí, con lo joven e inexperta que era en aquel entonces.

A ella, le debía muchísimo. Lo más fuerte es que hasta ese momento siempre había tenido que venir a visitarla a escondidas porque si mi madre se enteraba, enfurecía. Esa mujer no quería a nadie, bien que lo había demostrado.

Mi padre falleció cuando yo tenía diez años, momento en que mi madre dejó de hablarle a toda mi familia paterna sin razón alguna. Ella era así, absolutamente maniática y altiva. Miraba a todo el mundo por encima del hombro y nadie hacía jamás las cosas bien bajo su criterio, solo ella. Menuda ironía.

Gracias a mi abuela María, pude comenzar la carrera de periodismo. Era una buena estudiante, por lo que con veintitrés años ya la tenía acabada.

Mis años de universidad fueron muy bonitos, los primeros en los que me sentí feliz, ya que la vida junto a mi madre, me había resultado un tormento.

Aún hoy recuerdo la sensación de volver de clase y contarle a mi abuela cómo me había ido la mañana, mientras ella me ponía el almuerzo en la mesa y lo complementaba con la mejor de sus sonrisas.

El día que me gradué, se lo dediqué a ella. Cómo lloraba de emoción. Decía que lo habíamos conseguido y no le faltaba razón, porque fuimos un equipo. Sin su ayuda, nunca hubiera llegado a ser lo que soy.

Comencé a trabajar para un periódico digital y fui consiguiendo más contratos para columnas de revistas y medios de entretenimiento.

Vivía feliz con mi abuela hasta que falleció dos años atrás, cuando ya tenía negociada la venta de mi herencia por parte de mi madre. Mi tío Luis, hermano de mi difunto padre, me dijo que me quedara en la casa de la abuela hasta que me dieran la mía. Se negaba a que yo alquilara ninguna vivienda. Me quería muchísimo.

Ahora teníamos en venta la casa que nos pertenecía a los dos por partes iguales, ya que la parte de mi padre por sucesión me tocaba a mí y, aunque quise renunciar, mi tío no me lo permitió. Lo había dejado todo en sus manos porque sentía una confianza plena hacia él y sabía que en lo que la vendiera, estaría bien. Como ya decía, por mí, se lo hubiera quedado él, que yo con la de mi madre iba más que servida.

Mi tío Luis estaba casado con Lola y nunca tuvieron hijos. De ahí a que estuvieran conmigo como si fuera el mayor de sus tesoros, cosa que agradecía porque con ellos y mi abuela, pude ver la carencia que tuve en mi casa con mi madre, que me veía como una carga que le dejó mi padre. Era la persona más malvada que había conocido en el mundo.

Mi tío Luis y mi tía Lola, podría decirse que actuaban conmigo como unos padres, así que en ellos veía a esos padres que no había tenido, uno por su fallecimiento y la otra por sus maldades.

Ahora lo tenía todo para vivir cómodamente y poder trabajar para mis páginas de medios informativos que tenía en mis perfiles de las redes y que me funcionaban muy bien; era toda una *influencer*. Hacía muchas colaboraciones con marcas que metía entre publicaciones y que tenían muy buena aceptación.

El remanente de los dos alquileres ya era un gran alivio para vivir de lo más holgada, sin añadir el dinero que tenía en la cuenta que por nada del mundo iba a malgastar. Tenía mi coche pagado y por mis redes me sacaba un muy buen sueldo mensual gracias a esas colaboraciones que no me faltaban.

Realmente, mis páginas eran como una revista de actualidad en la que cada publicación era de algún titular de personajes públicos que yo acompañaba con mi propio artículo. Contaba con un millón y medio de seguidores en Instagram, que se dice pronto.

La vida me sonreía por fin y yo no hacía más que devolverle la sonrisa. Mi trabajo me apasionaba y cuando comenzaba a realizarlo las horas se me pasaban con una rapidez impresionante. Es lo que tiene dedicarte a lo que te apasiona, que ganas dinero sin que te pese en absoluto, sino todo lo contrario.

En una esquina del salón me había hecho mi propio despacho en el que trabajar cómodamente, aparte de que mi porche me sirviera también de oficina. Estaba contenta con todos los detalles de mi nueva casa.

Bajé a la cocina con una gran sensación de por fin tenerlo todo en orden, como a mí me gustaba. Me preparé un sándwich rápido y salí al porche a comerlo mientras hacía una videollamada a mi amiga Susi.

—Pero bueno, ¡qué pinta tiene eso!

—Pues mira, pollo a la plancha, lechuga y mayonesa. Si vienes, te preparo uno.

—Ojalá pudiera —puso los ojos en blanco—. Mi padre se ha ido con mi tío a tomar unas cervezas. También se merece que le dé el aire.

—Claro.

Su madre tenía Alzheimer y era como una niña pequeña a la que había que cuidar. Ella lo llevaba lo mejor que podía, porque en ese sentido no tenía un panorama bonito. Suerte que ella era todo optimismo.

—Pero mañana en la boda de Alma, nos beberemos hasta el agua de los floreros.

—Eso ni lo dudes… Mañana a celebrar y a darlo todo.

—A bailar hasta que nos duelan los pies —rio.

—Yo estoy por llevarme unas zapatillas en el bolso para cuando no pueda más con ellos —

resoplé.

—Nena, que te veo como a Carmen Sevilla, esa vez que dijo tu abuela que la mujer había salido con las pantuflas en pleno directo.

—Mientras no me veas con un par de ovejitas al lado, no vamos mal.

—No, no, las ovejitas no, que vamos a una boda que seguro va a ser de lo más glamurosa.

—Eso ni lo dudes, con lo que es Alma —sonreí.

—Desde luego, con el gusto que tiene para todo, no dudo que esa boda va a ser preciosa, y lo más comentado a lo largo y ancho del país. Seguro que mañana esa chica echa a arder las redes.

Y razón no le faltaba. Alma era una *influencer* muy prestigiosa con la que habíamos hecho alguna colaboración conjunta. Nos llevábamos genial con ella y más de una vez habíamos quedado para comer. Se casaba al día siguiente y nos había invitado a la boda; una ocasión perfecta para disfrutar de un día espectacular.

—Por cierto, me ha quedado una chulada de vestidor. Ya he terminado de colocarlo todo hace un rato. Vas a alucinar cuando lo veas.

—Lo veré mañana cuando vaya a tu casa a arreglarme. Estoy deseando ese ratito en que nos relajemos, poniéndonos monísimas mientras escuchamos música.

—Te va a encantar.

—Lo sé, tienes un gusto muy exquisito.

Susi era mi amiga desde el principio de la universidad que coincidimos en la misma clase y nos hicimos inseparables. Nos apoyamos mucho con los estudios y con todo lo que tenía que ver con nuestras vidas.

Nos encantaba quedar y teníamos gustos muy similares, por lo que con el tiempo seguíamos siendo las mejores amigas. Y debido a lo de su madre, le vendría genial esa celebración que nos llevara a pasar un día impresionante, porque conociendo a Alma, ya nos podíamos imaginar el tipo de boda que sería la suya: una de película.

Susi trabajaba de redactora de titulares para una revista del corazón. Podía independizarse, pero en su cabeza no entraba aún dejar a su padre solo, con el problema que tenía su madre y la atención que requería. También ganaba mucho con las redes.

Mi amiga era todo corazón, una tía estupenda. Me gustaba rodearme de gente que aportara y Susi era de las que te cargaba las pilas. Los amigos son la familia elegida y con ella di en el blanco de la diana. Aunque no la conocía desde niña, para mí era como una hermana; esa persona en la que podía confiar a ciegas.

Al día siguiente pasaríamos un rato estupendo mientras nos arreglábamos juntas. Ya tenía mi vestido preparado, junto con sus complementos. Todo listo para el gran día porque Alma se merecía lo mejor.

Me hacía ilusión que me invitara, igual que a Susi. Esa noche trataría de descansar bien para que mi piel luciera de lo más luminosa. Ya tenía elegido también el maquillaje que llevaría, por descontado. Y ese era el motivo de que pudiera estar allí, tranquilamente, disfrutando de ese merecido relax y de la calma que me proporcionaba saber que, por fin, tenía la casa de mis sueños lista para ser disfrutada.

Pero ahora tocaba trabajar en ese artículo que debía enviarle a Guillermo, así que, con un café y todos mis apuntes sobre Luca Vega y su nuevo amor, me acomodé en mi lugar de trabajo y comencé a revisar esos rumores que estaban en boca de todos y nadie había contado hasta ahora, por lo que, como solía ser habitual en la revista de Guillermo, nosotros seríamos los primeros.

Capítulo 3



Chris

La espera había terminado, los nervios por los preparativos ya no eran nada más que un vago recuerdo en la memoria, y el momento cumbre de un día como el de hoy estaba a punto de suceder.

Ella, preciosa, sonriente y visiblemente emocionada. Y él, podía sentirse afortunado por la hermosa mujer que tenía al lado.

Observé de medio lado cómo mi hermano Alonso entrecerró los ojos cuando Alma, nuestra hermana pequeña, le daba el "sí, quiero" a su ya marido Alex.

Los gestos por parte de ella lo decían todo y la mirada de amor que le dirigió cuando finalmente escuchamos eso de: "puedes besar a la novia". Alma se deshacía, le salía la felicidad por cada uno de los poros de su piel.

Ella era la niña bonita de la familia, la pequeña. Y estaba radiante en el que debía ser su gran día; uno que había planeado durante mucho tiempo con la máxima ilusión.

Se daba por concluida una ceremonia que había sido cuidada al más mínimo detalle para que no faltara emoción y risas a partes iguales.

Justo al salir de la iglesia, muchos de los invitados se acercaron a los novios, tras la típica lluvia de pétalos, para felicitarlos.

Mis padres miraban emocionados a su hija y nos hicieron un gesto para que nos acercáramos. Veíamos a Alma tratando de atender a todo el mundo y no nos entrometimos, porque las felicitaciones le llovían y, entre eso y los nervios propios de la boda, la veíamos desbordada.

De sobra sabía ella que le deseábamos lo mejor y tiempo tendríamos a lo largo del día de felicitarla por lo preciosa que estaba y de gastarle alguna de nuestras bromas, que esas nunca nos faltaban.

—Está de lo más feliz, mi hija está de lo más feliz —murmuraba mi madre, emocionada.

El sacerdote era amigo de la familia y, por tanto, hizo un relato muy emotivo hablando de aquella niña que un día bautizó y que ahora se había convertido en una impresionante mujer, como hizo alguna broma respecto a que todavía estaba a tiempo de huir del novio, algo a lo que Alonso la hubiese animado sin lugar a dudas.

—Por cierto, ¿el cura ha dicho huir del novio? —me preguntó por lo bajo recordando ese momento, algo que sabía que acabaría por mencionar en cuanto pudiera y estuviéramos solos— Qué guasa la del cura, hermano, qué guasa. Qué poco conoce a esa niña que una vez fue. Pero que yo le habría puesto un coche en la puerta esperándola para que huyera, así te lo digo.

—Y no lo dudo, que le tienes tú un cariño a nuestro cuñado… —Volteé los ojos.

—Sí, sí, mucho cariño, como a las picaduras de avispa.

Así era él, para todo tenía una respuesta, irónica en muchos casos, pero la tenía.

Por deseo de mis padres, se había casado por la iglesia, celebrándose en la más emblemática y codiciada de la ciudad. Ellos no concebían para su hija otro tipo de ceremonia y mi hermana estuvo de acuerdo, más que nada porque la boda sería de lo más vistosa, con una cantidad de flores y un coro musical que a todo el mundo dejó embelesado, dándole un toque de lo más exclusivo.

Nos habíamos criado bajo la fe cristiana, si bien es cierto, hoy en día tanto mi hermano Alonso, como yo, éramos de lo más escépticos. En cuanto a Alma, a ella le daba un poco más igual, por lo que no tuvo reparo alguno.

El evento se iba a celebrar en los jardines de una bodega, hacia la que nos dirigimos mi hermano y yo en un taxi, por aquello de que no volveríamos en condiciones de ponernos al volante. No todos los días se casaba una hermana y había que festejarlo por todo lo alto.

La decoración de la bodega también era exquisita. La disposición de las mesas junto con aquella carpa que habían colocado saltaba a la vista. Además, había cantidad de detalles por todos lados que dejarían con la boca abierta a todos los que asistieran, porque mi hermana quería que su boda resultara inolvidable. Y estando de su mano, lo conseguiría, como todo lo que se proponía en la vida.

—El mes pasado te comenté que a esta boda le echaba no más de un año. Me ratifico, ni seis meses. No me gusta nada ese tipo, Chris.

Alonso no tragaba a Alex quien, muy a su pesar, se había convertido ese día en nuestro cuñado.

—Llevan dos años juntos y desde el principio lo has tenido entre ceja y ceja.

—No es eso. ¿Acaso no ves que es un narcisista que solo mira por él y por ser el centro de atención en todo momento? No he conocido a ninguna persona en este mundo a la que le guste más que a Alex que le estén endulzando todo el mundo los oídos. Pues conmigo que no cuente,

no seré yo quien le dore la píldora.

—Sea esta boda o no un error, nosotros vamos a disfrutarla como si fuera el evento de nuestras vidas. Se lo debemos a ella. Y, por cierto, te recuerdo que el mismo error lo cometimos los dos y aquí estamos, haciendo vida nueva.

Quería ser positivo al respecto. Es que no había más: o acababa bien o acababa mal, y en ese caso, nuestra hermanita tendría que hacer un reseteo a su vida y comenzar de nuevo. Punto. No soy de comerme el coco con las cosas antes de tiempo.

—Sí, hacemos vida nueva, pero a costa de mucho sufrimiento, ese que a ninguno de los dos nos gustaría que sintiera ella.

—Tampoco dramatices…

—No se trata de eso. Es que siempre me imaginé a Alma con alguien mejor a su lado. Ella se merece otra cosa…

—Y seguramente nosotros también, pero dimos con quien dimos y así estamos ahora.

—Solteros, pero no enteros, como dice mamá, que ya somos novios de saldo —rio recordando las bromas que podía hacer nuestra madre cuando quería levantarnos el ánimo—. Por no hablar de que, según ella, seguro que hay un par de personitas en algún lugar del mundo esperando por nosotros para querernos bonito —suspiró.

—Oh, por favor —protesté—. ¿Vas a seguir rayado todo el día? Vamos —dije bajándome del taxi cuando nos dejó en la puerta de la bodega.

—Ya pago yo, tranquilo —bromeó riendo al ver que abrí la puerta sin preguntar ni siquiera cuánto había sido.

Alonso era el mayor de nosotros tres con cuarenta años, luego le seguía yo con treinta y ocho, y por último Alma, que acaba de cumplir veintinueve y que llegó cuando nadie nos la esperábamos. La consentida de la familia que hoy se había unido en matrimonio.

De pequeña, si queríamos hacerla rabiar, solo teníamos que decirle que a ella nos la habíamos encontrado en el felpudo de la entrada de casa, que alguien la había dejado allí cuando nació. Y ya tenía una rabieta encima. Todo porque físicamente era distinta a nosotros.

Tanto Alonso, como yo, éramos parecidos a mi padre. De complexión atlética, metro ochenta, pelo castaño, ojos azul intenso y mandíbula marcada, con unas facciones muy varoniles.

En cuanto a nuestra hermana, ella se parecía a nuestra madre y era mucho más bajita, como si fuese una muñeca, aunque su metro sesenta lo cogía. Su pelo era castaño y sus ojos color miel. Sus facciones no podían ser más bonitas, aunque todo en “mini” lo era, como le decíamos, incluso ya de mayores cuando queríamos hacerla rabiar.

Por supuesto que pequeñita sería de cuerpo, porque se trataba de una gran mujer de la que tanto Alonso, como yo, nos sentíamos bien orgullosos. Además, guapa era a rabiar.

Solo había que apreciar la entrada y los jardines para percibir un romanticismo entremezclado con el pasado, pero con lo mejor del presente. A lo que había que añadir las vistas tan magníficas que había en un entorno rural de lo más cuidado.

Desde el principio tuvimos claro que se trataría de una boda de esas de las que dan que hablar durante mucho tiempo. Nuestros padres, que corrieron con todos los gastos, tiraron la casa por la ventana. Desde el punto de vista de Alonso, todo un desperdicio, por culpa de la persona con la que Alma se había casado.

Habíamos crecido en un ambiente privilegiado, debido a que mi padre tuvo un gran olfato para los negocios inmobiliarios y supo aprovechar unas oportunidades extraordinarias durante una serie de años en los que la rentabilidad que se obtenía era muy alta y las inversiones pronto triplicaban su valor, si no lo cuadruplicaban.

Gracias a ello, se habían hecho con un patrimonio familiar que les permitía gozar de una millonaria jubilación. Y pagar una lujosa boda a su hija, que tan solo les suponía un detalle, no requería para ellos ningún esfuerzo.

Habíamos sido los primeros en llegar y disfrutábamos de una copa de vino mientras escuchábamos las pruebas de sonido y cómo terminaban de dejar listo todo al mínimo detalle.

Por supuesto que habría música en directo, y de distintos estilos, desde el típico vals romántico con el que abrir el baile hasta temas mucho más movidos que llevarían a todos los invitados a la pista.

—¿Dónde está el vino? Necesito una copa —dijo Alonso, mirando a un lado y a otro.

—Estamos en una bodega, ¿será por vino? —reí.

—¿Y qué hago, capullo, me voy al sótano en busca de las barricas?

—Mira, igual te caes en ella, como Obelix en la marmita, y sales con superpoderes.

—Sí, el de aguantar a hermanos pequeños capullos que vacilan, por ejemplo —volteó los ojos.

—Mira, ahí hay un chiquillo colocando copas en la bandeja.

—¡¡Ey, figura!! Dame una copita, que tengo que digerir bien el día —le dijo al camarero, que no debía tener más de veintidós años, y se quedó con cara de circunstancia.

—Es que la que se ha casado era su novia, le plantó por el nuevo —dije, mientras me encogía de hombros.

—Vaya, lo siento —contestó el pobre chaval.

—¿Qué dices? Ni caso, que la novia es nuestra hermana pequeña.

—Ah, pues eso es peor. Mi hermana se casó el mes pasado con un gilip… —carraspeó, quedándose callado— Que disfruten de la fiesta, al menos.

—¿Ves? No soy el único hermano mayor en la faz de la tierra que no soporta al marido de su hermana. Dios, si es que me salen ronchas al decir: "marido de mi hermana" —hizo como que le daba un escalofrío, y me salió una carcajada.

Que tenía entre ceja y ceja a nuestro cuñado era un hecho más que irrefutable, pero bien sabía él que, en cuestiones de amor, cuando hablaba el corazón, nada podía hacerse, pues este era el que elegía a quién quería entregarse por mucho que la razón dijera que no.

Aunque la verdad es que nosotros nunca nos metimos en las elecciones de nuestra hermanita pequeña en lo que a parejas se refiere, Alonso no soportaba a Alex.

—¿Nos hará tíos rápido? Mira que para eso es en lo único que anduvimos listos, para no tener hijos con las despreciables.

—¿Quieres disfrutar del día y relajarte? Mira que estás rayado. Es que no paras de hacerte preguntas que no tienen sentido. Lo que tenga que ser, será. Disfruta de una buena vez. Hazlo por Alma.

—Lo intentaré —puso cara de póker y luego bufó divertido mientras miraba alrededor haciéndose el indiferente.

No tenía un buen día. Si por Alonso hubiese sido, esa boda no se habría celebrado. Pero como no estaba en su mano, la pequeña de la familia lucía ya una alianza en el dedo anular de su mano derecha. Ya estaba casada.

Capítulo 4



Chris

Con los primeros invitados que llegaban a la bodega, venía nuestro primo Tonino, que era la típica persona que cerraba los eventos mientras se tambaleaba de un lado hacia otro pidiendo la última copa antes de irse a dormir.

Tonino era un joven muy divertido que a sus treinta y cinco años ya ostentaba la plaza de director en una oficina bancaria, cosa que nunca nos extrañó a nadie de la familia porque sabíamos que él era capaz de vender hasta las mesas y las sillas del banco, así que con las de tarjetas, préstamos y seguros que debía de endosar a los clientes, lo tendrían como una joya en la entidad.

Levantamos la mano y sonrió al vernos dirigiéndose hacia nosotros.

—Hombre, mis primos, los guapetones, ricachones y degenerados que son incapaces de meter nada de sus fortunas en mi banco —abrió sus brazos y nos abrazó a los dos a la vez.

—Si fuera tu banco, ya lo habríamos metido todo, pero te recuerdo que eres un asalariado.

—Alonso, haz como tu hermano Chris y cierra esa boca si lo que vas a decir no es nada relevante.

—Yo aún no me he pronunciado —le dediqué una leve sonrisa, mirándolo de medio lado.

—Desde luego, no tenéis remedio —cogió una de las copas de vino que le ofreció el camarero de la bandeja.

—Nosotros ninguno, pero tú, mucho menos —le contestó mi hermano haciéndole ojitos—. ¿Esta boda también la cerrarás?

—Hombre, por favor, ¿lo dudabais? —Volteo los ojos— La barra libre la exprimo hasta las ocho de la mañana. Y más os vale a ustedes por la parte que os toca que también estéis al pie del cañón. Aunque con el cariño que le tiene este al novio —señaló a mi hermano—, no creo que dure ni hasta las doce de la noche.

—Ojalá fuera el novio, señal de que no se había casado —volteó los ojos a la vez que cogía aire.

—Tú más vale que no eches más leña al fuego.

—¿Yo? ¿Qué culpa tengo de que a tu hermano se le note un huevo que no aguanta a Alex? Mira este —levantó su cara de manera altiva—, ni que yo tuviera la culpa de que no lo trague.

—Pues, no pinches —se me escapó la sonrisilla.

—Venga, un brindis, por nosotros —dijo Tonino, levantando su copa—. Por los hermanos y el primo más guapo de la novia.

—Ahí es nada, este no tiene abuelas —dijo mi hermano, muerto de risa.

—Pues es la misma que la tuya —contestó Tonino.

Chocamos las copas en ese brindis por nosotros mientras veíamos cómo llegaban el resto de invitados, esos que fueron situándose por cada rincón libre que encontraban.

—Ahí viene el bendecido matrimonio —anunció mi primo con la risa suelta, a sabiendas de que eso a Alonso le gustaba bien poquito.

—Eres un cabronazo —le dijo mi hermano, negando a la vez que reía.

Para ser sincero, debo de reconocer que la emoción de mi hermana era mucho más ingenua que la de mi cuñado. Él estaba atento a todos los detalles menos a ella, que lo miraba emocionada buscando la complicidad en todo momento. Pero bueno, esperaba equivocarme, o, mejor dicho, que mi hermano lo hiciera, y este fuera uno de esos amores que duraran toda la vida para alegría de mis padres, que ya habían vivido nuestras separaciones.

—Estás preciosa —la llenamos de piropos cuando se acercó a nosotros tres.

Había llegado ese momento de felicitarla, mucho más íntimo de lo que hubiera sido en la puerta de la iglesia.

—Ya soy una señora —dijo con una sonrisa deslumbrante en los labios y nos enseñó el dedo con su recién estrenada alianza, esa de la que se sentía orgullosa.

—Qué bonito —soltó mi hermano en un tono de lo más irónico y lo miré con cierto reproche —. ¿Y sobre eso no hay un plazo para pensártelo y volver atrás, como cuando contratas un préstamo? Tonino sabe de eso.

—Qué poco romántico eres —rebufó ella, volteando los ojos, y se nos escapó una risilla.

—Eres una señora espectacular, hermanita —le dije yo, y ella se sonrojó un poco—. Deseo que seas siempre tan feliz como lo estás siendo hoy —le di un beso en la frente.

—Gracias —me dio un abrazo.

—Por favor, voy a llorar —nos echamos a reír al escuchar a Tonino, que además nos estaba abrazando a los dos al mismo tiempo—. Quién iba a decir que se nos casaría la pequeña de la familia.

—Y antes que tú, primo —rio ella.

—Encima eso —volteó los ojos y más nos reímos.

Después de un ratito más allí con nosotros tres, Alma se marchó a saludar a los invitados junto a su marido, que tampoco tuvo el detalle en ese momento de acercarse con ella, ni falta que nos hacía. Mis padres, al vernos, vinieron hacia nosotros.

No podían lucir más elegantes. Él, como padrino, iba flamante. Y ella, era la elegancia en persona, con su vestido largo y con un tocado de lo más *chic*, como no podía ser de otra manera. No es porque fuera nuestra madre, pero se trataba de una auténtica dama con un saber estar impresionante.

—El señor Alonso y la señora Coral. ¿Puede haber más glamour en este lugar? —nos preguntó Tonino, refiriéndose a mis padres.

—Más que ellos, imposible. Como decía mi abuelo: con clase se nace —contesté haciéndole a mi madre un guiño mientras le echaba la mano por el hombro.

Era cariñosa a más no poder y disfrutaba mucho de las celebraciones familiares, así que no digamos de la boda de su única hija, esa pequeñaja que llegó casi a destiempo y que se había convertido en su cómplice en la vida, igual que en el ojito derecho de nuestro padre.

Viendo el cariñoso gesto que le hice, me dio un beso en la mejilla con ese orgullo que no disimulaba, mostrando sus ojitos chispeantes.

—Estás muy guapo, hijo —me decía mirándome, mientras posaba su mano en mi pecho con todo el cariño que desprendía.

—Luego dices que no es tu niño favorito —le reprochó mi hermano de broma y ella lo miró de arriba hacia abajo con desprecio, siguiéndole el juego. Siempre estábamos con lo mismo, aunque había súper buen rollo entre nosotros.

—Me encanta mi tía —dijo mi primo estirando la mano y señalándola—Tía, ¿qué se siente ser la madre de la novia más hermosa de la historia? —le preguntó mi primo.

—Otro que se las trae —negó mi madre riendo—. Pues, emocionada, porque me recuerda a cuando me casé yo —sonrió.

Tonino se ganaba el cariño de todos. Era el típico primo simpático que, con unas cuantas copas encima, podía volverse un poco impresentable. En el físico se daba un aire a Alonso y a

mí. Alguna vez nos habían tomado por hermanos, más que por primos, aunque en su caso tenía los ojos negros y era algo más bajo.

—Ojito, tío —le advirtió Tonito—, ojito que veo yo por aquí mucho aguililla y lo mismo te intentan robar a la pareja.

—Uy, qué cosas dices —rio mi madre.

—¿Es que miento, tío?

—No, no, que mi mujer está preciosa.

—Yo vigilo, que con la mano puedo ir espantando a los aguilillas.

—Y apenas ha bebido, no quiero imaginar, cuando seamos los últimos en irnos —murmuró Alonso a mi lado, y sonreí.

Mis padres se marcharon a saludar a la familia y nosotros tres nos quedamos disfrutando del vino y de todos los aperitivos que iban pasando los camareros en las bandejas.

Los hombres íbamos todos iguales, de esmoquin gris claro por petición de los novios y las mujeres, llevaban elegantes vestidos en color rojo. Eso lo pusieron como condición y era impepinable.

La decoración de la bodega era en blanco y rojo, contrastando con las tonalidades de los atuendos. La verdad es que lucía todo muy vivo y espectacular.

Las fotos quedarían muy llamativas con esa combinación de colores por parte de todos. Los novios ya se habían tomado un rato para hacerse su propio reportaje, a la salida de la iglesia. Me imaginaba que Alma luciría increíble en ellas, porque tenía una sonrisa perfecta y, además, era de lo más fotogénica.

Alex iba con un traje chaqueta en tono beige que le quedaba a medida y era muy elegante.

El vestido de mi hermana era blanco, con detalles en encaje, finísimo, nada recargado, daba aire de nobleza. Estaba impecable y lucía bellísima. Apenas llevaba cola ni tampoco velo. La melena suelta era el mejor adorno que podía lucir en su cabeza, tan cuidada como la tenía. Parecía una novia de cuento, era muy ella, muy Alma.

Su maquillaje también resultaba de lo más natural, porque su belleza hablaba por sí sola, ella no necesitaba más, pues no hubiera ido con su personalidad. Su piel brillaba como nunca, la felicidad le sentaba de cine.

En la boda había unos doscientos invitados. Familia y amigos de ambos lados y algún que otro compromiso al que no se podía pasar por alto. Las bandejas no dejaban de pasar y de vez en cuando no nos librábamos de que viniera alguien a saludarnos.

Eché un vistazo hacia Alma y vi que charlaba y reía con un grupo de invitados que debían ser amigos o conocidos suyos. La veía tan feliz en ese momento que me salió una sonrisilla. Por mucho que dijera Alonso, nuestra hermana pequeña era afortunada, porque había encontrado un hombre que la quería.

Al percatarse de mi mirada, sonrió haciéndome un guiño y me mandó un beso antes de seguir hablando con el grupo con el que estaba.

La verdad es que no esperaba verla de otro modo que no fuera así de radiante en el día más feliz e importante de su vida.

Nos acomodamos los tres en una mesa para la comida. En el centro de la mesa había un jarrón rodeado por cuerda y unas flores silvestres con ramas secas que daban como decoración un diferente enfoque. Quedaba bien.

Mi madre nos miró desde su mesa con cierto reproche por no habernos sentado con ellos y mis tíos, los padres de Tonino. Le hice un guiño. Bien sabía ella que trataríamos de escaquearnos, y más estando con Tonino, que era la bomba y eso teníamos que aprovecharlo.

—Yo antes de sentarme allí y que hablen de política, me doy un tiro —soltó Tonino mientras pelaba un langostino—. Por cierto, no veas las amiguitas de la novia —miró hacia una mesa donde había tres sentadas.

—Primo, que te alimentas con la mirada…

—No, no, de eso nada. La mirada me la estoy alegrando con todas esas preciosidades, pero el hambre solo me lo quitan los langostinos estos de Sanlúcar que están de vicio.

—Vicio tienes tú en el cuerpo.

—A ver si es verdad y aquí me sale algo.

—Pues dicen que, de una boda, sale otra boda, así que, ten cuidado.

—Joder, que me habéis atragantado con el cachondeo. Y ahora me voy a tener que pedir otra copita de vino. Yo, que no quiero beber, mira tú por dónde.

—Querrás decir que no quieres dejar de beber. De aquí a nada pides que te inyecten el vino en vena.

—Lo dicen los que están bebiendo agua, no te jode. Qué bien os viene que esté el primo Tonino aquí para que pague el pato de todo… Pero mirad cómo están, es que le alegran la vista a uno.

Esa era otra de las habilidades de nuestro primo, que tenía un radar para las chicas guapas. Siempre bromeábamos con que las veía hasta de espaldas. Y ese día ya había activado el radar, sin quitarle ojo de encima a un grupito.

Tenía todo el arte del mundo. Era una de esas personas que, sin pretender ser gracioso, caía en gracia. Sentarnos a su lado era asegurarnos la diversión y ya nos imaginábamos que hasta que nos marcháramos nos quedaban muchas risas que echarnos con él.

Mi hermano y yo éramos socios de una productora de venta de distintos formatos para las cadenas televisivas. Teníamos mucha imaginación y vendíamos programas que luego se transformaban en todo un éxito.

He de decir que si quisiéramos podíamos retirarnos y vivir muy cómodamente el resto de nuestras vidas, pero eso era impensable para nosotros, ya que si algo nos caracterizaba era la ambición, y lo mejor de todo es que trabajábamos desde nuestras casas y sin horarios. Estábamos mejor de lo que queríamos y no nos podíamos quejar, ya que disfrutábamos de lo que hacíamos y esa era la mayor recompensa. Por no hablar de la libertad que nos proporcionaba.

Capítulo 5



Paulina

Sabía que Alma tendría preparado un enlace de ensueño y no me equivoqué ni un poquito. Por mi edad, había asistido ya a bastantes, pero puedo decir sin temor a equivocarme que, como ese, ninguno.

No solo se trataba del lugar de la celebración, que no pudo elegir nuestra amiga uno más distinguido, sino también de la cantidad de sorpresas que tenía preparadas para que los invitados terminásemos el día pensando que aquella era poco menos que "boda del siglo".

Desde la llegada de los novios al lugar, todo fue muy aplaudido. Después de hacerse su reportaje de bodas, y mientras cortaban el enorme lazo que daba lugar a la zona de celebración, con sus brazos entrelazados y una finísima copa de champán en la mano, recibieron una lluvia de pompas de jabón que dejó una de las mejores imágenes del día.

Entre lo preciosa que iba la novia y esa lluvia, la imagen se me quedó grabada, aparte de que el fotógrafo la inmortalizó y le quedaron unas imágenes chulísimas.

Susi y yo le pedimos que también nos hiciera una muy simpática: yo saltaba tratando de coger una, mientras que a mi amiga se le posaba otra en la punta de la nariz.

—Mira qué radiante está. Desprende una luz y una felicidad de lo más contagiosa —dijo Susi con una sonrisa mientras miraba a Alma.

—Sí, sí, que por cómo mira a todo el mundo, parece que vaya a contagiarnos las ganas de casarnos —respondí riendo.

—Nena, es que, con esa cara de felicidad, ¿quién no querría un poco de eso?

—¿A ti te gusta la idea de un vestido blanco o eres más de ir de rojo? —le pregunté en broma.

Susi me dio un codazo y luego miró a Alma, que estaba tan radiante que no podías evitar admirarla. El vestido era una preciosidad y la hacía verse realmente espectacular, era como ver a una actriz de cine el día de su boda.

—En mi caso, el vestido blanco sería porque tendría que casarme con un príncipe. También te digo que no te imaginas lo difícil que sería encontrar uno que me aguantara —volteó los ojos, y me salió una carcajada.

No era mala chica, de verdad, pero a veces tenía un pronto de esos que más valía que todo el que la rodeara callara para siempre, como había dicho el cura durante la ceremonia.

Después, camino de las mesas, nos encontramos con una especie de alfombra en la que estaba ¡la historia de los novios! Esa idea tampoco la había visto en ninguna otra boda.

La gente, curiosa, miraba sus fotos desde el principio, así como esas frases que las acompañaban y que iban contando cómo se había ido cociendo ese amor desde que se conocieron. Lo dicho, que allí estaba todo pensado.

Por decir más, hasta en la puerta de los cuartos de baño, en los que Susi y yo entramos para retocarnos el maquillaje antes de tomar asiento, había unas fotos también de Alma y de Alex, ambos de pequeñitos y de lo más simpáticos, para diferenciar el de chicas y el de chicos.

Habíamos tenido la oportunidad de saludarla un rato antes y la encontramos radiante. La felicitamos de corazón, tanto por haberse casado como por el gusto con el que lo había hecho.

La boda estaba siendo de lo más idílica. Estábamos acomodadas en una mesa junto a Erica, otra *influencer* que había sido invitada por Alma y a la que conocíamos de comentarnos en las redes. Era muy divertida.

Enseguida hicimos piña las tres. Teníamos unas ganas de disfrutar que eran tremendas. Por lo que se veía, la diversión iría para largo y con Erica a nuestro lado nos lo pasaríamos bomba, ya que a punto estuvo en más de un momento, con sus comentarios, de hacer que Susi y yo echáramos la bebida por la nariz. Así daba gusto.

Contrastaba todo mucho con el rojo de los vestidos de las invitadas y el gris de los hombres, tal y como pedían a través de la invitación. Se veía muy original y vivo. La idea fue la mejor para el tema de las fotografías. Las que llevábamos hechas de momento habían quedado de lo más vistosas, y las que nos quedaban, porque la celebración no había hecho más que comenzar.

Obviamente, se notaba que era una familia adinerada, dado que aquí no se había escatimado en gastos para que todo luciera como el escenario de una película.

—Hay tres tíos que nos miran de forma descarada —murmuró Susi.

—¿Están buenos? —preguntó Erica con la risilla suelta y sin querer mirar. Se hacía la disimulada, era de lo más graciosa.

—Un repaso tienen, la verdad —se reía.

—Dicen que de una boda sale otra boda. Os deseo mucha suerte —murmuré.

—¿Qué pasa, que estás en absentismo? —me preguntó Susi.

—No, pero la que sueña con casarse con su príncipe azul eres tú.

—Y yo, y yo —dijo Erica, afirmando también con la cabeza. Eso sí, la copa no la soltaba. Y los cubiertos tampoco, que se estaba poniendo ciega.

—Vamos que tú no, lo que pasa es que como aún no te llegó y el amor no llamó a tu puerta, dices que no lo necesitas, pero te digo que cuando llegue el hombre correcto, te vas a cagar con todo el convento.

—Es muy fina —murmuré con la risilla floja. Erica, no la conocía todavía bien y quise prevenirla.

—Lo de cagar con el convento me recuerda a mi madre cuando me amenazaba con los exámenes.

—Pues tuviste suerte —le contestó Susi—. La mía ni advertía ni amenazaba, simplemente me esperaba con la zapatilla en la mano y la cara de ogro que se le formaba. Menos mal que no me dejó ningún trauma —nos reíamos.

—Esa habilidad es muy de madres. Lanzamiento de zapatilla, creo que la llaman, hasta las esquinas doblan ellas solitas. Y si te tienen que arrear, te arrean, por mucho que corras.

El ambiente no podía ser más divertido. No nos pudo caer al lado nadie mejor, las risas que nos estábamos echando no tenían precio.

—¿Se me ha corrido el maquillaje? —me preguntó Susi— Es que, con esta niña, no paro de reírme y no quiero parecer un choco en su tinta, que aquí hay más de uno de lo más aprovechable, os lo digo yo.

—No, no se te ha corrido nada —le contesté mientras le retiraba un rebelde mechón de pelo de su cara.

—Pues qué pena —afirmó riendo y dando un sorbo a su copa.

—Ya caí como una pardilla. Es un poco guarrilla, eso también te lo advierto.

—Y esta, un poco deslenguada. Como si ella fuera una monja, vamos.

Su cabello era rizado. Todo un espectáculo, llamaba mucho la atención. También las curvas de su cuerpo, que tenía bastantes. Aparte, sabía sacarse mucho partido. Y sus ojos, cuyo color se asemejaba al verde lima, también eran para coger un balcón enfrente y quedarte mirándolos.

En cuanto a Erica, ella tenía el pelo en un tono cobrizo y su larga melena parecía un manto perfecto. Nos comentó que se había hecho un tratamiento de alisado que era lo más de lo más…

—A mí, no hay alisado que me aguante, con los rizos que tengo —decía Susi, comiendo a dos carrillos.

—Pues entonces, igual que los hombres, que tampoco te aguantan. Lo siento, me lo has puesto a huevo —me excusé con una sonrisa malvada.

—¿Lo ves, Erica? Pero luego la más bruta soy yo. Esta también tiene lo suyo y las mata callando.

Después de haber estado antes de la comida probando toda clase de aperitivos de los más exquisitos y elaborados, nos agasajaron con entrantes de todo tipo de mariscos como langostinos, canastas de hojaldre de langosta, tartar de salmón con aguacate, tropezones de bogavante… Esto era un sin parar y eso que aún faltaba el plato principal.

Cuando confirmamos la asistencia, tuvimos que rellenar una encuesta donde cada uno elegía los tipos de entrantes. Las tres coincidimos en lo mismo, así como en el plato principal, en el que nos decantamos por el chuletón de buey, en mi caso, con salsa de roquefort y en el de ellas, con salsa de pimienta. Venían acompañados de patatas fritas cortadas al cuajo. La verdad es que la presentación de todos los platos era de diez.

De vez en cuando se escuchaba un "¡vivan los novios!". Se notaba que había mucha juventud y como ella había transmitido, tenía la intención de que fuera una boda que durara hasta el otro día. No sé si aguantaríamos, pero ganas de fiesta teníamos.

Tras un postre basado en una *mousse* de chocolate con nueces, fresas y helado de nata, llegó el momento en que los invitados fueron entregándonos unos recuerdos de la boda de lo más originales, al menos los de las chicas, que fueron en los que me fijé.

Alma venía con su madre, entregándonos a las mujeres aquella cestita con jabones que era una auténtica monería. Cada una de ellas estaba personalizada con nuestros nombres y con una dedicatoria. Era impresionante el tiempo que debió dedicar para preparar todo aquello. La boda no se parecía en nada a ninguna otra a la que hubiera asistido hasta entonces.

—¿Qué tal todo, chicas? —nos preguntó con una sonrisa de oreja a oreja, de esas que irradiaba felicidad.

—Precioso y perfecto —sonreí.

—Y tú, más guapa no se puede estar —dijo Susi—. Como tu madre, que es belleza.

—Y de tal palo, tal astilla, que mi niña es la más bonita —contestó la madre de Alma, con una sonrisa y un brillo en los ojos que lo decían todo.

Tras agradecerle el detalle, nos levantamos de la mesa para irnos a otra zona para tomar una copa. Algunos invitados ya se habían levantado y dirigido allí en donde también había mesas con cómodos sillones alrededor y muchos barriles de vino para usarlos como mesa. Nos pusimos en uno de estos, ya que veníamos de estar sentadas y nos apetecía un poco estirar las piernas.

—Os habéis pasado toda la comida mirándonos —nos dijo uno de los tres que había comentado Susi en la mesa. Nos salió una carcajada.

Pasaron junto a nosotras, y se pusieron en el barril de al lado con la sonrisilla suelta.

—¿Tendrán valor los mosqueteros? —dijo en alto Susi, que no era de callarse ni debajo del agua.

Había uno en especial que tenía una mirada de lo más cautivadora. Noté que me miraba fijamente y tuve que apartar la mía, aunque he de reconocer que me costó perder el contacto visual con él, molaba mucho.

—Tomad lo que queráis que invito yo —nos dijo el mismo que se veía que era muy graciosillo.

—Muy amable —le contestó Erica con una sonrisa de lo más irónica.

—Oye, pero que son guapísimos los tres.

—Susi, habla más bajo —le advertí, porque a mi amiga lo de parecer descarada le importaba bastante poco.

—Como si ellos no lo supieran, ¿no? —Volteó los ojos.

—Podéis hablar más alto para que nos enteremos —dijo el mismo. Tampoco tenían guasa ni nada.

—Si te quieres unir a la conversación, te puedes acercar, no es plan de que estemos a gritos —le dije yo, provocando así que los tres cogieran el barril en peso y lo trajeran a pegarlo al nuestro, mientras a nosotras nos daba un ataque de risa.

—Me llamo Tonino y soy el primo de la novia. Él es Chris —se refirió al de la mirada penetrante que me ponía nerviosa—, hermano de la novia, al igual que Alonso —señaló al otro chico.

—¿Sois los hermanos de Alma? —le preguntó Erica, flipando. Eso sí que no lo esperábamos. Explicaba muchas cosas. Aunque no se parecían a ella, eran súper atractivos, lo de la belleza les venía a todos de familia.

—Sí —afirmaron los tres, incluido Tonino, que tenía una sonrisa de lo más pillina.

—Joder, qué escondidos los tenía —soltó Susi, causándonos una carcajada a todos.

—¿Y cómo os llamáis vosotras? —preguntó Alonso.

—Susi —se señaló a ella misma—. Erica y Paulina —nos señaló a nosotras.

—Bonitos nombres —murmuró Chris mirándome fijamente. Me estaba poniendo nerviosa, pero de esos nervios para bien que terminan por soltarte la risa y por aflojarte las rodillas.

—¿Te gusto? —le pregunté, viendo que no me quitaba la vista de encima. A todos se les escapó una risilla.

—Bastante —contestó él con la risilla de medio lado. Anda que se cortaba también.

—No me había dado cuenta —sonreí con ironía.

—Esto hay que celebrarlo —gritó Susi, levantando la mano y llamando al camarero para que nos tomara nota.

Pedimos la ronda y Alma se acercó a nosotros, advirtiéndonos delante de ellos del peligro que tenían. Nos decía que no quería ver cómo caíamos en sus redes y nos convertíamos en sus víctimas. Los puso finos ante la risa de todos. Otra que no se cortaba ni un pelo.

—Qué bonitas las cosas que nos dices, hermana —le dijo Alonso.

—¿Has ido a felicitar a tu cuñado? —le picó también ella. Sabía muy bien cómo hacerlo.

—No, que venga él.

—Pues seguiré sacando lo peor de ti —le hizo una burla y se marchó de nuevo riendo.

—Todo es por venganza —se defendió intentando parecer serio.

—Sí, por venganza… —le contestó Susi, poniéndolo en entredicho.

—No se debe de opinar si no se tienen las dos versiones ni se conocen a las dos personas —inquirió Tonino en un intento de defensa.

—Claro, claro. El problema es que lleváis un cartel en la frente que no hay defensa que os lo borre.

—¿Tengo algo? —le preguntó Alonso a Tonino, señalándose su frente.

—Yo no veo nada, pero ya sabes que es bien sabido que las mujeres suelen ver cosas donde no las hay —se encogió de hombros.

—Este no nos conoce. Se la está buscando —murmuró Susi sonriendo al camarero cuando nos trajo las copas y cogió la suya—. Por todos, por la tarde-noche que nos queda por vivir. Porque nadie salga escalabrado —decía levantando su copa y metida en su papel—. Por todo y por nada, por el simple hecho de respirar —soltó una sonrisa amplia.

—¡Viva la Susi! —gritó Tonino.

No me hacía falta mucho más tiempo para darme cuenta de que Tonino y Susi se estaban buscando, al igual que Erica no dejaba de regalarse miradas con Alonso. En mi caso, intentaba disimular ese nerviosismo tonto que Chris me provocaba.

Las risas que estábamos compartiendo con ellos tres no se detuvieron en ningún momento. La química que había entre todos y el buen rollo que se respiraba eran palpables, y aunque las bromas seguían sucediendo a cada segundo, yo no podía dejar de pensar en la mirada que Chris me había dedicado.

Me costaba mantenerme seria, sobre todo porque cada vez que me cruzaba con sus ojos, mi estómago hacía algo muy parecido a un salto mortal. Vamos, que como habría dicho mi abuela: el mozalbete que tenía delante era tan guapo y estaba de tan buen ver, que hacía que me temblaran hasta las pestañas de los nervios.

—Vuestra hermana está espectacular —dijo Erica.

—Totalmente de acuerdo —sonreí—. Cuando caminaba hacia el altar, no solo ha dejado a todos impresionados por el vestido y la elegancia con la que daba cada paso, sino que ella por sí misma brillaba con una luz propia y era inevitable no contagiarse de su sonrisa.

Y seguimos hablando de una manera tan natural y fluida entre todos, que cuando quise darme cuenta estaba charlando con Chris de lo más cómoda. Cada palabra, cada broma, cada gesto hacía que me notara más cercana a él. Era raro de explicar, pero sentía como si nos conociéramos de mucho antes por el modo en el que podíamos conversar, a pesar de que siguiera poniéndome nerviosa con ese modo que tenía de mirarme.

Pero a pesar de los nervios, me sentía cómoda con él, y al menos estaba pasando un rato agradable en una boda en la que solo conocía a la novia y a otras dos personas más.

Capítulo 6



Chris

Sabía que estaba nerviosa, llevaba así desde que nos juntamos con ellas y estuvimos bromeando durante un buen rato.

Me costaba dejar de mirarla. Se notaba que era una chica especial, de esas que desprenden magnetismo, que tiene algo que desde el principio te engancha y que, aunque no sabes explicarlo, tienes claro que está ahí.

En principio rehuyó mi mirada, aunque luego me soltó no alguna indirecta, sino más bien directa, en forma de pregunta, que me dejó claro que no solo tenía belleza, sino también una personalidad de esas arrolladoras. Y eso me resultó irresistible.

El baile ya había dado comienzo. No sé por qué pensé que mi hermana, que había derrochado tanta originalidad en su boda, lo abriría con Alex con el típico vals, ya que no fue así para nada.

Cuando llegó el momento, ambos se subieron a la pista y, pese a que Alonso se frotó los ojos porque no se lo podía creer por parte de mi cuñado, hicieron una coreografía tipo "*Dirty Dancing*" que arrancó los aplausos y los silbidos del personal.

En ese momento, mi hermano me miró incrédulo.

—¿No dices que es un narcisista? ¿De qué te extrañas entonces? Se está luciendo —le dije para picarlo un poco.

—La que se está luciendo es ella. Ese ni tiene gracia ni tiene nada.

Y así, cuando ellos terminaron y se fundieron en un beso, dio comienzo el baile para el resto. La música corría a cargo de un grupo de lo más animado que aceptaba todo tipo de peticiones.

—No, si hasta por Paquito el chocolatero vamos a bailar hoy aquí —me comentó Alonso, que era menos bailón que el resto y que estaba de malas pulgas.

Tonino había sacado a bailar a Susi y estaban viviendo su gran momento de euforia a ritmo de

música latina. Era para verlos, parecían tener el mismo carácter. Congeniaban a la perfección, como si estuvieran hechos el uno para el otro. El resto los mirábamos alucinados, pero ellos parecían estar en su propio mundo.

—¿No bailas? —le pregunté a ella cuando vi que Alonso y Erica ya estaban en una conversación entre ellos y al otro lado del otro barril.

—Bueno, para eso deberán de caer algunas más —dirigió la mirada hacia sus copas.

—Eso es que prefieres estar aquí conmigo —me lancé a la piscina porque no era de cortarme.

—Tampoco es que me hayan dejado mucha más elección.

—No estoy tan seguro de eso.

—¿Y por qué no crees estarlo? ¿Acaso te piensas que es por tu cara bonita?

—Me gusta que comiences a reconocer las cosas —le solté con todo el descaro. Estaba deseando ver la cara que me ponía.

—¿Tú tienes abuela? —me preguntó con un gesto de lo más simpático e irresistible.

—¿Ves aquella de allí que está bailando con la copa de vino en la mano? Es ella, si quieres te la presento —le estaba buscando la lengua, pero me gustaba lo pizpireta que era.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó, sorprendida porque mi abuela demostraba una gran vitalidad.

—Ochenta y cinco. Y tuvo a mi madre con diecisiete años —carraspeé—. Entonces qué, ¿vamos y te la presento? —la provoqué.

—Oye, que lleva más marcha que tú. Es para alucinar.

—Eso siempre, y si la dejamos, es la última en irse de la boda. Junto con Tonino, que ese, echará también el cierre.

—Mola —murmuró mirándola.

Desde que me separé, no había sentido una atracción de esta manera por nadie, no por eso significaba que no hubiera tenido algún que otro *affaire*, o muchos. Pero había algo en ella que despertaba mi curiosidad y no solo mis instintos sexuales. Era diferente, con mucho carisma y unos gestos que le acompañaban para completar eso especial que poseía.

Su vestido, rojo como el del resto de las invitadas, contaba con un diseño espectacular. Una de sus piernas quedaba al aire cuando caminaba y eso provocaba en mí un efecto hipnótico. Su piel parecía perfecta, aterciopelada y elástica. Daba muchas ganas de acariciarla.

La vista también se me iba hacia uno de sus hombros que, dado que el vestido era asimétrico, quedaba igualmente a la vista. Y de ahí a ese cuello de cisne, tan elegante como su dueña.

No quería perder el hilo de la conversación porque me parecía la ocasión ideal para tratar de acapararla. No permitiría que ningún otro moscardón llegara y la apartara de mi lado. Paulina se había convertido para mí en la atracción de la boda.

Sonreí a mi abuela, que miró hacia donde estaba y le hice el gesto con la mano para que viniera. A ella no le faltó tiempo, mi abuela era otro personaje para echarle de comer aparte. Siempre tenía una forma peculiar de meterse en cualquier conversación y nunca había un momento aburrido cuando ella estaba cerca.

—¿Para qué la haces venir con lo que se está divirtiendo? —me preguntó Paulina, con ese tono de voz que escondía una riña por haber molestado a mi abuela.

—Para que conozca a mi futura mujer —le dije cuando mi abuela ya estaba llegando y no le dio opción más que a esbozar una risilla y negar con la cabeza.

—Hijo, ¿no bailas? —me preguntó, mirándola a ella, sonriendo como siempre, y no me pasó desapercibida la mirada disimulada que le dedicó antes de volver a hablar— Es muy guapa.

—Gracias, señora —Paulina respondió con una leve sonrisa y un cierto aire de timidez que me hizo sonreír a mí.

—Soy su abuela, aunque todo el mundo se piensa que somos hermanos, ¿verdad, hijo? —me preguntó con una mirada cómplice antes de mirar disimuladamente a Paulina.

Vi cómo ella hacía el amago de intentar reírse, pero logró aguantar la risa, quedando solo en una sonrisa.

—Cualquier día me dicen que pareces mi hija, estás estupenda. Hoy seguro que te sacas novio —dije para picarla, y ella volteó ligeramente los ojos.

—¿No me la vas a presentar? —preguntó, arqueando ligeramente la ceja, con una amplia sonrisa, cambiando de tema y disfrutando del hecho de verme acompañado de una mujer.

—Pues claro, abuela, ella es Paulina, la que tiene todas las papeletas para casarse conmigo —contesté sin pensarlo, aprovechando la oportunidad para seguir picando también a Paulina, que en ese momento me miró abriendo mucho los ojos.

—¿Te han quedado ganas de casarte otra vez? —preguntó con ese tono juguetón que la abuela dominaba como nadie, arqueando la ceja, dejando esa parte de mi vida privada al descubierto y acercándose a darle dos besos— Preciosa, yo me llamo Blanca —la saludó con un par de besos y una sonrisa de aprobación mientras me miraba a mí de reojo.

—Encantada, señora. Pero no le haga mucho caso a su nieto, que está llevando las cosas un poquito al punto de exageración —dijo, apretando los dientes para evitar soltar la risa que se

empezaba a escapar.

—Yo de ti no estaría tan segura —le dijo mi abuela, de forma contundente y sin cortarse lo más mínimo, como solía hacer, lo que provocó que me mirara e hiciera un carraspeo mientras en sus ojos podía ver que me preguntaba en silencio si aquello que había oído por parte de mi abuela era en serio.

La cara de Paulina era de tragar saliva y no saber dónde meterse. Estaba divertida y aguantando el chaparrón.

—Bueno, os dejo, que tengo que seguir moviendo el esqueleto —dijo la abuela con un guiño, acompañado de un movimiento de caderas y haciendo reír a Paulina, que le decía adiós con la mano y una sonrisa suelta.

—Un placer, Blanca.

Paulina, que había estado aguantando la tensión del momento como una campeona, soltó una risita, divertida por la forma en la que mi abuela la había dejado sin palabras.

—Ahora nos vemos, abuela —ella asintió, al tiempo que me sonreía, y le echó una última mirada a Paulina de modo apreciativo.

Le había gustado, de eso no me cabía la menor duda.

Paulina se rascó la cabeza y apretó los dientes antes de hablarme, asegurándose de que mi abuela ya estaba lo suficientemente lejos para no oírnos.

—Así que ya has pasado por el altar… —comentó, con una mezcla de curiosidad y sorpresa, al descubrir lo que mi abuela le había revelado.

—Sí, fui demasiado valiente —sonreí de medio lado recordando aquel momento. Mi vida había dado muchas vueltas desde entonces, y sin duda me quedaba con todo lo vivido en ese momento como un aprendizaje, bastante forzoso, eso sí.

—¿Te separaste?

—Claro. Si no fuera así, ¿qué mujer dejaría a su esposo con una belleza como tú? —contesté con un guiño, buscando ponerla un poco más nerviosa de lo que ya estaba de por sí desde que nos habíamos conocido.

—Eres muy zalamero —se reía nerviosa, y es que esta mujer reaccionaba así a todo lo que le decía.

—Y te saco muchas sonrisas —confirmé, sonriendo a mi vez, sintiendo que la conexión entre nosotros crecía a cada segundo y que iba más allá de las palabras.

—No me mires así, que me pones nerviosa —dijo en un tono bajo, casi como en un susurro,

apartando la mirada, pero, aunque tratara de ocultarlo, se le notaba que le estaba gustando este pequeño tonteo que teníamos.

—¿Has visto cómo tiene razón mi abuela?

—Tú eres el que le mentiste descaradamente —rebufó, riendo por lo bajo, intentando mantener la seriedad, pero fracasaba porque su rostro la delataba.

—Eso está por ver, como dijo ella —sonreí.

Comenzamos a tener una charla más formal y se quedó sorprendida cuando descubrió que la productora tan famosa era mía y de mi hermano. No daba crédito. Tanto que sabía sobre esta, pero nunca le dio por buscar quién había detrás. De todas maneras, tanto mi hermano, como yo, no éramos de aparecer mediáticamente por ningún sitio y teníamos los responsables de medios para eso.

De repente, salieron llamas de todas las antorchas y comenzó a sonar una famosa balada. Mi hermana y su marido se pusieron en medio del jardín sobre una tarima de madera a bailarla, era la segunda vez que se lucían. Nos estaban sorprendiendo mucho con sus coreografías, se lo habían currado tela.

Todos los invitados sonrieron divertidos al verlo, menos uno.

La cara de mi hermano Alonso en este momento era de lo más irónica, qué mal lo estaba pasando en esta boda. Seguía al lado de Erica disfrutando de la magia que se notaba que había entre ellos, al igual que mi primo con Susi, que estaban alrededor del espectáculo, bailando también entre ellos en modo romántico.

Quedaban muchas horas por delante de celebración, así que estaba seguro de que las sorpresas irían llegando de una en una.

Un rato y unas cuantas copas después, mi hermana se subió de nuevo a la tarima, en ese caso ella sola, para lanzar el ramo. Micrófono en mano, pidió que todas las chicas solteras se pusieran delante de ella.

Susi soltó a Tonino en ese momento y se fue corriendo la primera.

—Mira la loquilla, está decidida a pasar por el altar también. Cree en los príncipes azules. Y lo mismo hasta lo consigue —me comentó ella, mirando a Tonino.

—Mi primo, más que azul, es un príncipe un tanto desteñido, pero buena gente. Hacen una pareja estupenda, aunque no tanto como tú y yo.

—Ya, ya…

—Mira, mira, la abuela también viene corriendo. Es única.

—Pero bueno, si corre más que yo.

—¿Y tú no te pones? Venga, mujer, que no puedes dejar pasar tu gran oportunidad.

—Oye, que por lo que me has contado no te flipes, que no me vas a impresionar.

—Guapo, rico y loquito por ti, ¿de verdad vas a dejar pasar ese tren? ¿Lo cojo yo por ti? Que me pongo, ¿eh?

—Deja, deja, que ya me pongo yo.

Paulina acabó al lado de mi abuela, que le ofreció su mejor sonrisa. Miró a mi hermana y la complicidad que tenía con su nieta era palpable en ese momento. Cuando Alma se dio cuenta de que la abuela estaba en el grupo de "las solteras", no dudó en apuntar hacia allí. Y entonces dio un salto impresionante, ¡y se hizo con él!

Todos le aplaudimos, de veras que no había nadie con más vitalidad con su edad que mi abuela. Era asombrosa, de verdad. Aunque la parte que dejó con la boca abierta a más de uno vino justo después, cuando se acercó a Paulina.

—Toma, guapa, que lo he cogido para ti —le dijo con una sonrisa, ofreciéndole el ramo.

—¿Para mí?

—Sí, sí, que Chris tiene razón en que hacéis una pareja muy bonita. ¿Te ha contado ya lo buen partido que es? Si fuera tú, no lo dejaría pasar —le hizo un guiño, y sin más, salió andando.

A mí, la sonrisa en ese momento me atravesaba el rostro de lado a lado cuando la vi avanzar con el ramo.

—Te sienta fenomenal, ahí lo dejo —carraspeé.

—Tu abuela sí que me ha dejado alucinada. ¿Y ahora qué hago yo con esto?

—Pues dejarlo aquí, que nadie te lo va a robar, y bailar conmigo, que ya es hora.

La tomé por la cintura. Desde el primer momento en el que puse mis ojos en ella, estaba deseando poder rozarla. Y el baile era la ocasión ideal.

—"Por debajo de la mesa" — pidió entonces una invitada al grupo musical.

Estaba de suerte. Hasta ese momento sonaban ritmos latinos muy bailables y algunos bastante sugerentes, pero la oportunidad que me daba esa balada de Luis Miguel para moverme lento con Paulina, mientras atraía su cuerpo hacia el mío, era un regalo.

La mirada la tenía clavada en la suya. Paulina me la mantenía y eso me fascinaba. Saltaban chispas entre ambos, y cuando nuestros cuerpos se unieron, no hicieron más que acrecentarse.

Me sentía tan atraído por ella… Y notaba que era mutuo. Eso me hacía sentir muy bien. Su sensualidad era total y se dejaba llevar por mis brazos. Las letras también parecían haber sido escogidas a dedo*, "... Y es que no sabes lo que tú me haces sentir..."* Justo eso me estaba sucediendo, que yo mismo era el primero que se había quedado perplejo ante lo que me estaba haciendo sentir ella.

Tonino y Susi se colocaron cerca, casi rozándonos. Vi la cómplice sonrisa de mi primo de reojo, porque la mirada no podía desviarla de Paulina.

Mis dedos, con disimulo, aprovechaban para rozar ese hombro suyo que quedaba desnudo, igual que parte de su espalda. Su piel era fina, mis yemas se deslizaban por ella mientras notaba cómo se le erizaba.

Mis sensaciones eran brutales… Apenas daba crédito a lo que me estaba sucediendo. Notaba el fuerte latir de mi corazón y hasta diría que el suyo latía en la misma frecuencia.

Sacaba su sonrisa y eso hacía que la mía no se borrara en ningún instante. Sus labios, esos que aparecían ante mis ojos de lo más gruesos y jugosos, absolutamente deseables, me resultaban la mayor de las tentaciones.

No me atreví a besarlos porque ella me resultaba demasiado especial para eso. Paulina no era una chica para un simple rollete de una noche, su valor era mucho mayor. Y así se lo estaba haciendo saber mientras la respetaba, a la par que la admiraba.

Mi abuela también pasó por nuestro lado bailando con un señor que podría tener unos veinte años menos que ella, pero no lo parecía porque su aspecto era de lo más jovial. Me guiñó el ojo y me hizo un gesto de aprobación con la mano, en el sentido de que Paulina merecía mucho la pena.

Alonso también se lanzó por fin a la pista con Erica. A mi hermano se le veía entusiasmado con ella y eso me agradaba.

En un momento dado, vi a Tonino comenzando a besar a Susi. Mi espabilado primo aprovechó lo lenta que era la canción para tirarse al ruedo y ese era de los que no paraban hasta asegurarse de salir por la puerta grande.

En cuanto a mí, me bastaba con la sensación de poder ahuecarla en mi pecho mientras nuestros pies seguían el ritmo. Disfrutaba al máximo del baile y no podía evitar pensar que los momentos únicos y maravillosos llegan cuando menos los esperas.

—¿Te está gustando la boda? —le pregunté a Paulina, acercándome un poco más mientras bailábamos lento, y noté un ligero estremecimiento en su cuerpo cuando sintió mi aliento en su oído.

—Me está encantado. Y la compañía es mucho mejor de lo que esperaba que sería —contestó con una de esas sonrisas que empezaban a atraerme como un imán.

—Ya veo. ¿Te refieres a la compañía que tienes en este momento? —respondí con tono juguetón, deslizando las yemas de mis dedos por su espalda mientras nos mecíamos.

—Exactamente —contestó con una sonrisilla que me contagió.

Nos quedamos en silencio mientras la música seguía sonando y no deseaba que acabaran las notas de aquella lenta canción que me permitía tenerla tan cerca de mí, que sentía que nuestros cuerpos se iban a fusionar. La atracción era tan brutal que sentía una especie de pequeñas descargas eléctricas recorriendo cada centímetro de mi piel, dándome vida. Estaba gratamente sorprendido en una boda que superaba con creces todas mis expectativas.

Y continuamos con la fiesta, juntos, y también con nuestros amigos.

Capítulo 7



Paulina

Qué poco podía imaginar cuando Alma me invitó a su boda que allí me llevaría semejante sorpresa. Su hermano Chris no solo era rabiosamente atractivo, sino que había algo en él que me atraía de la forma más poderosa.

Seguro que pensó lo mismo que yo, que vaya suerte la nuestra cuando pidieron aquella canción que nos permitiría bailar tan cerca el uno del otro, como si fuésemos uno solo. Casi podía escuchar los latidos de su corazón. ¿Escucharía él los míos?

No se me ocurría una mejor manera de disfrutar de aquel enlace que ahuecada en su pecho. Aún quedaban muchas sorpresas que irían llegando poco a poco a lo largo de la noche, como nos desveló Alma.

En cualquier caso, era lo de menos. A mí me bastaba y me sobraba con bailar con él. Por supuesto que me hacía la interesante y no entraba al trapo de sus atrevidos comentarios cuando me los hacía, pero en la pista de baile ya no pude disimular; en ella la química se desató entre ambos.

El calor del ambiente parecía volverse más denso con cada paso que dábamos.

Había algo en su presencia que desbordaba calma, pero también una intensidad que me dejaba sin aliento.

—¿No te cansas de mirarme? —le dije en un susurro, para provocarlo un poco.

Chris sonrió, con ese tipo de sonrisa que solo él sabía poner, esa que hacía que el mundo a su alrededor se desvaneciera. Levantó una ceja, desafiándome en silencio.

—¿Es que acaso tú te cansas de sonreírme? —respondió con un tono juguetón, y la chispa en sus ojos no hizo más que aumentar.

Era tan fácil hablar con él, tan natural. De verdad que con él me sentía como si fuéramos un par de viejos amigos, aunque la verdad es que nos conocíamos desde hace poco más de unas

horas.

Me mordí el labio, no por nervios, que nerviosa estaba y mucho ante este hombre que me miraba con tanta intensidad, sino por la sensación que me recorría el estómago, lo que podríamos llamar una multitud de mariposas revoloteando.

—No puedo evitarlo —dije, más para mí misma que para él, sin poder dejar de mirarlo—. ¿Sabías que tu mirada tiene algo peligroso?

Chris soltó una risa suave, casi como si estuviera disfrutando de mi juego.

—¿Peligroso? —Elevó ambas cejas con curiosidad— Yo diría más bien, encantadora.

—A ver, que los piropos nos los dicen las abuelas —reí.

—Y la mía me los dice, ya la has oído, pero yo también me los digo.

—Qué descaro el tuyo —negué con un suspiro.

—Pero te gusta —susurró cerca de mi oído, y eso hizo que me estremeciera.

Me gustaba, sí, no solo porque era un hombre atractivo, sino porque era simpático, tenía un sentido del humor que contrastaba con el mío y, además, se le veía buena persona.

—Ni confirmo, ni desmiento —reí, encogiéndome de hombros.

—Paulina —la sonrisa de Chris seguía ahí, y la forma en que su mirada se hacía más profunda, más intensa, me dejó casi sin aliento y notando que mi piel se erizaba—, me encantas.

¿Y yo qué podía responder a eso? Pues nada, no respondí porque no podía, me había dejado literalmente sin palabras.

De repente, la pista de baile desapareció a nuestro alrededor. Solo estábamos él y yo. El resto de la boda se desvaneció. Era como si el tiempo se hubiese detenido, como si no importara nada más que este momento, nada más que nosotros dos.

Después de aquella primera canción, llegaron otras, y entonces Alma nos invitó a que fuéramos subiendo a esa plataforma de trescientos sesenta grados que captura imágenes en movimiento, y que tan de moda están en todas las bodas actuales.

La idea era ir dando espectáculo con ella. Primero se subieron los novios y se besaron ante los ojos de todos, haciendo muecas y dando lugar a fotos y vídeos de lo más divertidos.

—Será payaso el tío —le decía Alonso a Chris. Parecía estar muy a disgusto con ese, que aquel día se había convertido en su cuñado.

—Por eso no lo digas, que para arriba vamos todos. Alma quiere que subamos.

Los escuchaba divertida por un oído, mientras que por el otro también Susi me estaba contando que se había liado con Tonino, como si no lo hubiésemos visto.

La idea era ir subiendo de dos en dos. Si Alma lo había dejado para ese momento de la noche era porque sabía que, con unas copas de más en el cuerpo, nos mostraríamos mucho más sueltos que sin ella. Y así fue…

Antes de subir, cada uno podía coger distintos accesorios con los que "tunearse" para así hacer más simpático el momento.

Yo me decanté, cuando nos llegó el momento, por una peluca pelirroja de "La sirenita" y hasta por una larga cola de lentejuelas de lo más colorida. Él iba de príncipe y sobre la plataforma derrochamos ingenio, posando como si fuésemos dos personajes de Disney. Había temáticas para todos los gustos, pero la nuestra nos quedó muy bonita.

—Anda que no se te notan las ganas de que esa sirenita pique tu anzuelo —le comentó Tonino cuando bajamos.

—¿Y me lo dices tú? Has sido el primero en tirar la caña, primo.

—El mundo es de los listos, de los valientes y de los rápidos —le aclaró enseguida. Y, sin más, cogió a Susi en brazos, buscando su minuto de gloria en esa plataforma de la cual nos llevaríamos unas fotos y vídeos de lo más cómicos.

Comencé a dar una vuelta con Chris por los jardines. Todo estaba preparado para que no faltara de nada a los invitados, con una barra libre de lo más impresionante, dado que había un barman preparando unos cócteles tan coloridos y espectaculares que nadie se resistía a hacerles una foto antes de comenzar a saborearlos.

Me apetecía quedarme a solas con él, que me contara más cosas, que me provocase, que me tirase de la lengua… Su ingenio era total, pocas veces, por no decir nunca, me había encontrado una combinación de atractivo físico con esa clase de inteligencia tan irresistible, todo en un solo hombre.

Mis ganas de seguir escuchándolo y conociéndolo me llevaron a tomarme otra copa con él mientras que avanzábamos hacia una de las múltiples pijadas que había en esa boda; una enorme fuente de chocolate que iba cayendo piso a piso. En la base, encontrabas todo tipo de exquisiteces, tanto de frutas como de delicias turcas o golosinas, que envolver con el chocolate.

—Es que tengo antojo de dulce —le comenté mientras echaba mano a una de esas delicias turcas.

—Pues un bombón mejor no encontrarás en toda la noche —me soltó mientras se señalaba de cabeza a pies, de lo más cómico.

—¿No estarás pensando en que te dé un lametón a ti? —le pregunté, negando con la cabeza.

—Mala idea no sería, así irías probando el género.

—Me voy a tomar mejor una de estas… —le dije mientras envolvía con mimo la delicia turca en el chocolate.

—Como quieras, pero piensa que las malas decisiones no llevan a nada bueno…

—¿No me digas?

En ese instante, noté cómo el cuerpo se me iba hacia delante y estuve a nada de dejar que el chocolate que iba cayendo me duchara.

—¡Sois peor que niños! —me quejé porque enseguida comprobé el motivo de que hubiese perdido el equilibrio. Tonino y Susi iban correteando, medio piripis ya.

—Un niño le hacía yo a tu amiga del tirón —gritó el muy deslenguado.

Mi amiga iba también descocada perdida, así que más valía que tuviesen cuidado, que esos dos eran capaces de hacerme tía.

Noté la mirada de picardía de Chris y también una sensación caliente en la punta de la nariz. Entonces me di cuenta de que hasta ahí sí que había llegado el chocolate, el cual recogió con mimo con la yema de su dedo corazón.

No exagero si afirmo que sentí fiebre en el momento en el que, desde allí, se llevó el dedo embadurnado de chocolate y lo metió en su boca, esa en cuya entrada se encontraban unos labios tan suculentos como tentadores.

—Te has manchado, preciosa. Suerte que estoy yo aquí…

—Sí, sí, para resolverme la vida.

—Lo haré, como tu futuro marido que soy, ya puedes despreocuparte de todo.

—Y lo más cachondo es que ahora ya vas medio pedo, pero lo llevas diciendo toda la noche.

—Lógico, para que te hagas a la idea. Y que sepas que amenazo con insistir.

—Ten cuidado, que soy una sirenita e igual no sabes por dónde hincarme el diente…

—Créeme que sí sé por dónde lo haría…

En ese instante, sus manos se fueron hacia mi mandíbula y la sostuvieron. Para mí que sí, que tenía muy claro por dónde comenzaría a degustarme… Si no lo hizo fue porque se resistió y para eso tuvo que contenerse hasta el punto de que lo vi apretar mucho los labios. Y más me sentí atraída por ellos.

Su boca no era de este mundo. Por favor, que no me mirara así, porque si no me lanzaba tampoco yo, era porque no me parecía plan, pero no por falta de ganas. En su lugar, fue introduciendo en mi boca aquella delicia turca envuelta en chocolate y noté cómo su libidinosa mirada iba grabando en su mente cada uno de los gestos de mi boca, de mi cara y de mi cuerpo.

En ciertos momentos de la noche, no lo niego, noté que me estaba desvistiendo con la mirada. Y ese fue uno de ellos. Y el hecho de que no cayera sobre mí lo hacía todavía mucho más interesante a mis ojos.

Cuando terminé de degustar aquella exquisitez, me relamí y entonces, con sumo cuidado, retiró también con sus dedos el chocolate que me había quedado en la comisura de los labios.

Por favor, si es que no podía gustarme más. ¿Y qué decir de su sonrisa? Esa estaba a otro nivel. El azul de sus ojos aparecía ante mí cristalino, intenso… Y entonces los apartó para coger otra delicia e imitarme. Cuando creí que abriría su boca para degustarla, comprendí que estaba equivocada.

Fueron sus dedos índice y pulgar los que, en un gesto de lo más erótico, abrieron mis labios, separando el uno del otro. No me estaba besando con sus labios, no había caído en eso, pero sentía como si me besara con sus dedos.

A continuación, abrí la boca y me dio a probar de la delicia turca. Con mis dientes, mordí la mitad y la otra quedó sujeta al palo. La llevó de inmediato a su boca, así la disfrutamos a medias.

A mí se me desbocó el corazón y él… Él entornó los ojos como queriendo parar el tiempo mientras la saboreaba. Creo que tenía la sensación de que me estaba degustando a mí.

La piel me quemaba. Era algo que me resultaba desconocido; la sangre corría caliente por mis venas mientras mis ojos resultaban atrapados por los suyos. Quería volver a bailar con Chris, buscar refugio en sus brazos y sentir su cercanía.

Volvimos a la pista, ya que se había reanudado el baile. Era bachata lo que sonaba en ese momento, y ambos derrochamos sensualidad mientras comenzábamos a dar nuestros pasos al compás. El contacto con su mano me resultaba de lo más sugerente. Por no hablar de esa mirada suya que tenía muy poco que ver con ninguna que hubiera conocido hasta ese día.

Y bailamos, y nos dejamos llevar tanto en ese momento, que estaba disfrutando sin pensar en nada más que en nosotros.

Cuando volví a mirar a Chris, estaba tan cerca que podía oler su perfume, tan masculino y tan adictivo. Su mirada había cambiado, ya no era solo bromista o provocador, sino algo más profundo.

Me sonrojé, y lo vi sonreír de medio lado, como si le gustara ver esa reacción en mí al tenerlo tan cerca. Y en vez de seguir el ritmo, se acercó aún más, dejando que nuestros cuerpos se rozaran. La complicidad en su mirada era evidente. Había algo en sus ojos que me desarmaba por completo.

—¿Qué pasa, Paulina? —me preguntó en voz baja, casi susurrando, mientras sus dedos se deslizaban lentamente por mi espalda.

—Nada, solo que… —me sentí torpe al hablar, ya que mi mente parecía vacía de palabras coherentes. No sabía si era el alcohol o la cercanía de Chris, pero en ese momento me resultó casi imposible articular una frase que tuviera sentido— Creo que me estoy dejando llevar demasiado.

—¿Dejarte llevar demasiado? —preguntó con una leve sonrisa.

Me miró fijamente, y por un momento, el mundo desapareció a nuestro alrededor, haciendo que de nuevo solo existiéramos él y yo. No pude evitar sonrojarme más al darme cuenta de lo evidente que se había vuelto nuestra conexión, esa tensión palpable que crecía entre nosotros a medida que avanzaba la noche.

—Empiezo a pensar que nos hemos hecho los dueños de la pista —reí—. Deberíamos parar un poco.

—Pues yo creo que no, ahora estamos en lo mejor del baile —contestó con una sonrisa de medio lado—. Una más y nos tomamos una copa —propuso, y sonreí.

La idea de bailar otra canción con él me hizo sentir un cosquilleo en el estómago, pero también la sensación de que tenía que divertirme. Había algo que me invitaba a disfrutar sin más, sin pensar en lo que vendría después.

Capítulo 8



Chris

A punto estuve de besarla ante la fuente de chocolate. Ya bailábamos de nuevo y era fuego lo que salía de su cuerpo mientras daba aquellos pasos de bachata.

Alonso y Erica ya no estaban en la pista de baile. Susi y Tonino sí; esos estaban dando la nota, pero en plan gracioso. Mi hermana se mostraba encantada con ellos, y de vez en cuando, me guiñaba un ojo para que los mirase. Allí había tomate del bueno…

Otra de las atracciones de la noche era el toro mecánico. Alma se había reído mucho en uno en cierta boda a la que asistió y no quiso que faltara en la suya.

La idea era que subiéramos de dos en dos, para dar más juego. Las chicas se marcharon antes al baño y me quedé con mi hermano y con mi primo.

—He encontrado a la mujer de mi vida —decía Tonino, quien comenzaba a hacer eses al andar.

Y lo decía convencido, que no había más que ver cómo miraba a Susi, que estaba a unos pocos metros de nosotros, junto a Paulina y Erica.

—Pues ten cuidado, que con la cogorza que te estás pillando, no vaya a ser que la pierdas —le advirtió Alonso, con ese tono de hermano mayor que empleaba con nosotros, aunque en el trasfondo de sus palabras estaba la risilla que evitaba que saliera.

—¿Tú por qué tienes que ser tan perfecto? ¿Solo porque seas un ricachón? —le dijo, volteando los ojos.

—No, no, que mi hermano también tiene dinero y no lo es.

El humor de mi hermano mayor era así, más puntilloso que el mío. De ahí que le tuviese el coraje que le tenía a nuestro recién estrenado cuñado. A mí tampoco me caía bien ni mucho menos, solo que lo disimulaba más. Y el caernos como el culo era mutuo, de ahí a que siguiera sin acercarse a nosotros para nada.

—¿Y entonces qué soy yo, un ricachón frustrado? —respondió nuestro primo con sarcasmo.

—No, hombre, no, que tú también tienes tu buen dinerito en la cuenta.

—Qué guasa tiene tu hermano, primo —me dijo, negando.

—Ya lo conoces, la alegría de la huerta —reí, y Alonso me fulminó con la mirada.

—No me queréis entender, pero os lo digo de verdad, esa es la mujer de mi vida —suspiró.

—¿Y cómo sabes que es ella? ¿Te lo ha dicho ella misma?

—No, Alonso, no me lo ha dicho ella, yo lo siento, primo —se llevó la mano al pecho—, lo siento aquí, en el *cuore*.

—Primo, que igual no es la mujer de tu vida y el *cuore* —dijo imitándolo—, te está diciendo que vayas a revisión de cardiología —soltó Alonso, que cuando quería, el humor sarcástico pasaba a ser un poco más mordaz.

Tonito rebufó al tiempo que volteaba los ojos, y yo empezaba a temer por su integridad porque no quería que se cayera al suelo, que lo veía con varias copitas de más encima.

—¿Qué tiene esa chica que te ha robado el corazón? —le pregunté, porque, que yo recordara, nuestro primo nunca había hablado así de ninguna otra mujer.

—No lo sé, primo, simplemente ella tiene… algo, ¿sabes? —contestó, mirando a ver si encontraba a su chica, a su amada— Es como si ella fuera el sol y yo el planeta, y sin ella estuviese condenado a congelarme —dijo de un modo tan dramático, que parecía sacado de una película.

Mi hermano y yo nos miramos, los dos pensando en lo mismo, y los dos aguantamos las ganas de reír que teníamos en ese momento.

—Primo, eso te ha quedado de lo más poético —le dijo Alonso, que no pudo aguantar la risa por más tiempo.

—¿No os han emocionado mis palabras? —preguntó con el ceño fruncido, considerablemente molesto.

—Ha sonado muy shakesperiano —sonreí.

—Lo que pasa es que no tenéis vivo el corazón, lo metisteis bajo un manojo de llaves, y para abrir eso, os va a costar. Ahora que también os digo, el día que llegue la mujer que os haga sentir latir el corazón con fuerza, os vais a acordar de mí en este momento.

No lo dudaba, porque tanto mi hermano, como yo, ya habíamos pasado por eso y, a pesar de querer encerrar el corazón bajo ese manojo de llaves, si el amor quería encontrarte, lo hacía.

—¿Será posible que esté bailando ahora con sus amigos y no con Alma? A ver si nuestra hermana abre los ojos… —escuché decir a mi hermano en ese momento.

—Si baila con ella, porque baila con ella… Y si no, porque no baila. Me vas a marear, Alonso, ¿tú no estás contento con Erica?

—Sí, sí, la chica es guay y eso. Y también mona.

De su respuesta deduje que a mi hermano le había caído bien y que se estaba divirtiendo con ella, pero que Cupido no revoloteaba por lo alto de sus cabezas. Al menos no de momento, que las cosas podían dar muchas vueltas.

Las chicas volvieron con risillas de esas flojas del baño. Se notaba por sus gestos pícaros que habían estado hablando de nosotros.

Casi cojo al vuelo a Tonino, creyendo que se había caído, cuando me di cuenta de que no, ya que había hincado rodilla a propósito.

—Ven aquí, bombón, que te voy a pedir matrimonio, no quiero que te me escapes —le soltó a Susi.

—¿Qué dices? A mí me tienes que pedir matrimonio con un buen anillo de esos que cuestan un riñón, esto es una chapuza —le aclaró ella, casi hipando también por el efecto del alcohol, haciendo que todos riéramos negando.

—Espera, que seguro que encuentro algo…

Salió corriendo hacia la barra y vino con una anilla que podía ser de una lata.

—Esto solo es un adelanto —le dijo, mientras se lo ponía en el dedo y la besaba, como indicándole que tenía mucha pasión que regalarle.

—Espero que te refieras a un adelanto del anillo, que los banqueros lo vais dando todo, poco a poco, porque vaya churro que me has plantado aquí —volteó los ojos, y Paulina tenía la risilla suelta, porque por más que quisiera retenerla, no podía.

—Yo te adelanto a ti lo que tú quieras.

—Pues eso, eso, ve buscando una…

Todo era muy disparatado entre ellos, pero el buen rollo no podía ser más perfecto. Querían llegar los primeros al toro mecánico y allí la liaron parda.

Mi primo se cayó de espaldas y fue Susi la que se quedó encima, pero entonces él se levantó y, al tratar de subirse, la tiró a ella. Quedó en plancha encima de su espachurrado cuerpo y las carcajadas del resto fueron inevitables.

Cuando nos tocó el turno a nosotros, ayudé a Paulina a subirse. Para ello, tiré suavemente de su vestido hacia arriba y tuve que tragar saliva al ver esa porción de piel que me iba mostrando. Entre las cosas que me atraían de ella estaba que podía hacer de cualquier momento uno increíblemente sugerente.

La agarré fuerte una vez que estuvimos subidos. Primero las embestidas fueron más suaves e íbamos aguantando. Me servían para envolverla con mi cuerpo, no quería que saliera despedida, todo mi afán era protegerla.

Mi hermana me lo notaba en los ojos. Ella era quien iba dirigiendo, quien le decía al encargado que diese con más o menos fuerza. Y noté cómo nos dejó que disfrutásemos de esos vaivenes en los que cabalgué con ella a lomos de aquel toro que terminó por lanzarnos también a ambos, si bien en nuestro caso caímos de costado.

Al levantarnos, mis labios casi rozan los suyos. No fue premeditado, solo cayeron demasiado cerca. Disfruté de ese amago de contacto, dado que faltaron apenas unos milímetros para que los hubiera saboreado.

Tras nosotros subieron Alonso y Erica. Mi hermano era muy caballeroso y la protegió también. Mientras, tenía que reírme con Tonino, quien se estaba acordando de toda la generación del toro, ya que tenía un buen chichón en la frente.

—El jodido toro, que ha querido lisiarme para que no pueda rematar esta noche la faena —le decía embelesado a Susi, quien le daba la razón como a los locos.

La gran sensación la causó mi abuela, como no podía ser de otra manera, ya que ella se subió sola y pidió al encargado un sombrero vaquero con el que derrochó arte. Antes de salir despedida, mi hermano y yo corrimos a cogerla y entonces casi hace una pirueta en el aire.

—Ni en el Circo del Sol hacen esto —afirmaba de lo más satisfecha, mientras recibía un aluvión de aplausos.

La noche seguía. Suponíamos que, a una cierta hora, los mayores se marcharían (salvo la abuela Blanca, que esa tenía cuerda para rato) y nos quedaríamos solos los más íntimos.

Así fue, aunque antes llegó un espectáculo de fuegos artificiales que fue realmente alucinante.

—Tanto derroche para lo que van a durar…

—Alonso, eso nunca se sabe. Por mi parte, si es el hombre que ella quiere, que duren para siempre.

—¿Mi hermanita para siempre con ese carajote? ¿Qué he hecho yo para merecer eso?

—Lo que tienes que hacer es lo mismo que la abuela…

—¿Tirarles los tejos a los camareros? ¿Me has visto pinta de desesperado?

—Que no, que disfrutes de la boda como ella. Mira…

La abuela ya estaba también un poco pasada de copas. Y cuando fueron a tirar los primeros cohetes, decía que quería subir en uno. La tuvimos que aguantar.

—Es que, a mí, lo único que me queda por hacer en la vida es subir al espacio. Y eso lo hago también como Blanca que me llamo.

Alonso puso los ojos en blanco cuando en el cielo quedó escrito un "Tú y yo para siempre, Alma", algo que encargó sin duda nuestro cuñado.

—Y encima la amenaza, en nuestras propias caras, ¿tú te crees que esto es normal? Para siempre, dice el tío…

—El único anormal eres tú, hermano.

Me volví hacia Paulina, que nos escuchaba divertida. La abuela, siempre tan espontánea y llena de energía, no tardó en hacer de las suyas y le comenzó a hablar a Paulina.

—¿Te ha gustado esta boda? Pues mi Chris te podría organizar una mejor todavía, la que tú quieras —le dijo con una sonrisa traviesa, como si estuviera ofreciéndole el mejor trato de su vida. Desde luego, a desparpajo no la ganaba nadie.

Y Paulina, que ya se había acostumbrado en tan poco tiempo a las ocurrencias de mi familia, soltó una risa nerviosa, pero divertida, sin duda, disfrutando de las locuras de la abuela.

—La próxima es la mía con Tonino —le contestó Susi, muerta de la risa—. Ya tengo el anillo, abuela Blanca.

La abuela la miró con esa mirada penetrante y mordaz que tenía a veces, y se rio con una sonora carcajada al ver la mano de esa pobre chica.

—¿Qué mierda es esa? Tonino, como todo lo que tengas para darle a esta chica sea igual que eso, te va a durar un cuarto de hora. Le quitas a una las ganas de ligar… —dijo sin poder parar de reír al ver el anillo de Susi.

—Eso seguro que no, abuela.

—Es verdad, hijo. Me voy, que ahí hay un señor que me está poniendo ojitos.

Nos miramos todos, sorprendidos por la rapidez con la que la abuela cambiaba de tema y, más aún, al ver a quién le hacía ojitos, según ella.

—Pero debe andar por los cuarenta, abuela… —comentó Alonso.

—Y yo también, hijo, y yo también… ¡En cada pata! —gritó mientras se alejaba, guiñándonos un ojo.

Paulina me miró cuando se fue, hablándome de ella.

—Es un personaje tu abuela, de verdad.

—Claro que sí, es la genética familiar. Está garantizada, como el jamón de Jabugo. No me digas que no es un punto más a mi favor, ¿te imaginas los niños tan guapos que nos saldrían? ¿Qué digo, un punto? Eso suma por lo menos cinco…

Paulina no pudo evitar que le saliera una carcajada. La química entre nosotros era tan natural, que ni siquiera teníamos que esforzarnos por encontrar algo de qué hablar.

—Eso, cinco, que por el culo te la hinco —le soltó en ese momento Tonino a Susi.

Suerte que ella estaba ya tan borracha como él y se lo comió a besos.

—Entre los regalos que le haces y las cosas tan románticas que le dices, la tienes en el bote —le comentó Alonso.

—¿A qué sí? A ver si aprendéis los dos, primos… —dijo con un tono tan retador, que hizo que Alonso y yo nos mirásemos riendo.

—¿Para cuándo escribirás un manual, primo? —le preguntó mi hermano— Chris y yo seremos tus primeros alumnos —rio.

—Y después la abuela igual os organiza las bodas, que la veo capaz de eso y más —rio Tonino.

No, entre nosotros nunca faltaban las bromas, y ahora teníamos a tres preciosas y simpáticas mujeres que encajaban en ellas a la perfección.

Los invitados comenzaron a marcharse y entonces, como previmos, nos quedamos los más íntimos, todos jóvenes a excepción de la abuela, que decía que también lo era; joven de alma.

Allí estábamos los amigos de Alex y todos nosotros, con ella.

—¿Y si nos montamos una escenita de esas del "Bar Coyote"? —nos propuso la mujer y las chicas estuvieron de acuerdo.

—¡Del tirón!

—¡Pero le prendemos fuego a la barra también! —propuso ella.

—A tu abuela, lo único que le falta es estar achispada —murmuró Paulina en mi oído. Me resultaba muy erótico que me hablase con esa cercanía, depositando las palabras en él.

—Eso parece…

—¿Te imaginas que tengamos que llamar a los bomberos?

—No, no, que ya estoy yo aquí para apagar tu fuego…

Y casi tengo que hacerlo de verdad, porque cuando les dio por subirse a la barra, fuego real no le prendieron de milagro… Quien cogió las botellas para hacer el jueguecito fue Susi, con la mala suerte de que una salió despedida e impactó contra Tonino.

Mi primo cayó con los ojos cerrados, diciendo que lo había matado, pero cuando lo levantamos entre Alonso y yo, los abrió como platos al ver el plan… La abuela bailaba y también hacía su numerito, pero tanto Susi, como Erica y Paulina, comenzaron a moverse de una forma tan ardiente que sentí que me quemaba por dentro.

Los ojos los tenía puestos en ella, en Paulina, imaginando que ese baile lo hacía solo para mí, en privado, regalándome los ojos con su sugerencia al compás de aquella música que incitaba al pecado.

Me hubiera quemado en el mismo Infierno por pecar así con ella, quien resbalaba por la barra… La habría atrapado entre mis brazos para hacerla mía, aunque lo más curioso del caso era que no solo me atraía su poderoso exterior, sino ese interior que me empujaba a querer saber más y más de ella, a reír con sus bromas irónicas y con esa supuesta despreocupación con la que contestaba a todas mis provocaciones.

Su baile me puso al rojo vivo. Mis ojos empezaban y acababan en su cuerpo. Las sensaciones que me provocaba eran electrizantes y amenazaban con convertirse en adictivas.

Si hubiésemos estado solos… La habría hecho arder en mi propio fuego en ese instante y sobre aquella barra.

Tras el baile seguimos charlando y bebiendo, porque no quisimos movernos de allí hasta que las primeras señales del amanecer nos dieron a entender que todo tiene su final y que había llegado el de aquella boda tan sorprendente e intensa para mí.

Susi y Paulina se marcharon en el mismo taxi. Tonino le mandaba besos a “su prometida” y ella los cogía en el aire. Con la otra mano, le indicaba entre risas borrachas que le bombeaba el corazón. El mío también bombeaba, la presión que sentía en el pecho no era habitual en mí.

No quedé en nada concreto con Paulina, aunque sí que hubo intercambio de teléfonos y nos comentamos eso de, “seguimos en contacto”. Esa frase muchas veces es una excusa para no verse más. No, en nuestro caso, no, al menos por mi parte, porque, mientras el taxi comenzaba a rodar, la idea de que deseaba volver a verla se hacía más firme en mi cabeza.

No soy un enamoradizo, no me quedo colgado de las mujeres con facilidad. Lo de aquella noche no me había ocurrido nunca. Y tenía que saber dónde me llevaría.

Capítulo 9



Paulina

Llegué a casa de mis tíos Luis y Lola con una sonrisa amplia en el rostro, lista para disfrutar de una tarde de risas, anécdotas y comida casera, algo que me encantaba compartir con ellos.

No me cansaría de decir que mis tíos eran como unos segundos padres para mí, aunque más bien, deberían estar catalogados como los principales, dada la ausencia de los míos. De ellos me gustaba ver que eran un matrimonio feliz que, a pesar de llevar años juntos, aún tenían esa chispa de novios que hacía que todo fuera más cálido.

Al entrar, la casa estaba llena del aroma del guiso casero, ese tipo de comida que solo las abuelas sabían hacer, pero que Lola había perfeccionado a lo largo de los años. Los encontré en la cocina, tomando un vinito, como decía siempre mi tío.

—¡Papás! —grité con ganas al entrar, y los dos se rieron, como siempre.

—Mi niña, pero qué guapa estás —dijo mi tía, dándome un cálido abrazo y un beso.

—Tú sí que estás guapa —sonreí.

—Ven aquí, pequeñaja —mi tío ya estaba con los brazos abiertos, y me estrechó entre ellos con ese amor infinito que sentía por mí, y era mutuo.

No tardamos en ir a la mesa para disfrutar del guiso de la tía, nos sentamos copa de vino en mano y, como siempre, la conversación entre los tres comenzó a fluir.

—¿Qué tal la boda, Paulina? —preguntó mi tío, y estaba segura de que habían visto las fotos de Susi y mías en redes.

—Fue precioso todo, se notaba el mimo y la dedicación que le había puesto Alma a cada detalle. Y el amor entre ellos… —sonreí— Ese era más que visible para todos.

Y les conté todo, lo mucho que nos reímos Susi y yo con Erica y los chicos, que ellos nos cayeron genial y que pasamos una boda de lo más entretenida sin parecer un par de extrañas

entre los familiares de los novios, pero nada del hecho de que Chris me hubiera llamado la atención del modo que lo hizo.

—Las bodas siempre tienen algo inesperado, ¿no? Pero las más divertidas suelen ser las que no salen como esperábamos. Lo importante es que la pareja esté feliz. Ya sabes, el amor siempre lo puede todo —dijo mi tía, que en el fondo era un poco bruja y seguro que, por mucho que yo hubiera intentado no hacer ver nada sobre Chris, ella debía tener alguna sospecha.

—Eso me recuerda a cuando nos casamos —dijo mi tío—. Tu tía me dio un buen susto porque el anillo de bodas se le quedó en el cajón. ¡Menos mal que lo descubrimos justo antes de la ceremonia!

Me reí al imaginar a mi tío en busca del anillo como si fuera Gollum.

—¡No me digas que no lo tenías listo!

Y mi tía, que había estado escuchando atentamente, levantó la mano y dijo con tono serio, pero entre risas:

—Yo lo tenía listo, pero no lo encontré. ¡El único anillo que no se puede perder y ya sabes cómo soy para las fechas! Los nervios me jugaron una mala pasada.

—Sí, sí, y eso que llevábamos meses planificando la boda —dijo mi tío, volteando los ojos—. En cuanto tu tía se pone nerviosa, ya no sabe ni lo que tiene en la mano. ¡Parecía que íbamos a casarnos sin anillo!

Los miraba, divertida y a la vez admirada de cómo los años no les habían robado la chispa. Estaba claro que entre ellos había una complicidad única. Era esa relación que todo el mundo deseaba tener: llena de risas, cariño y respeto.

—Por cierto, me acabo de acordar. El próximo mes es vuestro aniversario de boda, ¿verdad? —comenté con una sonrisa cómplice— ¡Así que deberíais hacer algo especial!

Mis tíos se miraron con una expresión que reflejaba esa mezcla de emoción y nostalgia que suele acompañar a los aniversarios.

—Ya estamos pensando en algo —contestó mi tío—. Pero no tenemos nada claro. Quizás una cena, una pequeña escapada. No sé, algo diferente.

—¿Y por qué no algo más… romántico? Un destino en el que podréis disfrutar los dos, sin preocupaciones, sin tener que pensar en nada más que en estar juntos.

Mi tía frunció el ceño, intrigada, mientras dejaba la copa de vino en la mesa.

—¿Algo romántico? Como, por ejemplo, ¿dónde? —preguntó.

—¿Qué tal, París? ¡La ciudad del amor! O tal vez… ¿Italia?

—Yo voto por París —dijo mi tía con una amplia sonrisa—. Siempre he querido ver la *Torre Eiffel* iluminada de noche, o pasear por *Montmartre*.

—La tienes casi convencida, tío —reí.

—Pues me gusta la idea de unos días París. Es cierto que nunca hemos hecho un viaje como ese.

—Tal vez sea justo lo que necesitamos. Un cambio de aires, disfrutar de algo nuevo y diferente.

—¡Y no os preocuparéis por nada! Yo me encargaré de buscar todo. Vuestro único trabajo será disfrutar.

—Hija, no hace falta, nosotros lo buscamos.

—Que no, tío, que yo me encargo, que os prometo que voy a encontrar el mejor alojamiento, ya verás.

—¿Qué opinas, Lola? —le preguntó.

—Creo que es una idea maravillosa. Y cuando llegue ese día, nos olvidamos de todo lo demás. Solo nosotros dos. Como en nuestros primeros días.

Observé a mis tíos y sentí una cálida sensación de felicidad al ver cómo la chispa de su amor aún brillaba con la misma intensidad de siempre. Después de todo, si algo había aprendido de ellos, era que el amor no era solo un sentimiento, sino una decisión diaria.

—Pues ya sabéis. París os espera —dije con una sonrisa de satisfacción.

Y mientras la conversación continuaba entre risas y aviones, me di cuenta de que, en el fondo, lo que realmente importaba no era el destino ni el viaje, sino la compañía. Y con esa compañía, cualquier lugar se convertiría en el rincón más romántico del mundo.

Después de un par de horas llenas de risas, historias y comida deliciosa con mis tíos, me despedí de ellos con un abrazo apretado y una promesa de volver pronto. La tarde había sido perfecta, pero había algo que ni el buen humor de ellos ni la conversación hicieron que me alejara.

Cuando llegué a casa, dejé las llaves sobre la mesa de la entrada y me quité los zapatos, disfrutando del silencio de mi hogar. La luz de la calle se colaba a través de las ventanas, proyectando sombras suaves que daban un aire acogedor al salón.

Suspiré mientras me dejaba caer en el sofá y, casi sin pensarlo, cogí el móvil.

Un impulso me llevó a desbloquear la pantalla y, sin querer, los dedos se deslizaron hasta el nombre de Chris.

Chris… ¿Cómo podía olvidar a ese hombre? En cuanto nuestras miradas se cruzaron, noté algo, además de ser consciente de lo nerviosa que me ponía.

Me gustaba y no era solo por su atractivo, su sonrisa encantadora ni el brillo de sus ojos, no. Era la forma en la que la conversación había fluido entre nosotros de manera tan natural que era como si lo conociera de toda la vida.

Pasaba el dedo por la pantalla del teléfono, dándole vueltas a la idea de escribirle. Pero… ¿Qué podía decirle? ¿Cómo comenzaba? *"Hola, ¿cómo estás?"*. Parecía demasiado convencional, soso y simple.

Suspiré dejando el móvil sobre mi vientre y su rostro llegó a mi mente, esa mirada, esa sonrisa, el modo en el que me llevaba en cada baile, y cómo mi piel se erizaba cuando me tocaba, tal como lo hacía ahora con solo recordarlo.

Había algo en Chris que me había intrigado profundamente, y no solo por su apariencia. Había algo en su forma de ser, en su manera de escucharme, que me había dejado pensando en él, más de lo que había querido admitir.

Volví a mirar la pantalla del teléfono. Seguía con la duda de si escribir o no, y al final comencé a teclear.

Pero lo borré. Y comencé de nuevo, sí, y lo volví a borrar. Nada me parecía adecuado, nada era un saludo natural ni sonaba como si fuera un telegrama escueto y sin emoción.

No me gustaba nada de lo que escribía, por no hablar de que seguía preguntándome qué pensaría él al verlo.

Porque tal vez solo estaba en mi cabeza el hecho de que hubiera una conexión entre nosotros, que solo yo viera la química, que el modo en el que Chris me miraba podía no ser más que producto de mi imaginación o del alcohol que había bebido durante toda la boda.

Quizás solo había creído ver algo entre nosotros y no una conexión real. Tal vez el modo en el que me dio a comer aquel dulce, de esa manera tan sensual, casi erótica, la había soñado yo allí mismo, borracha y sentada en un rincón de las bodegas.

Dios mío, empezaba a desvariar, se me estaba yendo la cabeza de una manera…

Pero es que no podía dejar de pensar en el hecho de qué pasaría si él no sentía lo mismo, no quería enviarle un mensaje y resultar un poquito patético.

Y no, no quería arriesgarme a ser rechazada, a que pudiera decirme que lo que pasó en la boda no fueron más que unos juegos y coqueteos sin más entre dos adultos. Pero la idea de dejar pasar una oportunidad que podría ser única también me hacía pensar.

Y volví a escribir y a borrar unas veinte veces más, hasta que desistí por completo porque realmente no sabía qué podía escribirle.

Capítulo 10



Chris

Habían pasado unos días desde la boda de mi hermana pequeña, y no me la podía quitar de la cabeza…

No, la boda en sí, no, sino a ella, a la mujer que consiguió hacer de aquel día, uno mucho mejor de lo que habría esperado.

Cada una de sus risas, cada uno de los gestos de Paulina, cada una de sus palabras… Todo iba en la misma dirección: no es que quisiera, es que necesitaba volver a verla.

Aquella chica me había calado hondo, había dejado una huella en mí, mucho más profunda de lo que estaba dispuesto a admitir. Sabía que no era algo pasajero, un simple flechazo o una mujer para una sola noche, era algo más que eso.

No solo me atraía su belleza, sino su energía, la manera en la que se reía de todo, y yo no podía dejar de pensar en ella.

Ese día quedé con Alonso para almorzar. Tenía ganas de contarle, de desahogarme con alguien, hablar de todo lo que me rondaba por la cabeza.

Lo cité en un restaurante en el que solíamos vernos a veces y allí estaba ya esperándome.

—¿Qué sabes de la parejita? ¿Hay ya noticias de un posible, y deseado, divorcio? —me preguntó, mirándome con la ceja arqueada.

—¿Quieres dejar a nuestra Alma que disfrute de su luna de miel? ¿O tengo que recordarte que tú ya disfrutaste de la tuya?

—Porque no sabía el resultado que, si no, me tiro por la borda del crucero y vuelvo a nado.

—Y luego dicen que los brutos, los que más ponen a las mujeres, son los *Highlanders*, poco te conocen a ti…

—Sí, sí, esos son señoritas a mi lado, señoritas con falda —soltó mientras se llenaba la copa de vino—. ¿Y a ti qué te pasa?

—¿Por qué lo dices?

—Porque te mueres por contarme algo. Suéltalo ya. Es por Paulina, ¿a qué sí?

Y juro por Dios que noté mi corazón dar un vuelco. Cómo me conocía, por favor. Y sonreí, pero estaba claro que nadie iba a poder leerme la mente como lo hacía él.

—Sí, es por ella. Me he quedado muy impactado con esa chica, tengo ganas de conocerla.

—Ya lo veo, ya… ¿Y tienes algún plan o debo iluminarte?

—Te veo especialmente irónico hoy, ¿o es cosa mía? —respondí, pero mi hermano me estaba poniendo nervioso.

—Será, será, que debes estar muy susceptible —se echó hacia atrás para dar un trago al vino.

—Claro, será eso, que me habrá bajado la regla. Quiero escribirle y volver a quedar con ella. Tengo que saber si la he idealizado en mi cabeza, entre tanta copa y tanto baile, o si es así de atrayente al natural.

—Yo me iría pidiendo unos mejillones, pero mejor al vapor que al natural… —dijo el muy capullo, con una sonrisa burlona.

—A ti no te veo muy entusiasmado con Erica, ¿no? —si quería picar, aquí podíamos picar todos.

—No, no es mala chica, pero tampoco mi tipo.

—Pues pienso que Paulina sí es el mío. Cuando nos caíamos del toro mecánico y casi rozo sus labios… Joder, hasta he soñado esta noche con ese momento, para que te hagas una idea.

—Estás fatal —negó con la cabeza.

—Fatalmente ilusionado. La voy a llamar, quiero volver a verla.

—Otro como Tonino —sonrió, negando al tiempo que se cruzaba de brazos.

—Oye, ¿qué sabes de él?

—Poca cosa, aparte de que todavía le dura la resaca. Menudo show el que montó, aunque Susi se las pintaba sola para seguirlo.

—Y ese fue el que se atragantó cuando le dijimos que de una boda puede salir otra.

—Sí, un poco más y sale casado de allí también.

—Se les veía bien, a ver si le cuaja.

—Y a ver si ella se ha podido sacar la mierda esa de anilla que le colocó en el dedo. ¿Te imaginas que lo demanda si no?

—Tú siempre pensando en cosas positivas —volteé los ojos—, en lugar de pensar que el amor puede ser muy bonito.

—Por nuestra experiencia, saqué claro que es precioso.

—No siempre tiene por qué ocurrir igual.

—Claro que no. Puede ser peor, mira nuestra hermana, esa se divorciará mucho antes que nosotros.

—Apuesto a que tienes guardada una botella del mejor champán por si eso sucede —suspiré, sonriendo al ver su cara.

—Di mejor para cuando eso suceda, porque es un hecho.

—Le levantas el ánimo a un muerto, ¿estás de capa caída o qué te pasa?

—No, estoy bien. Mira, se me ha ocurrido un proyecto que…

Alonso estaba muy centrado en nuestro trabajo. Yo también, aunque debía reconocer que en esos días estaba incluso algo desconcentrado. Paulina había pasado por mi vida como un huracán, arrasando. Una sola noche le sirvió para poner mi corazón patas arriba. Y por mucho que lo sacudía, no veía la forma de volver a recolocarlo. Quizás ella pudiera hacerlo.

—Oye, ¿me estás escuchando? —me comentó unos minutos después.

—Que sí, que sí.

—Pues parece que estás carajote, Chris, a ver si es contagioso y te lo ha pegado el cuñadito.

—Joder, me encanta que me compares con él, con el aprecio que le tienes.

—Solo digo lo que veo. A ver si estás a lo que tienes que estar.

Me centré porque si no, lo sacaría de quicio, aunque mi mente estaba más en la forma en la que me las ingeniaría para volver a quedar con ella.

En mi mente daba vueltas la idea de si Paulina se estaría acordando igual de mí, de si se habría sentido tentada o no de escribirme… Me encantaría pensar que era así, porque lo que vi en sus ojos fue muy similar a lo que le mostraron los míos.

Mientras escuchaba a mi hermano, o mientras hacía como que lo escuchaba, vi sentarse a una pareja en la mesa de al lado y sonreí internamente. No estaba buscando el amor, jamás me pareció que tener pareja fuese necesario para encontrarme bien, pero ella había despertado algo en mí que llevaba mucho tiempo dormido; las ganas de conocer a alguien en profundidad.

Me hacía muchas preguntas al respecto de dónde andaría en ese momento o cómo ocuparía sus días. Deseaba escuchar una de sus ocurrentes salidas o que tratase de esquivar las balas que le lanzaba y que, en el fondo, le gustaba recibir.

Tenía que verla y debía hacerlo pronto. No existía ninguna razón para que dejara enfriar unas sensaciones de las que tenía la certeza de que fueron mutuas y sorprendentes para ambos.

Mi hermano carraspeó y entendí que lo estaba cabreando.

—Que sí, que sí, que te estoy escuchando.

—Tú, al que estás escuchando, es al descerebrado de tu corazón, que te está aporreando el pecho. A mí también me dan ganas de aporrearte.

Sí, me estaba dejando llevar por él, ese corazón mío hacía tiempo que no latía con tanta intensidad y no deseaba que se oxidara. No cuando la vida te da sorpresas del tipo de la que me llevé con Paulina.

—Te veo diferente, hermano —dijo con una mirada suspicaz—. Oye, si realmente te gusta esa chica, no pierdas el tiempo. Lo que quieras hacer, hazlo. Hazlo ya.

Me quedé en silencio. Alonso era quien mejor me conocía, y siempre que me veía con dudas por algún tema, aportaba su sabiduría de hermano dos años mayor y me daba el pequeño empujón que me faltaba.

Me despedí de él un rato después, se fue gruñendo un poco debido a que no le hice demasiado caso. Éramos ambiciosos, ya lo comenté, pero el dinero lo teníamos en grandes cantidades y, sin embargo, quizás Paulina pudiera enriquecer mi vida de otra manera.

Y mientras conducía me preguntaba si estaba actuando con sensatez o si, simplemente, me había dejado llevar por una ilusión que podía acabar en nada. Pero no me importaba. Había algo en Paulina, algo en su forma de ser, que había encendido una chispa dentro de mí que no podía apagar.

Cuando llegué a casa, me senté en el sofá y dejé que mi mente vagara por los recuerdos de esa noche. Los recuerdos de su risa, de sus ojos brillando mientras competíamos en ese absurdo toro mecánico, de su forma de moverse al ritmo de la música… Cada gesto suyo se había quedado grabado en mi memoria.

Sacudí la cabeza, intentando salir de ese trance. No sabía qué me pasaba ni qué tenía ella que no hubiera tenido ninguna antes, para que estar así. Necesitaba saber si lo que sentí en esos breves momentos tenía algún tipo de fundamento o si solo había sido el calor de la fiesta, el

alcohol, la emoción del momento.

Tanteé el teléfono en mi mano. Mi pulgar recorría la pantalla, abriendo la aplicación de mensajes. Paulina. Ahí estaba, en la lista de contactos.

No me atreví a tocar la pantalla al principio, pero al final lo hice. Mi dedo tembló por un segundo, antes de escribir el primer mensaje.

Chris: *Hola, Paulina… ¿Cómo estás?*

Me quedé mirando las palabras escritas. ¿Qué se supone que debería escribir? No quería parecer demasiado directo, ni mucho menos desesperado. Pensé en añadir algo casual, algo que nos conectara de nuevo, pero me estaba costando añadir algo más y no sabía por qué. Si sólo había sido una noche. Una noche. Eso era lo que tenía que recordar.

Me quedé mirando el mensaje durante varios segundos, dudando. ¿Estaba repensando las cosas? ¿Debería ser más directo? Finalmente, lo borré.

Cogí aire, pensé en qué escribir y entonces una pregunta me vino a la mente.

¿Y si ella ya ni siquiera se acordaba de mí?

Frustrado, volví a empezar.

Chris: *Hola, Paulina, soy Chris, el de la boda… No sé si te acordarás de mí, pero me lo pasé genial esa noche. ¿Cómo va todo?*

Lo volví a leer. Por Dios, ¿quién en su sano juicio escribiría algo tan insulso? El tono era demasiado informal, casi como si no me importara si me respondía o no. Y si se lo mandaba, ¿qué pensaría ella de mí? Me veía a mí mismo como un idiota por pensar tanto en una simple conversación.

Otro mensaje borrado.

Decidí intentar otra vez, pero esta vez, en lugar de intentar ser tan "natural", me planteé algo un poco más valiente.

Chris: *Paulina, no sé si te acordarás de mí, pero… no he dejado de pensar en esa noche. Me gustaría volver a verte. ¿Te apetecería?*

Puse los dedos sobre el teclado y miré lo que había escrito. La ansiedad se apoderó de mí. ¿Era demasiado directo? ¿La estaba presionando? ¿Se iba a asustar?

Nada, otro texto que borraba.

No podía con eso. ¿Por qué me costaba tanto? La imagen de su sonrisa seguía invadiendo mis pensamientos, como si se tratara de una canción pegajosa que no podía sacar de la cabeza. La

había idealizado, lo sabía. Pero… ¿Acaso no era eso lo que todos hacíamos cuando conocíamos a alguien que realmente nos interesaba?

El teléfono en mi mano se sentía más pesado que nunca. Miré la hora. Eran ya casi las diez de la noche. El día llegaba a su final y yo seguía aquí, pensando en qué me pasaba con esa mujer y en si escribirle un mensaje o no. Dios, si me viera mi hermano Alonso, pensaría que soy un adolescente.

Suspiré y me dejé caer contra el respaldo del sofá. Ya no sabía qué pensar. Quizás no debería escribir nada. O quizás tenía que ser valiente y, simplemente, mandarle el mensaje sin pensarlo más.

Capítulo 11



Paulina

Una semana había pasado desde una boda que había marcado un antes y un después en mi vida.

Durante este tiempo no había podido resistirme a la tentación de buscar información sobre él por todos los lugares de internet. La realidad es que pude obtener pocos datos, ya que no era muy dado a tener una vida social pública.

Se decía que tenía una fortuna que, tanto a él como a su hermano, los posicionaban entre los hombres más ricos del país.

Había tenido la esperanza de haber recibido algún mensaje de Chris, pero conforme iban pasando los días, esas ilusiones se iban desvaneciendo por completo.

Susi seguía mensajeándose con Tonino cada día y habían salido un par de veces a cenar durante estos días. Los envidiaba, pero me alegraba un mundo por mi amiga que se merecía vivir tan dulce momento.

Salí a la calle a disfrutar un poco de la mañana del sábado en la que me gustaba hacer las compras. Lo hice en mi coche, ya que la zona donde estaba el mercado y mi panadería favorita me pillaba un poco lejos como para venir cargada como una mula.

Lo primero que hice después de haber estacionado en el mismo parking de pago de la plaza fue dirigirme a comprar el pescado. Pedí un puñado de gambas, otro de chocos, unas almejas, y le pedí que me troceara para freír una lubina y una merluza.

Luego me fui a la zona de la carne donde compré también varias cosas para las comidas de esta semana y, por último, me hice de la verdura.

Llevé todo hasta el coche para poder seguir comprando cómodamente en la plaza, ya que me faltaba el pan de campo hecho a la leña que me gustaba comprar de vez en cuando. Todo esto era costumbre adquirida de acompañar a mi abuela todos los sábados a proveerse de productos frescos para toda la semana y de ahí que aprovecháramos para comprar este pan que, además de

ser una delicia, duraba varios días.

Después de comprar el pan, me paré ante un puesto de flores y me animé a comprar algunas silvestres que me llamaron la atención y con las que me hicieron un ramo. Eran tonos blancos con ramilletes verdes intercalados. Quedó una monería para el jarrón de cristal que tenía vacío sobre la mesa del porche.

—Así que eres de las que te autorregalas flores —escuché esa voz que tanto anhelé escuchar estos días y casi tuve que contener la respiración antes de girarme mientras soltaba el aire.

—Chris, qué sorpresa verte por aquí.

—Entonces lo he conseguido. Eso pretendía —me acarició la mejilla mientras sonreía.

—¿Sabías que estaba aquí? —pregunté sorprendida.

—Me enteré por casualidad —carraspeó—. Estaba desayunando con Tonino cuando le dijo a Susi que viniera contigo a desayunar, pero ella le contestó que acababas de salir hacia la plaza como cada sábado —carraspeó.

—¿Y para qué quería Tonino que yo fuera a desayunar con ellos?

—Pensó que te resultaría una sorpresa encontrarme allí —su media sonrisa y su manera de mirarme me hacían sentir que estaba en otro mundo.

—Te puedo invitar a comer si quieres. He comprado varios manjares que ya guardé en el coche —dije mientras observaba cómo me quitaba el pan y las flores de la mano.

—¿Me estás invitando a tu casa? —carraspeó— Me sorprende. Yo compro el vino.

—No te hagas ideas raras —volteé los ojos siguiéndolo—. ¿Has venido en tu coche?

—No, me trajo Tonino.

—Vamos en el mío, entonces.

No sé si fueron las ganas, los nervios o lo que sea, pero lo había invitado a comer casi por inercia, sin tan siquiera pensarlo, pero, ¿qué tenía que pensar cuando llevaba toda la semana deseando tener un encuentro con él?

—Conduce tú —le pedí, dándole las llaves, ya que me temblaban las piernas y me veía empotrándome con todas las columnas del parking, liándola parda.

—¿Segura?

—Claro —sonreí, dirigiéndome al lugar del copiloto.

Dejó el pan y las flores en el asiento de atrás junto a las demás bolsas y le dije dónde vivía. Obviamente, conocía el camino porque nuestra ciudad era pequeña y era fácil conocerla entera y más cuando eres de aquí.

Paró en una tienda especializada en vino y bajó rápido a coger un par de botellas, dejando el coche en carga y descarga. Ya lo movería yo si venía algún vehículo autorizado para esa zona.

Sacamos las cosas del coche, pero no me dejó coger más que las flores. Cosa que me venía bien para ponerlas ya en el jarrón del porche.

—Me gusta —decía mirando hacia la casa del jardín—, pero a este lado le falta una piscina rinconera con una cascada —me aconsejó mirando hacia el lugar en el que la pondría.

—Tengo pensado hacerla, pero si te digo la verdad, llevo aquí poco menos de un mes y lo que menos me apetece ahora es aguantar una obra —sonreí, dejando las flores sobre la mesa y cogiendo el jarrón para echarle agua.

Le hice un recorrido por la casa y alababa en todo momento mi buen gusto.

Abrió la botella de vino después de ayudarme a sacar todo de las bolsas y colocarlo en su sitio. Le gustaba mucho mi cocina.

Comencé a preparar los champiñones para hacer un revuelto con las gambas. Me comentaba sobre Alma y su luna de miel, que habían ido a un safari por Kenia y luego se iban a una playa de la isla de Mauricio.

A la vez iba haciendo también las almejas al vino con trocitos de jamón serrano y unas tostas pequeñas de anchoas con pimientos de piquillo. Estaba segura de que le iba a encantar.

—Me gusta cómo cocinas —murmuró, apoyado sobre la encimera con los pies cruzados y copa en mano.

—Tiene buena pinta, sí. La cocina es algo que me apasiona y a la que le dedico su tiempo al menos dos veces en semana para prepararme los platos con mucho cariño —sonreí.

—Me hace gracia eso de dos veces a la semana —levantó la ceja con la sonrisa de medio lado y esperando una aclaración por mi parte.

—Los sábados suelo hacer varias comidas. Hoy no cuenta, ya que tengo a un intruso en mi casa, pero era mi intención —me reí viendo su sonrisilla y su expresión de escucharme atentamente—. Y luego el martes o miércoles hago lo mismo y cocino para varios días.

—Que me quede claro —se puso derecho mientras me miraba con la sonrisa fija y su mirada puesta en mí—. Por un lado, me has dicho que te he cambiado los planes dado que hoy pensabas hacer comidas, cosa que te invito a hacerlo que gustosamente te acompaño y te ayudo, pero no solo contenta con eso, me has llamado intruso, cuando te recuerdo que tardaste menos de treinta segundos en invitarme a comer —carraspeó—. ¿Tú tienes claro la gravedad de tus palabras? —

Se acercó demasiado y podía notar cómo mi corazón bombardeaba.

—No he querido decir eso —murmuré antes de tragar saliva.

—¿Y qué has querido decir? —me mordisqueó el labio inferior y noté cómo se iba vaciando el aire de mis pulmones.

—Que es buena idea que preparemos algunas comidas y así te puedes llevar alguna porción. Pero eso luego, ya están los platos listos. ¿Los sacamos al jardín?

—No hasta que me des un beso —me hizo un guiño.

—No beso hasta que follo y compruebo que el género es bueno —murmuré y cogí la bandeja corriendo para sacarla al porche.

¡Uy, lo que le había dicho! Juro por mi vida que eso era producto de los nervios. Le quería soltar una gracia, pero me había pasado tres pueblos. Eso era por culpa de mi amiga Susi, que era una deslenguada. Desde luego que a él lo dejé con la risilla suelta y siguiéndome con la cubertería.

—Entonces que me quede claro —decía mientras poníamos las cosas sobre la mesa—. ¿A mí para qué me has traído a tu casa, para comer o para follar? Es que me has dejado con la duda —se encogió de hombros y negó.

—Yo es que hasta que no me regalan flores, bombones, un caprichito y unos buenos libros, como que no me dan ganas de follar.

—Eso con *Amazon Prime* en dos horas está solucionado —contestó, mientras nos sentábamos y a mí se me escapó una gran carcajada.

—Muy buena esa, sí señor.

—Así que eres periodista, *influencer*, ordenada y te calma que el blanco esté muy presente en tu vida. Tienes veintiocho años, tres propiedades en esta urbanización y no creías en el amor hasta que me has conocido a mí.

—Eso último te lo has inventado —me reí.

—Sabes que no, que de algún modo es así. Por cierto, me has enamorado el estómago, tienes una mano increíble en la cocina.

—Gracias —me reí, negando. Me encantaba la seguridad que se gastaba y la manera de dejar caer las cosas—. Por cierto, ¿qué tal tu abuela?

—Al día siguiente ya estaba dando guerra como si no hubiera pasado nada y eso que se bebió hasta las sobras de los invitados. Tiene una vitalidad que ya la quisiera yo para mí.

—Ya te digo, yo tardé dos días en recuperarme y aún siento los estragos.

Con Chris era como si lo conociese de toda la vida y me sentía cómoda y segura junto a él, pese a todo ese nerviosismo y sonrojos que conseguía sacarme. Desde la boda y todos esos momentos que pasamos juntos, se había quedado en mí una sensación de lo más bonita.

—¿Y qué planes tienes para este verano?

—Pues ni idea, vivo improvisando —le confesé—, pero se me pasó por la cabeza escaparme algunos días por algún lugar del mundo. Lo cierto es que amueblar la casa, la mudanza e instalarme aquí no me dio tiempo para pensar mucho. ¿Me vas a proponer algo? —pregunté, descarada.

—Te podría proponer muchas cosas…

—¿Cómo, por ejemplo…?

—¿Qué te gusta más, el mar o la montaña?

—Si no me gustase el mar, tendría un problema, ya que vivimos en la playa —me reí—. Pero si me tuviera que evadir, preferiría la montaña, ya que el mar lo tengo a dos minutos andando.

—¿Y si te propongo unos días en una villa en la montaña en un entorno único e irrepetible?

—Suena muy bien.

—Se lo podemos proponer a Susi y a Tonino.

—No sé si ella podrá. Todo es cuestión de preguntárselo —respondí animada—. Su padre lleva tiempo animándola a que hagamos una escapada.

—Invítalos a que traigan unos dulces para merendar y salimos de la duda.

Ni me lo pensé y la llamé cuando él fue a la cocina por más vino.

—Mi mejor amiga llamándome —dijo con una sonrisilla—. ¿A qué debo el honor?

—Además de para saber cómo estás, para ver qué haces.

—Pues mira, aquí, comiendo con Tonino en un restaurante asiático, nena, me estoy poniendo… Y él está más contento que unas castañuelas —contestó, y de fondo escuché la risa del primo de Chris—. Y, por cierto, me ha dicho un pajarito, un estornino —me salió una risilla mientras que a Tonino le salía una carcajada al escuchar ese doble juego de palabras—, que alguien te ha invitado a desayunar.

—Bueno, no ha sido así y lo sabes —reí—. Vino a buscarme por casualidad, que no lo ha sido tanta —la escuché carraspear—, y al final hemos venido a comer a mi casa.

—Espera, ¿está en tu casa?

—Sí.

—Y ha habido comida y postre, o solo comida —curioseó.

—Susi, por Dios —reí, nerviosa.

—Solo comida entonces, bueno, ya os comeréis el postre con más ganas.

—La madre que te parió, en serio, no puedo contigo —reí—. Que yo te llamaba para algo serio.

—¿Cómo de serio? ¿Nivel del uno al diez?

—Diez, me estoy muriendo.

—Hija de tu difunta y pécora madre, eso no se dice, ¿eh? ¿Qué quieres, que me dé un infarto? Tus muelas, niña.

—Tú has preguntado —me encogí de hombros, aunque no me veía.

—Vale, no es tan grave. ¿Qué pasa?

—Veniros a casa y os contamos —dije.

—Cuánto misterio.

—No es misterio, boba, es que así nos vemos un ratito —sonreí.

—Venga, me has convencido. En cuanto acabemos con todo lo que hemos pedido, vamos para allá.

—Perfecto —nos despedimos y colgué.

No le dije nada de lo que habíamos hablado para hacerlo personalmente aquí.

Sinceramente, me hacía mucha ilusión poderme ir con ellos y sobre todo con él. Ojalá que los planes no se desvanecieran.

—Aquí está el vino —dijo levantando la botella.

—Y el experto, y el experto —reí—. Susi y Tonino vendrán luego, estaban poniéndose finos en un asiático.

—Pues sí que va a ser verdad eso de que mi primo ha encontrado a la mujer de su vida —sonrió—. Parece que los dos comparten los mismos gustos.

—Eso es bueno, nada de peleas.

—Veo que eres una mujer práctica —rio.

—Mucho. Si te gusta la misma comida que a mí, no habrá discusiones por dónde quieres ir a comer o cenar.

—¿Es eso una invitación, señorita? —preguntó en tono juguetón con la ceja arqueada.

—Qué rápido te autoinvitas tú, ¿no? —di un trago al vino.

—A comer en tu casa me has invitado tú, te lo recuerdo —dijo levantando ambas manos.

—¿Y has comido bien? —curioseé.

—Me falta el postre.

—Seguro que *Amazon Prime* te trae lo que pidas.

—Qué rápido aprendes —dijo entrecerrando los ojos y me reí.

Me encantaba, así, sin más. Chris me encantaba, todo el conjunto que lo formaba, era un hombre que sabía cómo hacerme reír y sacarme mil sonrisas, y eso era algo que valoraba mucho.

Aunque seguía poniéndome bastante nerviosa cuando me miraba, por no hablar de que él mismo parecía disfrutar cuando me veía en ese estado, además de que le encantaba sacarme los colores.

Y después de una velada como la que había compartido con él, me preguntaba dónde había estado este hombre toda mi vida.

Capítulo 12



Chris

Debía de reconocer que me estaba saliendo todo mucho mejor de lo que había pensado. Solo saber que podría disfrutar de Paulina unos días en una villa en la sierra era, cuanto menos, fascinante.

Tonino y Susi aparecieron por el jardín con una bandeja de dulces. Teníamos ya todo recogido y Paulina se había puesto a preparar los cafés que sacó en una bandeja.

—¡Hola, chicos! —gritó Susi, con una sonrisilla de oreja a oreja.

—Buenas, buenas —saludó mi primo, con la misma sonrisa.

Nos dimos abrazos y besos y nos sentamos a la mesa, mientras veía que Susi estaba de lo más intrigada.

—Bueno, ¿a qué viene tanto misterio? —preguntó cogiendo un dulce.

—Y dale —rio Paulina—. Que no es un misterio, es más bien una sorpresa, y seguro que, a ti, te va a encantar la idea.

—¿Una sorpresa? ¿Te ha tocado la lotería y nos vamos al Caribe juntas?

—Ah, qué bonito, estamos empezando a conocernos y ya te quieres ir al Caribe con tu amiga y me dejas aquí tirado como una planta a la que tienen que ir a regar las visitas —dijo mi primo, en plan dramático, y nos reímos los tres.

—Si se te da bien el contorsionismo, te metemos en una maleta con comida y agua, no sea que llegues deshidratado.

—Qué cosas más bonitas os decís, por favor —rio Paulina.

—Bueno, a ver, ¿qué es eso que me va a gustar? —curioseó, cogiendo otro dulce.

—Le estaba comentando a Paulina la posibilidad de irnos a la villa de la sierra —comenté—. Y le decía que podríais animaros y veniros.

—Yo me tiro de cabeza. Necesito un poco de aire —contestó Susi, animada con la opción y mirándome feliz—. ¿Y cuándo sería?

—Podríamos irnos pasado mañana —dije a sabiendas de que Tonino era el día que comenzaba de vacaciones, por lo que no tendría que volver a la oficina ya hasta dentro de un mes.

—No veo mejor idea. Contad conmigo también —contestó Tonino, con una amplia sonrisa para luego ponerse a aplaudir mirando a Susi. Se les veía tan bien y compenetrados que daba alegría.

—Pero habrá que buscar la villa y reservarla —comentó Susi.

—La villa es de este. ¡Anda que no nos hemos tirado fiestas allí! —contestó Tonino riendo.

—¿Tienes una villa en la sierra? —preguntó Paulina, mirándome con cara de asombro.

—Sí —afirmé también con la cabeza, aguantando la sonrisilla—. Realmente es de mi hermano y mía. La compramos como lugar para evadirnos y de inversión, ya que la cogimos en una subasta.

—¡Ya me quiero ir! —gritó nerviosa Susi.

Susi llamó a su padre para comentárselo y él la animó más de lo que esta estaba. Sabía la implicación de ella en la ayuda con su madre y se merecía este descanso para desconectar.

Nos contaba que en realidad no necesitaba permiso de su padre, pero ella era así y estaba muy implicada en el cuidado de su madre. Su padre era un hombre con un corazón que no le cabía en el pecho y siempre había cuidado muchísimo a su familia y, sobre todo, a su mujer, con la que se desvivía a todas horas. De vez en cuando quedaba con el hermano para tomar una cervecita, pero nada más que eso, él era feliz cuidando su hogar. Y a Susi relatando, se notaba el amor que tenía hacia sus padres.

—Y digo yo. ¿Por qué no nos vamos mañana? —preguntó Tonino.

—También es verdad —respondió Susi.

—Pensé en el lunes para hacer esa misma mañana una compra en el super con todo lo que haya que llevar de comida y bebida.

—Pero hasta las nueve está hoy todo abierto y no son ni las cinco de la tarde. Podríamos ir ahora —comentó Paulina, que parecía estar deseando irse ya para la sierra.

—Por mí no hay problema, lo veo bien —dije convencido de que estaba de suerte. Mis deseos

de estar unos días junto a ella eran muchísimos.

—¿Cuántos días tienes pensado? —le preguntó Susi a mi primo.

—Todo el mes —soltó Tonino, causándonos una carcajada.

—Por mí no hay problemas de días, ya que me llevaré el portátil para cualquier asunto que tenga que hacer —contesté.

—Igual que nosotras —le dijo Susi a Paulina, transmitiendo una felicidad en su rostro del buen momento que se le notaba que estaba viviendo. En realidad, todos lo hacíamos.

—Ningún problema —sonreí.

Les comenté que le iba a escribir a mi hermano por si se animaba. El día anterior lo había pasado con Erica, pese a que en un primer momento tenía dudas sobre ella. Pero al final estuvieron toda la semana hablando y ayer quedaron. Para mi sorpresa me dijo que le estaba escribiendo y esta terminó apuntándose también al plan.

—Dios mío, esto va a ser de locura con Erica también allí —dijo Susi riendo y feliz por ello.

—¿Quién me iba a decir que iba a terminar en la sierra de vacaciones con los tres descarados de la boda? —se preguntaba Paulina entre risas.

—Oye, que solo os hemos hecho pasar momentos divertidos —le contestó Tonino, haciéndole un gesto de riña.

—¡Qué fuerte! —decía a gritos Susi, incrédula aún— ¡Nos vamos de desconexión! —miraba a Paulina, que también sonreía y se le veía contenta.

Mi hermano me dijo que se iba a encargar de la bebida en general, ya que a él le gustaba ir a un almacén que vendía al por mayor y estaban los vinos y botellas que nos gustaban. Hoy también estaba abierto por la tarde.

Nos fuimos en el coche de Tonino hacia el supermercado. Las chicas iban detrás hablando sobre lo que querían coger para llevar de porquerías, como decían ellas.

—Chicas, ustedes lo de mirar las calorías como que no lo lleváis bien, ¿verdad? —preguntó Tonino, mientras estacionaba el coche en el parking del supermercado.

—Vacaciones, relax, villa, piscina. ¿Me crees tan estúpida de ponerme a mirar lo que engorda una cosa o no? El problema se soluciona a la vuelta con un poco de ejercicio y dieta sana —dijo Susi.

—Será por el deporte que hacemos y lo que miramos las calorías —le respondió Paulina con la risa suelta.

Las chicas cogieron un carro y nosotros otro. Se perdieron entre los pasillos de los dulces, chuches, chocolatinas y aperitivos, entre muchas otras cosas.

—Estoy que no cago con esa mujer —me dijo mi primo, mirando a donde se habían ido las chicas.

—No se te nota, qué va —respondí con ironía.

—Tú has tardado mucho en buscarla y a ti también se te ve feliz a su lado.

—Nunca es tarde si la dicha es buena —dije, con una sonrisa pícara.

—También tienes razón. El que me ha sorprendido que venga con Erica es a Alonso. No se le veía estos días muy motivado y le costó ayer quedar con ella.

—Sí, pero según me dijo, lo pasó bien y tenía ganas de seguir conociéndola. Ya sabes cómo es, cambia mucho de parecer desde el divorcio que lo llenó de inseguridades en cuestión de mujeres.

—Bueno, lo mismo estos días termina de decidirse.

—Tiempo al tiempo, que a ti te gusta correr mucho —le dije sonriendo.

—Chris, ¿y para qué perder el tiempo si ese vuela más que anda? —contestó con una sonrisilla al tiempo que se encogía de hombros.

—También tienes razón —sonreí y miré que ya nos tocaba nuestro número para pedir en la carnicería que era de una cadena muy prestigiosa y que tenía una carne de primera que era un deleite para la vista y el paladar.

Cuatro costillares, hamburguesas y chuletones de buey, seis entrecots, churrascos, seis filetes de carne de Kobe que sumaban un kilo y que estaba a trescientos cuarenta euros, pero era una de las carnes más exquisitas del mundo. Al final casi llenamos medio carro solo con esta compra y aún faltaba la verdura, fruta, pescado y marisco.

No me lo podía creer, las chicas aparecieron con el carro que se caían las cosas.

—Antes de que digáis nada, dejadme explicar —dijo Susi estirando las manos como intentando justificar el hecho de que vinieran cargadas hasta los topes—. Hemos metido un montón de paquetes de patatas por lo que ocupa un montón, además de coger pasteles y tonterías para entretenernos, pero en nuestra defensa diremos que hemos cogido salsas como mayonesa, kétchup, mostaza, soja, barbacoa… También salchichas alemanas para preparar perritos calientes y como eso muchas cosas que luego son imprescindibles como pimienta, sal, pastillas de caldo… El problema es que nos falta más sitio. ¿Os podéis quedar con el carro y vamos por otro?

—Primo, que estas se quieren quedar un mes de ocupas —me dijo Tonino mirando el carro, que parecía a punto de explotar.

—Ya lo veo, pero vamos, que se puede salir de la villa para ir a hacer compras, digo yo — reí negando, viendo cómo dejaban el carro y se iban por otro sigilosamente.

—De la fruta y verdura nos encargamos nosotras —dijo Susi cuando estaban bien alejadas.

Repartimos todo entre los dos carros para llevarlos más livianos mientras terminábamos de hacer la compra en la pescadería de la que nos surtimos con bastantes cosas.

Veíamos a las niñas de un pasillo a otro llenando otro carro más que ya iba en la misma línea que el anterior. ¿Sería verdad que se querían instalar por un mes? Me tenía que reír de pensarlo.

—Cuando vean la villa, van a flipar. Van a flipar —decía mi primo riendo y moviendo la mano.

Y no le faltaba razón, porque era algo realmente espectacular.

La villa, además de ser un lugar hecho a conciencia para que no le faltara todo lujo de detalles, era el escenario en el que se habían grabado varias ediciones de un concurso en el que seis exparejas tenían que convivir durante tres meses. Cuando vendimos el formato, había una cláusula que decía que, además de la venta, cada edición que se grababa cada año se tenía que hacer allí y nos tenían que pagar el arriendo de la villa por la que pactamos un precio.

Así que la sorpresa para las tres estaba más que garantizada, porque si algo tenía ese lugar, es que todos soñaban con pasar allí unos días. Comentarios que eran continuos en las redes.

—¿Llevan dos carros o es cosa mía, primo? —preguntó Tonino al verlas pasar de nuevo por el pasillo central, cada una con un carro— Y lo mejor de todo es que te va a tocar pagar a ti.

—Dos horas van a tener para hacer las maletas, porque esto va directo para la villa hoy, no lo vamos a sacar para volverlo a meter y luego lo mismo.

—Por mí, me voy hoy. Con unos bañadores, camisetas y ropa interior, ya vamos de sobra.

—Pues vamos a decírselo.

Las chicas nos vieron llegar y comenzaron a disimular mientras apretaban los dientes, momento que aproveché para explicarles que nos íbamos esta tarde. La villa estaba a poco más de hora y media.

No pusieron objeción alguna. Decían que con una hora era suficiente para prepararlo todo. Llamé a mi hermano y se lo comentó a Erica, ya que estaba con ella comprando las bebidas. También se apuntaron a venirse hoy.

Ahora era yo el que me preguntaba que, ¿quién me iba a decir a mí esta mañana que terminaría marchándome hacia la villa con ellos cinco? Eran fabulosas las sorpresas que te daba la vida, pero me apetecía un montón hacerlo con todos ellos, pero en especial con ella.

Susi dijo que se había olvidado de algo y cogió a Paulina de la mano, tirando de ella para llevársela a por lo que fuera que había olvidado, que no sabía qué podría ser, ya que teníamos los carros a reventar de compra.

—No me sorprendería que al final se llevaran medio supermercado —me dijo Tonino riendo —. ¿Qué se le habrá olvidado si llevan de todo?

—A saber —reí—. Helados llevan también, así que, no tengo ni idea —me encogí de hombros.

—Mientras no traigan una de las neveras de congelados con más helados, no vamos mal, porque a ver dónde la metemos —rio.

—Te veo subiéndola al techo del coche como si fuera el sofá en una mudanza.

—No, no, que le pongan unas ruedecitas o algo y la llevo enganchada a la parte de atrás.

—Pues iba a acabar la nevera, en la otra punta del pueblo.

Tenía cada cosa que era inevitable no reírse, pero eso era lo que nos daba la vida a todos, el sentido del humor del gran Tonino.

Regresaron unos minutos después con varias cosas en las manos, entre ellas más regalices y chuches. Paulina se encogió de hombros y eso no hacía más que confirmarnos a Tonino y a mí, que ese par de bellas y hermosas mujeres eran unas golosas.

Pero empezaba a caer en la cuenta de que yo también lo era, porque verla a ella era toda una tentación para mí, como si tuviera un delicioso pastel de chocolate delante esperando que lo disfrutase.

Capítulo 13



Chris

Nos dirigíamos hacia la villa en mi coche, que lo cogí cuando dejamos a las niñas para ir a preparar nuestras cosas. Susi iba en el coche de Tonino y Erica en el de Alonso. Ambos detrás de nosotros.

Me sentía de lo más afortunado de poder irme a vivir unos días así con ella y los demás. No tenía ni idea si iba por una semana, por dos o un mes, pero el caso es que iba y lo hacía con la mayor de las ilusiones.

Llegamos al carril privado a un lado de la carretera que daba acceso a la villa. Tenía dos grandes puertas de seguridad que se abrieron cuando pulsé el botón del mando. Pasamos los tres coches y las puertas se cerraron automáticamente. Seguimos por el camino que era de la finca, largo y rodeado de árboles. Lo que vieron sus ojos cuando la casa se iluminó conforme íbamos llegando era la locura más grande que jamás hubiera podido imaginar.

—La villa de los ex… —murmuró incrédula, cuando paré el coche y ella se bajó de manera inmediata para verlo sin ningún cristal de por medio.

—¡Paulina! —gritó Susi bajándose— ¡Cágate! —gritaba incrédula a lo que estaba viendo.

—Ni en mis mejores sueños, chicas —gritaba una Erica de lo más emocionada—. ¡Dios mío! Cuando vean mis fotos en esta villa tan famosa. ¡Qué fuerte!

—Queremos derecho de imagen —murmuró Tonino y se llevó una colleja de Susi.

La villa tenía un jardín con dos piscinas a dos alturas y un jacuzzi que era de dimensiones bastante grandes. Hamacas normales y colgantes, camas balinesas, horno de piedra y barbacoa de lo más sofisticada, un gran porche con una mesa de madera impresionante con sus sillones, un bar de madera y unas vistas a la naturaleza con una privacidad que no tenía precio.

—No me voy de aquí hasta que comience la grabación del siguiente programa —decía Erica con las manos en el pecho.

Habíamos llegado ya de noche, por lo que, con las luces del jardín, las de la piscina y las de la casa, se veía brutal, por no hablar con la luz del día, que eso ya lo descubrirían a la mañana siguiente.

Las niñas corrieron hacia el interior, emocionadas por ver cada rincón que conocían a través de la televisión. En su interior todo eran suites individuales con terraza y piscina privada que daban a un patio con tragaluz. A un lado, una cocina enorme con una mesa en el centro de madera y mármol. El salón era repartido en varios rincones, todos con sus sofás, mesas y hasta *pufs* grandes como en el exterior.

Cada una se adjudicó una suite a la que, por supuesto, fuimos nosotros dejando en ellas nuestras cosas. La cara de felicidad de las tres no tenía precio porque estaban viviendo un momento de los más inesperado.

Colocamos la comida en la cocina, al igual que algunas de las bebidas, ya que otras fueron para el bar del chiringuito que había en el jardín. Preparamos la carne para hacerla en la barbacoa con unas patatas que salpimentamos y echamos un poco de aceite de oliva antes de envolverla en papel de aluminio para meterla junto a la carne.

Las chicas se habían puesto los bañadores con unas camisetas de tirante encima y estaban alrededor de Alonso, que estaba en el chiringuito poniendo una ronda de vinos para todos.

Paulina se acercó a mí con dos copas y me dio una. Sonreía feliz.

—Estaba pensando que, ¿no será un problema que hagamos fotos aquí y las subamos a la red? —me preguntó, mordisqueándose el labio.

—¿Por qué? Es de mi propiedad y puedo explotarla como quiera, menos cuando está arrendada para las grabaciones. Podéis hacer lo que queráis, y disfrutad, que es para lo que hemos venido. Mientras no nos saquéis ni a Alonso ni a mí… —sonreí.

—Eso lo sé de sobra. No eres dado a la vida pública —me dijo, mientras yo le acariciaba la mejilla.

—Por estos días —murmuré sonriendo antes de hacer un brindis y dar un trago a la copa.

—Ojalá sea un mes —contestó ella, riendo con el sonrojo en sus mejillas.

—Todo es posible si estáis a gusto.

—¿Y cómo no vamos a estarlo si sois tres amores? —me preguntó echando su frente hacia mi hombro y con la sonrisilla nerviosa.

Momento que aproveché para poner mi mano en su nuca y besarle la coronilla.

—No sabes lo que me alegra que estés aquí conmigo —le murmuré en el oído y noté cómo su piel se erizó.

—¿Por qué has tardado tanto en buscarme? —preguntó sin levantar la cabeza.

—Tampoco te pases, que solo fue una semana. ¿Acaso tú no tenías mi teléfono?

—Y te escribí mil veces, pero las mil las borré antes de darle a enviar.

No pude evitar sonreír ante esa confesión, porque yo había estado en esa misma situación, dudando de si escribirle o no, y qué poner.

—¿Así que tuviste mil veces la tentación de hacerlo? Eres muy poco valiente.

—Pues sí —levantó la cabeza y me miró—. Pero te he echado de menos, aunque suene a locura —me confesó.

—Me encanta que me lo digas —le volví a acariciar la mejilla y le di un beso en los labios—. Me siento afortunado de poder comenzar a conocerte.

—Ya me conoces un poquito.

—Sí, pero no lo suficiente —le hice un guiño y la volví a besar.

Ella no se apartaba, y eso ya era suficiente para mí. Tenía los labios cálidos, suaves y de lo más sensuales, de esos que te incitaban a besarlos y, una vez los probabas, ya no querías dejar de hacerlo.

—Estamos aquí reunidos para unir en santo matrimonio… —nos dijo Tonino, acercándose con la botella de vino para rellenarnos las copas. Nos echamos a reír, tenía cada cosa…

—En santo matrimonio no, pero para unirnos a los seis más, sí —le contestó Paulina con toda su gracia.

Los chicos se pusieron conmigo al lado de la barbacoa y las chicas estaban sentadas en el sofá exterior del jardín que estaba bajo una carpa y era un rincón comodísimo en el que cabían doce personas. Todo estaba pensado para las personas que participaban en el programa y que eran doce.

—Mañana nos vamos a hacer una foto en la piscina con la casa de fondo que flipas. Van a alucinar cuando la suba al Insta y os etiquete —decía Erica emocionada, a la vez que miraba la bandeja de carne variada que habíamos puesto con varias salsas a su alrededor.

—Yo con ustedes —contestaba Tonino, que a ese le daba igual que lo vieran hasta en los telediarios.

—Dios mío, qué buena pinta tiene todo —dijo Susi, cogiendo un trozo de churrasco y un chorizo criollo.

—Mañana todos a correr campo abajo —murmuró mi hermano y a las chicas les entró una

carcajada inmensa.

—Ustedes tres podéis correr campo abajo o campo arriba, pero a nosotras no nos mueve ni Dios —le contestó Erica, mientras cortaba el chorizo.

—Ya veremos… —murmuró Alonso, seguro de que, si quería, las ponía a correr. Que ya me conocía yo sus trucos.

Paulina tenía unos rasgos muy finos y una cara preciosa que me dejaba embobado mirándola sin poder evitarlo. Ella se daba cuenta y se sonrojaba, pero evitaba esa mirada que la ponía de lo más nerviosa.

Las chicas estaban disfrutando de la noche y no dejaban de planear para el día siguiente esa sesión de fotos y hasta de cambios de *outfits* para hacer un *reel* de esos en los que enseñan varios modelitos.

Recogimos todo y pusimos el lavavajillas antes de sentarnos en el patio interior, donde se estaba de lujo. Alonso preparó seis copas de ginebra con tónica y las chicas lo declararon "el barman de la villa".

Me senté en la esquina de uno de los amplios sillones y, sin pensarlo, cogí de la mano a Paulina para que se sentara sobre mis piernas. Lo hizo con esa timidez que le salía cuando se veía ligeramente pegada a mí.

Yo estaba con las rodillas dobladas y los pies sobre el sillón, ella, de lado, en medio, con sus piernas cruzadas y apoyada en una de mis piernas.

Alonso tenía en su cabeza un cacao mental, pero realmente se le veía con Erica muy a gusto y pendiente de ella. Tonino iba a saco porque con Susi, se había compenetrado mejor que bien.

Todos habíamos ganado mucho en esa boda. Al menos así lo sentía. Paulina había sido ese aire fresco que necesitaba en mi vida en estos momentos para volver a remover todas esas mariposas que a los hombres también nos revoloteaban en el estómago cuando estábamos viviendo un dulce momento.

La abrazaba como si fuera mía y ella se dejaba mimar. Eran muchos los instantes en que parecía que pudiera escucharla sin necesidad de que hablara, pero lo que había surgido entre nosotros era obvio y se transmitía en los dos sentidos.

Disfrutamos de un par de copas más en las que las risas no cesaron en ningún momento, y es que Tonino y Susi estaban todo el tiempo inventando y diciendo cada cosa que solo se les podía ocurrir a ellos. Se marcaron unos monólogos que se iban a quedar grabados en nuestras cabezas para siempre.

Nos despedimos marchándonos de dos en dos para nuestras suites, en mi caso y como no podía ser de otra manera, lo hacía con Paulina.

—¿Qué lado prefieres? —me preguntó, aguantando la risilla tonta que se le escapa.

—A tu lado —me pegué más a ella y la besé de una manera más intensa de lo que lo había hecho hasta ahora.

Ella correspondió a ese beso con una sonrisa tímida, pero sin miedo a lo que hacía.

La llevé hasta la cama donde la acomodé antes de ponerme a su lado, y el silencio que siguió fue más cómodo de lo que imaginaba. Acto seguido, apagué la luz y la abracé contra mí.

Rodeé su cintura mientras ella se acurrucaba, buscando el calor que mi cuerpo desprendía, al igual que el suyo. Disfruté de su cercanía, de cómo su respiración se calmaba poco a poco.

La besé serenamente, sintiendo la suavidad de sus labios contra los míos, y por supuesto que deseaba todo con ella, pero no quería que fuese esta noche y que pareciera que la había traído hasta aquí en busca de solo eso.

Sabía que algo más grande estaba naciendo entre nosotros, algo que no se podía medir solo con la pasión del momento.

—Estaba pensando —dijo de repente, rompiendo el silencio que volvía a rodearnos, con una voz suave y serena, como si fuera a contarme un secreto—, que estos días van a ser geniales.

Sonreí al escucharla, acariciando su cabello, porque de algún modo era lo que yo mismo había estado pensando también.

—Sí, van a ser unos días increíbles —respondí, dejando un beso en su coronilla.

—La villa, el lugar, es que todo parece sacado de un sueño, ¿sabes? Pero lo mejor es la compañía.

—¿La que tienes delante ahora mismo? —pregunté, recordando ese momento en la boda de mi hermana.

—Exacto —le salió una risilla y no pude ni quise reprimirme.

Volví a besarla, lento y con suavidad, disfrutando de sus cálidos labios, del juego que se traían nuestras lenguas, el modo en el que ella se dejaba llevar por el momento, cómo se estremecía su piel bajo mis manos y el calor que desprendía su cuerpo.

No era de piedra ni mucho menos, y la deseaba con cada fibra de mi ser en estos momentos, pero me había prometido a mí mismo no saltar como un león hambriento sobre ella, quería ir despacio y lo iba a hacer, porque ella merecía la pena la espera.

Paulina no era una mujer para una sola noche, un polvo rápido sin más y quitarte el calentón, no, ella era todo.

Y su actitud, la manera de entregarse al momento, el modo en el que estaba seguro de que ella también se reprimía las ganas y el deseo, era de admirar.

No era solo su belleza lo que me había cautivado desde el minuto uno, sino su forma de ver la vida, tan distinta a la de la mayoría de personas que conocía.

Nos quedamos allí, en silencio, disfrutando del sonido de la noche que entraba por la ventana y el aire fresco, a pesar del calor de nuestros cuerpos.

Paulina se acomodó más en mis brazos, con una sonrisa tranquila en el rostro, y yo no podía dejar de pensar que estos días iban a ser realmente increíbles, no solo por el lugar y quienes estaban en él, sino por la conexión que estábamos creando ella y yo, por todo lo que, sin saberlo aún, podía nacer entre nosotros.

Capítulo 14



Paulina

Escuché un revuelo en medio del patio y abrí los ojos sonriendo al recordar dónde estaba y a quién tenía a mi lado.

Me miraba sonriendo de lo más cómplice mientras me abrazaba. Y de pronto, recordé lo que había pasado la noche anterior. Él se había contenido de algo que tenía claro que los dos deseábamos, pero eso me demostraba que no iba a saco, que él no era así, uno de esos hombres que se lanzan sin más, al menos conmigo. Me sentí afortunada, porque eso significaba que me respetaba, y eso, para mí, era algo grande y de admirar.

—¿Con hambre? —me preguntaba entre besos.

—Sí, además con el pan de campo que compré en la plaza podemos hacer unas tostadas buenísimas —respondí, sintiendo cómo mi corazón daba un pequeño brinco por el momento tan tierno que estaba viviendo.

—Vamos a ello —me dio otro beso antes de levantarnos.

Entré al baño a darme una ducha rápida y ponerme el biquini con una camiseta por encima. Hoy el día pintaba totalmente de piscina.

Cuando salí, Chris ya se había duchado también en otro de los baños que había entre las suites.

—¿Qué tal la ducha? —preguntó con esos ojos brillantes llenos de complicidad y admiración.

—Rápida, pero efectiva —sonreí mientras me miraba en el espejo, terminando de ajustarme el bikini, y no me pasó desapercibida la mirada que me dedicó en ese momento, una de esas que desprendía fuego y deseo a partes iguales.

—Estás preciosa recién levantada, ¿lo sabías? —dijo mientras se pegaba a mí, rodeándome por la cintura, y dejando un beso en mi hombro.

—¿Sí? —abrí los ojos ante la sorpresa y Chris asintió— Vaya, gracias, nadie me lo había dicho antes.

—Eso es que no te veían de verdad, como te veo yo —otro beso, esta vez en la mejilla, y me estremecí mientras mi corazón parecía ensancharse en mi pecho por esas tiernas y bonitas palabras.

¿De verdad este hombre era todo un romántico?

Salimos al jardín donde ya estaban todos desayunando. Habían puesto una mesita pequeña justo al lado de la mesa grande en la que colocaron la tostadora y la cafetera para tenerlas más a mano. Ya habían cortado el pan de campo a rodajas y lo estaban tostando. Sonreí al ver a Erica haciendo fotos, buscando el ángulo perfecto para su perfil y que se vieran unas imágenes cuidadas y preciosas como siempre.

—Hombre, los que no madrugan —nos dijo Tonino al vernos llegar.

—Lleváis despiertos media hora más que nosotros nada más, además, nos hemos duchado y todo —le contesté, preparando un par de cafés, ya que todos se lo habían echado.

—Nos acaba de llamar guarros —dijo Erica.

—Callaos, necesito regresar al mundo —decía Susi con la mano en la frente. Sí, ese era un efecto de la bebida en ella.

—¿Hasta las dos de la tarde, vida? —le preguntó Tonino con ironía y ella lo miró de manera fulminante, señal de que no era el mejor momento para que le hicieran bromas. Debía tener una resaca monumental porque antes de las copas de ginebra con tónica se puso ciega de vino.

—Mejor ni le hables —contesté aguantando la risita de ver la cara que se le había quedado a Tonino por la mirada de ella. Estaba aguantando la risa.

Alonso, con sus gafas de sol puestas, iba tostando el pan, ya que estaba al lado de la mesita auxiliar e iba llenando la bandeja para que cogiésemos. Sobre la mesa, mantequilla, aceite de oliva, guacamole que habían hecho las niñas, revuelto de huevos y jamón, tanto serrano como de pavo. Todo un banquete para disfrutar de un desayuno de lo más relajado.

—Anima esa cara, amiga, que ahora nos vamos a hacer un *book* de fotos que va a ser la envidia de las redes. Nos vamos a viralizar —le dijo Erica a Susi.

—¿Por qué no te callas? —soltó Susi, con una mirada mortal. No querría estar en su lugar ahora mismo por la tremenda resaca que debía tener.

—Dios, qué borde —dijo Erica entre carcajadas mientras se alejaba de ella.

—Cuando está de resaca es mejor no hablarle —le avisé para que no la siguiera provocando.

Chris, que se había sentado a mi lado, me miraba aguantando la sonrisilla y hacía que todo me tambalease. Me gustaba mucho más de lo que él se podía imaginar. Yo, que nunca había creído demasiado en el concepto del amor, me encontraba preguntándome si podía existir algo más allá de una simple aventura con él.

¿Qué era lo que me tenía tan cautivada? No lo sabía, pero estaba más que dispuesta a vivir el momento sin pensar demasiado en lo que vendría después.

Tuve un amor al que quise mucho, muchísimo. Tenía veintiún años y estaba en la universidad. Lo conocí una noche que salí con Susi de copas y nos liamos. Se llamaba Raúl, tenía tres años más que yo y había acabado de terminar su carrera de odontología. Nos pasamos todo el verano juntos hasta que, en octubre de ese año, cuando menos me lo esperaba, me dejó diciéndome que había conocido al amor de su vida… ¡Casi cojo una depresión!

Me costó unos meses venirme arriba porque yo estaba con él que no cagaba, hablando claramente. Creo que fue en ese momento que pasé del amor y me dije a mi misma que eso no existía. Me negaba a vivir algo con alguien más allá de un rollo de una noche.

Pero claro, llegó don Chris y puso toda mi vida patas arriba, y aquí estaba, diciéndome a mí misma que ¿por qué no darle una oportunidad al amor? Estaba claro que no sabía lo que iba a salir de esto y que quizás fuera un rollo más para él, pero el miedo a que así fuese no me iba a llevar a no disfrutar de estos dulces momentos.

No es que yo fuese una fantasiosa y viese que entre Chris y yo había comenzado una relación seria ni nada por el estilo, pero sí que notaba una atracción e ilusión por parte de los dos que podía llevar a algo bonito, algo que a mí me apetecía vivir en estos momentos y con él.

—Bueno, pues ya deberíamos ir eligiendo algo para tirarnos una primera foto en la piscina y viéndose la villa para revolucionar las redes —comentó Erica.

—¿Tenéis bañadores o bikinis en color blanco?

—Sí —contestaron a unísono.

—Yo tengo puesto uno blanco, así que podríais ponéroslo ustedes también y así queda más fina y elegante la foto.

—¡Vamos, Erica! —le indicó Susi, que ya estaba regresando a la vida y siendo más ella.

No tardaron ni cinco minutos en aparecer con los labios rojos y sus bikinis, me traían el labial para que yo también me los pintara.

Me miré en el móvil que tuviera el pelo bien y luego nos fuimos a sentarnos de espaldas a la casa, en el borde que estaba más pegado a ella. Se colocaron cada una a mi lado, quedando yo en medio.

Los chicos con nuestros móviles nos hacían las fotos desde diferentes perspectivas y nosotras

íbamos cambiando las posturas para luego hacer una selección de las mejores.

Habían quedado impresionantes y todas de mucha calidad. Elegimos para la primera una que se veía claramente dónde estábamos y que iba a hacer saltar todas las alarmas en las redes, luego escogimos dos más desde diferentes perspectivas y una que nos hizo Alonso, chulísima, de un primer plano de las tres en las que se nos veía riendo y de lo más natural.

La subió Erica y nos puso de colaboradoras para que aparecieran en nuestro *feed*. Fue una locura en cuestión de minutos, ya que había miles de interacciones en nada de tiempo.

Los seis estábamos leyendo los comentarios y eran de risa, nos hacía mucha gracia la impresión que se habían llevado todos y las conclusiones que sacaban; desde una colaboración para promover el formato, también que estábamos dando pistas para ser las siguientes concursantes, que si habíamos alquilado la casa…

El caso es que triunfamos como los Chichos y conseguimos una barbaridad de seguidores nuevos de las unas y las otras.

Alonso apareció con una bandeja gigante que metió en la piscina para que flotara y pusiéramos ahí los cócteles granizados de fruta que estaban preparando. Bandeja que se iba a llevar un video que pensaba poner como historia.

Todo esto era más que idílico, era como un sueño para cualquier persona y más si eras *influencer* y querías destacar con la publicación. Había que aprovechar la villa para montar *reels* de todo tipo, incluso preparando platos de comida.

Los chicos nos dejaron en la piscina y se acercaron al pueblo por pan de leña en cantidad para dos o tres días, ya que lo que yo había traído, se había casi volatizado con el desayuno.

—Chicas, esto ni en nuestros mejores sueños lo hubiéramos imaginado —dijo Erica, levantando su cóctel sin alcohol para hacer un brindis cuando se marcharon los chicos.

—Yo lo que sé es que todo lo que no he engordado en mi vida, lo haré aquí —dijo Susi, ya que se había comido dos rebanadas gigantes de pan.

—No seas exagerada, si tienes un cuerpo espectacular —le dije negando.

—Tengo la sensación de que algo malo va a pasar y se va a joder todo lo bonito que estamos viviendo —murmuró Susi, con tono de preocupación.

—Susi, por Dios. Te has levantado muy negativa y todo lo ves de color negro —protesté sin poder evitarlo.

—No sé, tengo una sensación extraña hoy —respondió sin perder la preocupación en su rostro.

—Pues los tres son muy majos y si no estuvieran interesados en nosotras no nos metían aquí

unos días y venían a perder su tiempo con nosotras —inquirió Erica.

—Ya sabes que yo soy la más escéptica —le dije a Susi—, y sin embargo estoy creyendo en esto y lo quiero vivir. Me siento muy cómoda con Chris y noto que me cuida de una manera muy especial.

—No digo que no. Yo también lo estoy viviendo con Tonino, pero es tan idílico todo y divertido que me da miedo, no sé. Será la resaca, no hacedme caso.

—Bueno, vamos a vivirlo y que pase lo que tenga que pasar. Pero vamos a llenarnos de instantes que se transforman en momentos vividos de esos que se quedan en el recuerdo para siempre.

—¿Estás poética? —Me miró con cara de extrañada.

—No es eso. Estoy optimista y regalándome la oportunidad de vivir algo bonito. Sabes todas las heridas que tengo en mi vida y lo marcada que me dejó lo de mi madre. He sufrido mucho, me llevé una decepción con Raúl, que me costó pasarlo peor de lo que ya lo estaba pasando. Me he cerrado a muchas cosas y ahora me niego a seguir con esa coraza para protegerme de que me hagan daño. No quiero perderme nada, quiero disfrutar y si luego no lleva a ninguna parte, al menos que queden los momentos vividos.

—Verás que me haces llorar —murmuró, causando una risita dulce en Erica.

—Vamos a vivir este sueño. A las tres nos sorprendió descubrir que la villa era este lugar. Dejemos de pensar en lo que pasará y disfrutemos de lo que nos está pasando —añadí, porque esto era un sueño hecho realidad, y estaba ahí, ante nosotras, para ser vivido.

—Tienes razón —se acercó y me dio un abrazo fuerte—. Hoy estoy sensible, pero pienso echarle actitud.

—Así me gusta, cariño, que dejes a un lado el miedo y todo lo feo, y vivas lo bonito que la vida te pone por delante —le acaricié la espalda—. ¿Qué importa cuánto dura? Estamos aquí y ahora, y es lo que cuenta.

—¿Y para mí no hay abrazo? —preguntó Erica, haciendo un puchero.

—Claro —murmuramos a la vez y fuimos a abrazarla.

La vida había que vivirla, estar pensando en todo momento en lo negativo no lleva a disfrutar de las oportunidades que se nos abren en nuestro camino. Me había costado aceptarlo, pero ahora lo tenía claro, quería conocer más a Chris y dejarme de tantos prejuicios.

Capítulo 15



Chris

Regresábamos hacia el coche de comprar el pan, el aire de la mañana era fresco y ligero, un contraste perfecto con la tormenta que se desató en mi interior cuando me entró una llamada que nunca hubiera querido ver reflejada en mi móvil, y vi el nombre de la persona que me llamaba en la pantalla.

No, esa no era una llamada que albergara nada bueno, de eso no tenía dudas.

—¿Y ahora qué quiere esta? —preguntó mi hermano al ver de quién se trataba.

—No lo sé, pero tendré que descubrirlo. Sentaos ahí a tomar café, ahora me uno a vosotros —respondí, mientras sentía una presión en el pecho que me nublaba el pensamiento.

En realidad, no quería enfrentarme a esa llamada, pero no tenía más opción. Y ella sabía cómo hacerme reaccionar.

—Vale, te vamos pidiendo uno —dijo mi primo, que ya intuía que la situación no era buena, pero no dijo nada más, se limitó a mirarme con una mezcla de preocupación y resignación.

Me aparté de la terraza de la cafetería en donde me había sentado, buscando un rincón más privado para hablar, pero ni siquiera eso me ayudó a calmarme. Cuando descolgué la llamada, tenía la corazonada de que para algo bueno no me llamaba. Apreté los dientes, a sabiendas de que estaba a punto de enfrentarme a una conversación que me devolvería a una de las peores partes de mi pasado.

—Dime, Virginia —respondí escuetamente, con la voz tan fría como pude.

—Qué mínimo que tengas la educación de dar los buenos días, ¿no? —dijo, con ese tono lleno de sarcasmo y veneno, como siempre.

—No empieces. ¿Qué quieres? —respondí con la misma frialdad mientras el corazón se me aceleraba de nuevo. Sabía que esta llamada no era para darme buenas noticias, precisamente.

—Me han ofrecido mucho dinero en un canal de televisión por ir a hablar de mi divorcio. Quieren que cuente toda nuestra historia, todos los detalles… —su voz sonaba triunfal, no sabía por qué, pero así era.

—Ni se te ocurra nombrarme… —Intenté mantener la calma, pero me costaba la misma vida.

—Cuando firmamos el divorcio no se explicó nada de que tenía que estar calladita, ¿verdad? —murmuró en un tono muy provocador. Me estaba manipulando, como siempre, buscando una reacción por mi parte, que me mostrara alterado, pero no iba a caer tan fácilmente.

—Si lo haces, pienso hundirte, Virginia. Nuestra guerra terminó con el acuerdo de divorcio. Y que tú ahora lleves una vida pública, no te da derecho a no respetar que yo nunca haya querido entrar en esos juegos. Ya hiciste demasiado daño, olvídate de mí de una vez por todas.

—No estás en posición de exigir tanto, Chris —se rio de esa manera tan malvada que solo le salía a alguien como ella—. Esa villa que ahora están disfrutando esas chicas es testigo de algo que tú sabes que sucedió en ella y que tengo las pruebas. No me hagas tirar de la manta, porque, si lo hago…

Mi cabeza empezó a dar vueltas al escucharla. Esa amenaza. Esa vez en la villa, ese capítulo volvía a resurgir ante mis ojos. Una sombra del pasado que jamás querría volver a recordar.

La rabia se apoderó de mí, no quería escuchar más, estaba harto de que jugara con eso, de que usara mi pasado como arma contra mí, que me siguiera manipulando.

—¿Qué quieres? —pregunté conteniendo la rabia mientras mi mente parecía explotar por su culpa.

—Que me acompañes a la boda de mi prima Tessa, tengo que fingir que nos hemos reconciliado. Es la única condición que pone mi padre para poner su empresa a mi nombre cuando se jubile dentro de dos meses. Sabes que nunca me perdonó nuestro divorcio y siente especial debilidad por ti. Hazlo y te firmo un contrato de confidencialidad anexo al divorcio.

Esas palabras cayeron sobre mí como una tonelada de plomo. Cada una de esas palabras era un recordatorio de lo egoísta y manipuladora que había sido siempre. Estaba dispuesta a ir hasta el final para conseguir lo que quería, aunque eso significara que tuviera que destruirme en el proceso.

—Eres una hija de puta —dije con voz grave—. Una egoísta que nunca pensó en lo que yo pudiera querer, solo pensabas en ti misma, en tus caprichos. Todo lo que di, todo lo que hice para que estuvieras bien y nunca fue suficiente.

Las palabras habían salido de mi boca sin que pudiera retenerlas, y por un segundo, con el silencio al otro lado, pensé que había colgado, pero no.

—¿Egoísta? —gritó, riéndose con frialdad— No, Chris, no entiendes nada. Siempre fuiste tan absorbente, pensando que el mundo giraba a tu alrededor. Nunca pensaste en lo que yo quería,

esperabas que me adaptara a ti. No era egoísta, simplemente pensaba en mí y me anteponía a ti, como hacías tú.

Y ahí estaba, dando la vuelta a la tortilla una vez más para hacerme ver que yo era el malo de los dos en esa relación.

—Te lo advierto, Chris, a ti te conviene venir y lo harás. Es dentro de un mes y vamos a aparecer felices de la vida y nos mostraremos así hasta que unos días después arregle mi padre lo del negocio.

—No voy a ir.

—Lo contaré todo, te juro por mi vida que lo contaré todo. Más vale que el día tres de agosto estés a mi lado para irnos a Galicia a la boda, o tu reputación quedará en entredicho en todos lados y tu cara aparecerá en todas las portadas. El tres de agosto me recoges con equipaje para varios días que nos vamos de boda, de lo contrario, atente a las consecuencias porque no me va a temblar el pulso al hacerlo —Colgó dejándome con una rabia increíble. Me dolían los dedos de apretar el puño.

Me acerqué a donde los chicos, tomando asiento, y los puse al tanto de todo.

—Joder, hermano, ¿cómo no firmaste una cláusula de confidencialidad? Te puede arruinar la vida, bueno, nos la puede arruinar.

—No se lo puedo contar a Paulina porque no permitiría que me fuera con mi exmujer unos días, además, tendría que contarle algo que ya pensaba que estaba enterrado.

—No, no, no se lo puedes contar ni a ella ni a nadie. Tienes un marrón.

—Tengo que ir a hacer el papel, lo malo es que ella, con lo dada a exponerse públicamente que es, capaz que nos pillen unas fotos y no quiero ni pensarlo. No quiero perder a Paulina, me gusta demasiado —confesé con un nudo en la garganta.

—Joder, con Virginia, qué hija de puta es —murmuró mi primo.

—Maldito el día que pasó aquello —dijo mi hermano, que también estaba involucrado.

—Voy a tener que ir para conseguir ese acuerdo de confidencialidad. Negociaré con ella que no salgan fotos y demás —dije con un nudo en la garganta que era tan grande como el dolor que sentía.

Y en ese momento recordé cómo había comenzado todo. Virginia era encantadora, al menos al principio. La mujer perfecta, o eso parecía, siempre tan dispuesta y atenta, tan llena de energía. Pero esa fachada de perfección comenzó a desmoronarse y todo cambió.

Empezó a ser egoísta y controladora, siempre queriendo que sus deseos se antepusieran a todo lo demás.

Tonto de mí, siempre pensé que eso era por algún motivo que se me escapaba, cuando en realidad ella había sido así desde el principio, pero supo ocultarlo bien.

Maldita la hora en que me casé con esa mujer que se convirtió en el mayor error de mi vida. Maldita vida que de nuevo la ponía en mi camino. Ni su familia confiaba en ella.

Me tomé el café de un trago y nos fuimos hacia el coche para regresar a la villa. Ahora tenía que intentar disimular la rabia contenida y lo peor de todo es que sabía que todo esto me iba a pasar factura. ¿Hasta cuándo tendría que pagar el precio de haberme casado con ese ser que no se merecía ni respirar?

Las chicas estaban con sus portátiles trabajando en el porche, sobre todo Paulina, que estaba redactando un artículo para una publicación que quería poner con urgencia sobre una exclusiva que habían dado esta mañana dos actores y de la que ya todos los medios se habían hecho eco. Ella no quería pasar por alto hacer un artículo sobre eso.

Me metí en la cocina y comencé a preparar la verdura para acompañar el pescado que íbamos a hacer al horno para el almuerzo.

Tonino y Alonso se metieron a darse un chapuzón en la piscina. A mí no me apetecía y no tenía cuerpo para nada. La llamada de Virginia me había causado una sensación tan fea que sabía que iba a tardar en quitárseme, eso si lo conseguía.

Una vez que acabó el artículo, Paulina vino a la cocina y abrió una botella de vino, sirviendo dos copas y dándome una.

—Tiene muy buena pinta la bandeja —murmuró sonriente y regalándome esos gestos que tanto me gustaban.

—Verás qué rico sale. Le he echado mi punto mágico —le hice un guiño.

—Especias veo que lleva bastante.

—Y de Marruecos, que son las que más me gustan para ciertos platos —le dije, a la vez que la metía en el horno con la otra, ya que lo había repartido en dos bandejas.

—Estoy enamorada de todos los rincones de esta villa —decía mirando hacia el jardín por los grandes ventanales.

—Es una maravilla, pero para vivir llega a resultar incómoda por sus dimensiones.

—Sí, eso lo he pensado, pero para tenerla como tú que puedes venir cuando quieras a desconectar, es una gozada.

—Tú también podrás venir cuando quieras —le eché la mano por el hombro para salir de la cocina e irnos al jardín—, eso sí, menos cuando se esté grabando el formato —le di un beso en la mejilla.

—O cuando te aburras de mí y me des una patada en el culo. Siempre me quedará mi casa —me reí.

—¿Tendréis poca vergüenza?

—¿Qué te pasa, Susi? —le pregunté riendo, pero yo sabía por lo que era.

—¿Venís con dos copas de vino a cara perro como si el resto de los que estamos aquí no tuviéramos garganta? —preguntó, confirmando que mis pensamientos habían sido certeros.

—Ahora mismo traigo copas y la botella —dijo Paulina, dejando la suya sobre la mesa y girándose mientras volteaba los ojos—. Pero bueno —frenó—, que ustedes también tenéis piernas y manos —les dijo antes de seguir para la cocina.

—¡Esa te la guardo, guapa! —le gritó Susi a carcajada suelta.

Me di un chapuzón antes de sacar del horno el pescado con la verdura y servirla en unas preciosas bandejas individuales para cada uno. Todos le hicieron una ovación al plato y cuando lo probaron, comenzaron a felicitarme por el gran resultado que le había dado.

Paulina se comió el pescado de lo más feliz, diciendo que era el mejor que había comido y que le tenía que dar el secreto de las especias.

Todos disfrutamos de una comida que no era nada copiosa y que nos había dejado de lo más satisfechos.

Los chicos recogimos la mesa y metimos todo en el lavaplatos mientras ellas preparaban un café.

—Yo ahora me voy a echar una siesta —dijo Erica mirando a Alonso.

—¿Y por qué me miras a mí? ¿Tengo que darte permiso? —le preguntó él en tono bromista.

—Te has perdido el polvo, por listo.

—Ya se afeitó la lengua —murmuró Susi, causándonos una carcajada por la forma de decir que no tenía pelos en la boca.

—¿Qué pasa, que tengo que andar con rodeos como si tuviera quince años?

—Pues lo has hecho, porque de siesta a polvo hay un huevo y parte del otro —le contestó Susi en un tono un tanto borde.

—Bueno, haya paz —murmuré, porque lo que menos quería era malos rollos y muchas veces las bromas terminaban no siéndolo tanto.

La realidad es que había notado cierto tira y afloja con Susi y Erica. No había que ser muy

listo para darse cuenta de que había un cierto pique entre ellas del que Paulina estaba fuera. Pero bueno, nada que hiciera temer por la desestabilidad del grupo, por lo menos por ahora.

Después del café, me eché en un sofá junto a Paulina, que estaba dejada caer sobre mí de medio lado. La llamada de Virginia no se me iba de la cabeza y no me dejaba vivir este momento como yo quisiera, era un tanto agridulce todo y con un problema que se me venía encima. Me sentía de lo más frustrado.

—¿Te pasa algo? Estás muy pensativo.

—No —agaché la cabeza para mirarla y le sonreí—. Estoy un poco apagado, solo es eso.

—Pero, ¿pasó algo?

—No, preciosa —le acaricié la mejilla y besé su frente—. No pasa nada, debe ser todo lo que bebí anoche.

—Si te sobro en algún momento, solo me tienes que llevar de vuelta a casa.

—¿Por qué dices eso? ¿No ves que te abrazo y te hago muestras que reflejan lo bien que me haces sentir?

—Vale —me abrazó más fuerte—. Pero en ningún momento te sientas incómodo por mí.

—Dudo que pase eso…

Capítulo 16



Paulina

Despertamos de la siesta y mientras me incorporaba, escuché a Erica y Susi discutiendo en la cocina. Miré a Chris, que arqueó la ceja, no dije nada, simplemente me levanté para ir hasta ellas.

—¿Qué pasa? —pregunté mirando a las dos, notando la tensión que había en ese momento en el aire.

—Que parece que la única invitada es ella, joder. Le molesta todo lo que hago y toco, pero a ella no se le puede decir nada porque la chica se indigna —decía Susi muy enojada, echándose un café.

—Solo le he dicho que pida permiso para abrir los cajones de la cocina —me informó Erica.

—¿Tú? ¿En serio, Erica? ¿Tú que ayer venías e ibas a por chuches, patatas y todo lo que te salía de las narices? —Mi amiga la miraba con los ojos abiertos a más no poder.

Escuché pasos a mi espalda y vi a Chris, que se apoyó en el marco de la puerta, a mi lado.

—A ver, que os estoy escuchando. Aquí se compraron las cosas y se colocaron para que todos cojamos lo que queramos, ni a una ni a otra les debe de molestar ni pedir permiso. Ya lo dejamos bien claro. Así que haced el favor y dejaos de meter en lo que hacen los unos o los otros, o vais a acabar fatal y para eso no hemos venido —dijo Chris en tono de enfado.

—Haced lo que os salga del coño —contestó Erica, cogiendo su café y marchándose afuera, donde estaban Tonino y Alonso merendando.

—¡A mí no me hablas así porque no me da la gana! —le gritó Susi muy cabreada.

—No te pongas a su altura —le pedí, intentando calmarla, porque no quería que estos días se convirtieran en una batalla.

—Pero es que le molesta todo —dijo Susi un poco más tranquila, pero con el cabreo encima, que yo la conocía muy bien—. Ayer intenté disimular, pero ya me hizo dos feos. ¿Se piensa esta

que es la reina de la fiesta o qué?

—Cálmate y no le hagas caso —le pedí mientras cogíamos los cafés y salimos los tres al jardín para tomarlos. Lo mejor que podía hacer era no darle más vueltas al tema.

La cara de Erica era para verla. No tenía vergüenza en causar estos malos rollos y hablar así con tal de hacerse notar, ya que me estaba dando cuenta de ello desde que llegamos a la villa. Nada que ver con la chica que aparentaba tanta simpatía y empatía con el mundo. Hasta noté a Alonso y Tonino un poco incómodos. Chris me hizo un guiño para que me tranquilizara porque veía el malestar en mi cara.

—Me voy a dar un baño —dijo Erica, levantándose y marchándose a la piscina.

—A ver si le da el aire —murmuró Susi, sin que ella se enterase cuando se había alejado. Estaba claro que no se iban a llevar bien.

—Y la próxima nominada es… —contestó en voz baja Alonso, sonriendo, con ironía y refiriéndose a Erica— Tiene cosas que no me gustan, le he querido dar una oportunidad, pero me hace sentir muy incómodo —reconoció—. No sé, hay algo en ella…

—¡Podéis hablar en voz alta y así me entero yo! —gritó desde la piscina, como dándonos a entender que era consciente de que hablábamos de ella.

—Hablamos como nos sale de la punta de las narices, a ver si te vamos a tener que dar explicaciones también —le gritó Tonino, que no pudo evitar saltar, otro al que se le notaba un poquito harto de la actitud de Erica.

—¿Pues no me dice esta mañana que ayer se comieron las chicas más costillar que ella? —comentó Alonso.

—¿Qué me estás contando? —pregunté, alucinando.

—Le dije que, si quería más, que las hubiese cogido de la bandeja, como todo el mundo, y me contestó que ella intentaba dejar para los demás. Fijaos si tiene poca lógica, se queja de lo que comen los demás, pero ella no come más para dejar que los demás coman más—decía en plan, explicación niño pequeño porque realmente no había quién entendiera la lógica de lo que había dicho Erica con esa respuesta.

—Ni que hubiésemos comido más de lo normal, yo flipo —murmuré incrédula.

—No hacedle caso, de verdad, es una persona que no sabes por dónde te va a salir —nos dijo Alonso con calma mientras cogía el café—. De repente es la más cariñosa y divertida del mundo, como que de pronto le molesta todo y no para de quejarse sobre los demás. Yo no creo que dure aquí más de tres o cuatro días con ella. Si sigue así la llevo de vuelta y me regreso, porque prefiero estar solo, que aguantando a esta tía.

—Si quieres la llevamos ya. Yo te acompaño —le dijo Susi, provocando una carcajada

conjunta y vi cómo Erica miraba hacia nosotros y sacaba morros—. Maldita la hora que subimos la foto conjunta, yo creo que es mejor que no nos relacionen con ella porque esta, pinta que hoy te sonríe y mañana te vende por dos euros.

—Bueno, pues cuando diga de subir otra foto, se le dice que cada una sube las suyas. De todas maneras, vamos a intentar estar bien y hacerle el menor caso posible a las tonterías que diga. Ni a ella, ni a nadie, le deberíamos de dar el poder de que nos joda nuestros días —dije mirando a mi amiga.

—Yo opto por una cosa más simple y divertida —comentó Tonino, con una sonrisa de lo más traviesa.

—Venga, ilumínanos, maestro *Jedi* —dijo Alonso con la risita suelta.

—¿Y si la tratamos como a las locas? Le decimos a todo que sí, le damos la razón en todo, si reprocha algo pedimos disculpas y le seguimos la corriente como si fuera la reina de la fiesta. De ese modo a ella la tenemos feliz, y nosotros nos estaremos muriendo de risa con el juego. Y dentro de unos días, que Alonso diga que se tiene que ir, se la lleve, la deje en su casa y se regrese. Total, él no sale en fotos y ella no sabrá que fue una estrategia de nosotros.

—Venga, yo lo veo bien —afirmé con la risa suelta, aunque podía imaginarme cómo se pondría Erica cuando nos viera hacerle la pelota.

—Claro que sí, es mejor actuar hipócritamente que jodernos por su actitud —dijo Alonso.

—Eso es fácil —afirmó Chris.

—¡¡¡Erica!!! —gritó Susi, girando la cabeza hacia ella— ¡Disculpa por mi enfado tonto! —le soltó, dejando claro que entraba en el juego.

—¡No te preocupes, cariño, lo bonito es que has sabido reconocer tus errores! —respondió la otra con una sonrisa de suficiencia que no podía con ella, como si acabara de recibir un cumplido que le subía aún más el ego.

—Con dos cojones —murmuró Tonino, negando por la poca vergüenza de Erica, y tuvimos que aguantar la risa.

—¿Amigas? —gritó Susi, aún en su papel.

—¡Sí, luego subimos una foto juntas! —le contestó Erica, causándonos una carcajada porque era lo que no queríamos.

—¡Eso otro día! Que vamos a estar más vistas que el tebeo —contestó al tiempo que negaba.

—¡Vale, amiga! —se atrevió a decir Erica y la cara de asco que no pudo ver en Susi fue de lo más apoteósica.

Se notaba que a Erica solo le interesaba el postureo y ser el centro de atención. Caía muy mal, en las distancias cortas se le iba viendo ese punto tan falso que tenía. El día anterior ya me había dado cuenta de algunos gestos feos por parte de ella, pero no lo quise tomar en cuenta y hasta a Susi le reprendí diciendo que no se fijara en esas cosas. La realidad es que esta era más oscura que la noche. Y Susi, que aguante tenía el justo para según qué temas, pues lo estaba perdiendo con ella por completo.

Erica salió de la piscina y se preparó un café antes de acomodarse al lado de Alonso.

—He pensado que esta noche podríamos cenar unos panes de campo tostado con jamón serrano y queso crema —dijo Erica, sonriente.

—¡Qué pedazo de idea! ¡Te como esa cara! —le contestó de manera efusiva Tonino y no pudimos aguantar la risa. Ella se lo tomó como el mejor de los halagos.

—Yo también lo veo todo un acierto —murmuró Alonso en su papel serio, pero convencido. Estaba claro que era parte del juego.

—Nosotras también, ¿verdad, Paulina? —me preguntó Susi, que me miraba y sonreía con esa complicidad que siempre habíamos tenido.

—Por supuesto, ya se me está abriendo el apetito —dije, a sabiendas de que, cuando más le doráramos la píldora a Erica, más tranquilos podríamos quedarnos todos.

—¿Y tú, Chris? ¿No dices nada? —le preguntó Erica, dejando más claro aún que para ella lo principal era que todo el mundo bailara a su son.

—Me parece una buena opción, sí —sonrió con amabilidad.

—Yo es que soy muy resolutiva y veo las opciones conforme a lo que hay. Soy capaz de sorprenderos con una propuesta cada día para cada comida —decía ella, orgullosa de sí misma y con la sonrisita de creerse alguien, en este caso, la reina de la villa.

—Tampoco hace falta, mujer, no queremos abusar de tu inteligencia resolutiva —le dijo Tonino aguantando la risa, y se veía que le costaba porque él era gracioso por naturaleza.

—Si a mí me da igual, no me supone mucho esfuerzo ir proponiendo las comidas —decía ella, tomándonos por gilipollas. Así lo hacía hasta yo, proponiendo en cada momento lo que me apetecía, pero bueno, que había que dejarla en su papel de creerse más que los demás.

Y tras ese momento diva de Erica, la tarde fue transcurriendo con esa tensión palpable en el aire, pero al mismo tiempo tenía su punto divertido por el juego que estábamos montando en torno a ella.

Porque a medida que avanzaban las horas, eso de tratar a Erica como una reina hasta tenía su punto. Todos sabíamos que de alguna manera nos estábamos riendo a sus espaldas, pero ninguno de los cinco quería que el mal rollo fuera en aumento dada la actitud de ella, y un par de bromas

no nos hacían mal para que la situación y el pasar de los días fuera más llevadero.

De nuevo se fue hacia la piscina para hacerse algunas fotos, posando y cogiendo las imágenes desde diferentes ángulos.

—Al menos no nos ha pedido a ninguno que le hagamos de fotógrafo —comentó Alonso.

—Calla, no hables mucho ni le des ideas —dijo Susi con una risilla.

—Yo es que ya nos veo en plan mayordomo del anuncio de los Ferrero —carraspeó Tonino —. ¿Qué tal, su alteza? ¿Está cómoda en su trono? ¿Desea café, zumo, té? ¿Tal vez un lacayo que le masajee y la agasaje?

No pude evitar soltar una carcajada, porque el jodido estaba poniendo incluso acento, como si fuera el mayordomo de alguna casa en pleno Londres. Y claro, al escucharme, Erica miró hacia nosotros con esa cara de querer saber, pero que no se iba a enterar de nada.

—Si es que hay que reírse, porque, si no… —comentó Alonso con un suspiro.

—Yo creo que busca tener su propio *reality* —dijo Susi, un tanto pensativa.

—Pues con nosotros que no cuente, no vamos a crearlo —contestó Alonso con seguridad, y Chris negó convencido.

Cuando Erica entró en la casa porque había recibido una llamada, aproveché para irme un ratito a la piscina, me apetecía darme un baño.

Me zambullí, nadé hasta el extremo opuesto y allí me acomodé en el borde, con la cabeza apoyada en él, los brazos extendidos y los ojos cerrados.

Paz, eso era lo que sentía en ese momento.

Y entonces noté unas manos acariciándome las piernas, momento en el que me sobresalté y, al abrir los ojos, vi a Chris salir del agua.

—No soy ningún tiburón —rio, y se colocó frente a mí, con ambas manos apoyadas en el borde de la piscina.

—Hombre, un poco de peligro sí que tienes —reí, sin poder evitar llevar mis manos a su cabello y alborotárselo un poco.

—Pero si soy muy bueno —dijo en un susurro, antes de acercarse a mis labios y darme un leve mordisquito en ellos.

—Sí, sí, un angelito eres —volteé los ojos.

—Pues claro que sí, ¿no me ves las alas? —preguntó al tiempo que miraba primero hacia uno

de sus hombros y después al otro.

—Estás fatal, en serio —me reí a carcajadas, hasta que se acercó para besarme.

Y sabía que se estaba conteniendo mucho, que sus deseos eran exactamente iguales a los míos, pero se contenía. Le rodeé con mis brazos por los hombros y no tardó en cogerme por la cintura, haciendo que mis pies abandonaran la piscina para rodearle por las caderas con las piernas.

Podía sentir el calor de las yemas de sus dedos en mi espalda, acariciándome despacio mientras compartíamos un beso que, siendo sincera, me pedía más.

Nos dejamos llevar con ese contacto, mientras nuestras lenguas se buscaban a cada rato, y mi mente se dispersó unos segundos del lugar en el que estaba para imaginar cómo sería el sexo con Chris.

Ninguna duda tenía de que iba a ser un caballero, pero la curiosidad estaba ahí.

—A ver esa agua, que está ya a punto de ebullición —gritó Tonino, y Chris y yo nos separamos para reírnos con ganas—. Si es que veo las burbujas, que vais a salir escaldaditos.

—La madre que lo parió —reí.

—Mi tía es una santa, no sabes las bromas que ha tenido que aguantarle a su hijo —rio Chris.

—Pero se le ve buen tipo —le acaricié el cabello con mis manos.

—¿Y a mí? —curioseó arqueando la ceja.

—A ti te veo mucho peligro, ya te lo he dicho.

—Vamos a ir preparando la cena, ¿queréis un vino? —preguntó Alonso.

—Sí, por favor —sonreí.

—Pero salid ya del agua, que el mayordomo está de libranza —soltó Tonino, haciendo alusión al juego que nos traíamos con Erica.

Chris me dio un último beso y salimos de la piscina para secarnos e ir a la mesa, donde Alonso ya había dispuesto todo para comenzar a tostar el pan para esas tostas de jamón y queso crema que había propuesto Erica para cenar.

Capítulo 17



Chris

La noche anterior me privé de nuevo de disfrutar de su cuerpo, pero cada vez se me hacía más imposible.

La observaba esperando a que se despertara, y sentía que cada segundo que pasaba cerca de ella, la atracción era más fuerte de lo que yo nunca me hubiese podido imaginar. Y cuando me miraba con esa sonrisa traviesa mezclada con la timidez que a veces le veía, sentía que mi corazón latía más rápido.

Y mientras la miraba se me ocurrió algo. Era temprano y nadie se había levantado aún, el sol apenas comenzaba a salir y dejarse ver, por lo que estaba seguro de que seguirían durmiendo unas horas más.

Me levanté sin hacer ruido para no despertarla y fui hacia la cocina para preparar unos huevos y beicon a la plancha. Tosté unas rebanadas de pan de campo, ese que tanto le gustaba a ella, y tras pasar el queso también por la plancha, lo coloqué en el pan dejando que se derritiera. Y mientras cortaba unos gajos de guacamole, sonreí pensando en el desayuno sorpresa que estaba planeando para Paulina. Preparé un par de cafés, un par de zumos y lo coloqué todo en una bandeja con una flor que cogí del jardín.

Entré en la habitación y la vi sonriendo mientras se frotaba los ojos sentada en la cama. ¿Se podía estar más bonita que ella, así, recién levantada?

—¿Me has preparado el desayuno? —preguntó emocionada.

—Sí, con todo mi cariño —le acerqué la bandeja para que lo viera y cogió un trozo de beicon —. ¿Desayunamos en la terraza? —me referí a la de la suite que daba a un costado de la casa.

—Sí, por favor. Un desayuno a solas —sonrió, causando que la curva de mis labios también se me pronunciara.

Coloqué todo sobre la mesa y al lado de su café puse la flor, que cogió y se acercó al rostro para olerla sin perder esa bonita sonrisa, casi soñadora, que tenía.

—Mírame —puse el móvil en modo cámara para tirarle una foto oliendo la flor y con el desayuno delante y el paisaje detrás—. Mira —le enseñé la foto y se le abrió la boca.

—Esta la subo a mi *Instagram*, es una preciosidad y tiene un brillo impresionante. Todos los colores se ven muy vivos y el desayuno sale espectacular. Pásamela, porfi —me pidió sonriendo, y en ese momento me pareció tan dulce, que era como ver a una niña.

—Ahora mismo… —sonreí al verla así de feliz. Sabía que era una mujer que apreciaba los pequeños detalles, y eso me hacía admirarla aún más.

Paulina era una mujer luchadora a la que la vida no se lo puso fácil, con una madre que le tocó de lo más egoísta y despreocupada. Me contó la noche anterior su historia y, aunque me sorprendió porque los padres siempre están para cuidar de sus hijos y apoyarlos en todo, me di cuenta de que era toda una guerrera a la que la vida ahora me ponía en su camino. En su mirada se podía ver una mezcla de sabiduría y ternura que me cautivaba aún más. A pesar de los obstáculos que le había puesto la vida, ella seguía adelante con una fuerza digna de admirar.

Su abuela paterna y sus tíos hicieron un papel fundamental cuando cumplió los dieciocho años y se encargaron de protegerla. Al conocer su historia, me di cuenta de que esa experiencia la había hecho más fuerte y aprendió a valerse por sí misma, a ser más independiente de lo que debería ser una persona a tan temprana edad, pero también aprendió a amar con todo su ser. Podía verlo en cada gesto, esa mujer amaría con todas sus fuerzas y hasta el final a la persona que escogiera amarla a ella.

Me alegraba muchísimo que en estos momentos contara con propiedades, su carrera que plasmaba en las redes y el trabajo digital que hacía en estas para también vivir de colaboraciones y demás. Era admirable y se notaba que tenía un corazón enorme y bondadoso. Se merecía todo lo bueno que le diera la vida.

Y ahora que yo había encontrado a alguien tan completa como ella, me acechaba de nuevo el pasado. Eso me llevaba mortificando desde el día anterior y sentía que se llevaba mis energías y mis fuerzas. ¿Cómo fui tan gilipollas de pensar que ella no iba a hablar?

Debo de reconocer que Virginia, tampoco era dada a exponerse cuando estábamos casados, todo fue mucho después cuando a ella la relacionaron con un personaje famoso, muchos la siguieron y se convirtió en un personaje conocido dado que no faltaba a ninguna fiesta. De ahí que intentaran exponerme los medios, ya que se hicieron eco de quién era su exmarido. Si bien es cierto que muchos canales me cuidaron, pues eran de paquetes vendidos por nuestra productora y los otros, al ver que no entraba al trapo ni me dejaba ver por nadie, comenzaron a pasar de mí.

Con Virginia acabé muy mal, y es que comenzó a tirarse a la vida de los casinos, del lujo y todo le parecía poco. Se levantaba para inventar qué comprar ese día o dónde ir a lucir lo que se compraba. Incluso la vieron con alguno y no me lo negó, momento que aproveché para pedirle el divorcio del que salió muy beneficiada.

Su afán era quedarse con la empresa del padre, que era lo que siempre habían hablado, pero

claro, este era muy estricto y con la hija no andaba muy contento los últimos meses en los que estuvimos casados. A todo eso había que añadir que luego nos divorciamos, motivo que ocasionó en él que cada vez confiara menos en su hija. Soy consciente de lo mal que lo pasó porque me apreciaba mucho y me veía como a un hijo.

Y todo esto ahora jugaba en mi contra, dado que, o aceptaba lo que me había pedido Virginia, o arruinaría mi vida. Y todo por un problema con el que me topé sin buscármelo, pero que podría ser una bomba atómica en contra de mi hermano y mío. A veces pensaba que me estaba volviendo loco.

Ahora, cuando comenzaba a vivir algo bonito con alguien que acaparaba toda mi atención y que veía perfecta en todos los sentidos, ahora me venía toda la mierda encima de un pasado que daría lo que fuera por borrarlo de mi vida.

—¿En qué piensas? —me preguntó con su preciosa sonrisa mientras cogía la taza de café para dar un sorbo.

—En que estoy feliz de que estés aquí —cogí su mano que estaba sobre el reposabrazos de la silla y se la acaricié.

—Yo también lo estoy. Te lo digo de corazón —contestó con una sinceridad que hizo que mi corazón diera un brinco.

En sus ojos se podía ver que así era. Se le veía cómoda, relajada y muy participativa en todo. Hasta en el juego que nos traíamos con Erica la fantasiosa, como así le había apodado mi hermano, que era el que tenía que cargar con ella, porque eso sí que era una carga y había que armarse de paciencia.

La conexión entre Paulina y yo era más que evidente, y esa química que se creaba cuando nos mirábamos. Con ella sentía que el destino me había dado una segunda oportunidad, y estaba más que dispuesto a aceptarla y llegar hasta donde esto nos llevara.

Tras darnos un atracón de desayuno, nos fuimos al jardín con los chicos que estaban desayunando. Nos tomamos un café con ellos mientras escuchábamos a Erica que nos iba a decir el plan de comida de hoy.

—Para almorzar podríamos hacer algo de pasta con marisco y para cenar unas pizzas, así hacemos un día italiano. ¿Qué os parece? —sonreía feliz esperando las confirmaciones de su "gran idea".

—Alucino con la capacidad que tienes para hilar las comidas y hacerlas todo un tributo a otro país. Has mezclado cultura culinaria, historia de su día a día, ya que no solo será una sola comida, sino que viviremos como ellos el día completo con sus platos tradicionales, además, has sabido meter el plato en la comida perfecta. No sería lo mismo comer pizzas y por la noche cenar pasta que hacerlo en su momento correcto, como bien has indicado —le dijo Alonso, en un claro intento de burla que vimos todos menos ella, que sonreía orgullosa de esta creatividad que era tan fantasiosa como ella misma.

Y lo que tuvimos que contenernos los demás para no reírnos, eso no estaba pagado.

—Pues mañana pensaba hacer lo mismo, pero con México. Podíamos comer unas fajitas y enchiladas, y por la noche nachos y costillas a la barbacoa con especias a lo mexicano —dijo ella, en un intento de seguir deleitándonos con su inteligencia.

—Primo —dijo Tonino a Alonso—. Yo no sé cómo no te casas ya con esta mujer, otra con esta cultura y resolución no la encuentras. Es algo que se escapa del prodigio.

—Una boda, qué ilusión —murmuró Susi, sonriendo con ironía y a todos se nos escapó una sonrisilla.

—No me puedo casar aún —contestó Erica, mirándonos como si fuera a contarnos el secreto del mayor misterio de la humanidad—. Prometí a mi yo espiritual que lo haría cuando tuviera una relación duradera basada en el respeto y el amor en la que, como mínimo, lo tenía que sustentar durante dos años antes de dar ese paso.

—Menos mal —dijo Alonso, tragando saliva, y se nos escapó una risa—. Digo que menos mal que eres una persona que piensas las cosas y no te tiras a la locura. Eso dice mucho de tu personalidad —rectificó cuando Tonino le dio un claro rodillazo que casi le saca los dientes.

—Yo sé que puedo ser una gran tentación para ti y que desees un todo conmigo… —empezó a decirle ella, pero antes de que pudiera seguir, la cortó mi hermano.

—Sin prisas, sin prisas —soltó este antes de que ella siguiera y a todos se nos escapó una carcajada, hasta a ella—. Lo digo porque no quiero que nadie te cambie tu personalidad ni forma de ser, ni siquiera yo. Y eso que has dicho de los dos años es lo más bonito que he oído en mi vida. Se nota que te quieres y hay que quererse uno mismo antes de querer a los demás —dijo haciéndose el emocionado.

—No llores, que, si no, yo lloro —dijo ella, aguantando el brazo de él y frotándolo.

Lo que estaba más que claro es que los días que estuviera Erica esto iba a estar mejor que el circo. Lo que no sabía era lo que iba a aguantar la paciencia de mi hermano, que cada vez la veía más desgastada.

Estaba claro que mi hermano tenía olfato y, después de la boda, le costó quedar. Le cogería un buen día que la vio diferente, pero claro, ahora se daba cuenta de que su primer instinto no era equivocado.

Los dejamos allí hablando sobre la comida, que Alonso sería el ayudante de Erica en la cocina para preparar todo, y fuimos a acomodarnos a una de las camas para tomar el sol, como me había pedido ella.

Lo cierto es que, al igual que yo, necesitaba estar a solas, sin nadie alrededor, tener un momento a solas para nosotros.

—¿Estás disfrutando de estos días? —le pregunté mientras acariciaba su brazo, ya que tenía el mío rodeándola por encima de su torso, y ella acariciaba el mío también de manera distraída.

Me había sentado en la cama con ella entre mis piernas, pegada a mi pecho, lo que me permitía poder disfrutar del aroma tan dulce que desprendía su perfume.

—Mucho, es como estar en un *resort* o algo así, alejada del mundo, del bullicio, de la rutina. Aunque trabaje —sonrió—, pero ya me entiendes. Esto es paz, Chris. Eres afortunado de tener un lugar así para evadirte.

—Afortunado soy de que estés tú conmigo para compartirlo —le di un beso en la coronilla.

—Aunque tengamos a Erica la fantasiosa todo el día haciendo de las suyas, pero bueno, con no hacerle mucho caso —se encogió de hombros.

—Exacto, eso es lo mejor.

Nos quedamos unos segundos allí sentados en uno de esos silencios cómodos que tantas veces habíamos compartido, y sentí esa paz y esa calma que ella decía.

Sabía que, en ese momento, aunque no dijéramos nada más, nuestras palabras y gestos decían todo lo que necesitábamos saber.

Y es que con Paulina todo era así de natural, nuestra conexión, la química, el modo en el que nos relacionábamos… Nos entendíamos con solo mirarnos, con una conexión tal que, incluso a veces, habíamos pensado y dicho lo mismo.

¿Sería cierto eso de que las almas gemelas acaban encontrándose, aunque pasen mil años buscando a la otra?

Que no escuchara mi hermano mis pensamientos porque me diría que estaba siendo de lo más poético.

La cogí en brazos y la llevé hacia la piscina, ella gritaba y reía mientras me pedía que no la lanzara, porque me estaba viendo las intenciones claramente, pero lo hice.

Me lancé al agua con ella y cuando salimos a flote, se rio a carcajadas. Y la besé como deseaba hacerlo, ella me abrazó con todas sus fuerzas y no quise que ese momento acabara.

—Casi me ahogas —dijo riendo.

—Y te acabo de hacer el boca a boca, no tengas queja.

—Uy, lo que me ha dicho —abrió los ojos con sorpresa.

Acabamos los dos riendo a carcajadas antes de darnos un baño y salir para secarnos y unirnos a los demás.

El resto del día fue igual, lleno de bromas de unos y otros, siguiéndole el rollo a Erica y compartiendo momentos a solas con Paulina que me daban la vida.

Hasta que llegó la noche, esa en la que volví a abrazarla y besarla, conteniendo ese deseo que sentía por ella y que cada vez era más intenso.

Capítulo 18



Paulina

Un nuevo amanecer con un Chris que sonreía mirándome mientras me rodeaba con su mano. La luz suave del sol se colaba entre las cortinas, iluminando su rostro de una manera que me hacía olvidar todo lo demás, como si él fuera el único ser importante en el mundo en ese preciso momento.

—Buenos días, "*wey*" —dije acercándome a sus labios y besándolos.

—¿*Wey*? —Arqueó la ceja.

—Ayer fue un día italiano y según Erica la fantasiosa hoy es el mexicano —murmuré, causándole una sonrisilla.

Chris no pudo evitar reír, su risa era contagiosa y acabamos los dos riendo.

—Es verdad —negó con una risilla—. Es todo un personaje. Pero, una duda, ¿vas a hablar todo el día con acento mexicano?

—*Ay, chamaco, pues, quién sabe* —dije, imitando un poco el acento—. De todos modos, lo que más me gusta de México es su comida.

—Y de mí, ¿qué te gusta? —preguntó con esa mirada penetrante que me ponía nerviosilla.

—Pues… —Hice la que lo pensaba antes de contestar— Digamos que, si fueras un plato de comida mexicana, y te dejaras, te comería entero —me había tirado a la piscina y sin flotador, ahí era nada.

Chris me miró abriendo mucho los ojos, lo había pillado tan desprevenido como a mí misma, que no terminaba de creerme las palabras que habían salido de mi boca.

—¿Me estás insinuando que soy comestible? —preguntó con la ceja arqueada y un tono de lo más juguetón.

—No sé, eso lo dirás tú. ¿Te dejarías comer?

—A besos, y por ti, sin duda alguna.

Nos quedamos mirando unos minutos, en silencio, y la química que compartíamos era más que evidente, se podía sentir en el aire, envolviéndonos. Se le dibujó una sonrisa en los labios y me di cuenta de que todo lo que necesitaba en ese momento era estar allí con él.

Se inclinó y me dio un suave beso en los labios, uno rápido que, como siempre, dejaba con ganas de más.

Su mano se metió por debajo de mi pantalón corto de pijama y me apretó la nalga. Carraspeé, pegando la cabeza a la de él. Me daba mucha vergüenza y no lo podía evitar, pero estaba claro que en cualquier momento sucedería lo que tenía que pasar y que ambos deseábamos.

Con un intenso beso noté que había ido a lavarse los dientes porque emanaba un rico sabor a menta. Mi instinto se iba dejando llevar por un sediento Chris que no había descubierto hasta ahora.

No dejaba de acariciarme con ambas manos por todo el cuerpo, dejando ese rastro de calor con las yemas de sus dedos. Y eso me hacía estremecer, a cada centímetro de piel que iba avanzando, me estremecía y notaba esas ganas de lo que los dos queríamos que pasara.

Se fue deshaciendo de mi ropa ante mi sonrisa suelta y mis rubores, porque, llegados a ese punto, mis mejillas ya estaban rojas como dos tomates. Él también se desnudó y pude terminar de ver ese cuerpo fibroso que era toda una tentación para la vista.

Este hombre no debía ser real, porque no había visto unos abdominales como esos, y una forma de “V” tan perfecta en unas caderas, en mi vida.
Por no hablar de esa otra parte que me apuntaba directamente, erguida y con una leve gota brillante en la punta.

Dios mío, no había pensado ni por un momento que, con la altura de Chris, que medía sus buenos metro ochenta, estaría perfectamente proporcionado en todo. Y a mí me daba que lo que tenía ese hombre entre las piernas no me iba a caber a mí.

—Por tu cara, ahora mismo no sé si te gusta lo que ves o te asusta —dijo en un tono bajo, pero juguetón.

—El conjunto en general me gusta. Esa zona en particular —señalé con el dedo hacia su mástil, porque eso era un mástil— me asusta. No me va a entrar.

Chris soltó una carcajada y estuvo un buen rato riéndose, al igual que yo de verle. Se quedó mirándome y me acarició la mejilla, colocándome después un mechón de pelo detrás de la oreja antes de darme un beso rápido en los labios.

—Puedes apostar lo que quieras a que sí entra —dijo con una sonrisa de medio lado—. Pero

seré cuidadoso.

Volvió a besarme y llevé mis manos a su espalda, acariciando cada músculo que iba encontrando mientras él se movía.

Se apartó un poco y me observó detenidamente, como si al hacerlo se le quedara la imagen de mi cuerpo grabada en la memoria.

Y por el brillo en sus ojos entendí que a él también le gustaba lo que veía.

No dudó en lanzarse a mis pechos y lamerlos deseoso de ellos mientras me tenía sentada de cuclillas sobre él y me ayudaba a moverme para que rozara su impresionante erección.

Con un sigiloso movimiento me tumbó de nuevo sobre la cama y se puso entre mis piernas de rodillas.

Me miraba con deseo y sin perder esa sonrisilla que me volvía loca. Me tapé con las manos, avergonzada, y se encargó de quitármelas para lanzarse a besar cada recodo de mi piel.

El mar de sensaciones que me envolvía en ese momento era algo indescriptible, algo que de verdad no podría describir con palabras.

Pero lo sentía, en cada fibra de mi ser sentía todo lo que él quería que sintiera.

Me estremecía con su manera de tocarme tan varonil y a la vez tan cuidadosa. Agarré las sábanas con fuerza cuando se fue a jugar con su lengua a mi zona más delicada, a la que iba intercambiando con mordisquitos.

No había duda de que este hombre era un experto en la materia, que sabía muy bien lo que se hacía y cómo lo hacía, y a mí me arrancaba un gemido tras otro mientras arqueaba mi espalda y movía mis caderas en busca de un placer aún mayor.

Jugó con sus dedos además de la lengua, penetrándome con ellos y haciendo que cada vez gimiera más y más, que mi cuerpo fuera sacudido por un escalofrío que me recorrió de pies a cabeza, y que deseara con todas mis ganas sentirlo dentro de mí.

Chris se encargó de que el placer fuese duradero y me hizo sufrir antes de llegar a tan ansiado orgasmo en el que tuve que poner la almohada en mi boca para que no se me escuchara.

Abrió mis piernas mientras las besaba antes de darme la primera estocada que lo hizo de lo más cuidadoso. Cuando se aseguró de que estaba lo suficientemente lubricada y el movimiento era perfecto, comenzó a moverse de manera sincronizada, causando otro verdadero placer en mí.

Era su manera de tocarme, besarme y mirarme la que me hacía sentir tan segura entre sus brazos.

Nos besamos y gemimos en la boca del otro, nos tocábamos y abrazábamos mientras, al

mismo ritmo, como si de un baile se tratara, movíamos las caderas en busca de ese contacto y esa sensación de lo más placentera, hasta que sentí que me acercaba de nuevo a ese momento cumbre, al igual que sabía que estaba llegando Chris.

Comenzó a moverse más rápido, entrando y saliendo con fuerza, jadeando en mi boca al igual que yo gemía en la suya.

Y cuando ninguno de los dos pudo reprimirse más tiempo, Chris se movió mucho más rápido, llegando más profundamente, y alcanzamos el clímax siendo atravesados por un intenso orgasmo.

Disfrutamos muchísimo de ese momento. Ni él se podía hacer una idea de todo lo que estaba comenzando a significar para mí. Era una cura a mis indecisiones, sanaba muchas heridas que yo misma me había creado. Lo estaba comenzando a amar con toda mi alma.

Nos quedamos abrazados y besándonos unos minutos más, y es que se notaba que ninguno de los dos quería salir de la cama, estábamos allí tan a gusto, metidos en nuestra burbuja, que no queríamos estropear ese momento.

Pero había que levantarse y empezar el día, ese que esperaba fuera tranquilo.

Juntos nos dimos una ducha antes de salir a desayunar, donde ya estaban todos. Ese momento también fue magistral porque no le faltó ni un gesto de cuidado y mimo sobre mí. Cuando me imaginaba un hombre perfecto, no podía imaginar hasta qué punto pudiera serlo. Hasta que lo conocí a él y entendí lo que era la perfección humana.

—Hombre, la parejita de dormilones —murmuró Erica y Chris me dio un apretón de mano para recordarme que había que seguirle el juego. Vi cómo me miraba Susi aguantando la risa mientras yo me acomodaba en la silla.

—Es lo que tiene dormir en un colchón de tres mil euros, que es un descanso y placer asegurado —contesté—. Por cierto, hoy era mexicano, ¿verdad? —le pregunté cuando todos me miraron recriminándome que le buscara la lengua.

—Sí —dijo ella emocionada y aplaudiendo—. También he pensado que podemos hacer en estos días alguno de comida árabe y ponernos pañuelos en la cabeza y las caderas a modo exótico.

—Dime el nombre de tu camello, que tiene que ser buenísimo —le dijo Tonino, causándonos a todos una carcajada, hasta a ella.

—Debe de ser súper chulo y podemos pedir por Amazon unas chilabas para ustedes —decía ella sonriendo mientras esperaba a que los chicos se animaran con su propuesta.

—Mejor hacemos una de indios —dijo Tonino.

—¿Y esos qué comen? —le preguntó ella con curiosidad.

—A todos los que querían quitar de en medio —soltó él y todos lo entendimos menos ella, que se reía sin saber que sería la primera en ir a las brasas.

—Los indios comen arroz, lo veo en documentales de la India.

—A ver, chica culta —le contestó Tonino de nuevo—. Apunta esto, que a ti se te queda todo muy rapidito porque lista eres más que nosotros cinco juntos y lo has demostrado con tus habilidades de proposiciones de comidas —claramente se estaba burlando de ella—. Los indios de la India son una cosa y los indios originarios de América son otra cosa. Así que elige, comer arroz como los asiáticos o comer verdura como hacían los indígenas de América.

—Mejor hacemos una americanada y comemos un poco de comida basura de la calle —pidió Susi.

—No veo yo por esta sierra muchos lugares de americanadas —dijo Alonso.

—A quince minutos de aquí hay un *burger* en un pueblo —contestó Tonino, mirándolo en el móvil.

—Pero hoy fiesta mexicana —aplaudió Erica, emocionada, para que nadie le quitara su idea.

—Claro, por favor, tú marcas las comidas que para eso eres un genio —le dijo Chris aguantando la risita.

—Yo me meto en la cocina a preparar las fajitas y enchiladas —me ofrecí con tal de no aguantarla durante un rato.

—Yo te acompaño —me dijo Susi.

—Y yo me encargo de pensar la temática de otro día desde el relax. Aunque no lo creáis y me veáis tirada en la hamaca, lo que hago es meditar en posición tumbada —dijo la muy descarada y en tono totalmente convencido.

—Sí lo entiendo —le contestó Tonino—. Aunque parezca más extraño, yo medito cagando en el baño y así suelto con la mierda las malas energías.

—Por Dios —lo reprendió Susi—. Que me va a sentar mal el desayuno. —Nos reímos todos.

Después de desayunar nos metimos en la cocina Susi y yo a preparar la comida relajadamente. El sol de la mañana seguía brillando y la brisa suave que entraba desde el jardín le daba a la casa una atmósfera perfecta para cocinar en modo relax.

Alonso y Chris fueron al pueblo, ya que habían encargado un cochinillo que querían hacer al día siguiente en el horno de piedra que había al lado de la barbacoa.

Tonino fue a darse una ducha y luego vino con nosotras a la cocina, desde donde veíamos a Erica tumbada en una cama balinesa hablando por mensajes desde su móvil.

—Esa tía es la más rara que he conocido en mi vida. No es más imbécil porque no se entrena —decía Tonino y tenía más razón que un santo—. Y lo más gracioso es que esta mañana aparece por el jardín y pide el desayuno como si los demás fuéramos sus criados. No conoce la vergüenza ni la educación. Pero vamos, me sirve de entretenimiento porque le doy hasta en la coronilla y sin despeinarme.

Susi, que estaba batiendo algo en un bol, soltó una leve carcajada y luego me miró negando. Desde luego que la diva de la villa, Erica la fantasiosa, quería un *reality* para ella solita, porque le encantaba ser el centro de atención.

—Pobre Alonso, la que le ha caído encima —negué—. Y lo de los indios fue buenísimo, se le quedó una cara de loca que no podía con ella —dije con la risilla suelta.

—Resolví yo con la americanada —puso los dedos en "v" Susi.

—Si es que tú también te las traes, amor. Estamos hechos el uno para el otro —le dijo este con todo su arte.

—Ni que lo digas —le dio un beso y luego miró por la ventana—. Mírala, rascándose el higo como si fuera la marquesa de la villa. A poca vergüenza no le gana nadie —soltó el aire y volteó los ojos.

—De aquí a nada la está mandando mi primo de vuelta a su casa. Tranquilidad, todo llega.

—Ese día hago una fiesta de estilo mexicano de verdad, me pongo ciega de tequila —dijo Susi, causándonos una carcajada—. Es que hay que tener morro en la vida, ¿eh? Porque ella dice lo que hay que comer y no mueve ni el meñique para ayudar. Me da que esta lleva camino de buscarse un marido rico y que le dé todo hecho.

—¿Y tú no? —reí— Que Tonino tiene una cuenta corriente de lo más gordita.

—¿Has entrado en mi cuenta? Eso es un ultraje, señorita —dijo mientras me señalaba, y nos reímos los tres.

—Hijo, que trabajas en un banco y seguro que tú les vendes a las viejecitas hasta las vajillas que dais de regalo —protestó Susi, pero riendo.

—No, no, yo a las viejecitas las trato con cariño y respeto. Igual que haría con ustedes si queréis meter el dinero en mi banco.

—Amor, mejor metes tú el tuyo en el mío —le dijo Susi con un guiño de lo más pícaro.

—Eh, en la cocina no, que os veo —reí, ante la tensión que se podía sentir en el aire entre ellos.

—Vaya, y yo que te iba a proponer un trío —Susi volteó los ojos.

—Me acabo de excitar solo de imaginaros.

Susi y yo miramos a Tonino, que se estaba dando aire con la mano, y nos echamos a reír. Desde luego que no tenía remedio, estaba como una cabra montesa, como decía Susi.

Los chicos llegaron y Chris me dio un señor beso. No tardamos en seguir preparando la comida y, cuando estaba lista, fui a hablar con mis tíos a la habitación, donde encontré un *post-it* en la puerta, y fruncí el ceño.

"Mira en la cama"

Entré, eché un vistazo y al mirar en la cama, se me dibujó una sonrisa.

Chris me había puesto una rosa roja y una cajita pequeña con bombones al lado.

Desde luego que aquello era todo un detalle por su parte.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —preguntó mientras me rodeaba por la cintura con ambos brazos, sobresaltándome por el susto.

—Me encanta, es un detalle muy bonito.

—Tú sí que eres bonita.

Y tras esas palabras, asaltó mis labios en un beso profundo y no dudó en desnudarme con prisas, esas mismas que empleé yo en él, y acabamos haciéndolo allí mismo, él sentado en la cama, conmigo sobre sus piernas, entregándonos por segunda vez a ese deseo que nos consumía y devoraba a los dos.

Capítulo 19



Chris

Llevábamos seis días en la villa y podía sentir que habían sido los más agridulces de mi vida.

A su lado me sentía un hombre pleno, feliz, calmado, pero el regreso de Virginia con ese tono amenazador me había dejado loco. Desde que comenzamos con el divorcio hasta que firmamos, descubrí a la mujer fría y egoísta con la que había estado casado. La veía capaz de cualquier cosa.

Mi hermano cada vez estaba teniendo menos paciencia con Erica, que se pasaba el día en la hamaca como una reina esperando que todo se lo pusieran por delante.

En nuestro caso, tanto mi hermano, como yo, al igual que Susi y Paulina, eran muchas las horas que trabajábamos en nuestros portátiles sentados en el porche plácidamente, pero no perdíamos el tiempo. Esa chica se notaba que no tenía objetivos más allá que promocionar la ropa y el maquillaje de las colaboraciones, por lo demás, se veía que no tenía muchas luces para prosperar en otros ámbitos. Incluso Tonino, que no tenía nada que hacer dado que trabajaba para el banco, estaba pendiente en hablar con su oficina y estar al tanto de todo.

Ahora nos encontrábamos los chicos preparando la cena en la cocina mientras ellas se duchaban, ya lo habíamos hecho nosotros.

Alonso estaba preparando una ensalada de queso, salmón, aguacate y piñones, Tonino estaba friendo unas empanadillas que había hecho de atún, tomate y huevo, y yo estaba terminando de preparar los cuencos que había hecho de salmorejo y que estaba decorando con huevo picado y trocitos de jamón serrano.

—Anoche me dijo Erica que estaba enamorada de mí y que estaba pensando en formalizar nuestra relación ante los ojos de su familia —dijo mi hermano, aguantando la risa y luego explotó al igual que nosotros.

—De verdad, esa mujer no tiene ni pizca de sentido común —comenté, aún con la risilla suelta mientras negaba.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó Tonino.

—Que al igual que ella tiene como norma propia no casarse antes de los dos años de relación, a mí no me gustaba ni poner nombre a las cosas ni tener prisa para conocer a una familia cuando aún no he terminado de conocer a la persona. En definitiva y sin explayarme, le dejé bien claro que, para mí, esto aún no era nada serio.

—Eso de que lo dejaste claro… —respondió Tonino— Esa mujer se entera de lo que le conviene.

—Lo sé, pero ese es su problema. En un par de días suelto que tengo algún compromiso laboral y la llevo de vuelta a su casa.

—Capaz es de decir que se queda con nosotros —contestó Tonino riendo.

—No, porque ahí sí que entro yo y le dejo bien claro que ella vino con él y se va con él, que aquí estamos en pareja —dije convencido.

—No te daría tiempo a hablar cuando ya la habría metido yo en el coche. Esa sale de aquí pasado mañana, como Alonso que me llamo, y que sepáis que vuelvo con sorpresa —carraspeó.

—¿Te vas a traer a otra? —preguntó Tonino flipando.

—Me ha escrito Kiko que coge vacaciones en dos días, por eso de llevarla de vuelta pasado mañana y no dar dos viajes. Le he dicho que se venga a la villa, que estabais aquí con dos amigas, y se apuntó de seguida. Tiene ganas de estar relajado —Kiko era su mejor amigo de hacía muchos años y también se había separado un año atrás.

—Joder, qué bueno, me cae genial ese tío —decía Tonino, porque Kiko era del mismo carácter que él.

—Pues sí, me parece muy buena idea —afirmé, convencido de que mi hermano disfrutaría mucho con él, ya que se llevaban a las mil maravillas.

Preparamos la mesa en el porche y la verdad es que quedó perfecta, ya que todo lo habíamos emplatado meticulosamente. Las chicas fueron llegando y se sorprendieron.

—Hasta el pan calentito para mojar en el salmorejo —dijo Erica, cogiendo un trocito y metiéndolo en el cuenco.

—Ummm, qué ricas están las empanadillas —gimió Susi con los ojos casi cerrados, algo que a Paulina y a mí nos sacó una sonrisilla.

—Es que todo tiene una pinta que se mete por los ojos —dije probando la ensalada que estaba perfecta en la combinación de sabores.

Erica no paraba de beber vino y de rellenarse la copa. Mi hermano me miraba y sin hablar lo

entendía. Cada vez la aguantaba menos y estaba sacando una paciencia de las pocas reservas que le quedaban. Era más que evidente para todos, salvo para ella, que la paciencia de mi hermano estaba en las últimas.

—Hoy subí una foto a *Instagram* y todo el mundo me decía que parecía que tengo menos edad —murmuró Erica, tomando esos comentarios como un gran piropo.

—Ni te quepa duda de que pareces más joven —le dijo Tonino con segundas, refiriéndose a su capacidad mental.

—¿A qué sí? —preguntó ella de lo más feliz.

—Pues claro que sí, mujer —le dijo mi hermano, en un tono de lo más irónico, y vi cómo Paulina y Susi aguantaban la risa. Desde luego, podría ser una gran persona, pero no lo demostraba, y en cuanto a mentalidad, alguna neurona tenía cambiada de sitio la pobre.

—Lo que no entiendo es cómo Kirk, un chico con el que estuve, me dejó por una más mayor. Nunca lo comprenderé —dijo ella, mientras mojaba pan en el salmorejo como si no hubiese un mañana.

—¿Que se atrevieron a dejarte a ti? ¿En serio? ¿A ti? No, no puede ser —le dijo Susi claramente con la mayor de las ironías.

—Te lo juro, Susi, fue increíble. ¿Cómo a alguien en su sano juicio se le ocurre dejarme y por una mujer mayor? Pues así son algunos hombres de imbéciles, que cambian un diamante por una bisutería de los chinos —decía ella, convencida de sus palabras.

—Desde luego que ese hombre no tenía cerebro —contesté yo, siguiendo el juego y aprovechando la ocasión para seguir un poco más la broma.

—Qué valor dejar a una mujer como tú —murmuró Tonino, haciéndose el indignado—. Ese hombre se va a arrepentir algún día y lo pasará muy mal recordando la joya de mujer que tenía y que no valoró.

—Cierto, ya sabes lo que dicen, uno no valora lo que tiene hasta que lo pierde —comentó Paulina.

—Pues no pienso darle una oportunidad. Además, ahora estoy felizmente comprometida —miró a Alonso poniendo ojitos, sonriendo y hasta batiendo las pestañas como haría un personaje de dibujos.

Sí, nuestra Erica la fantasiosa era todo un personaje, no nos cabía ya ninguna duda.

—Eso ya lo hemos hablado, Erica —carraspeó mi hermano, que no había estallado de milagro, vamos—. No pongamos nombres a las cosas que hay que dejar fluir.

—Pero lo nuestro se nota que es un amor de película y que traspasará todas las barreras.

Somos muy felices —contestó ella, totalmente convencida de cada una de sus palabras.

—Sí, sí, una felicidad inmensa veo en ustedes —contestó Paulina aguantando la risa—. No creo que encontréis un amor tan grande en otras personas.

—Alonso y yo vamos a durar hasta viejecitos —convencidísima lo decía, y la cara de mi hermano era un poema de resignación.

—Qué bonito —murmuró Susi, con una cara de falsedad que no podía con ella.

—¿Lo ves? Transmitimos felicidad, somos de esas parejas que vamos a provocar mucha envidia, porque nuestro amor es especial y elegante.

—Elegante, esa era la palabra —le dijo Tonino—. Vuestro amor es elegante, exclusivo y brillante. Así lo definiría yo —Alonso lo miraba como queriéndolo matar y ella sonreía sintiéndose la plena protagonista de una historia que solo existía en su cabeza, porque en la de mi hermano, estaba claro que no.

—Yo me imagino cuando Tonino venga con un ramo de flores a buscarme… —decía Susi bromeando y haciéndose la pensativa— Y yo lo reciba con las piernas abiertas.

—¿Qué pasa, que no tienes jarrón? —le preguntó Erica y ya nos tuvimos que echar a reír a carcajadas. No se podía ser más tonta.

Nos tiramos un buen rato a carcajadas sin poder parar, y el caso es que ella también, pero su risa era diferente, de no enterarse de nada, al menos eso aparentaba, que lo mismo era más lista que todos nosotros juntos y era ella la que se estaba riendo de los demás. A saber, no me fiaba ni un pelo de esa mujer.

Se bebió durante la cena como seis copas de vino sin exagerar y cuando terminamos, ya estaba mandando a mi hermano a preparar unas copas de ginebra con tónica para todos.

—Con todos los que somos y me mandas a mí —le dijo este riendo y negando.

—Amor, me tienes que consentir. Como bien dicen todos ellos, tienes una joya conmigo —nos metió a todos dando por sentado que opinábamos eso. Pobre ilusa, o no, vete tú a saber.

—¿Más de lo que te consiento? Si tienes a cinco personas para ti trabajando todo el día mientras tú disfrutas de tus vacaciones en la villa como la gran señora que eres —le dijo él, con un sarcasmo y un arte que no pillaba la otra.

—Es verdad, mi vida —dijo ella poniendo ojitos y Alonso la miraba de lado apretando los dientes.

Tonino se metió en el chiringuito a preparar las copas, viendo que mi hermano no hacía el más mínimo intento de levantarse y yo pasaba, estaba fumándome un cigarrillo plácidamente.

—Yo os voy a decir una cosa. No os imagináis lo que nos subió el caché a Paulina y a mí desde que Erica subió la foto de las tres y nos puso de colaboradoras —decía Susi para buscarle la lengua y levantarle más el ego de lo que lo tenía.

—¿En serio os van a pagar más por las colaboraciones? —preguntó ella poniendo cara de incredulidad total.

—Hay una firma de cosméticos que siempre me paga mil euros y me ha ofrecido tres mil —soltó Paulina, a la que tampoco le gustaba calentar. Me moría con ellas.

—Pues a mí no me pagan tanto, mil euros o mil quinientos, pero jamás tres mil —dijo Erica un tanto indignada—. Y encima os suben el caché por mí, no lo entiendo —negó mientras se quedaba mirando hacia la mesa.

—Tranquila, que seguro que en nada te dan una sorpresa y te pagan una millonada —le dijo mi hermano, mirándola de lado aún.

—Seguro que sí —suspiró ella, relajándose.

Tonino salió del chiringuito con las copas listas y una sonrisa, estaba claro que el comentario de las chicas y que este no le hiciera especial ilusión a Erica le había parecido de lo más divertido.

Mi hermano, por su parte, seguía sacando esa infinita paciencia de a saber, dónde, porque si Erica hablaba, él cerraba los ojos con resignación, como si fuera a contar hasta mil o un millón para calmarse.

No era para menos, porque desde luego que, a Erica, para aguantarla, había que tener una fuerza de voluntad grandísima.

Después de tomarnos la copa todos juntos, cogí a Paulina de la mano y la llevé hasta la piscina, donde nos sentamos en el borde, metiendo los pies y disfrutando de la calma que nos daba ese momento, mientras el manto de la noche nos cubría.

El sonido del agua meciéndose era algo de lo más relajante, pero sin duda alguna, lo mejor de este momento era ella.

Paulina se recostó ligeramente hacia atrás, apoyando las manos en el césped y mirando al cielo que estaba cubierto de estrellas, mientras yo la observaba con una sonrisa, disfrutando de verla así.

—Me siento ahora mismo como si estuviéramos en el *reality* —dijo y me salió una carcajada.

Razón no le faltaba, porque en ese programa muchas noches alguna de las exparejas, o incluso dos miembros de diferentes exparejas, se sentaban aquí para hablar un poco más apartados del resto.

—No te rías, que es verdad —sonrió—. Solo nos faltan las cámaras por aquí grabando todo.

—Yo, si quieres, te hago un vídeo para tus redes.

—Una foto mejor, que seguro que quedaría muy bonita.

—Ahora vuelvo —le di un beso en la mejilla y fui hacia la casa por el móvil.

Cuando regresé, le hice una foto tal como estaba, con los ojos cerrados y captando la luna que en ese momento estaba justo a su izquierda, sobre su cabeza. La imagen quedó realmente preciosa.

—¿Qué tal? —pregunté dejando que la viera.

—No me he enterado de que has vuelto —sonrió.

—Es lo mejor de las fotos, que queden muy naturales —le hice un guiño y sonrió, al tiempo que cogía el móvil.

—Chris, es preciosa.

—Toma —le di su móvil y sonrió aún más.

Le pasé la foto y no dudó en subirla de inmediato a sus redes. Ni cinco minutos después ya tenía varios comentarios diciendo que era una foto espectacular.

Escuchamos a Erica resoplar y nos salió una risilla a los dos, porque eso era señal de que había visto la foto.

Dejé los móviles en una de las camas y me metí en el agua para colocarme entre sus piernas, esas que besé al igual que su vientre, mientras la miraba a los ojos y veía su preciosa sonrisa.

Cuando la vi morderse el labio, intuí lo que estaba pensando, y no dudé ni por un segundo en lanzarme, atreverme a ser un poco juguetón con ella allí mismo.

Así que, sin miedo ni vergüenza, hice a un lado la tela de la braguita de su bikini, y ella abrió los ojos al ver lo que pretendía.

—Chris, aquí no —murmuró, cohibida.

—Puedes estar segura de que no va a venir nadie —dije mientras llevaba mi pulgar a su clítoris—. Primero: porque Susi no querrá molestarte, como Tonito tampoco, y segundo: si a Erica se le ocurre venir para molestar, mi hermano la lleva a la cama así tenga que atarla.

—Pero…

—Schh —murmuré, acercándome a ella para besarla—. Solo disfruta del adelanto de lo que

va a pasar en la cama, preciosa.

Y me incliné para lamer su clítoris mientras la penetraba al mismo tiempo con el dedo. Podía escuchar sus jadeos y gemidos bajos, esos que eran como música para mis oídos en este instante, porque me encantaba darle placer.

Seguí degustando a mi chica hasta que noté que agarraba con una mano mi cabeza, sentí un leve tirón de pelo y, dos segundos después, Paulina se estaba corriendo en mi boca.

No hizo el más mínimo ruido y sé que le costó controlarse, pero mi chica era una campeona y no quería dar pistas de lo que había hecho.

La miré y sonreí de medio lado al ver el brillo en sus ojos y el sonrojo en sus mejillas, ambos, fruto de la excitación que había sentido. Su pecho subía y bajaba rápido mientras recobraba el aliento, y cuando la vi sonreír, devoré sus labios en un beso de lo más apasionado.

No tardó en rodearme con ambos brazos por los hombros y la cogí por la cintura para meterla conmigo en el agua.

Me moría por estar dentro de ella, por sentir el calor de su sexo envolviendo mi miembro, pero no iba a hacerlo allí.

Solo que ella comenzó a moverse de modo que la fricción del roce con mi erección la excitó un poco más.

—Chris —murmuró.

—¿Qué ocurre, preciosa?

—Quiero sentirte —dijo con timidez y se sonrojó por la vergüenza. Sonreí y la besé de nuevo.

—¿Nos vamos ya a la cama? —pregunté, y ella tragó saliva y después asintió— Estaba deseando que me lo pidieras.

Le di un beso rápido en los labios y salimos de la piscina. Por suerte, tal como la llevaba, nadie podía ver mi erección, aunque los chicos no eran tontos y Susi tampoco. Erica no estaba, cosa que agradecí.

—¿La parejita ya tiene sueño? —preguntó mi primo con una sonrisilla, y Paulina rio con el rostro escondido en mi cuello.

—Mucho, primo, mucho —reí.

—Que tengáis dulces polvos —soltó Susi, y Paulina se rio a carcajadas—. Mírala, qué jodida, y decían que era sueño —rio.

Me gustaba el grupo que formábamos, salvo por Erica, ella no contaba, porque todos teníamos

un sentido del humor de lo más peculiar y que encajaba a la perfección con el de los demás.

Pero me gustaba mucho más la preciosa mujer que tenía en brazos, y estaba a punto de tener desnuda en mi cama.

Capítulo 20



Paulina

Disfrutaba del placer de la cama abrazada a Chris, que no dejaba de mimarme con besos y caricias. La noche anterior habíamos hecho un doblete que no sabía cómo le quedaban ganas de buscarme más, pero lo cierto es que la atracción que había entre nosotros era tan fuerte que no podíamos dejar de sucumbir el uno hacia el otro.

Y terminamos de nuevo enredados en nuestros cuerpos. Todo era insaciable, sentíamos demasiados deseos el uno por el otro.

Me daba cuenta de que hasta haberlo conocido a él había estado malviviendo porque el estado tan bonito en el que me encontraba ahora era sentirme completamente viva. Con Chris, cada día era una nueva aventura, una mezcla de risas, caricias y complicidad que me hacía ver el mundo con otros ojos.

Me estremecía con cada caricia que las yemas de sus dedos iban dejando por mi cuerpo, cuando sus labios besaban cada centímetro de piel que encontraban y con cada una de las lamidas que su juguetona lengua dejaba en mi clítoris.

Chris hacía conmigo lo que quería, me manejaba a su antojo y yo me dejaba porque así lo sentía, porque me dejaba llevar por él y eso que me daba.

Estábamos en la cama, los dos de rodillas, él pegado a mi espalda, rodeándome con el brazo por la cintura y acariciándome el clítoris mientras me penetraba desde atrás con fuerza.

Con la otra mano sostenía mi barbilla para besarnos, para beberse mis gemidos uno tras otro, y así fue como llegamos al orgasmo, mientras mi cuerpo se estremecía ante el tsunami de sensaciones que Chris me había hecho sentir.

Jamás en mi vida había tenido un sexo así, tan increíblemente sensual, excitante y satisfactorio.

Después de desfogar de nuevo y darnos una ducha, salimos a la cocina y comenzamos a preparar todo para llevarlo al jardín, que en nada irían apareciendo todos.

—¿Te he dicho lo preciosa que te ves hoy? —susurró en mi oído, abrazándome por detrás mientras preparaba el pan para sacarlo.

Y a mí se me dibujó una sonrisilla tonta en la cara, de esas de quinceañera, como decía Susi. Me encantaba cuando me decía cosas así, y aún más cómo lo hacía.

Me dio un beso en el cuello y fuimos sacando todo para tenerlo listo para cuando se unieran los demás.

Alonso apareció el primero. Hoy tenía la intención de llevarse a Erica y venir con ese amigo suyo llamado Kiko.

—¿Qué tal, hermano? —le preguntó Chris.

—Buenos días —nos sonrió—. Con ganas de llevarla ya y dejarla en su casa. La voy a bloquear de todos los lados con tal de no volverla a escuchar —decía echándose un café.

—¿Te dio la noche? —le pregunté con la risilla suelta.

—La noche y los buenos días. Madre mía, de verdad —soltó el aire—. ¿En serio a esta mujer la invitó mi hermana a la boda? ¿No la conocía bien? Porque dudo que con el carácter que tiene Alma aguante a alguien como esta. Anoche comenzó a hablarme de las comidas que íbamos a hacer el resto del mes. Me tuve que contener para no soltarle que no iba a durar aquí en la villa ni veinticuatro horas más.

—Bueno, quizás lo hizo por invitar con las que más hablaba de este mundo de las *influencers* en el que estamos las tres, que era con nosotras y Susi, por lo que pensamos al ver a esta en la boda. No creo que tengan una relación más allá de eso, aunque a favor de Alma debo de decir que Erica en las redes se muestra de otra manera y seguro que tuvo una percepción de ella errónea, como la que hemos tenido nosotras.

—Buenos días, feliz familia —dijo Tonino apareciendo con Susi— ¿Y la alegría de la huerta? —preguntó, refiriéndose a Erica.

—Duchándose. Le vendrá bien para estar lista cuando le diga que tiene que hacer las maletas —contestó Alonso.

—Debe abandonar la villa… —murmuró Tonino, sacándonos una carcajada.

Ni dos minutos tardamos en escuchar los pasos de la nominada, a quien vi a lo lejos con una sonrisa de oreja a oreja que me daba a mí que se le iba a borrar de golpe en cuanto Alonso le dijera que se iban.

—¡¡¡Buenos días, mis amores!!! —apareció Erica gritando de lo más eufórica— ¿Y mi cafecito, amor? —le preguntó la muy descarada.

—Ya te lo hago yo, preciosa —le dijo Tonino, disponiéndose a hacerlo. Se notaba que estaba

contento por perderla de vista.

Susi lo miraba aguantando la risa, al igual que todos, mientras una Erica sonriente se acomodaba en su silla.

—Erica, he recibido una llamada de trabajo y debemos regresar. Se me complican estos días y tengo que viajar para unas reuniones —le dijo Alonso, con cara inexpresiva total.

—Te puedo acompañar, estoy libre, amor —respondió ella sonriendo, pensando que Alonso la llevaría encantado, pero nada más lejos de la realidad.

—No, no. En estos casos nunca llevamos familiares ni amigos.

—Pero puedes llevarme como tu prometida —sonrió, esperando que aceptara.

—Imposible.

—Bueno, pues te puedo esperar aquí —sugirió mientras nos miraba a todos, como si esperase que dijéramos que sí.

—No, Erica —le contestó rápidamente para que nadie saltara—. No sé si para cuando regrese ellos estarán y tampoco te voy a dejar aquí cuando están en pareja y hay que respetar la privacidad de las personas.

—Si, soy un amor y no hago nada —contestó con un tono juguetón al tiempo que ponía morritos, en plan puchero.

—Por eso precisamente —dijo Tonino, causando que a todos nos entrara la risa.

—¿Se están riendo de mí? —preguntó con cara de sorpresa.

—No, Erica, están bromeando—le contestó Alonso—. Salimos en dos horas.

—¿Así a toda prisa?

—Tengo obligaciones que cumplir y ya llevamos aquí ocho días.

—Pero ellos se van a quedar más.

—¿Te lo tengo que explicar de nuevo? Además, cada uno hace con su vida lo que quiere o puede, no por eso tenemos que hacerlo también los demás.

—Yo esperaré a que regreses del viaje, amor.

La cara de Alonso era un poema. Tenía muchas ganas ya de acabar con esto y dejarla en su casa. Realmente, a todos nos había sorprendido esa faceta que tenía ella de una ingenuidad muy rara. Chris no se fiaba para nada y decía que lo mismo era Erica la que se estaba riendo de

nosotros.

Se pasó todo el desayuno en silencio y con mala cara. Eso de encontrarse con que tenía que irse de la villa para ella era todo un caos, ya que aquí se sentía en su máximo apogeo subiendo fotos a la red en plan, señorita total.

Se fueron a la suite a preparar las maletas y nosotros cuatro nos quedamos tomando otro café.

—Se le quedó una cara que no veas —dijo Susi.

—Capaz es de irse sin despedirse. O peor aún, de soltarnos algo muy grande —decía Tonino entre risas.

—Yo solo os voy a decir una cosa. Pase lo que pase nos aguantamos, que el caminito que le espera a mi hermano, solo con ella… Así que no calentemos mucho el horno —dijo Chris con la risa suelta.

—Pues a mí que no me provoque mucho que hoy me levanté revolucionado —le contestó Tonino, encogiéndose de hombros.

—Tú más vale que te contengas —le advertí yo, riendo, porque ya lo conocía bien de estos días.

—¿Sabes lo que hemos tragado estos días siguiéndole el rollo en todo a esa chica? Por Dios, si hemos tenido más paciencia que un santo —volteó los ojos.

—Tonino, hijo, que lo que nos hemos reído no tiene precio —le contestó Susi.

Media hora después apareció Alonso y detrás Erica, que se paró ante nosotros con una cara de tres metros.

—Bueno, fue bonito mientras duró —dijo en un tono un tanto irónico.

—Te vamos a echar mucho de menos. La vida en la villa no será lo mismo sin vosotros —dijo Tonino, haciéndose el emocionado.

—Lo sé, pero las obligaciones llaman a mi prometido.

—Que no me llames así —le recriminó Alonso, volteando los ojos y bufando desesperado.

—Le cuesta esa palabra, pero los sentimientos indican que entre nosotros hay una legalidad de amor que va más allá de un simple rollo —dijo ella sonriente y Chris me dio un rodillazo mientras aguantaba la risa.

—Se nota el amor que os profesáis el uno hacia el otro. Es tan bonito y envidiable, que solo os puedo desear el mayor de los éxitos en pareja —le soltó Tonino y la mirada que le echó Alonso no tenía precio.

—Venga, se nos hace tarde.

—Bueno, chicos, que disfrutéis mucho y quién sabe… lo mismo regresamos en algún momento de sorpresa.

—Sería la gran sorpresa de nuestras vidas —dije con la mayor de las ironías y Chris volvió a darme un rodillazo.

—Os llevo en mi corazón —comenzó a lanzar besitos que le devolvíamos con mucha euforia.

Desde luego, esa mujer vivía en su propio mundo. Y esos besos que lanzaba al aire como si fuera una estrella saludando a sus fans, era para mearse, en serio.

Cuando el coche se alejó de la casa por el jardín, comenzamos a reírnos como si nos fuera la vida en ello.

—El alivio que va a sentir Alonso va a ser inmenso —dijo mi amiga, sin dejar de reír.

—Ni que lo digas —le contesté a Susi.

—Dice que la deja y recoge a Kiko, con lo cual para la hora de la comida estará aquí de regreso y nuestra amiga Erica no nos dejó ninguna propuesta de comida. Moriremos entre terribles frustraciones de no saber qué hacer de comer —se tiró Tonino a la mesa como llorando. Tenía muchísimo arte.

—Anoche saqué la bandeja grande de chuletitas de cordero. Las haremos al horno y las acompañaremos con patatas fritas —dijo Chris con una sonrisa, y a todos se nos iluminaron los ojos solo de imaginar esos platos que íbamos a disfrutar.

—¡Ole, mi primo! Y se pensaba Erica que era la única que tenía ideas brillantes. Por cierto, yo haré una ronda de huevos fritos y así nos montamos un combinado como los de las ventas.

—Qué rico, por favor —dijo Susi, a la que se le caía la baba.

—Ya me imagino las patatas crujientes, con sus huevitos, sus chuletitas… —dije, a la vez que se me hacía la boca agua.

—No se hable más, primo, vamos a por pan y a la vuelta lo preparamos todo —Tonino se levantó y Chris le siguió.

Recogimos la mesa entre todos, y tras despedirse de nosotras con un beso cada uno, se marcharon.

Y aprovechando que teníamos la villa para nosotras solas, Susi y yo nos pusimos los bikinis y fuimos a tomar el sol acompañadas de un zumo natural.

El sol brillaba con fuerza, iluminando la piscina con destellos dorados que hacían que el agua

brillara como un espejo. Nosotras estábamos en las tumbonas con nuestras gafas de sol puestas, disfrutando de la mañana.

Nos tiramos algunas fotos y las subimos a las redes.

—A Erica le da algo cuando las vea —dijo muerta de risa.

—Ya te digo.

—Qué bien se está ahora, sin ella, es que se respira una paz —suspiró y le dio un sorbo a su zumo.

Me reí relajada, porque tenía razón. Durante los días que había estado Erica aquí, nos había vuelto locos a todos. No quería ni pensar el viaje que le iba a dar al pobre Alonso.

—Bueno, señorita —me recosté de lado para verla mejor mientras hablábamos—. ¿Qué tal con Tonino? —sonreí.

—Estoy muy bien, la verdad —sonrió—. Es un encanto, está loquillo, pero eso es lo que lo diferencia del resto. Es un buen hombre, Paulina.

—Qué bonito, por favor —sonreí—. Estás pillada por él, ¿eh?

—¿Y tú con Chris? —arqueó la ceja, cambiándome de tema.

—Pilladísima, Susi, no te voy a mentir —suspiré dejando caer la cabeza en la tumbona—. Es un hombre increíble, me hace sentir tan especial. Y tengo miedo por eso.

—Vive el presente, cariño, pero si te quedas más tranquila, ese hombre te mira con un amor en los ojos que da gloria verlo —sonrió.

—Qué exagerada eres —reí.

Nos hicimos algunas fotos más y las subimos, los comentarios seguían sucediéndose y en ninguna de ellas vimos que Erica reaccionara. Las estaba viendo, de eso no teníamos duda, pero como se había ido expulsada de la villa de manera sutil, hoy estaría en plan "drama". Pero no nos importaba.

Los chicos llegaron poco después con el pan y sonrieron al vernos en la piscina. Susi y yo fuimos a vestirnos para echarles una mano con la preparación de la comida, y cuando llegué a la suite tenía otro *post-it* de Chris en la puerta que me hizo sonreír.

"Mira en la mesita"

Entré y fui directa a la mesita, donde encontré una rosa y una pequeña nota de su puño y letra.

"La flor más hermosa eres tú, no lo olvides nunca, preciosa"

Es que me decía unas cosas que me sacaban la sonrisa y los colores.
Pero era tan romántico…

Y era la segunda rosa que me regalaba, señal de que este hombre era detallista cualquier día, sin necesidad de que fuera una fecha señalada.

Me había enamorado de él, y eso me aterraba, porque si en algún momento él decidiera que esto acababa, me quedaría completamente hundida.

Capítulo 21



Chris

Mi hermano apareció a las dos y media con Kiko, y como siempre que nos veíamos, nos fundimos en un abrazo y luego se lo dio a Tonino, que lo cogió hasta en brazos el muy bruto y eso que era más grande que él.

Se lo presentamos a las chicas y pronto comenzaron a charlar, ya que él era una persona muy simpática y social. Era imposible que no le cayera bien a alguien, porque era un hombre increíble.

—Buenos platos. Ya veo lo bien que os alimentáis —dijo Kiko, viendo la buena pinta que tenía y con el esmero que lo habíamos preparado en bandejas individuales. La presentación había quedado perfecta.

—Chris y yo hemos sido los encargados —respondió mi primo con una sonrisa de oreja a oreja, de esas de satisfacción.

—Chivato eres, hijo —le reprochó Susi riendo.

—Hombre, aquí las medallas para el que se las gane —se encogió de hombros.

—No cambia —dijo Kiko, refiriéndose a Tonino.

—¿Y para qué voy a cambiar si soy un artista? —soltó mi primo, con todo su arte y un tono de orgullo que hizo que todos acabáramos riendo con una carcajada.

—Un artista dice… —contestó Paulina, causándome una risilla.

Intentaba estar cómodo y disfrutar de estos momentos que estaba viviendo a su lado, pero cada vez, pesaba más la tensión que me producía todo lo de Virginia y me estaba pasando factura, porque, aunque estuviera amable e involucrado en el grupo, cada vez me costaba más y notaba que me estaba cambiando el carácter.

Mientras comíamos, Kiko se interesó por las chicas y ellas le hablaron de a lo que se

dedicaban. Las escuchaba con atención, todo un caballero como debía ser, y hasta comentó que le parecía haber leído alguno de los artículos de Paulina, pero de su época de casado, cuando le contaba los cotilleos de la vida de los famosos.

Acabaron congeniando mucho también con él y me alegraba, porque este grupo de seis sí que podría pasar muchos buenos momentos en esta villa, en escapadas que pudiéramos tener.

Después de comer, Alonso y Kiko se quedaron en las tumbonas y nosotros nos fuimos a la suite a echarnos un rato.

—Te noto algo raro, Chris —me dijo, cuando estábamos tumbados y me acariciaba la cara, mirándome con esos ojos llenos de ternura que tanto me gustaban.

—Estoy algo agobiado con un tema del trabajo, pero nada que no se pueda solucionar —respondí con una leve sonrisa, esperando ser lo suficientemente convincente, porque ni siquiera mi propia voz había sonado todo lo convincente que quería.

—Si te pudiese ayudar en algo… —murmuró, con esa dulzura de siempre que me tenía loco por ella, pero ahora en su voz se notaba un toque de preocupación.

—No —sonreí con tristeza porque era lo único que me salía—. Con tenerte me doy por satisfecho. Eres lo mejor que me ha pasado —susurré, abrazándola contra mi pecho, porque lo necesitaba con todas mis fuerzas.

Ella se dejó mimar, y se quedó en silencio unos minutos, como si de ese modo intentara comprender el peso de cada una de mis palabras.

—Me tienes. Me has ganado por completo, Chris —dijo con la voz ligeramente quebrada, emocionada sin duda, pero con una sinceridad que me atravesaba el alma—. Y me haces sentir tantas cosas nuevas y bonitas que me siento muy dichosa de poder estar viviéndolas.

—¿Sabes que siento lo mismo? —contesté mientras notaba que esa angustia que había en mi pecho se suavizaba un poco al estar cerca de ella.

—No lo sé —reía nerviosa—, pero me encanta cómo me miras.

—Con mucho cariño y amor —le susurré—, ese que te mereces, preciosa.

Paulina me miró y sonrió de una manera tan pura y dulce, que me sentí el hombre más afortunado de la faz de la tierra, aunque en mi interior algo me decía que todo eso no iba a durar.

—Pero no quiero que estés triste ni agobiado. Me encantaría poder hacer algo por ayudarte a que no estés en ese estado —dijo con esa dulzura, y le di un beso rápido en los labios.

—Te repito, tu compañía y empatía hacen mucho bien en mí.

No quería que ella percibiera mi malestar, pero no podía hacer nada por evitarlo. Virginia me

tenía cogido por los huevos y eso iba a provocar algo feo entre Paulina y yo. No quería ir con ella a Galicia, pero es que no me quedaba otra alternativa que hacerlo. Eso me ahogaba de la pena. Le iba a tener que mentir y decir que me iba por trabajo o cualquier otra excusa barata para que me esperase al regreso. Por nada del mundo la quería perder.

Después de un rato en el que dormimos con dos horas, salimos al jardín donde aún estaban de cañas Alonso y Kiko. Nosotros nos preparamos un café.

En ese momento mi móvil vibró y vi que tenía un mensaje de Virginia. Mi estómago se revolvió con solo ver su nombre en la pantalla. Me puse de lo más nervioso, sentí cómo el sudor comenzaba a resbalar por mi frente, como si estuviera teniendo un ataque de fiebre fuertísimo. Necesitaba alejarme un momento, por lo que me dirigí hacia el baño.

Virginia: *Sé que estás con otra y en la Villa. La he reconocido en las redes, en la foto en la que salen tres en la piscina y la casa atrás. Una de ellas es la misma con la que estuviste tonteando toda la noche en la boda de tu hermana y que me enseñaron fotos. Cualquier tontería y te cargas el que yo pueda obtener la empresa de mi padre. Te quiero lejos de ella hasta que esto suceda. Te doy cuatro horas para que salga de allí, te estoy vigilando y no la vuelvas a ver. Hay cadenas que te tienen mucha tirria porque a ellas no le vendiste ciertos formatos, con lo cual están deseando pagarme una suma importante de dinero para ponerte en el candelero y que ruede tu cabeza por los informativos y programas del corazón. Tú sabrás. Tienes veinticuatro horas. La confidencialidad que tú aprecias tiene un peaje barato. Sácala de tu vida inmediatamente y, hasta que no regresemos de Galicia, ni se te ocurra volver a acercarte a ella ni a otras, tampoco intentes tener contacto con esa mujer porque no me fío ni un pelo. No me la juegues. Si me contestas para rebatirme, pierdes.*

La rabia y el miedo se apoderaron de mí de tal modo que me costaba respirar.

Noté cómo las lágrimas me caían por las mejillas y sentí que todo lo bonito que había estado viviendo hasta ahora se desmoronaba por completo. En ese momento no podía pensar en nada más que en cómo iba a solucionar este lio.

Le mandé un mensaje a Paulina para que viniera hacia la suite. Cuando llegó, no pude evitar mostrarle el sufrimiento que llevaba dentro, porque era evidente que se me notaba en la cara.

—¿Qué pasa? —me preguntó, preocupada.

—Pasa que cometí un error en el pasado y lo estoy pagando caro —le dije con la voz rota por el llanto y el dolor—. Ahora no te puedo hablar de eso, pero te juro que te lo contaré en un futuro, cuando todo se calme, cuando acabe.

—Me estás asustando, Chris —susurró mientras me cogía las manos, y sentí la tensión en su voz.

No quería esto, no quería que ella estuviera mal, y no quería acabar con lo que había empezado entre nosotros. Pero esa maldita mujer me obligaba.

—Tengo que dejar esto por un tiempo —dije con todo el dolor de mi corazón.

Las palabras salieron con dificultad, como si cada una de las letras arrancara una parte de mí.

—No me jodas, Chris, no me hagas esto —me pidió llorando y agarrándose a mis brazos.

—Te amo más de lo que imaginas, solo es cuestión de tiempo y que arregle unas cosas, pero me va a llevar como un mes y poco. Juro que regresaré a buscarte.

Mi corazón se rompió al verla tan vulnerable. No quería hacerle esto, joder, quería quedarme con ella, disfrutar de su compañía unos días más aquí en la villa. Pero me veía arrastrado a un abismo del que me era imposible librarme.

—Te juro que te amo, pero tengo que hacer esto —dije con lágrimas en los ojos.

—Pero todo suena muy mal, Chris. Yo te espero un año si hace falta, pero quiero estar en contacto contigo al menos este tiempo. No me dejes sin saber de ti, que es lo que estoy interpretando.

—No puedo, Paulina, de verdad que no puedo, antes tengo que arreglar algo —le dije sin poder reprimir las lágrimas—. Nos tenemos que ir lo antes posible.

—No entiendo nada, Chris —decía desesperada.

—Solo con el tiempo tendrás las respuestas.

—¡La vida es una puta mierda! —gritó y salió de la suite.

Fue a buscar a su amiga, y Tonino con mi hermano aparecieron por mi habitación y les conté lo sucedido. Se quedaron a cuadros, pero sabían que me encontraba en una situación difícil y que, o solucionaba todo con Virginia, o terminaría por joderme la vida. Todo era muy duro.

Mi corazón se quedó hecho pedazos, la había perdido, a la única persona que me hizo sentir vivo después de tanto tiempo, la había perdido.

Con el tiempo podría darle esas respuestas que ella necesitaba, pero ahora la vida también me parecía de lo más injusta, porque acababa de hacerle daño a la persona que más amaba.

Susi y Tonino también se vinieron con nosotros. En la villa se quedaron Alonso y Kiko. Me daba rabia haberme cargado estos días tan bonitos que estábamos pasando y ahora me tenía que preparar para mantener las distancias con la mujer que más amaba en el mundo.

—Dime qué está pasando, por favor —me pidió enfadada, cuando llegamos a la puerta de su casa.

—No puedo, de verdad —respondí con un hilo de voz, con un dolor en el pecho que me mataba y unas ganas inmensas de ir a buscar a la maldita bruja de mi ex y mandarla a la mierda o

al infierno del que nunca debió salir.

—El día que estés preparado para contarme la verdad, aquí tienes las puertas abiertas —cogió sus cosas, marchándose hacia dentro sin querer despedirse de mí.

La entendía, juro por mi vida que la entendía, pero me dolía en el alma no poder contar algo que era tan difícil, complicado y delicado.

Odiaba con toda mi alma a Virginia y no entendía cómo podía ser así después de todo lo que le di cuando no se lo merecía.

Llegué a mi casa y me tiré en el sofá bocarriba a soltarlo todo. La oscuridad me envolvía, me engullía como un monstruo. Las luces apagadas no ayudaron a que mis pensamientos se despejaran, todo lo contrario, parecía que cada rincón reflejaba mi dolor.

Lloré sin consuelo pensando en la tristeza que tenía y las semanas tan duras que me esperaban. No sabía cómo iba a poder vivir sin ella.

Pensaba en Paulina, en su rostro lleno de incertidumbre y miedo, y me preguntaba si alguna vez entendería el porqué de todo lo que estaba pasando en estos momentos, en mi vida, por qué tenía que alejarla de mí de esta manera.

Me sentí un monstruo, un cobarde, alguien incapaz de ser honesto con la persona que más amaba.

Y en mi mente, las palabras de Virginia retumbaban con fuerza: *“Te quiero lejos de ella hasta que esto suceda. Te estoy vigilando”*

Era como si estuviera bajo el control de todo, y eso era lo que más preocupado me tenía.

No tenía ni idea de cómo iba a pasar el tiempo sin ella. Pensaba en la conversación y en su cara llena de desesperación, en esas lágrimas que a mí se me clavaban como puñales en el alma, en sus palabras suplicantes: *"No me dejes en la incertidumbre, Chris. Te esperaré, pero al menos quiero saber de ti..."*

Ojalá pudiera, ojalá mi pasado no volviera pesando como una losa, amenazando con aplastarme o, peor, ir contra ella y hacerle más daño aún.

Capítulo 22



Paulina

Estaba más nerviosa de lo que me habría gustado admitir, pero necesitaba hablar con alguien sobre lo que me pasaba.

Llevaba pasteles en una caja grande, adornada con pequeños detalles de color pastel. Había comprado los favoritos de mi tía Lola, esos que siempre me pedía que comprara cuando pensaba ir con Susi a visitarlos. Decía que no había nada mejor que un buen café y un pastel para ponerle un toque especial a la tarde.

Al llegar a la casa de mis tíos me sentí aliviada, ese siempre había sido un refugio para mí.

Entré y fui hacia el salón, donde escuchaba la televisión.

—Acaba de llegar vuestra hija favorita —dije con una leve sonrisa, y los dos rieron.

—No tenemos otra, mi niña —mi tía me abrazó y sentí que me rompía, que el dolor de esos días después de irme de la villa volvía a presentarse, pero no quería llorar, al menos no tan pronto.

—¿Cómo estás? —preguntó mi tío, levantándose del sillón para darme él también un abrazo.

—Bien, muy bien —contesté, una mentira para que no se preocuparan, pero mi voz sonaba tan diferente a como sonaba siempre.

Ayudé a mi tía a preparar el café y nos sentamos en la mesa del comedor, donde los pasteles ya esperaban a ser degustados.

—¿Qué tal en el trabajo? —curioseó mi tío.

—Bueno, nada especial —contesté, intentando desviar la conversación hacia algo más trivial.

Pero mi tía Lola no era tonta, ella me conocía demasiado bien.

—Paulina, ¿estás bien, hija? —me preguntó, frunciendo el ceño y dejando el café en la mesa — Te noto un poco apagada, como si algo te preocupara. ¿Qué pasa?

Miré a mi tía, pero las palabras no me salían. Estaba a punto de romperme, de nuevo, pero, en lugar de eso, comencé a remover el café, como si eso fuera suficiente para ordenar mis pensamientos.

—No, tía, no lo estoy —dije finalmente, con la voz quebrada—. He estado viéndome con un hombre. Y… —tragué saliva, con el nudo en la garganta— Me gustaba mucho, y pensé que… —suspiré— Pensé que estaba todo bien, que él sentía lo mismo que yo. Pero me ha dejado, sin más, sin ninguna explicación.

Mis tíos se quedaron en silencio, observándome con los ojos llenos de pena y compasión. Bajé la cabeza, porque esa confesión había sido más difícil de lo que pensaba. Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero las contuve. No quería llorar frente a ellos, no allí, no en este momento. Pero todo el dolor y la confusión que había estado guardando dentro de mí comenzaron a salir.

—¿Te dejó sin decir nada? —preguntó mi tío con la voz tranquila, pero preocupada— ¿Así, de la nada?

—Sí —contesté sollozando—. Me dijo que necesitaba tiempo. Que había algo que tenía que solucionar, pero no me dijo el qué. Y yo no sé qué hacer, tío. No sé si debo esperar o simplemente olvidarlo.

Mi tía se acercó y me abrazó suavemente mientras me acariciaba el cabello. Ella sabía lo que se sentía estar perdida en un mar de dudas y dolor, y comprendía mi sufrimiento como si fuera el suyo propio, como siempre había sido.

—Mi niña —dijo mi tía con ternura—. El amor es complicado a veces. No siempre pasa como uno quiere, ni cuando uno quiere. Pero, si él te ha dicho que necesita tiempo, tal vez eso sea lo que debe ser. Si está destinado a ti, Paulina, volverá cuando haya pasado el tiempo que necesita.

—¿Tú crees? —pregunté entre sollozos, levantando la vista hacia mi tía.

—Sí, cariño, yo creo que, si dos personas están destinadas a estar juntas, aunque el destino las separe por un tiempo, al final siempre encuentran el camino de regreso. No te desesperes. Si él te quiere, te buscará cuando haya solucionado lo que tenga que solucionar. Y si no lo hace, entonces, probablemente no era el amor verdadero que tú mereces.

Me quedé en silencio, digiriendo las palabras de mi tía. Era difícil escuchar consejos, especialmente cuando el corazón estaba tan herido, pero también sentí que algo en sus palabras tenía sentido. Quizás no todo estaba perdido, y tal vez, en algún rincón del mundo, Chris estaba haciendo lo que tenía que hacer para solucionar lo que fuera que necesitaba dejar solucionado antes de estar conmigo.

—¿Qué hago entonces? —pregunté, secándome las lágrimas con el dorso de la mano— No sé si voy a poder esperar un mes o más, que es lo que me pidió.

—Si necesitas tiempo, tómalo. Y si necesita espacio, dáselo. Pero no te pierdas en la espera. Aprovecha ese tiempo para ti misma, para crecer, para hacer cosas que te hagan feliz. El amor no debe consumirnos de esa manera. Y si es amor verdadero, él regresará. Lo sabrás —dijo mi tío con una sonrisa mientras me acariciaba las mejillas, retirándome esas lágrimas que aún me caían, ya que se había acercado a nosotras—. Pero, mientras tanto, sigue con tu vida. No pongas tu felicidad en las manos de otra persona.

El dolor seguía allí, pero de alguna manera, las palabras de mis tíos me dieron algo de consuelo. No estaba sola en esto. Tenía a mi familia y a Susi, que siempre estarían dispuestos a coger mi mano para que no decayera.

—Gracias, tía, tío —dije con una débil sonrisa, de esas que tanto me costaba sacar en estos días—. A veces siento que sólo me estoy ahogando en esto, pero escucharos me hace sentir un poco mejor.

—El amor puede ser complicado, Paulina, pero también tiene su magia. No olvides que, pase lo que pase, te queremos mucho. Y estamos aquí para ti, siempre —mi tío me besó la frente de ese modo tan paternal que tanto me gustaba.

Mi tía me abrazó una vez más, apretándome suavemente, como si de ese modo me transmitiera toda la fuerza que necesitaba para seguir adelante.

—A veces el amor nos pone a prueba, hija. Pero si él realmente te quiere, si es el hombre indicado para ti, el destino se encargará de que ambos encontréis vuestro camino. Mientras tanto, deja que el tiempo haga lo suyo. Y cuando sea el momento, sabrás qué hacer.

—Tienes razón, tía —dije un poco más tranquila, aunque todavía con el peso del amor no correspondido en mi corazón—. Me tomaré mi tiempo, y si tiene que ser, será.

—Así me gusta oírte. Ahora, vamos a tomarnos este café con pasteles —sonrió con ternura—. Porque, a veces, lo mejor para el alma es un buen pastel y una conversación con los que te quieren.

Estar con ellos me hacía bien, siempre había sido así. Y esta tarde, mientras las risas y las conversaciones llenaban la casa, me sentí un poco más ligera.

Después de pasar unas horas con ellos, me despedí con besos y abrazos de esos que te dan vida, que te alegran el alma.

—Recuerda, hija, que siempre puedes volver aquí cuando necesites un poco de consuelo —me dijo mi tía, abrazándome fuerte.

—Lo sé, tía, y vendré, sabes que siempre vengo y que, para mí, sois mis padres.

Salí de la casa y caminé hacia el coche, me subí y mientras en la radio sonaban algunas canciones románticas de las que sacaban las lágrimas, conduje sin rumbo fijo.

Acabé aparcando en una calle cerca del centro. El bullicio de la ciudad, aunque siempre presente, no me molestaba. Y hoy especialmente me parecía reconfortante.

Tras unos minutos caminando, encontré una pequeña tienda de antigüedades. Las vitrinas estaban llenas de objetos curiosos: relojes antiguos, espejos dorados, tazas de porcelana… Entré sin pensarlo mucho, como si el escaparate me hubiese hablado de alguna forma. Al abrir la puerta, una campanilla tintineó suavemente, y el aire olía a madera envejecida y a historias pasadas.

El dueño de la tienda, un hombre de pelo canoso y gafas redondas, me saludó con una sonrisa amable. Caminé entre los estantes, tocando algunas de las piezas con los dedos, sin saber exactamente qué buscaba. Pero algo en esos objetos antiguos, cargados de recuerdos de otras épocas, me dio consuelo. Cada uno parecía tener una historia propia, y de alguna manera, deseaba poder encontrar algo así para mí.

Después de unos minutos, salí de la tienda sin haber comprado nada, pero con una sensación de calma que no podía explicar del todo. Quizás era porque esos objetos de otro tiempo me daban la sensación de que el dolor que estaba sintiendo también era algo temporal, algo que pasaría con el tiempo.

Seguí caminando por las calles, sin prisa. El sol ya comenzaba a ponerse, y las luces de las farolas empezaban a encenderse, añadiendo un toque cálido y acogedor al paisaje urbano. Cuando vi la cafetería de la esquina, decidí entrar.

Dentro, el ambiente era acogedor, con mesas de madera y el murmullo de las conversaciones de quienes habían parado allí para tomar un café.

Me acerqué al mostrador y pedí un café con leche. Cuando la camarera me lo sirvió, me senté cerca de la ventana, observando cómo la gente paseaba por la acera, algunos apresurados, otros hablando por teléfono y otros, en pareja, compartiendo sonrisas que lo decían todo.

Con el café en las manos, cerré los ojos por un momento, inhalando el aroma, y al abrir los ojos, mi mente volvió una vez más a Chris, a todo lo que había vivido con él.

Pensé en los días que habíamos compartido, en las sonrisas, en esos momentos en que me sentí tan conectada con él que creía que el amor estaba naciendo en dos direcciones. Pero ahora entendía que no, después de que me dejara sin más, entendía que él no había sentido lo mismo.

Después del café regresé al coche y antes de volver a casa, pasé por el restaurante chino por algo de cena. No es que tuviera mucha hambre, pero estaba claro que del aire no iba a mantenerme y tampoco quería caer enferma por culpa de un hombre.

Capítulo 23



Paulina

Un mes había pasado desde que salimos de la villa de la que me fui sin muchas respuestas y dejando allí una parte de mi corazón, ese que no sabía si volvería a encontrar.

No había sabido nada de él, y Tonino no contaba a Susi nada al respecto, bien porque no tendría ni idea, o por guardar el secreto por voluntad de su primo. Sin embargo, la incertidumbre era lo que más me desgastaba, el no saber qué estaría pasando ni por qué dejó todo lo nuestro atrás de aquella manera.

Recuerdo muchos golpes que me había llevado en mi vida, pero no tan fuerte como este. Fue muy complicado separarme sin ninguna explicación de alguien que me había enamorado por completo y con el que estaba viviendo los días más felices de mi vida. Ni cuando mi madre me echó me sentí tan mal, y eso que me dolió muchísimo, pero con ella no había eso que se transmitía entre Chris y yo, de ahí que me costara superarlo.

Y por eso dolía tanto no entender qué había pasado para que en apenas unas horas me echara así de su lado.

En mi mente había dos pensamientos completamente diferentes que competían constantemente.

Por un lado, vivía con la esperanza de que en cualquier momento apareciera por la puerta con una explicación que me llevara a sentir que lo que pasó entre nosotros no fue mentira por su parte, y por otra, tenía la sensación de que ya esto había terminado para siempre, que todo lo que habíamos compartido era parte de un sueño que se había desvanecido.

Mis tíos y Susi habían sido un pilar importante para mí durante estas semanas de confusión y dolor, en la que no daba pie con bola y era una muerta viviente.

Era difícil reconstruirse cuando se tiene el corazón tan destrozado por una persona y no se obtienen respuestas. Por momentos hasta llegué a pensar que Chris me echó de allí de la misma manera que Alonso echó a Erica, quitándome de en medio con mentiras, con la única intención de olvidarme, sin importarle nada más, ni cómo me quedaba después de eso. A saber, si él

también estaba disfrutando en la villa con su hermano y Kiko e incluso con otras mujeres. Eso era lo que más tristeza me producía pensar, y no podía evitarlo. Pero ¿qué podía hacer? Las dudas no dejaban de rondar en mi cabeza.

Hoy, al menos, iba a tener un poco de alivio, o eso esperaba.

Había quedado con mi amiga Lola, que había estado seis meses en Japón con su cuadro flamenco bailando en hoteles. Allí ganaba en un año lo que aquí podía ganar en diez, así que siempre iba seis meses, regresaba tres y luego volvía a irse otros seis. Decía que hasta que su cuerpo aguantara estaría así porque de este modo alcanzaría antes su jubilación con los colchones que se hiciera de ahorro. Tenía treinta años, dos más que yo.

A Lola la conocía de toda la vida, ya que era vecina de la casa de mi madre. Así que de algún modo nos criamos juntas, aunque nuestras vidas eran muy distintas. Ella siempre andaba con los tacones y su falda de flamenca, derrochando ese arte que tenía, que no era poco. Amaba su profesión y era una profesional como la copa de un pino.

Me arreglé a duras penas. Bueno, me vestí, no es que me hubiese puesto un *outfit* para ir de fiesta, pero sí un trajecito corto de tirantes suelto con unas sandalias que quedaba muy mono. Lo primero que hice antes de salir fue ponerme las gafas de sol para ocultar las bolsas que tenía en los ojos de tantas noches sin dormir y llorar por lo que había perdido.

Era la una y veinte cuando comencé a caminar hacia la terraza del restaurante en que habíamos quedado y que estaba cerca de casa. Frente al mar y con una comida de excelencia. Me gustaba mucho ese sitio y ya hacía tiempo que no iba.

—Lo más bonito del mundo mundial —me dijo abrazándome con fuerza cuando nos encontramos, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Estás preciosa, Lola. Vaya culo se te ve, cómo se nota que le das duro a las piernas —me reí observando la silueta tan impresionante que tenía.

—Tú sí que estás divina, pero te noto muy tristona —decía mientras nos acomodábamos en la mesa que nos habían reservado el día anterior.

Sonreí débilmente, porque en estas semanas ese gesto me costaba un mundo, y mis pensamientos volvieron en la dirección que habían tenido durante días.

—Me han pasado cosas… —comencé a contarle toda la historia con Chris y mi dolor por lo ocurrido, por el modo en el que todo acabó. Lola me escuchaba en silencio sin decir nada, y se quedó a cuadros.

—¿En serio? Pero vamos, Paulina, no hay que ser muy lista para saber que lo mismo que hizo el hermano con esa chica es lo que hizo él. No creo que sea otra cosa que no te haya podido explicar —comentó tan directa como era siempre.

—Pero entre nosotros se percibía algo muy bonito. Te lo juro, si estuvieras en mis zapatos lo

entenderías —dije, buscando la manera de que ella pudiera ver lo que yo había sentido.

—Por eso es por lo que no lo estoy entendiendo. Tú te basas en cómo te hizo sentir durante esos días, y yo me baso en que, sin ningún motivo aparente, te hizo recoger las cosas e irte con esa precipitación. Yo creo que lo que le pasó es que le picó más el estar con su hermano y el amigo de este. Eres muy ingenua, pero debes abrir los ojos y no esperar a que suceda un milagro. Si no vino, ya no lo hará —dijo en tono serio, intentando abrirme los ojos a la realidad de lo que estaba ocurriendo.

—Me dijo que necesitaba un mes y poco.

—Del cual ya se comió un mes sin dar señales de vida. ¡Ni que estuviera secuestrado! Abre los ojos, amiga. Ese hombre ya te debió de haber olvidado.

Sentí una presión en el pecho, pero también sabía que tenía algo de razón, al fin y al cabo, eso se me pasó por la cabeza.

Se hizo un silencio cuando el camarero vino a tomarnos nota. Pedimos dos copas de vino, media ración de ensaladilla de pulpo, media de chocos fritos, media de pulpo a la gallega y media de langostinos.

Después de un rato decidí que lo mejor era cambiar de tema e intentar quitarme el mal sabor de boca que me había quedado.

—Bueno, ¿y tú qué tal por Japón? —le pregunté desviando la conversación, y porque hacía tanto que no la veía que sentía curiosidad por lo que ella había vivido estos meses.

—Pues tenía que regresar, no aguanto pasar allí julio con el calor que hace, y tenía unas ganas de venir horribles —dijo con una sonrisilla—. Me gusta más ese país en otras estaciones, pero la verdad es que es una pasada. Allí la gente parece que nace con un manual de educación porque son lo más ordenados y educados que he visto en el mundo.

—Tienen fama de eso.

—Y la comida me tiene enamorada. Mira que echo mucho de menos la de aquí, pero reconozco que los rámenes que hacen allí me tienen de lo más encantada. No hay día que no coma uno. Además, ya sabes que el *sushi* me pierde, así que yo, feliz de la vida. De todas maneras, en mi apartamento me frío patatas, huevos y me hago comidas de aquí con los productos que encuentro allí. Por cierto, he estado con un japonés y, según él, me estará esperando para cuando regrese en octubre —aguantó la risilla.

—¿Y no me habías contado nada? —me reí, negando.

—Me gusta más contarte mis secretos a la cara —me hizo un guiño—. Por cierto, vaya bolsas tienes —dijo cuando me quité las gafas al ver las marcas que había debajo de mis ojos.

—Por eso las llevo puestas, pero ahora estoy más cómoda sin ellas, pero sí, es el resultado del

sufrimiento que llevo encima —dije con un suspiro.

—No te preocupes, guapa, todo pasará —sonrió con ternura.

—Lo sé, el dolor se irá y todo eso, pero… no puedo evitarlo, Lola. Hace un mes y duele como el primer día.

—Es lo más normal, todo el mundo pasa por el proceso de duelo tras una ruptura. Y lo mejor para las penas es una buena comilona —dijo con un guiño.

—Lo que me faltaba, encima coger unos kilos por el dolor, en vez de perderlos —volteé los ojos.

—Anda, tonta, si estás divina.

—Venga, no me cambies más de tema. ¿Vas a contarme cómo es él, o tengo que imaginármelo? —pregunté y se echó a reír.

—Es director de zona de un banco de allí, gana una millonada y tiene un apartamento en un edificio de lujo que es una pasada. El hombre perfecto, pero claro, ni yo me quedaré para siempre en Japón, ni él dejará su futuro por venirse a España, así que lo tengo como un lío a largo plazo —dijo riéndose.

—Lo siento, pero me tienes que sacar de dudas —dije riendo.

—Si me vas a preguntar si la tiene chica, déjame decirte que me llevé una gran sorpresa y nada que ver con la realidad. Encima está bien dotado y he descubierto que lo de la medida asiática es una leyenda y que no están entre los que menos centímetros tienen —gimió poniendo cara de recuerdo y me tuve que reír.

Las dos lo hicimos, reímos como hacía mucho tiempo que no lo hacíamos, dejándonos llevar por ese momento en el que las caras de mi amiga eran para verlas, y es que se notaba que lo que me acababa de contar sobre su ligue la tenía sorprendida y fascinada. Por un instante nos olvidamos de todas nuestras preocupaciones, y aunque mi corazón seguía roto, en ese momento supe que no estaba sola. Que pasara lo que pasara, contaba con ella y con Susi para hacerme salir del caparazón de dolor que me envolvía y tener un momento de risas.

Lola era preciosa, morena de ojos negros con una piel dorada impresionante y unos rasgos muy finos. Con una vida envuelta por el flamenco, ese que llevaba en sus venas.

Nos pusimos al día y me habló mucho sobre ese amor que estaba viviendo con ese hombre al que calificaba de todo un señor de lo más elegante.

Bien es cierto que ella era una persona que decía las cosas como las sentía y, aunque sus palabras dolían, Lola solo pretendía abrirme los ojos a algo que yo no era capaz de hacer. Pero existía la opción de que tuviera más razón que un santo y que yo aún vivía de unas esperanzas e ilusiones que ya no existían.

Pasamos una comida muy entretenida y especial porque las dos teníamos muchas ganas de vernos y nos había servido para contarnos todas esas inquietudes que aparecían en nuestras vidas.

Al despedirnos, quedamos en volver a vernos, porque ella ahora estaría tres meses aquí y sabía que iba a ser otro punto de apoyo para mí como lo era Susi.

Cuando llegué a casa después de una comida que se alargó hasta el café ya bien entrada la tarde, me fui hacia el salón.

En mi cabeza aún seguían las palabras de Lola resonando con fuerza. *"Si no vino, ya no lo hará"*.

Una parte de mí quería creerlo, quería dejar ir a Chris y lo que él significaba para mí, pero había otra parte que aún seguía esperando, la más vulnerable, la que mantenía la esperanza de que, tras un mes y poco, volvería a buscarme.

Me quité los zapatos con un suspiro, dejando caer mi cuerpo en el sofá. La casa estaba en silencio, y yo, inmersa en mis pensamientos, sintiendo cómo la tristeza volvía a invadirme.

No dejaba de preguntarme qué había pasado realmente, por qué me dejó sin más, sin ninguna explicación, si realmente él sabía lo que quería cuando estuvimos juntos o no.

En la villa todo había sido tan intenso, tan real, que no podía ser que él no lo viera del mismo modo que lo veía yo. Nos reíamos, compartíamos cada momento y, de repente, se acabó.

Recordé su cara, su risa, su forma de mirarme. Y a pesar de todo, la incertidumbre seguía allí. Quizás Lola tenía razón. Quizás él se había olvidado de mí. O tal vez ni siquiera me pensó cuando decidió darme la espalda. ¿Acaso había sido todo eso un juego para él? ¿Era así como actuaba cuando conocía a una mujer? ¿Les regalaba los oídos con palabras bonitas hasta llevárselas a la cama y después las dejaba?

Miré el teléfono en la mesa, casi esperando que sonara, que apareciera un mensaje suyo, aunque fuera algo breve, algo que me indicara que pensaba en mí. Pero el silencio era todo lo que recibía.

Estaba tan agotada física y mentalmente, que decidí levantarme del sofá e irme a la cama. Me dolía tanto que, si él lo supiera, no habría jugado conmigo de ese modo.

Cerrando los ojos, la imagen de su rostro se desvaneció lentamente en mi mente, pero las preguntas quedaron flotando, como siempre, sin respuesta. Y esa incertidumbre, aunque no lo admitiera en voz alta, seguía siendo mi mayor tormento.

Capítulo 24



Chris

Ya habíamos firmado el contrato de confidencialidad en el que se había pactado que hasta dos semanas después de la boda, no se daría por finalizado lo nuestro y no se me podría ver con nadie.

Íbamos en mi coche de camino hacia Galicia y ya teníamos hecho casi las tres cuartas partes del trayecto en el que nos habíamos enganchado en un par de broncas fuertes en las que nos recriminamos de todo. El resto del tiempo íbamos en un incómodo silencio, ya que ninguno de los dos nos aguantábamos y la tensión se notaba en el ambiente.

—Necesito parar para ir al servicio —murmuró, cuando vio un cartel de una gasolinera y cafetería.

Ni le respondí. Me desvié en esa dirección y me detuve en la puerta para que bajara. Estaba envenenado y solo llevaba con ella unas horas y faltaban dos días para la boda. Esto estaba siendo un infierno y yo no podía aguantar el dolor de no poder tener contacto con Paulina, a la que estaba seguro de que se le estarían pasando cosas muy feas por la cabeza.

Regresó con dos cafés para llevar y me ofreció uno. Lo cogí por no hacer el feo y liarla más. Por hoy estaba de lo más cansado.

—Da las gracias por lo menos, desagradecido —dijo poniéndose el cinturón.

—Gracias —murmuré de malas ganas y recordé que era mejor pasar de todo que gastar energías en discutir con ella.

Me iba a costar un mundo contenerme, pero lo tenía que conseguir. No le quería dar la potestad de jugar más de lo que lo hacía con mi salud mental.

Se pasó el resto del camino tarareando todas esas canciones de moda que eran una tiradera para los ex. Se creería alguien importante o en posición de querer dar un ejemplo que ni conocía.

Llegamos al pueblo a las once de la noche y nos acomodaron en la suite que nos tenían lista

del hotel rural donde se iba a celebrar la boda y alojar a los invitados.

Menos mal que no nos cruzamos con nadie porque mi día ya había dado más de sí de lo que imaginaba.

—Tendremos que compartir cama —dijo sonriente, cuando entramos a la habitación y solo había una doble.

—No, yo dormiré en el sofá —tenía claro que antes dormía en el suelo que meterme en la cama con ella.

—Tú te lo pierdes —murmuró antes de echar una risilla tan falsa como ella. Me enfermaba.

Me metí en la ducha sin hacer caso a sus provocaciones, que estaban siendo continuas durante el tiempo que saqué las cosas de mi maleta. No la aguantaba y me repetía a mí mismo que no podía perder los nervios.

Cuando salí, me la encontré envuelta en una toalla para meterse en la ducha.

—He pedido la cena, ahora nos la traen —dijo con esa sonrisilla que me molestaba mientras se dirigía al baño.

Y pensar que estuve casado con esta criaturita…

No sé qué estaba haciendo en el baño que tardaba un montón y, entre tanto, trajeron la cena.

El camarero entró con la bandeja sobre el carrito y nos colocó todo sobre una mesa rectangular que había a un lado de la suite.

Dos sopas de picadillo y unos hojaldres salados variados que no tardé en probar uno.

—¿Estás comiendo sin esperarme? —preguntó, cuando salió con un camisón, tipo picardías. No tenía dos dedos de frente.

—Solo estaba probando un hojaldre.

—Con nuestro divorcio perdiste los modales.

—Debe ser eso —volteé los ojos, armándome de paciencia, porque no quería más broncas.

—Estás cayendo en la decadencia —me dijo mientras se sentaba.

—¿Puedes dejar de atacarme?

—Poco te ataco para todo lo que te mereces.

—Te recuerdo que fuiste tú la que rompiste todo.

—Y no tardé en darme cuenta de que era lo mejor. Te faltó tiempo para…

—¡Ni lo nombres! —le grité, levantándome de la mesa después de dar un golpe sobre esta y que ella se sobresaltara.

—A mí no me chilles…

—Déjame en paz. Aquí estoy como querías, pero mientras tanto, déjame en paz —le dije en un tono de advertencia grande y me tiré en el sofá.

—¿Es bonito dejar a una dama cenando sola?

—¿A una dama? ¿Tú te has visto? Parece que te estás vendiendo con ese camisón que no lo usaría ni una cualquiera. Cállate, Virginia, cállate que estoy haciendo de tripas corazón para estar aquí. No me toques los cojones.

—A mí no me hables así.

—Pues no me provoques —me giré para darle la espalda.

—Eres un maleducado y desagradecido.

—¿Qué cojones te tengo que agradecer yo a ti, chalada? —quería contenerme, pero no podía.

—El que te dé la oportunidad de mantenerme en silencio.

—Eres una hija de puta —dije con toda la rabia que sentía—. El karma está para todos y a ti te va a dar donde más te duele.

—Eres un celoso.

—¿De ti? Mírate, das pena.

—Lo dices por la rabia de no poderme tener —se rio de la manera que tanto me molestaba y que me causaba repulsa.

—Será por eso —contesté con ironía—. Déjame dormir, estoy cansado de ti y del viaje. Tengamos la fiesta en paz o van a tener que venir a callarnos. No me provoques más —cogí la sábana, me la eché por encima y coloqué la almohada.

Lo que me esperaba no estaba pagado con nada del mundo, ni siquiera con ese silencio. No merecía estar pasando por esto después de todo lo que me hizo, pero ahí estaba, mostrando su mejor versión de lo que realmente era y no lo que durante un tiempo aparentó ser.

Echaba mucho de menos a Paulina y me moría por pasar una noche abrazado a ella. Nunca sentí algo tan grande que hasta me desgarraba el hecho de no poder hablarle y decirle cuánto la amaba.

Estuvo cenando por lo menos media hora y no quería decirle que apagara la luz principal por no escuchar su respuesta. Su timbre de voz me producía un asco grandísimo, como todo en ella.

Cuando se metió en la cama y apagó la luz, se puso a ver videos de *Internet* a toda voz y sus carcajadas no cesaban. Hablaba de educación cuando ella no la conocía.

Me puse los cascos del móvil y comencé a escuchar un poco de música relajante para ver si me servía para calmar un poco esos nervios que me tenían de lo más tenso y cabizbajo.

El sonido suave de la música me envolvía mientras intentaba abstraerme por todos los medios de la situación. Las tensiones con Virginia, el contrato de confidencialidad que nos ataba como una pesada losa, la boda inminente… Todo era un cúmulo de circunstancias por los errores del pasado que no me dejaban respirar.

Mi cabeza seguía llena de Paulina. La única persona que me había mostrado verdadera comprensión, que había sido un refugio para mí y a la que, por un momento durante esos días juntos, imaginé formando parte de mi vida. ¿Cómo había llegado a este punto? ¿Cómo podía estar aquí, en esta habitación con Virginia, fingiendo que todo estaba bien, cuando en realidad lo único que quería era estar con ella?

Mi mente viajaba constantemente hacia Paulina, recordando a la preciosa mujer que me sonreía de tal manera que iluminaba mis días. Pensaba en su mirada, en la paz que encontraba cuando la tenía cerca. Cada segundo lejos de ella era como una agonía. Recordé cómo me había abrazado la última vez que nos vimos, la suavidad de su piel, el calor de su cuerpo… Y me mataba recordar cómo había llorado mientras me pedía que le diera una explicación que no podía darle en ese momento.

Incluso me preguntaba si ella también estaría pensando en mí, si sentía la misma desesperación que yo. Si, durante el tiempo que había pasado desde que tuve que alejarme de ella por obligación, cumpliendo una maldita condena por culpa de mi ex, se había acordado de mí.

Probablemente sí lo hubiera hecho, pero para odiarme por no tener el más mínimo contacto con ella.

La risa de Virginia me sacó de mis pensamientos. Su estridente carcajada llenaba toda la habitación y era insoportable.

De repente, sentí vibrar mi teléfono. Era un mensaje de mi hermano. Necesitaba escuchar algo que no fuera su risa insoportable.

Alonso: *¿Todo bien, hermano?*

Chris: *No. Nada bien. Estoy en la misma habitación que Virginia, y ya sabes cómo es. Estoy agotado. Cada día que pasa se me hace más pesado. Quisiera estar en cualquier otro lugar que no sea aquí.*

Alonso: *Tienes que aguantar, hermano. Estás a dos días de la boda. No te arruines por un*

par de discusiones. Sé que Paulina es importante para ti, pero ahora estás comprometido con este trato. Ya tendrás tiempo para aclarar las cosas cuando todo esto termine. Tranquilo, ya falta poco.

Mis dedos se tensaron sobre la pantalla mientras leía. No podía más con la presión. Sabía que Alonso tenía razón, pero me costaba digerirlo todo, el mes se estaba haciendo más largo que nunca.

Chris: *Lo sé, estoy intentando mantener la calma. Pero es jodidamente difícil. No puedo con ella, hermano, me saca de mis casillas, no la soporto y me jode que esté haciéndome pasar por esto. Y no dejo de pensar en Paulina, en cómo estará, en si me odia… Joder, claro que tiene que odiarme, yo mismo me odio por lo que hice. Pero más odio a Virginia por volver para joderme como lo está haciendo.*

Mi hermano tardó un poco más en responder esta vez, pero su respuesta fue clara.

Alonso: *Lo sé, pero no puedes hacer nada hasta que esto termine. No te hundas más de lo que ya estás. Sé que no te gusta estar ahí, pero tienes que seguir adelante con esto, por tu bien. No dejes que Virginia te hunda más. Descansa, hermano, y recuerda que en unos días todo acaba y podrás llamar a Paulina y hablar con ella de todo esto.*

Me sentí frustrado. Alonso tenía razón, pero mis pensamientos seguían atrapados en lo que estaba dejando atrás.

Miré a Virginia, que seguía con sus videos y risas. Me estaba cansando, me estaba agotando. Cada vez que veía su sonrisa falsa, cada vez que me hablaba, me recordaba lo que me había hecho. Y eso solo alimentaba mi rabia.

Era tarde, y la habitación estaba a oscuras, salvo por el resplandor de la pantalla del teléfono de Virginia. Me sentí atrapado, como si el aire estuviera viciado por su presencia. La necesitaba fuera de mi vida, pero sabía que no podría librarme de ella hasta después de la boda.

Virginia apagó el teléfono y se metió en la cama. El silencio volvió a apoderarse de la habitación, pero era un silencio cargado de tensión.

Me acomodé en el sofá, volviendo a escuchar la música, y me quedé mirando al techo, perdido en mis pensamientos.

Pensé en Paulina de nuevo. Esta vez no solo la veía en mi mente, sino que podía sentirla cerca, no me bastaba con los recuerdos. Necesitaba verla, abrazarla, decirle que todo saldría bien, que la amaba. Pero no podía. El contrato, las condiciones de mi ex… todo me mantenía prisionero.

Mi hermano tenía razón. Ya quedaba poco para que todo acabara. Solo dos días, dos días de tortura, de mentiras, y podría dejar mi pasado atrás y volver para buscar a la mujer a la que quería tener en mi vida. Todo lo que había hecho hasta ahora, todas las decisiones, me habían llevado a este momento.

Si se pudiera dar marcha atrás y cambiar el pasado, tenía claro que a Virginia la borraba de mi vida para siempre.

Capítulo 25



Chris

No eran ni las nueve de la mañana cuando la escuché pedir al servicio de habitaciones un desayuno completo para dos personas y un termo de café americano.

Yo llevaba bastante rato despierto, pero no me quería mover para no despertar a la bruja, pero ya estaba vivita y coleando.

—Buenos días —murmuré sin mirarla, dirigiéndome hacia el baño.

—Mejor que tú, que desde que no estás conmigo no te ves bien bonito.

Esta se había quedado pillada con esas canciones de moda que tanto cantó por el camino. Se creía el personaje de esas historias. En fin, que estaba peor de lo que pensaba, pero no iba a dejar que me desestabilizara, demasiado tenía con estar y que no se me fuera la cabeza e hiciera una de las mías.

Me di una ducha rápida y salí a desayunar a la terraza donde ya habían dejado el desayuno. Todo tenía muy buena pinta menos ella, que me miraba sonriente y a mí me daban arcadas que tenía que contener. ¿Cómo se podía sentir algo tan feo por la que una vez había sido mi mujer? Estaba claro que ella solita transformó todos esos sentimientos en mí y ahora la tenía como a la única persona que no me quería cruzar en mi camino nunca más.

—A las doce se reúnen todos los invitados en los jardines para una recepción de vinos y aperitivos antes de la comida. Mis padres se van a llevar una enorme alegría al verte.

Ignoré ese comentario y me serví una taza de café después de que ella se sirviera la suya. Los padres no tenían culpa de nada, jamás se las echaría porque conmigo siempre actuaron como si fueran mi propia familia. Lo deleznable era lo que ella les iba a hacer por conseguir su objetivo, eso era lo que me parecía lo más repugnante del mundo.

—Te estoy hablando.

—¿Y qué quieres que te diga, que no voy? Te he escuchado, no tengo que responder a todos

tus comentarios. Ni que nos estuviera viendo alguien.

—Más vale que finjas bien porque no quiero recordarte…

—Cállate la puta boca, Virginia. Cállate la puta boca y déjame desayunar en paz. Demasiado tengo con aguantarte.

—A mí no me trates así, que no me llegas ni a las suelas de los zapatos.

—Pues déjame en paz, chica, que eres una pesada —le dije de malos modos.

—Te dejaré cuando se cumpla mi objetivo —me hizo un guiño por el que tuve que contenerme de no tirarle el huevo que tenía en el plato a su cara.

—Bendito sea ese día —murmuré mientras cortaba el huevo con el tenedor con muy mala leche.

—Procura no dejarme en ridículo delante de nadie o te crujo…

—Procura no tocarme los cojones delante de nadie o me piro y cuando nos volvamos a ver, vas a querer no haberme amenazado en la vida —dije, conteniéndome y apretando los dientes, no podía ya con más tensión y el día solo estaba empezando.

—¿Me estás amenazando tú? —gritó señalándome con el dedo, y se echó a reír.

—Sí, yo —le respondí con una mueca, burlándome de ella.

—Haz lo que te pido o te arrepentirás. Te lo advierto.

—Haz lo que te pido o te arrepentirás. Te lo advierto —repetí, en tono burlón, imitándola.

Sin pensarlo, me lanzó un queso a la cara y yo le lancé mi huevo, el de ella y el que había en la bandeja. De uno en uno y sin dejarla respirar. Y le di hasta el postre porque metí la mano en el cuenco del yogurt con los cereales y se lo lancé a la frente.

—Estás enferma, deberías estar en un psiquiátrico — dije, dirigiéndome hacia el interior.

Esa mujer sacaba lo peor de mí. Se creía con derecho a todo, hasta intentar humillarme tirándome un fiambre. Hasta la naranja debí exprimirle en lo alto. Estaba de lo más enfurecido y contando los minutos para salir de esta situación que me estaba volviendo loco. Por desgracia, hasta el día siguiente no era la boda y hasta el otro no regresaríamos, y para eso quedaba un mundo. Luego, aunque no pudiera ver a Paulina hasta dos semanas después, por lo menos no tendría encima a este espectro de mujer.

Se dirigió hacia el baño sin decirme ni media y escuché cómo se duchaba. Me daban unas ganas increíbles de salir corriendo y jugármelas todas. Esto me estaba destrozando por completo.

Me eché un café aprovechando de que ella estaba en el baño. El suelo y la mesa estaban que daban asco, pero no sería yo quien lo recogiera.

Con la taza entré y un rato después salió ella con la cara de pocos amigos.

—Te has pasado y lo sabes. Deberías pedirme perdón —exigió, porque lo suyo sonaba a exigencia, y desde luego que había que tener poca vergüenza para decirme que tenía que pedirle perdón, cuando no había empezado nada.

—No, no te voy a pedir perdón porque la primera que me tiró algo fuiste tú.

—Solo una loncha y en plan de broma —se excusó, pero es que no había excusa que valiera.

—Pues yo te tiré todo lo que me dio la gana, porque tú no eres nadie para faltarme el respeto. Y te lo aviso, conmigo de bromas nada que de ti no quiero ni el aire. Que no se te olvide.

Se giró, y al ver la terraza, llamó para que vinieran a recogerla, diciendo que se le habían caído varias cosas al suelo. Pidió que le trajeran otros huevos y yogurt con cereales.

Cuando arreglaron la terraza y dejaron de nuevo el desayuno. Salí, cogí un huevo que puse sobre un pan, una loncha de pavo y me fui adentro. No me apetecía en absoluto estar viéndole la cara.

Llegó el momento de salir a la recepción, y aunque mi cabeza estaba completamente en otro lugar, sabía que tenía que seguir con este absurdo juego.

Virginia había estado dando vueltas por la habitación como una loca, preocupada por su imagen, por si su vestido estaba bien, si el peinado seguía perfecto. Me hacía gracia que, en medio de toda esta farsa que ella misma había propiciado, su única preocupación fuera esa.

Sus padres sabían que estábamos juntos alojados en el hotel, y cuando nos vieron aparecer, vinieron con la mayor de sus sonrisas.

Los conocí bien durante mucho tiempo, y aunque en el fondo me costaba tragarme toda esa cordialidad a la que me veía obligado, no podía ser grosero. Eran los padres de la mujer con la que en algún momento compartí mi vida, y si había algo que todavía me quedaba de esos días, era el respeto hacia ellos.

—Hijo, qué alegría verte —me dijo abriendo sus manos y abrazándome Carmen, su madre. Sus ojos brillaban de verdad, señal de que le había hecho ilusión verme allí.

—Estás guapísima, tan elegante como siempre —le dije sonriendo y siendo sincero, porque esa mujer no tenía culpa de nada.

Al verla, me acordaba de los buenos momentos que compartimos, de cómo me trataban como si fuera un hijo. Y, por más que me doliera, yo no podía dejar de sentir aprecio por ella.

Carmen me estrechó con fuerza entre sus brazos. El abrazo me hizo sentir una cálida mezcla

de nostalgia y tristeza. A pesar de todo, la conexión con ella seguía viva, inquebrantable. No podía hacerle daño, ni mentirle. Ella merecía lo mejor, no este *show* de mentira que su hija había preparado solo para conseguir la empresa de su padre, que tanto deseaba.

—Chris, qué alegría tenerte en la familia de nuevo —dijo su padre, con una sonrisa de oreja a oreja, mostrándose igual de feliz que su mujer. Nos abrazamos como habíamos hecho tantas veces, como si esta fuera solo una más, sin que nada hubiese pasado entre Virginia y yo.

—Estás rejuvenecido, Ernesto —le comenté a él, que siempre fue el pilar de esa familia, un hombre con el que se podía hablar de todo.

—Uno que hace por cuidarse —dijo con ese cariño que siempre me había transmitido. Y me dolía tener que mentirles con descaro y a la cara por culpa de la bruja de su hija.

Cogí una copa de vino de las que me ofreció uno de los camareros porque necesitaba algo que me ayudara a pasar este momento sin perder los nervios ni la calma. Y cuando sonreía frente a ellos, pensaba en todo lo que estaba pasando, en todo lo que ellos no sabían porque se lo ocultaba su hija.

No podía confesarles que mi vida, mi felicidad y mi paz se habían ido a la mierda por culpa de su hija.

Virginia sonreía mirándome como si estuviésemos felices de la vida. Tenía que disimular y no esconder esa sonrisa que no quería salir, pero tenía que hacerlo por el acuerdo.

Se agarraba a mi brazo y me daba besos en la mejilla, intentando mostrar algo que era tan mentira como su ella misma. En mi vida sentí tanto asco como en estos momentos. Cada gesto, cada palabra que salía de su boca, me repugnaba por lo mala persona que era.

—¿Qué tal todo? —me preguntó Carmen, como si la conversación pudiera ir por un camino normal. Y yo me esforzaba por responder con la mayor de las sonrisas.

—Todo bien, todo perfecto —respondí, intentando sonar natural, aunque por dentro todo era un caos.

Era muy difícil esta situación, pero tenía que seguir el juego. Tal vez si me mantenía en control, podría hacer que todo pasara más rápido. ¿Qué más podía hacer? Virginia seguía sonriéndome, y yo tenía que responderle con la misma cordialidad. Nunca antes había tenido tanto sentido la frase que decía que la procesión iba por dentro. Desde luego que sí, que yo en estos momentos era como un penitente que caminaba descalzo durante todo el recorrido de la procesión.

Fuimos saludando a muchos familiares que conocíamos, todos ellos sonriendo por ver de nuevo a la feliz pareja disfrutando de un día perfecto. ¿Feliz? Qué ironía…

Así pasamos la primera recepción, entre saludos cordiales, antes de sentarnos con sus padres en una mesa.

Aproveché lo forofo que era el padre del fútbol y le hablé sobre ello para alargar una conversación que me haría evadirme de todo, porque de verdad que necesitaba unos minutos de paz en mi cabeza.

Virginia, que era una tocapelotas y quería ser el centro de atención en todo momento, nos cortaba la conversación soltando mentiras sobre nosotros para mostrar una felicidad que no existía. *"Estamos más felices que nunca"* o *"Este es el mejor momento de nuestras vidas"*, esas eran las perlas que soltaba con una amplia sonrisa.

Y llegado a ese punto, juro que yo estaba teniendo una santa paciencia que solo Dios sabía. Intentaba pensar en Paulina para poder seguir lidiando con este momento.

Tal y como terminó la comida, dije que me sentía mal del estómago y que me iba a tumbar un rato. Una excusa barata, sí, pero habría dicho cualquier cosa con tal de alejarme de toda esa farsa.

Ella se quedó con sus padres y yo me dirigí a la suite a evadirme de todo. Estaba colapsado y me sentía un títere de esa mujer que no tenía escrúpulos ni con sus padres.

Lloré como un niño porque no merecía esto. Estaba pagando un precio por algo demasiado alto que yo no provoqué. Solo deseaba que Paulina me esperase y contarle la verdad en la medida de lo posible, por desgracia, no podía contársela toda. La amaba con todo mi corazón.

Estuve toda la tarde en la suite y luego se vino ella. No intentó provocarme en nada y yo me hice el dormido todo el tiempo hasta que volvimos a bajar para cenar con sus padres con la misma comedia que al mediodía. Me ponía enfermo.

Por suerte, ella no apareció hasta casi la hora de la cena, momento en el que se iba a acabar mi paz.

—¿Estás mejor o vas a seguir fingiendo? —preguntó furiosa— No me puedo creer que hayas mentido de ese modo.

—Haré acto de presencia en lo imprescindible, así que date por satisfecha.

—Pues vamos, mis padres nos esperan para cenar.

—No tengo hambre.

—Claro que la tienes, o juro que ahora mismo hago una llamada, y tu cara aparece mañana en la prensa.

—Eres una víbora —protesté mientras me levantaba y entré en el cuarto de baño dando un portazo.

De verdad que lo que yo estaba pasando no estaba pagado. Lo que aguantaba de esa bruja no se lo deseaba ni a mi peor enemigo.

Salimos de la habitación y al llegar donde estaban sus padres, los dos volvieron a sonreír de lo más felices.

Nos sentamos con ellos y la cena transcurrió con esas mismas sonrisas falsas por mi parte y el entusiasmo de Virginia, que no dejaba de tocarme el brazo, reír y besarme en la mejilla, haciendo que sus padres sonrieran mientras se miraban con complicidad.

La noche se alargó más de lo que esperaba, y a pesar de que me sentía como un actor atrapado en una obra que no había elegido, traté de mantener la compostura. La cena, al igual que todo el día, era una farsa, pero con el peso de las sonrisas de los padres de Virginia sobre mí, mientras yo no podía contarles la verdad.

Ellos no perdían ninguna oportunidad para intentar reconectar conmigo, como si no hubiera pasado el tiempo.

—Entonces, Chris, ¿cómo va todo con el trabajo? —me preguntó Carmen, con esa calidez de siempre, mientras tomaba un sorbo de vino.

La conversación era una oportunidad perfecta para despejarme un poco, para hablar de algo que no tuviera que ver con esta farsa y con Virginia, pero no podía dejar de pensar que quería que todo acabara cuanto antes.

—Bueno, la verdad es que hemos estado bastante ocupados —contesté, tratando de sonar relajado —. Todo va bien y tenemos mucho que ofrecer— no quería entrar en demasiados detalles, especialmente con Virginia allí.

—Ah, qué bien, me alegra escuchar eso —dijo Ernesto con una sonrisa—. Sabes que en la empresa siempre hemos creído en ti, Chris. Tienes mucha cabeza para los negocios. Y lamento el hecho de que no quisieras unirte a nosotros.

—Bueno, quién sabe, tal vez ahora… —sonrió Carmen, pero no, no iba a formar parte de su empresa, nunca.

Virginia, que por raro que pudiera parecer había estado callada hasta ese momento, intervino de nuevo para desviar la conversación hacia otro terreno, como era habitual en ella.

—Chris es tan modesto —dijo, lanzándome una mirada rápida—. La verdad es que está haciendo cosas maravillosas con su empresa. Tiene varios proyectos ya en mente y no creo que tardemos mucho en verlos, ¿verdad, amor?

—Sí, mi hermano y yo trabajamos mucho para ofrecer los mejores formatos —respondí, de nuevo eludiendo cualquier detalle.

—Es tan bonito ver cómo las personas que queremos siguen creciendo, ¿verdad, Ernesto? —le comentó Carmen con una sonrisa, mientras lo miraba con ese amor que le tenía y que era más que evidente.

—Claro, cariño —respondió él—, y más aún cuando son personas de nuestra propia familia.

Yo asentí con una sonrisa forzada, sabiendo que esta era una conversación en la que no podía dejar que se abriera ninguna grieta en la fachada. Pero por dentro estaba maldiciendo a la mujer que tenía al lado y que me había arrastrado a esta absurda farsa.

Virginia seguía sonriendo, en su papel de novia perfecta, mientras su mente, en algún rincón oscuro de su cabeza, probablemente planeaba cómo sacar más provecho a todo esto. No podía soportarlo. Me sentí prisionero de su juego y cada momento que pasaba junto a ellos, en su presencia, me parecía más una condena que una bendición.

La noche continuó mientras yo trataba de evadirme cuando podía y, cuando finalmente nos levantamos de la mesa para retirarnos, la sensación de haber sobrevivido a otro momento de este circo era palpable. Virginia se aferró a mi brazo con una sonrisa, como si todo hubiera ido perfectamente bien. Y mientras volvíamos a la habitación, solo pensaba en que, por favor, todo acabara pronto.

Capítulo 26



Chris

Por fin se estaban dando los novios el “sí, quiero”, momento en que comencé a aplaudir con euforia. Ya quedaba menos para largarme de este lugar en el que me sentía como un payaso en el circo, aunque aún tocaba aguantar todo este día de boda.

Me había tomado tres copas de vino antes de que se celebrara la ceremonia, porque esto sobrio, no iba a poder soportarlo. Tenía que echarle carburante al cuerpo para aguantar tanta mierda.

Las gaitas comenzaron a sonar y yo me dirigí a una bandeja para coger otra copa de vino. Cuando me giré, vi a todas las chicas en posición para coger el ramo y le pedí a todos los santos del cielo que no cayera en manos de Virginia. Jamás había pedido nada, y en estos momentos de mi vida hasta podría ponerme a rezar con tal de que eso no acabara en sus manos.

Pero para desgracia mía, no es que no le cayera, es que la novia se fue hacia ella y se lo entregó.

En ese momento todos comenzaron a llamarme para que fuera junto a ellos, hasta los padres de Virginia. No sabía si marcarme una fuga o aguantar otro peldaño más para conseguir mi ansiado contrato de confidencialidad de una vez por todas y alejarme de ella, de todo esto que mi ex había organizado.

Me acerqué intentando sonreír, aunque se notara falso, y llegué hasta ellas.

—Le entrego este ramo a Virginia porque sé el momento tan dulce que está pasando de nuevo junto a ti —su prima sonreía mientras nos miraba—. Dicen que de una boda sale otra y estoy segura de que será la segunda y definitiva vuestra.

—Qué bonito —dijo Virginia emocionada, mientras la abrazaba, cogiendo aquel ramo como si eso fuera a hacer que nos casáramos de verdad.

—Os podéis besar —bromeó el novio.

Ni tiempo me dio a reaccionar cuando ya tenía a Virginia besándome con euforia. Fue un beso imprevisto y asfixiante, como si de ese modo tratara de marcar territorio, demostrar que estaba con ella, y que era suyo y de nadie más.

Me separé de ella sonriendo y regresé a donde dejé mi copa de vino. Ahora sí que me las iba a tener que beber de cuatro en cuatro.

No tardó en venir hacia mí sonriente y con el ramo en la mano. Me entraban ardores conforme se acercaba.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo con una sonrisa juguetona en los labios, esa que mostraría una mujer a su pareja, y su tono era como el de quien le da su aprobación a un cachorro por haber hecho algo bien.

—Gracias. Muy amable —contesté con ironía.

—El beso me recordó…

—A nada —dije apretando los dientes y cortándola antes de que dijese algo que me fuera a producir más repulsa. No podía soportar que mencionara ese momento que ojalá nunca se hubiera producido.

—Estás muy subidito —murmuró ella, con cara de enfado.

—Pues no me provoques y estaré tranquilito —respondí, controlando todo lo que podía la rabia que comenzaba a crecer en mi pecho.

Nos callamos cuando se acercaron sus padres a tomar algo con nosotros. Intenté disimular y poner la mejor de mis caras pese a todo. Ese momento beso me había parecido de lo más bochornoso.

Sus padres eran tan amables como siempre, y se veía que tenían buenas intenciones. Si supieran lo que su hija estaba haciendo en estos momentos, se sentirían tan defraudados que sé que sufrirían mucho.

Estuvieron un rato con nosotros, pero luego se marcharon junto a la familia dejándonos a solas.

—Podríamos mezclarnos con mis primos y sus amigos.

—Ve tú, no viene en el contrato que tenga que ir aguantando a toda tu familia.

—¿No puedes dejar el ego por un día de lado?

—No tengas la caradura de intentar darme ninguna lección. Cuando sepas lo que es tener dignidad, me hablas de ese ego.

—¿De verdad vas a estar con esa actitud todo el día? —preguntó molesta.

—No me hagas preguntas cuyas respuestas no quieres escuchar —contesté con frialdad.

—Aquí te quedas, soso.

—Coge por la sombrita —le dije, cuando ya se había girado.

Me apoyé en una de las barras donde había menos gente, ya que estaban repartidas por todos los jardines. Estaba agotado, necesitaba que el día acabara ya y poder volver a mi vida sin mí ex.

En estos momentos solo se me pasaba por la cabeza Paulina y que debía de salir de esta para comenzar algo bonito con ella.

A la hora de comer nos sentamos con sus padres y unos tíos de Virginia que me caían muy bien y que eran gallegos. La familia por parte de su madre era toda de aquí.

Fue en ese momento en que su tía, sin ninguna mala intención, nos dijo que ya era momento de ir pensando en tener niños. Se me hizo un nudo en el estómago que se me quitaron las ganas de seguir comiendo el trozo de queso que tenía en la mano. Lo más horrible era escuchar a Virginia decir que nos lo estábamos planteando, y todo para seguir ganando puntos ante sus padres.

Si había un momento para que ocurriera algo que forzara a la cancelación del resto de la celebración, sin duda, era este. Yo estaba deseando que pasara algo y poder largarme de este infierno en el que me veía envuelto.

Tal vez al novio podría darle un ataque de alergia al queso, o al marisco, qué sé yo. ¿Y si la madre del novio sufría el ataque de un enjambre de abejas? Era algo que podía pasar, dado el adorno que llevaba en la cabeza, lleno de flores, aunque fueran de plástico.

Desvariaba, y no sabía si era por el vino que llevaba ya en el cuerpo o por las ganas que tenía de que toda esta mierda acabara.

Después de una comida que se me estaba atragantando por todos lados. Los novios bailaron antes de los postres y de cortar la tarta. Aquí el orden creo que no lo tenían muy claro, pero bueno, cada uno hacía con su vida lo que le daba la gana.

De nuevo otro mal momento cuando nos pidieron los novios que saliésemos a bailar con ellos y todos nos aplaudían. De esta sí que quería salir corriendo.

¿Y si el que tenía que ir a urgencias era yo? Porque no me importaría fingir que me torcía un tobillo de camino a la zona de baile para que alguien me llevara al hospital. Joder, hasta el hecho de fingir que me daba un infarto me parecía la mejor de las ideas en este instante.

Salí a la pista y Virginia se tiró a mis brazos. La cogí en posición de bailar aquella balaba que sonaba en esos momentos, y comencé a mecernos a ritmo de la canción mientras le sonreía,

intentando aparentar felicidad, pero le murmuraba para que solo ella se enterase.

—Qué ganas tengo de perderte de vista —le sonreí con cara de estar diciéndole algo bonito. A cínico no me ganaba nadie.

—Y yo de joderte hasta el último segundo de hoy —respondió con una sonrisa de lo más diabólica, y se abalanzó a mis labios dejándome un pico.

—Si vuelves a hacerlo, no respondo de lo que hago —le advertí, sintiendo que la tensión ya era insoportable.

—¿Y lo bonito que se ve ante los ojos de los demás? —dijo ella, toda cínica sin perder la sonrisa.

—Vives de aparentar. No puedes estar más vacía —contesté con todo el desprecio que mi voz podía contener.

—Vacío tú, que llevas una triste vida desde que no estoy a tu lado.

La música terminó y entre aplausos, me abrí paso para dirigirme a la mesa. Tan pronto como comimos el postre, me quité de en medio y me senté en un rincón del jardín a tomar una copa. Necesitaba estar solo. Demasiado había tragado en este día.

No tardé en ver que la madre de Virginia se acercaba hacia donde estaba yo, cogí aire y esperé que fuera a hablar con alguien que había por allí cerca, pero se detuvo frente a mí.

—Chris, ¿quieres bailar conmigo? —preguntó, mientras me tendía la mano, con esa dulzura que solo ella tenía, haciéndome sentir aún peor de lo que ya estaba.

Miré hacia la pista de baile donde los novios aún bailaban, y no pude negarme. No quería ni podía ser grosero con ella, por lo que acepté su mano y la acompañé.

—Es bueno verte aquí, Chris —sonrió, mientras nos movíamos al ritmo de una balada.

—Sí —respondí mientras esperaba que Carmen no me hiciera preguntas que pudieran comprometerme, más de lo que su hija ya me había comprometido.

—¿Cómo te ha ido? Ya sabes, separado —sonrió de una manera tan maternal que me sentí el peor hombre del mundo.

Mientras que a la mujer que tenía delante le resultaba fácil mostrar esa actitud cercana, estando ajena a lo que realmente pasaba con su hija y conmigo, yo sentía que iba a ir al Infierno por engañar a estas dos personas que siempre me tuvieron como a un hijo.

—¿Y con mi hija? —sonrió de nuevo— ¿Qué tal va todo con ella? —Carmen preguntaba sin mala intención, lo sabía, pero con la curiosidad de una madre que quiere lo mejor para su hija, y después de nuestro divorcio tanto ella, como Ernesto, lo pasaron mal.

—Todo bien —contesté con una fingida sonrisa, quería ser breve y no dar detalles, ya se habría encargado su hija de mentirles descaradamente para que creyeran que había vuelto con ella.

—Qué bueno oír eso —me estrechó un poco más fuerte mientras seguíamos bailando por aquella pista, y muchos de los que nos observaban sonreír a su vez.

Normal, pues estaban viendo a una madre de lo más orgullosa bailando con el novio de su hija, ese que una vez se divorció de ella y que, se suponía, que había recapacitado de lo que hizo y había vuelto con ella.

Bien sabía Dios que jamás, ni, aunque de esa mujer y de mí dependiera la especie humana, volvería con ella.

Cuando la canción acabó, Carmen me dio un maternal beso en la mejilla, agradecida por el baile, y se apartó con una sonrisa. Regresé al lugar en el que estaba y lo hice con el corazón latiendo a mil por hora, defraudado conmigo mismo por mentir a esa pobre mujer y a su marido por culpa de la bruja de su hija.

Virginia no dejaba de beber como un cosaco. Venía de vez en cuando, se sentaba a mi lado, nos insultábamos y se volvía a ir. Así se pasó todo el resto de la tarde.

La cena comenzó a las nueve. El caso es que pusieron una mesa larga con un montón de bandejas para que te auto sirvieras lo que quisieras.

Yo cogí un cuenco pequeño de salmorejo, unas croquetas caseras de cocido y una tosta de aceite de oliva, tomate picado y melva.

Me senté en el mismo rincón donde había pasado la tarde y Virginia vino con su cena y se sentó a mi lado. No me podía creer lo que vi en sus dos platos. En uno, una montaña de patatas fritas y en lo alto una hamburguesa, y en el otro plato, cuatro trozos de pizza y una montaña de croquetas.

Había bebido tanto que se le llenaron más los ojos de lo que podía meter en su estómago.

—Mañana empiezo la dieta —dijo ella sonriente y con esa voz de estar de aquella manera.

—Muy bien que haces —respondí con desdén, porque me daba igual lo que hiciera o dijera, solo quería perderla de vista de una vez por todas y dejarla en ese pasado que ella se empeñaba en traer de vuelta a mi vida.

—¿Me has llamado gorda? —preguntó en tono bajo, pero furiosa y con los dientes apretados.

—Y hortera —le dije con toda la tranquilidad del mundo.

—Hoy nos hemos besado dos veces —sonrió comiendo patatas.

—Y me he lavado la boca veinticuatro.

—Para oler bien para mí. Qué bonito.

—Sí, sobre todo para eso —solté el aire pensando que para qué le iba a contestar si todo lo que iba a decir iba a ser una gilipollez tras otra.

Después de la cena nos despedimos de sus padres antes de irnos a la suite, ya que por la mañana saldríamos de regreso bien temprano.

Los padres no dejaban de decirme que cuando regresaran querían que fuera por su casa a comer un día y retomar de nuevo todo aquello que se perdió. Yo le decía que sí con todo el dolor de mi corazón, porque no merecían que les mintiesen de esa manera tan canalla.

Por mi parte era rastrero hacerlo porque los apreciaba, pero por la de su hija, era de ser un mal bicho que no quería a quienes le habían dado la vida y se habían preocupado por cuidarla y que no le faltara de nada.

Ellos se iban a quedar todo el mes en Galicia, aprovechando el verano y para quitarse un poco del calor que teníamos en el sur. Solían venir todos los años en la misma fecha. Esta vez les coincidió con la boda.

Tal y como entré a la suite, me di una ducha y me acosté de seguido para intentar quedarme dormido y, cuando me despertara, salir lo antes posible para que no durara muchas más horas este calvario que era estar al lado de ella.

Solo tenía que aguantar un poco más, solo un poco, y estaría de nuevo donde debía estar, buscando a Paulina.

Capítulo 27



Paulina

La tarde caía suavemente, y yo caminaba hacia la cafetería en la que había quedado con Susi.

Al entrar, la vi sentada con una sonrisa cómplice. Susi levantó la mano y comenzó a agitarla a modo de saludo.

—¡Aquí está lo más bonito de España! —dijo, con un grito de lo más efusivo, y no pude evitar sonreír, y eso que en estas últimas semanas me costaba mucho hacerlo.

—Mira que eres exagerada —me dejé caer en la silla, con un suspiro.

—¿Qué te pasa? —preguntó, sin perder su tono juguetón.

—Estamos a nada del mes, ya lo sabes —dije, y la camarera llegó en ese momento para tomarnos nota.

Pedimos un par de cafés y dos porciones de tarta de chocolate que tenían muy buena pinta.

—Lo sé, y seguro que en cuanto cumpla el tiempo, te llama.

—Lo echo tanto de menos, Susi —me tembló la voz mientras salían las palabras, como si todo el cuerpo se liberara de un peso que no había sabido llevar—. No entiendo nada. ¿Cómo pudo hacerme esto? ¿Cómo pudo irse así, sin darme ni siquiera una explicación? No lo entiendo.

—Yo tampoco lo entiendo, cariño, pero seguro que el motivo que sea es una razón más que de peso.

—¿Pero tanto como para ni siquiera hablar conmigo? Un triste mensaje a la semana me habría bastado, Susi, un solo mensaje.

La camarera trajo nuestros cafés y pasteles, y no pude resistirme a dar el primer bocado y saborearlo.

Susi hizo lo mismo, éramos un par de golosas de cuidado.

—Es que fue todo demasiado rápido —dije—. Y se fue como si no significara nada para él. Yo pensaba que teníamos algo, que éramos algo más que solo un par de amantes de unos días. Por Dios, si no nos acostamos hasta unos días después de estar en la villa —resoplé.

—Uy, eso no me lo habías dicho —contestó, cogiendo otro trozo de pastel.

Y le conté cómo se dieron aquellos días en la villa, el deseo que yo sentía por él y que él sentía y reprimía en la cama, hasta que nos entregamos definitivamente.

—Por eso te digo que no podía ser solo una aventura, no me podía ver de ese modo, o me habría arrancado la ropa desde la primera noche. Y luego esos *post-it* que me dejaba. Dos de ellos fueron cuando salieron de la casa, y hubo otros en los que me decía cosas bonitas o me decía que me esperaba en la terraza de la suite. Te juro que no entiendo qué le pasó para que me echara así de su vida.

¿Por qué Chris me había dejado así, sin darme una sola explicación? No lograba comprenderlo, y cada vez que pensaba en ello, acababa con un dolor en el pecho demasiado insoportable.

De repente, una lágrima se escapó y rodó por mi mejilla, traicionando la calma que había intentado mantener.

—Yo lo quería, Susi. De verdad. Y no pensé que me fuera a doler tanto. Pensé que no me iba a enamorar tan intensamente, pero lo hice. Y ahora no sé qué hacer.

Susi se levantó, me rodeó con los brazos y me apretó contra su pecho, un gesto protector, como el de una hermana que quiere consolar el dolor de la otra.

—Shh, tranquila —susurró, mientras me acariciaba la espalda—. Te entiendo, cariño. De verdad. Pero, por favor, no te hundas por alguien que no sabe lo que tiene. A veces, el amor no se trata de lo que creemos que es, sino de lo que necesitamos aprender de él.

—Después de esto, te juro que no volveré a entregar mi corazón a nadie —dije entre sollozos —. No quiero que nadie más me lo vuelva a hacer pedazos.

—¿Sabes lo que te digo? Si Chris no se da cuenta de la mujer que tenía al lado, él se lo pierde. Hay más hombres que longaniza, cariño.

Me salió una risilla y la miré.

—¿En serio? ¿Longaniza? —negué.

—Eso decía la abuela de mi madre, según decía mi abuela —se encogió de hombros.

—Por cierto, ¿tu madre cómo está?

—Ya sabes —sonrió con ternura—. Tiene sus días —volvió a sentarse.

Estuvimos hablando de ella, de su padre, y ella también acabó llorando por la impotencia de que su madre estuviera así y no pudiera hacer nada más de lo que ya hacía por ella.

—Gracias por no dejarme sola con todo esto —dije cuando volvimos a hablar de Chris.

—Siempre estaré aquí, cariño. Y si Chris no vuelve a tu vida porque solo fue una aventura para él, y alguna vez te vuelves a encontrar con él por la calle, recuerda que tengo una lista de frases llenas de veneno preparadas para decirle sin dudar. Ya sabes, al estilo de, Paquita la del Barrio. Así que no te preocupes, que todo se solucionará.

—Madre mía, es que te imagino llamándolo rata de dos patas y me muero —me reí, porque no podía hacerlo.

—*Rata inmunda, animal rastrero…* —comenzó a tararear.

—Calla, no sigas —reí hasta con dolor de barriga.

—Al menos te hice reír, así que, punto para Susanita la del Barrio —dijo poniendo los dedos en "v" y guiñando un ojo.

Era única, y la quería tener siempre en mi vida.

Para cuando quisimos darnos cuenta, la noche había caído, así que decidimos continuar la charla en un restaurante asiático cercano.

Mientras Susi insistía en probar todo tipo de sushi raro, yo no dejaba de darle vueltas al tema de Chris, como una sombra que no desaparecía. Las bromas seguían fluyendo, y aunque a veces me sentía tentada a volver a llorar, las risas de Susi lograban calmarme y animarme un poco.

—Venga, Paulina, tienes que dejar de pensar en él —dijo Susi, mordiendo un rollo de sushi con satisfacción—. Mira qué rico está. ¡Tienes que ponerte en modo "olvido"!

Miré mi plato, sin mucha hambre. La cabeza no dejaba de dar vueltas y me mataba no saber nada de él, como si me hubiese olvidado de verdad, como si nada de aquello a él le valiera de nada.

—No puedo, Susi —admití con un suspiro y cargada de dolor—. No puedo olvidar tan fácilmente. Y lo peor de todo es que ni siquiera entiendo por qué lo sigo esperando, por qué sigo pensando que va a volver. Si ni siquiera me habla, por el amor de Dios. ¿Por qué me dejó así? ¿Por qué rompió con todo?

—No lo sé, cariño. Pero lo que sí sé es que tienes que pensar en ti. Si él no te valoró, es problema suyo, no tuyo. Así que, relájate, ¿sí? Si vuelve, ¿sabes qué haría yo? Decirle que ahora la que necesita tiempo eres tú.

—Joder, Susi, siempre tan directa. ¿Quién necesita terapia?

—Exacto —Susi levantó el tenedor, imitando el gesto de una persona dando un discurso de motivación—. Y si eso no funciona, siempre puedo darme un paseo hasta su casa y cantarle el tema de Susanita la del Barrio —hizo un guiño.

Nos reímos, porque desde luego que con ella era imposible no hacerlo.

Seguimos cenando y hablando de Tonino, ese hombre que la había hecho sentir cosas y por el que le brillaba la mirada cuando hablaba de él.
Y después de tomarnos un té, nos despedimos quedando en vernos pronto.

—Recuerda que estoy aquí, ¿vale? Y que te quiero mucho, cariño. Que hombres hay muchos, pero Paulina, solo una —me hizo un guiño y sonreí.

—Descansa, y gracias por este rato.

Cuando llegué a casa esa noche, apenas tenía fuerzas para encender la luz. Mis pensamientos seguían dando vueltas en mi cabeza.
Me fui directa a la habitación y me eché en la cama, en cuanto se me cerraron los ojos vi a Chris y volvieron de nuevo esas preguntas.

¿Por qué no me había buscado? ¿Por qué no había sido capaz de darme una respuesta? Habíamos estado bien juntos, ¿o todo fue una ilusión por mi parte?

A medida que pensaba en los momentos que compartimos, en el modo en el que me miraba, en cómo me besaba y acariciaba y en lo tierno que era conmigo, las dudas me consumían.

¿Realmente hubo algo real entre nosotros como yo sentí, o fue todo un juego para él? ¿Por qué se fue sin darme una oportunidad para hablar, o permitirme ayudarlo con lo que fuera que le pasaba?

¿Tan malo era como para que pudiera ni siquiera escribirme o llamarme en más de un mes?

Me iba a volver loca, porque no entendía nada y lo único que hacía era llorar y comerme la cabeza con tantas dudas.

Las lágrimas se desbordaron sin control. No podía dejar de pensar en él, en lo que pudo haber sido y nunca sería. Y entonces, en medio de esa angustia, una frase resonó en mi mente: *"Lo bueno se acaba rápido".*

Capítulo 28



Paulina

Desde que Erica se fue de la villa no nos escribió jamás ni tuvo contacto con nosotras, de ahí que me sorprendiera que tuviera un mensaje de ella a las ocho de la mañana diciéndome que mirara las noticias de actualidad y que a las dos nos la habían jugado.

Con la mente llena de pensamientos de lo más confusos, un nudo en el estómago y preguntándome qué sería eso que tanto interés tenía en que viera, pulsé en el enlace que me había enviado.

Tal y como lo hice, entré a una página donde me encontré con la noticia a lo grande de que la mediática Virginia, regresaba con su exmarido, el productor de *Lmisis45*.

Había un video en el que le entregaban un ramo de novia a ella y se hablaba de que estaban pasando un momento muy dulce. Se besaban. Estaban en una boda, los dos, él y su ex, a esa que decía que no la quería ni nombrar. Y eso que decía que no quería ser mediático.

No solo eso, también se les veía bailando felices y cómo ella lo besaba mientras él le decía cosas que no se podían escuchar.

Ver todo aquello fue un golpe tan fuerte que ni siquiera podía respirar con normalidad. No me podía creer que el hombre que me hablaba tan bonito y que se mostró tan cariñoso y dulce durante aquellos días conmigo, ahora estuviese en esas imágenes, sonriendo feliz y besando a la mujer con la que se suponía que jamás querría volver.

Tenía tanta razón Lola, que no me quedaba otra que agachar las orejas y reconocer que había jugado conmigo, al igual que su hermano hizo con Erica.

Veía una y otra vez los videos mientras las lágrimas me caían. Luego fueron infinidad de fotos las que se veían en todas las revistas digitales del corazón.

Me sentía gilipollas por haber creído en una historia que solo había sido un capricho para él. Estaba claro que me dejó para esto, para volver con su ex. Yo esperaba que esto fuera un error, que esas fotos y vídeos fueran un montaje, pero no lo eran. Aquella era la cruda realidad a la que

me tenía que enfrentar ahora.

Mi teléfono comenzó a sonar y era Susi. Sabía que ya estaba al tanto de la noticia.

—No me lo creo, Paulina, no me lo creo —me dijo con la voz llena de incredulidad cuando escuchó que descolgué el teléfono.

—Cuánta razón tenía Lola… —respondí con la voz ahogada por el dolor, incapaz de ocultarle a mi amiga la tristeza que me embargaba en ese momento.

—He mandado a la mierda a Tonino.

—Él no tiene culpa, Susi —dije, sintiendo cómo el peso de la traición me aplastaba el pecho, era una sensación tan dura y dolorosa, como si me estuvieran estrujando el alma.

—Venga, Paulina. Se ve claramente que esos hace semanas que volvieron. Los vídeos son claros. ¿Crees que Tonino no lo sabía? ¡Venga ya! Él es tan cómplice como su primo porque sabía que tú lo estabas esperando en cierto modo y no fue capaz de decir que no lo hicieras, que había regresado con su exmujer, a esa que tanto le costaba nombrar. Eres mi amiga y esto lo vamos a superar juntas. ¡Son unos sinvergüenzas! —gritó con rabia— Qué decepción, pero esto lo vamos a arreglar nosotras, ya te digo que sí. Ahora mismo busco un viaje y nos vamos a vivir las vacaciones de nuestras vidas, porque aquí no nos vamos a quedar llorando. Y no admito un no por respuesta, así que, espabila, no te quiero ver llorar y ahora mismo voy a tu casa para que dejemos cerrado el destino.

—Me acabo de levantar. Tengo mucha información en la cabeza y me hablas de un viaje. ¿Me das tiempo a reaccionar? —pregunté a modo de queja, sintiendo que las palabras me salían con dificultad, como si cada una fuera un pequeño latigazo en mi corazón.

—Sí, el tiempo que yo tarde en llegar a tu casa —y me colgó sin darme opción a réplica.

Me quedé allí mirando la pantalla del móvil, apagada, sintiendo cómo la tristeza me engullía aún más. Estaba rota de dolor, porque yo lo que había sentido por él era real, y ahora me daba cuenta de que Chris no sintió lo mismo que yo.

Solté el aire, con las lágrimas cayendo por mis mejillas, y negué con toda la rabia de mi corazón mientras me preparaba un café para inyectarme cafeína en el cuerpo. No podía creerme con lo que me había topado. Era lo último que me podía imaginar.

Me metí en la ducha antes de que llegara Susi y después de tomarme ese primer café casi de un trago, esperando que el agua me ayudara, que se llevara esas lágrimas, ese dolor y la angustia que sentía y me apretaba el pecho. No podía quitarme las imágenes de mi cabeza y sentía que el pecho me oprimía. Me costaba hasta respirar.

Susi no tardó en llegar, y al verme rota por completo me abrazó y nos echamos a llorar juntas. Las lágrimas caían sin cesar, como si fueran dos cascadas, y me sentía tan vacía que me preguntaba cómo era posible que me hubiera hecho aquello.

—Son unas malas personas. Me han defraudado todos —decía con tristeza mientras me acariciaba el cabello y besaba mi mejilla.

—El único culpable es él que jugó con mis sentimientos y me hizo creer cosas que luego no ha podido cumplir —contesté entre sollozos.

—Tonino lo sabía todo y eso no se hace —me dijo muy seria—. Él sabía cómo estabas tú y lo que significabas para mí. Eso no se hace y no se lo perdono ni a él, ni a mi santa madre, dado el caso. Nos vamos a ir de viaje a vivir unos días de desconexión. No vamos a dejar que esto nos rompa más de lo que estamos —volvió a acariciarme el pelo.

—No me apetece ir a ningún sitio, no tengo ánimos para nada —susurré, con un dolor inmenso que me atravesaba el pecho.

—Ni yo, pero igual nos vamos a ir —decía, mientras preparaba un par de cafés—. Ve sacando el portátil que vamos a buscar un viaje de esos que no se nos vaya a olvidar en la vida —me dijo a modo de orden.

No tenía ganas de nada y ella me estaba empujando a embarcarnos en un viaje para el que no tenía ánimos, pero estaba viendo que no era una opción y esa idea no se la iba a sacar de la cabeza.

Al final, después de estar toda la mañana buscando viajes y dando opciones, terminamos decantándonos por irnos a Marrakech, donde había un *resort* a pocos kilómetros que era un "todo incluido" en plan Caribe, pero en un país tan asombroso como Marruecos.

Siempre habíamos tenido ganas de ir a conocerlo, ya que eran innumerables los rostros conocidos que hablaban muy bien de ese país. Así que vimos la combinación perfecta entre la desconexión de un *resort* y la historia de una ciudad tan vibrante como era esa, además, estaba considerada como una de las ciudades imperiales.

Me animé mucho al final y nos pasamos toda la comida hablando sobre que ropa llevar para poder hacer vídeos bonitos que combinaran los colores con los lugares. El blanco, rojo y beige eran imprescindibles para esta ocasión, ya que contrastarían mucho con las calles y los rincones de la Medina y su plaza.

Pese al dolor y la decepción que me había llevado, me hacía algo de ilusión ir a perderme por ese lugar de África, tan diferente y cercano a la vez.

Dejamos estructurado todo lo que nos íbamos a llevar, ya que salíamos en dos días y al día siguiente debíamos dejar las maletas hechas. Íbamos para una semana.

Aprovechamos la tarde para ir a hacer unas compras de cosas que pensábamos que nos podían venir bien para el viaje. Lo primero, un cargador externo para el móvil, que el mío había muerto, y lo segundo, una buena protección solar para la cara, ya que me quedaba poca, para el cuerpo sí que tenía un bote sin empezar.

Al final terminamos comprándonos algunos trapitos que se nos metieron por el ojo y alguna cosita más. Estábamos muy entusiasmadas con el destino, a pesar del palo tan grande que nos habíamos llevado.

Nos fuimos a cenar a una pizzería del mismo centro comercial en donde estuvimos mirando en el móvil las cosas más populares para visitar y algunos restaurantes que tuvieran muy buenos comentarios.

Como decía mi amiga: “más vale llorar las penas por el mundo que encerradas en casa”.

Y aunque una parte de mi corazón estuviera hecho pedazos por la traición de un hombre al que creí cada palabra y al que había esperado un mes para que volviera conmigo, había otra parte de mí que quería y necesitaba encontrar la luz al final del túnel.

Cuando volví a casa, me senté en el sofá, completamente a oscuras, y volví a romperme, llorando sin consuelo.

No dejaba de preguntarme, una y otra vez, por qué me había hecho esto, pero la respuesta nunca llegaba y eso hacía que me hundiera más en la desolación y el dolor que me envolvían.

Sentía una rabia tan profunda que se me hacía difícil respirar. Me había entregado completamente, sentí todo aquello como algo real y verdadero que se estaba construyendo entre nosotros. Pero, al final, todo había sido una mentira.

Pensaba en lo que me dijo Susi, que Tonino lo sabía todo. ¿De verdad lo sabía y no había sido capaz de decir nada? Ese hombre era consciente de lo mal que yo lo estaba pasando porque Susi se lo decía, y, aun así, si estaba al tanto de todo lo que pasaba con su primo y su ex, se había callado.

Cerré los ojos, queriendo recordar aquellos momentos en los que pensé que todo era perfecto. Esos en los que reíamos juntos, compartíamos besos y caricias. Pero ahora, esos recuerdos se veían tan lejanos, como si pertenecieran a otra persona, a otra vida.

Estaba claro que él no había sentido lo mismo que yo, que no se había enamorado como lo había hecho yo, y la tristeza volvió a llenar mi corazón de nuevo.

En este momento sentía que mi vida estaba llena de sombras, pero sabía que había algo más allá de ellas. Quizás no ahora, pero algún día las cicatrices sanarían.

Tal vez Chris no era el hombre que el destino tenía previsto que fuera mi gran amor, solo esa aventura pasajera que había sido.

Tal vez, con el paso del tiempo, el verdadero amor quizá llamara a mi puerta y lo hiciera para quedarse, para quererme como merecía.

Capítulo 29



Chris

No podía creer que todo se hubiera filtrado de esa manera. No podía ser, no contaba con eso, y mucho menos aún que se vendiera de esa forma tan sensacionalista en la que se daba por sentado que yo estaba con esa mujer y que lo había vivido todo como el mayor de los romanticismos. Al menos así parecía en los medios, y me dolía profundamente. Habían sacado conclusiones de lo más equivocadas, construyendo una historia que, ni de lejos, se ajustaba a la realidad, pero, aun así, era la imagen que el público veía.

Tonino había pagado el pato de todo esto, ya que Susi le había dado una patada por no haberle contado algo que se suponía que no debía salir a la luz y que no era cierto. El caso es que había sufrido los daños colaterales y eso me jodía mucho más.

Lo más fuerte de todo es que aún me faltaban doce días en los que no podía hacer nada hasta que se diera por concluido el contrato. Me estaba volviendo loco. Esa hija de puta de Virginia me tenía hasta las narices con todo este asunto, y más aún con el hecho de que saliera todo esto.

Porque sí, seguro que ella estaba detrás de todas las filtraciones que habían salido en la prensa, dado que quienes se casaron no tenían nada que ver con el mundo del famoseo en el que ella se movía.

No quería ni imaginar la de cosas que se le pasaría por la cabeza a Paulina, que a estas alturas debía pensar que solo había jugado con ella y hasta, según palabras de Tonino, que le había dicho Susi, pensaba que hice con ella lo mismo que mi hermano con Erica, sacándola de la villa.

Todo dolía demasiado y sentía que mi mundo se iba a caer en picado. Que, por culpa de esa mala y retorcida mujer, mi vida se desmoronaba. No podía soportar la desolación de no estar a su lado y todo se me estaba haciendo cuesta arriba.

Abrí la puerta de mi ático, ya que venía Alonso en el ascensor, pues había quedado en comer conmigo. Desde luego, ahora mismo lo que menos necesitaba era estar solo, y tal vez su presencia me ayudara a ordenar un poco mis pensamientos y el caos que había ahora mismo en torno a mí, o al menos a desconectar por unas horas.

—Hola, hermano —me abrazó, besándome la mejilla. Estaba al tanto de todo lo que salió ayer en los titulares y habíamos estado hablando constantemente el día anterior, tratando de encontrar alguna manera de controlar la situación, pero la verdad es que ni siquiera él sabía por dónde empezar.

Por no hablar de mis padres, que me llamaron para saber si todo eso era cierto y me limité a decirles que estaba sacado de contexto y que el beso que me dio Virginia no era real como tal. Ya les diría la verdad de por qué la acompañé, pero ahora necesitaba enfocarme en cómo solucionarlo todo y no hacer más daño a Paulina.

—Tienes que levantar el estado de ánimo, es cuestión de tiempo —me dijo con un tono de lo más calmado y tranquilizador, aunque sabía que, en el fondo, él también estaba preocupado.

—La estoy perdiendo, y eso es lo que más me jode —respondí, agobiado, mientras me dejaba caer en el sofá.

El peso de toda esta situación me aplastaba, y no podía dejar de pensar en todo lo que estaba en juego en estos momentos.

—¿Por qué no cambias "la estoy perdiendo", por, "la voy a recuperar"? —sugirió, haciendo el entrecomillado con sus dedos, como si de verdad creyera que iba a poder recuperar a Paulina después de ver todo esto. Tenía que odiarme incluso más que cuando la dejé sin darle una sola explicación.

—Se está poniendo la cosa muy fea, Alonso —negué agobiado, y con la mente nublada por el miedo y la incertidumbre.

—Lo vas a resolver, confía en eso. Lo que no tengo yo muy claro es otra cosa —dijo sacando su móvil y me enseñó una foto que me dejó a cuadros.

—¿Qué cojones hacen juntas Virginia y Erica? —pregunté, sin dar crédito a lo que veía, mirando la imagen que Alonso me había mostrado.

Las dos estaban juntas, sonriendo, sin mostrar la más mínima preocupación, como si todo en sus vidas estuviera bien.

—Esta foto tiene más de un año… —me aclaró, aunque las palabras no me hicieron sentir más tranquilo en absoluto.

Si la foto tenía un año, entonces había algo que no cuadraba, algo mucho más grande que mi hermano y yo no veíamos.

En ese momento se me comenzaron a montar un montón de películas en la cabeza, teorías, sospechas y escenas que no me gustaban ni un poquito. Virginia dio muchos datos sobre mis días en la villa y eso no había salido en fotos. Y ahora la veía con esa mujer, por lo que mis sospechas me acabaron llevando a una conclusión.

—Erica estaba poniendo al tanto de todo a Virginia —dije convencido, mientras un nudo crecía en mi estómago. Pero algo no cuadraba y eso solo me hacía sentir más vulnerable.

—Yo he pensado lo mismo, pero claro, eso no limpia la coacción que te tiene hecha. No te quiero llenar la cabeza de datos, pero he contratado un detective privado para que descubra ciertas informaciones —contestó, de una manera tan tranquila, que me dejó sorprendido.

—Mi cabeza no da para más, te lo juro —dije llevándome las manos a las sienes—. Pero, conociéndote, si lo has hecho es por algo y creo que en estos momentos eres capaz de tener más instintos que yo.

—Déjalo en mis manos, quiero llegar hasta el final de algunos asuntos. ¿Qué te apetece pedir para comer? —preguntó, y me sorprendía esa capacidad suya para cambiar de tema.

—Agua, es lo único que me entra —murmuré, porque de verdad que no tenía ganas de nada más.

—Pues entonces voy abriendo una botella de vino y pido japonés, ignorando completamente tu comentario —dijo con una sonrisa, como si fuera lo más natural del mundo.

—Haces bien.

—¿Sabes que tengo un mal presentimiento con Alma? —comentó.

—Siempre lo has tenido. No es nada nuevo.

—Para estar tan cabizbajo estás muy borde, ¿no? —me recriminó, medio en broma, medio en serio.

—No aguantas que esté casada con Alex y nunca lo has soportado —respondí a sabiendas de que había tocado un tema delicado para él.

—Eso no es nada nuevo.

—Pues por eso, normal que veas luces donde no las hay —rebatí, a sabiendas de que no me iba a dejar ganar tan fácilmente.

—Luces las que te están apareciendo a ti —rebufó, estirando la mano y dándome una copa.

—Por nuestras putas vidas —levanté la mía, intentando quitar un poco de drama a la situación, que tenía mucho.

—Porque esas sombras se conviertan en pasado —dijo él, haciendo caso omiso a mi brindis, como si lo que más importara fuera lo que vendría que lo que había pasado.

Mi hermano pidió la comida por una aplicación y nos sentamos en la terraza, que se estaba de mil maravillas, y no me venía mal que me diera un poco el aire, ya que estaba de lo más pálido.

—Lo que te decía antes —continuó, con la mirada fija en las vistas—. Hay algo que no me cuadra en el marido de Alma y he mandado al detective a que lo investigue también.

—Lo vas a forrar —suspiré viendo que mi hermano se la tenía a Alex bien jurada—. No sé qué crees que vas a encontrar de él, pero, si así te quedas más tranquilo… —Me encogí de hombros.

—Confío en él, y sé que nos va a despejar muchas dudas —contestó antes de dar un sorbo a su copa.

—Yo, lo único que necesito es que termine ya el acuerdo y poder correr a buscarla y convencerla para volver a empezar de cero. Pero claro, ¿cómo me va a creer si vio vídeos y fotos que circulan por todas partes, y ni yo me reconozco? Es que parece tan real… —suspiré, desesperado.

—Está claro que Virginia está en el ajo.

—Puede ser para dar más seriedad al asunto ante sus padres, pero eso no implica nada, ya que ella no habló tal y como tenemos pactado. Al igual que las personas implicadas en aquella fiesta que tenían sus contratos de confidencialidad, por eso no me preocupa. El caso es ella, es la única que podía dar la voz de alarma social y tengo que cumplir hasta el último día para acabar con esto. Los abogados dejaron todo muy bien atado.

—Aquí hay mucho gato y perro encerrado. Lo veo como que quieren desestabilizarte, porque estábamos los dos involucrados y a mí ni me nombró, según tú —dijo mirándome.

—Va a por mí, lo cierto es que sabe que, si cae uno, cae el otro —contesté mientras movía y miraba mi copa.

—Eso es obvio.

En mi cabeza solo estaba el daño colateral que le había causado a Paulina. Porque si esto me pasa sin ella por delante, voy a la boda y me rio del mundo sin preocupaciones, jodido, pero sin el miedo único que tenía, que era que ella pensara sobre mí algo que no era cierto.

Lo cierto es que eso podía provocar en ella algo más feo de lo que ya estaba sintiendo después de verlo todo.

¿Cómo podría hacerle entender que nada de esto había sido lo que ella pensaba? Me iba a costar mucho dar con el modo de explicarle todo, pero lo haría, porque ella no merecía pasarlo mal por culpa de mi ex.

—A mí lo que me escama es que le llegaran unos videos de aquella noche a Virginia, y que nunca supimos de dónde salieron —dijo mi hermano, muy pensativo—. Y que ella investigó sobre todas esas chicas y de ahí que te dijera que eran todas menores. Chocante, la verdad. Por otro lado, que le llegaran las imágenes en los baños y en la cocina metiéndose las rayas, cuando eso no lo vimos nosotros. Parecía como si todo se hiciera en un complot para jodernos a nosotros

a través de ella y aquí tiene que haber más de lo que pensamos —mi hermano no dejaba de comerse el coco.

—La fiesta era del cumpleaños de Víctor, él fue quien invitó a sus amigas —dijo mi herma.

Víctor era nuestro amigo hasta que descubrimos que nos la jugó trayendo a menores y de ahí a que lo enfrentáramos y dejáramos de hablar.

—Pero tiene que haber alguna conexión más —continuó—. El caso es que sales liándote con una menor al igual que yo y se ven esas drogas, alcohol y todo, y es una bomba en manos de esa mujer, pero ¿quién cojones se lo hizo llegar a ella?

—No lo sé, solo sé que eso, si hubiera salido a la luz, tal y como está hoy la vida, terminamos presos y en todas las noticias del país. ¿Quién nos iba a decir que eran menores con esos cuerpos tan desarrollados? Maldito el día que propusimos hacerle el cumple en la villa. No quiero imaginar si Paulina me viera en esos vídeos con una menor y viera todo lo que hubo en la villa sin que nosotros fuésemos conscientes.

La cabeza me estallaba con cada pensamiento que cruzaba por mi mente. Si hubiera podido retroceder el tiempo, habría detenido aquella fiesta en el momento en que la idea se empezó a formar. ¿Qué diablos había pasado por mi cabeza cuando decidí organizarla allí? Sabía que la villa era el lugar perfecto para esconderse, para no ser molestado. Pero no sabía que aquello se iba a convertir en el peor error de mi vida. Esa fiesta había sido el inicio de la ruina, y ahora toda esa espiral de caos parecía haberme arrastrado y no sabía cómo salir.

Lo peor de todo era que Paulina no tenía la culpa de nada, y ahí estaba ella, siendo arrastrada por todo esto. Y a mí me dolía, me destrozaba. ¿Cómo podía mirarla a los ojos después de todo lo que había sucedido? Las imágenes, los vídeos, las especulaciones… y, sobre todo, que pensara que había jugado con ella y que la eché de mi vida después de unos cuantos polvos. Eso no es que me doliera, es que me mataba.

Me maldije a mí mismo, una y otra vez, por haber aceptado esa fiesta, por no haber tenido más control sobre lo que sucedió en ese momento. Y ya no podía hacer nada para deshacer el daño que se había causado, no podía borrar las imágenes, ni deshacer las palabras, ni mucho menos las mentiras que se habían tejido en torno a todo aquello.

Recordaba la última vez que vi a Paulina, antes de que todo estallara. El brillo en sus ojos, la forma en que me miraba, confiada, entregada. Pensaba en su sonrisa, en cómo se había acercado a mí, en lo mucho que me había querido. Y yo, ¿qué había hecho yo? Nada, dejarla sin más y permitir que todo esto le hiciera daño.

Si me viera ahora, tal como estaba, en este agujero negro lleno de confusión, ¿cómo iba a creer que estaba arrepentido? ¿Cómo iba a creer que me importaba realmente? Después de todo lo que se había filtrado a la prensa de la boda con Virginia, no habría manera de hacerle ver la verdad.

Cada pensamiento que cruzaba por mi cabeza me hacía sentir más pequeño, más incapaz de

ser el hombre que ella necesitaba.

Quizás si Paulina estuviera a mi lado, sin todas esas dudas, sin esas inseguridades que ahora debían carcomerla por dentro, tal vez todo habría sido diferente.

Me maldecía por no haber visto lo que estaba pasando, por no haberme dado cuenta del peligro que implicaba todo aquello. Pero, ¿cómo se supone que iba a saberlo? Nadie podría haberlo previsto, Víctor era nuestro amigo y confiábamos en él, hasta que pasó lo que pasó.

Pero está claro que al final siempre hay alguien que paga las consecuencias de las decisiones de los demás, y esta vez no éramos solo mi hermano y yo, sino también Paulina. Y yo me sentía completamente impotente.

—Vamos a solucionar esto, Chris —me dijo Alonso, sin más.

Su tono no era de reproche, pero sí de urgencia, como si él pudiera ver algo que yo no era capaz de ver en ese momento. Y dado que era el mayor y se había puesto en marcha para averiguar cuanto pudiera que nos ayudara con ese asunto y a despejar otras dudas, dejaría todo en sus manos y me encargaría de arreglar lo mío con Paulina cuando todo acabara.

Pero ¿cómo lo haría? Si ella ya no me creía, si todo lo que veía eran pruebas de algo que no era más que una farsa orquestada por mi ex.

No podía imaginar cómo iba a reconstruir mi relación con ella.

Y lo único que podía hacer era esperar, esperar a que todo se resolviera, incluso esperar que Paulina me diera una oportunidad para explicarle lo que había sucedido, lo que realmente había pasado esa fatídica noche que lo cambió todo. Pero, incluso entonces, ¿sería suficiente para volver a tener lo que había entre nosotros?

Capítulo 30



Paulina

El avión comenzó a descender suavemente, y mi corazón latía un poco más rápido con la emoción del destino que se acercaba. Sonreí al ver el paisaje, con unas ganas inmensas de conocerlo por fin.

—Mira qué bonito se ve todo desde aquí —comentó Susi, con la misma sonrisa que tenía yo.

—Sí, parece sacado de una película —respondí, aunque mi mente seguía ocupada en otros pensamientos.

El rostro de Chris apareció, como siempre, de forma inesperada. No sabía por qué, pero su imagen seguía rondando mi cabeza, especialmente ahora que comenzaba a sentirme más libre.

—¿Estás bien? —me preguntó Susi, notando mi silencio.

—Sí, solo estoy pensando en… —no quise confesar en quién, así que carraspeé antes de acabar mi frase— cosas. Ya sabes, la vida.

Susi me lanzó una mirada que no dejaba lugar a dudas. Era evidente que notaba mi cambio de tono y sabía cuáles eran esas cosas o, mejor dicho, quién.

—¿Chris otra vez? —preguntó, alzando una ceja.

Suspiré y asentí lentamente. A veces, la cabeza no dejaba de repetir lo mismo, aunque el corazón me gritara que debía seguir adelante.

—No lo puedo evitar, Susi, sabes lo que siento por él —confesé con un suspiro que incluso a mí me sonó desolador.

Susi se quedó en silencio un momento, como si estuviera digiriendo mis palabras. Luego, con su característico toque de humor, rompió el silencio.

—Vamos a ver. ¡Tú y yo, juntas, en Marruecos, explorando este lugar increíble! —gritó

levantando las manos— Y te pones melancólica por un tipo que ni siquiera te valoró lo suficiente para no estar con ella. Venga ya, cariño. Olvídate de Chris y de lo que te haga pensar en él. Aquí lo único importante es que vamos a perdernos en la Medina, comer pastela hasta reventar y disfrutar del sol que nunca se pone. ¿Te parece? —volvió a arquear la ceja, pero esta vez de un modo más amenazador, como si de ese modo me dijera que, o me parecía bien, o me parecía bien, porque no había más opciones.

No pude evitar reír, aunque un poco forzada. Susi tenía una forma única de hacer que los problemas se redujeran considerablemente, y eso era lo que tanto me gustaba de mi mejor amiga. Era un regalo que solo ella poseía.

—Tienes razón —respondí, mientras ella me guiñaba un ojo. Y con eso, logré sacudirme la tristeza que me había acompañado durante el vuelo.

Acabábamos de aterrizar en Marruecos y ya podía percibir el olor de las especias en el mismo aeropuerto. El aroma del aire, tan diferente al de Europa, parecía prometer un mundo nuevo, una experiencia que nos estaba esperando.

El policía nos selló el pasaporte y proseguimos a recoger las maletas.

Estábamos de lo más ansiosas por descubrir todos los rincones de este país que nos parecía tan misterioso en muchos aspectos.

—El poli tiene un polvo —me dijo Susi, causándome una carcajada.

—De uniforme, lo mismo lo ves con la chilaba y no te llama tanto la atención —sonreí.

—¿Y debajo llevan algo? —preguntó entrecerrando los ojos— Siempre tuve curiosidad por saber qué llevaban los *highlanders*, pero nunca me dio por pensar en los marroquíes.

—Eso lo solucionamos rápido. Cuando veamos a uno, le levantamos la chilaba y lo descubrimos.

—Y terminamos presas en este país. Quita, quita, prefiero no descubrir nada —contestó negando y moviendo su cabeza tan rápido, que me eché a reír mientras recogíamos las maletas de las cintas.

Salimos fuera y nos acercamos al primer taxi de la fila para indicarle la dirección del *resort* que estaba a las afueras de Marrakech. Nos ayudó a meter el equipaje en el maletero. Nos sorprendió lo bien que hablaba el español.

—Vais a un hotel muy bonito —nos dijo cuando ya estábamos acomodadas en el sillón de atrás y él conducía saliendo del aeropuerto—. Es un lugar muy especial, os va a encantar.

—Hemos elegido bien, entonces —dijo Susi.

—Sí, es muy bonito y los clientes salen muy contentos de su estancia. Lo comparan con los

del Caribe, ya que tienen un bar dentro de la piscina, los jardines con más restaurantes y zonas para tomar el sol. Está muy bien —decía, llevándose una mano a su boca.

—¿Cómo se llama usted? —le pregunté.

—Samir, encantado.

—Nosotras, Susi y Paulina —le contesté.

—¿Es la primera vez que visitáis Marruecos? —preguntó, mientras nos miraba de vez en cuando por el retrovisor.

—Sí, y esperamos que no sea la última —me reí.

—Marruecos es un país hospitalario y muchas personas terminan enamorándose de él y repitiendo en muchas ocasiones. Luego, como es normal, y por el choque cultural, muchas personas con una vez tienen suficiente —se le escapó una sonrisilla—. Si necesitáis que algún día os haga una excursión, estaré encantado de haceros de chofer y de guía. —Nos dio un trocito de papel de su guantera en el que estaba su número y nombre.

—Perfecto, nos vendrá genial tener un contacto y que encima hable tan bien el español —dijo Susi, grabando el número en su teléfono y devolviéndole el papel para que lo usara para otro.

Durante todo el camino nos dio muchas recomendaciones, nos habló de lugares imperdibles, de comidas que debíamos probar y un sinfín de cosas que nos venía bien para tenerlas en cuenta desde la perspectiva de alguien de la tierra.

Se veía un hombre muy culto, simpático, no debía de tener más de cuarenta años y tenía unos rasgos finísimos, así como una dentadura sorprendentemente blanca y cuidada. La verdad es que rompía los prototipos que teníamos idealizados de hombre marroquí. En el caso de Samir, tenía unos ojos verdes impresionantes.

Susi, que era muy curiosa, le preguntó si tenía familia y él sonrió con cierta tristeza. Nos contó que tenía una hija preciosa de seis años llamada Samira, y ambos vivían con la madre de él, Fátima, desde que se quedó viudo hacía ya cinco años. Su esposa falleció por una complicación tras ser operada y, como no tenía familia, la crianza y el cuidado de la pequeña corrían a cargo de él y de su abuela.

Nos dio un poco de penita, la verdad, porque dijo que Laila, que así se llamaba su esposa, fue el gran amor de su vida y no volvería a estar con ninguna otra mujer.

—Pero eres joven —dije, y él sonrió.

—Mi corazón fue suyo, y sé que no podría estar con otra mujer del modo en el que estuve con ella.

—Qué bonito eso, Samir —Susi sonrió.

—Sí, porque hay hombres que no tienen esos valores —miré por la ventana y noté que las lágrimas querían salir, pero las controlé.

Llorar por Chris no me hacía bien, lo sabía, y por eso quería poder controlar mi llanto cuanto pudiera.

Tuvimos que rodear Marrakech para ir hacia el *resort*, pero teníamos ganas de perdernos por su ciudad en estos días y descubrir los laberintos de la Medina de los que tanto había escuchado hablar.

No podía quitarme de la cabeza esas imágenes de Chris con su mujer. Era algo que me producía tanto dolor para el que no encontraba consuelo, pero tenía que seguir adelante y una vez más asumir que la felicidad no estaba hecha para mí en muchos sentidos.

La entrada al hotel era una preciosidad de camino con jardines muy cuidados, al que accedió el taxi hasta llegar a la puerta principal.

Nos despedimos de Samir asegurándole que nos volveríamos a ver porque teníamos claro que movernos con él por algunos sitios nos causaría mucha confianza.

Nos recibieron en la puerta con el típico té tradicional que aceptamos sonrientes.

—Riquísimo, pero yo hubiera preferido que nos recibieran con una cervecita —me dijo Susi en voz flojita, causándome una risa—. ¿No decían que esto era como en El Caribe? Allí no te recibirían sin un cóctel, eso como mínimo —volteó los ojos.

—Estamos en un país musulmán.

—El coño mi prima —murmuró, causándome tal carcajada que la chica de la recepción no pudo reprimir la sonrisilla.

Tras el mostrador había tres chicas marroquíes y ninguna llevaba velo, incluso iban vestidas con uniformes como en otros hoteles occidentales. Guapísimas las tres con unas melenas impresionantes. Dos de ellas las tenían recogidas en una coleta, pero se les veía el pelo impecable.

Nos entregaron la tarjeta de la habitación después de ponernos la pulserita del todo incluido y, tras un pequeño recorrido por el *resort*, el botones nos acompañó hasta la habitación a la que nos llevó el equipaje en un carrito.

El hotel era impresionante y tenía unas piscinas que eran una locura. Estaba muy ambientado por muchos turistas de diferentes nacionalidades que buscan, además de descubrir un país, tener una estancia de lo más vacacional.

Le dimos una propina al señor y se marchó con una gran sonrisa cerrando la puerta.

Era una pasada, de verdad que sí. El cuarto de baño era grande y muy espacioso, y las camas

eran una maravilla, además de muy cómodas.

—Está muy bien la habitación, el baño es gigante y las camas se ven muy cómodas —dijo Susi, al ver lo que mismo que yo.

—Y mira qué terraza, por favor —dije abriendo la cristalera para salir a ella.

Las vistas no solo daban a los jardines y piscinas, sino también a un fondo en el que se podía observar la cordillera del Atlas. Era impresionante, de verdad, aquel paisaje nos dejó a las dos sin aliento.

—Es increíble —sonreí mientras observaba las vistas—. Es como si estuviéramos en otro mundo.

Susi cogió del minibar dos cervezas y brindamos por estas vacaciones que nos íbamos a tomar juntas.

—Por estas vacaciones, por la amistad y por olvidarnos de todo lo que nos preocupa —dijo, acercando su cerveza a la mía.

Eran las ocho de la tarde y aún el sol estaba ahí como si no quisiera despegarse del día. Nos tomamos la cerveza relajadamente, sentadas en los sillones de la terraza y luego nos duchamos para ir al bufet a cenar.

Había de todo, desde comida marroquí a muchos platos internacionales conocidos, por lo que de variedad había un mundo y todo con una pinta increíble. Bueno, más que eso, porque era toda una feria de comidas que te hacía dudar por cuál decantarte. Al final terminamos cogiendo una pastela de pollo con azúcar glas por encima que se nos metió por los ojos y una ensalada marroquí que te preparaba la chica con los ingredientes que le pedías de los que tenía expuestos.

Para beber nos pedimos dos cervezas, cuando nos acomodamos en una de las mesas del jardín para cenar al aire libre.

—Madre mía, qué rica —dijo Susi, gimiendo con esa explosión de sabores que le había causado la pastela.

—La ensalada está también que cruje. ¿Cómo la habrán aliñado?

—Mañana lo pregunto —gimió otra vez—. Me parece que voy a entrar a por otra.

—Claro, si te gusta, ¿qué te lo prohíbe? —reí— Además, lo bueno es que te comas una o cincuenta, no hay ya nada que pagar.

—Pagar lo hemos pagado, que barato no ha salido.

—Ni caro. Estamos en pleno agosto, un *resort* de cinco estrellas, todo incluido, minibar en la habitación y con espectáculos, equipo de animación y un montón de actividades.

—Te faltó decir lo que más nos gusta. La barrita en la piscina.

—Ahí lo tienes, de caro, nada.

Los vuelos nos habían salido, no llegaban a ciento veinte euros con las maletas incluidas y el hotel nos había costado las siete noches setecientos euros a cada una. No estaba nada mal.

—¿Sabes lo que más me gusta de aquí, Paulina? —preguntó tras dar un trago a su cerveza.

—Sorpréndeme —sonreí.

—Que no hay reglas, no hay límites, podemos comer y beber todo lo que queramos y disfrutar sin miedo de lo que estos días nos depare. Oh, bueno, una regla sí que hay —me advirtió levantando el dedo, y miedo me daba porque ya sabía yo por dónde iba a salir mi amiga.

—¿Qué regla? —curioseé dando un bocado a la pastela.

—No se habla del diablo y su primo.

—¿De quién? —reí.

—Ya sabes, de don "necesito un mes" y don "me hago el tonto".

—No prometo que no hable de él —contesté y volteó los ojos—, pero lo intentaré.

—Es un avance, no cabe duda —y chocó su cerveza con la mía antes de beber.

Después de cenar nos fuimos a escuchar música en vivo a uno de los rincones de los jardines. Era una pasada ese rincón tan *chill out* donde nos acomodamos en un sofá en L con una mesita con una gran vela en medio. Nos pedimos un par de cubatas para digerir la cena en la que Susi terminó comiéndose tres pastelas. La verdad es que estaba riquísima.

El grupo marroquí que estaba tocando tenía su punto y nos estaba a todos animando a tocar las palmas y hasta a mover el esqueleto, incluso sentadas.

Cuando menos lo esperé, vi a Susi que iba directa al tablado subiéndose para bailar al ritmo de ellos que la recibían con una sonrisa y animándola a hacerlo mientras no dejaban de tocar.

Susi se movía muy bien y había dado clases de baile del vientre, por lo cual lo bordó, impresionando a todos que la aplaudían con cada movimiento que le salía de lo más natural y bonito.

Dimos por finalizada la noche y regresamos a la habitación donde, tras darnos una ducha y ponernos los pijamas, nos fuimos a la cama.
Solo que yo no conseguía coger el sueño y volví a levantarme una hora después.

Me recosté en una de las sillas de la terraza, con los pies descalzos tocando la superficie fresca

del suelo. El silencio era casi total, solo interrumpido por el sonido suave del viento acariciando las hojas de los árboles cercanos.

La vista de las montañas del Atlas a lo lejos me transmitía una sensación de calma increíble, esa paz que necesitaba y que estos días no estaba teniendo. Parecía como si todo el universo estuviera alineado en ese instante, invitándome a dejar ir lo que no podía controlar.

Tenía que olvidarme de Chris y lo haría, poco a poco. Estaba segura de que lo conseguiría, pero, por el momento…

Cogí el móvil y sin pensarlo, hice una foto de las vistas frente a mí. Las montañas bañadas por la luz de la luna, el reflejo de las estrellas en la piscina, todo aquello formaba una imagen preciosa, casi de postal.

Y había quedado una foto tan bonita que decidí compartirla en mis redes. Y la subí con un texto que en ese momento expresaba lo que sentía.

"A veces, cuando te detienes a mirar lo que realmente importa, te das cuenta de que la vida sigue ofreciéndote hermosos momentos. Hoy me regalo este instante de paz, por seguir adelante y por saber que la felicidad está en los pequeños detalles"

Mientras la foto se subía, cerré los ojos unos segundos, disfrutando de la tranquilidad del lugar. Sabía que lo que estaba viviendo no era solo un descanso físico, sino un paso hacia esa paz que necesitaba después de una tormenta como la que había vivido con el tema de Chris y su ex.

Abrí los ojos y miré nuevamente el horizonte. La noche seguía siendo un manto acogedor, y el viento me susurraba como si me invitara a seguir adelante, a no mirar atrás. Y lo haría, poco a poco soltaría el dolor que todo lo ocurrido me había hecho sentir, y seguiría adelante.

Me lo debía, se lo debía a mi abuela, que tanto me dio, y a mis tíos, que estuvieron ahí siempre y que me animaron a hacer este viaje con Susi, después de saber que el hombre del que tanto se hablaba en la prensa últimamente era del que yo estaba enamorada.

Capítulo 31



Paulina

Escuché desde la terraza a Susi hablando con su padre y vi que se estaba tomando un café. Me dirigí a prepararme uno después de hacerle un guiño y tocarle el hombro.

Una de las cosas que miramos al coger el *resort* es que tuviera máquina de cápsulas en la habitación, porque nosotras, acabadas de levantar y sin un café, nos podíamos matar.

Me senté junto a ella, que acababa de terminar la llamada, y le di el café que le había preparado.

—Gracias, corazón —sonrió—. Dice mi padre que se va al campo con mi madre un mes y que su hermano se va con él.

—Qué bueno, allí estarán mejor y a tu madre le dará más el aire. Entre los dos la llevan muy bien.

—Sí, por eso no la venden ni él ni su hermano, porque saben que a ella le hace bien.

La casa era herencia de su abuela para sus dos hijos; su padre y su tío Paco, que era viudo, con el que se llevaba muy bien.

—Y a ellos, que se lo pasan bien allí con su vinito por las mañanas o cervecitas tomando un aperitivo —decía riendo.

—Bien que hacen, se lo merecen.

—¿Y cuál es el plan de hoy? —preguntó mientras observábamos el *resort* cobrar vida.

—Pues yo opto por disfrutar del hotel y por la tarde irnos a pasear a la Medina cuando se esté más fresquito, y cenar en la plaza esa tan famosa.

—Plaza *Jemaa el-Fna*.

—Ole, mi niña, ¡qué bien habla árabe! —exclamé, causándole una carcajada.

—Hoy tenemos que subir unas fotitos compartidas.

—Sí —sonreí emocionada.

—Tenemos que hacer fotos impresionantes.

—Como siempre —le hice un guiño.

—Por cierto, las dos tenemos unos trikinis blancos, nos lo podríamos poner para que quede más bonito para las fotos —sugirió con una sonrisa.

—Sí, y la falda blanca corta de hilo que hemos traído le va bien con un top del mismo color.

—Sí, ese de tirantes anchos que van más pegado al cuello. Yo me he traído también unas sandalias de dedo de cuña como las tuyas, lo único que mis tiras del dedo son marrones y las tuyas blancas.

—Pues listo, nos vamos a preparar y vamos para desayunar que ya me cruje el estómago.

Se nos veía monísimas a las dos, y hasta los capazos de bolsas los llevábamos iguales de una firma que nos lo regaló en otra colaboración.

Dejamos las cosas sobre la silla en la que nos íbamos a acomodar. Primero entró ella a coger su desayuno para no dejar las bolsas solas y luego entré yo.

Todo se me metía por los ojos. Al menos el apetito no me lo había robado, "míster fantasioso". Ese que no se iba de mi cabeza y que, aunque intentaba disimular, me tenía rota en mil pedazos.

Me tosté dos rebanadas de un pan que tenía una pinta increíble, puse encima de una de ellas unas lonchas de queso que se fundieron y luego a una le puse encima dos huevos a la plancha y beicon super crujientes. Lo tapé con la otra tostada y me quedó un sándwich con la mejor pinta del mundo.

—No veas, se me ha antojado hasta a mí —ella había tirado por lo dulce.

—Quédatelo que no tardo nada en preparar otro.

—No, mujer, luego voy yo.

—Calla, loca —le dije, poniéndole el plato al lado y entrando a preparar otro.

No se tardaba nada y estaba todo hecho. Solo había que tostar el pan y luego calentarlo con el queso unos segundos para que se fundiera.

—¿Ya te lo has comido? —me preguntó el chico que estaba haciendo los huevos.

—Soy rápida, pero no tanto —sonreí y a él le salió una risilla—. Este es para mí y el otro para mi amiga, que se le antojó al verlo.

—Ah, bueno, pero que no pasa nada si quieres repetir, puedes entrar las veces que quieras a coger lo que desees.

—Lo sé —me reí. Era muy simpático.

Salí afuera y me reí al ver a Susi gimiendo a lo grande con el sándwich. Desde luego que en lo que a comida se refería, las dos éramos de las que disfrutábamos de cada bocado y nos gustaba probar cosas nuevas.

—Hija, disimula un poco —reí.

—No me da la gana, esto está riquísimo. Vaya idea, nena. Un orgasmo gastronómico, te lo digo yo.

—Es lo que tienen las cositas saladas, que también están buenísimas para el desayuno. Pero tú es que es ver dulces, y te tiras de cabeza —reí mientras señalaba lo que tenía en su plato.

—Solo he cogido un croissant relleno de chocolate, un *muffin* de chocolate y este dulcecito que tenía muy buena pinta —contestó, encogiéndose de hombros.

—Nada más —me reí, negando.

—Sabes que estas locuras no las hago diariamente y menos en mi casa, que me como un pan con aceite de oliva y poco más. Pero estoy de vacaciones y me pienso comer todo lo que se me meta por los ojos.

—Madre mía —no podía dejar de reír—. Pero, una cosa, en lo de comerte todo lo que se te meta por los ojos, hablamos solo de comida, ¿verdad? —Arqueé la ceja.

—Uy, lo que me ha dicho —se llevó la mano al pecho en plan ofendida, pero se rio—. Una está jodida, pero con la cabeza bien alta y dispuesta a no vivir llorando por alguien que era más falso que un billete de tres euros. Y en cuanto a la comida, sí, hablo solo de comida, o no, quién sabe —hizo un gesto así pícaro mientras elevaba ambas cejas.

—Pues a mí me cae bien Tonino —dije tras dar un sorbo a mi café.

—No cae mal, pero te juro que no me esperaba de él que se callara algo tan importante cuando sabía que mi mejor amiga estaba sufriendo y esperando de algún modo a que se volvieran a reencontrar. Eso no se hace, Paulina, no se hace —respondió con una ligera tristeza.

—Te entiendo, pero sabes que pienso que no deberías de haber roto con él por lo que me han hecho a mí.

—Hombres hay a patadas, pero una amiga como tú, eso no lo encuentro ni, aunque le dé toda

la vuelta al mundo.

—Eres una exagerada —reí.

—Sabes que te quiero con locura.

—Lo sé, es mutuo.

Después de un desayuno que duró un par de horas de lo más relajadas, en las que nos tomamos tres cafés y un zumo, nos fuimos hacia la piscina, en donde cogimos dos hamacas pegadas a la zona donde estaba el bar acuático.

Nos tumbamos un rato a reposar todo lo que habíamos ingerido. La verdad es que se estaba genial, y corría un ligero aire que ayudaba a sofocar un poquito el calor que se empezaba a notar.

Nos hicimos algunas fotos por separado, ella a mí y yo a ella, incluso un par de selfis juntas, y las reservamos para subirlas más tarde a las redes luciendo aquellos modelitos.

Media hora aguantamos antes de meternos en la piscina y tomar asiento en los taburetes de la barra.

—Hola, ¿qué os apetece? —nos preguntó Said, como así ponía en su placa del pecho. Sonreía amablemente y debía tener como treinta y cinco años.

—Apetecer nos apetecen muchas cosas, pero vamos a empezar por un par de cervecitas que nos ayuden a paliar el calor —le dijo Susi.

—Ahora mismo —abrió la nevera de cristal y sacó un par de botellines y los vertió en dos vasos de tubo anchos que sacó del congelador.

—Se me hace la boca agua —murmuró Susi cogiéndola.

—Chin chin —dije, cogiendo la mía y chocándola con la de ella.

—Por nosotras y por un viaje que se nos quede grabado en el corazón y en las retinas para siempre.

—Que así sea —sonreí.

La música que sonaba de fondo era marroquí, pero muy movidita y pegadiza. Hacía en cierto modo moverse a su ritmo y meterse en ella.

Nos hicimos algunas fotos con el palo de selfi y la una a la otra. Inclusive Said nos tiró un primer plano buenísimo desde dentro de la barra y las dos apoyadas en ella, de lado y con las cervezas que se veían heladas. Fue la que más nos gustó y que subí inmediatamente a la red, poniéndola de colaboradora y con la ubicación poniendo Marrakech, no el hotel.

“Un país por descubrir, unas vacaciones para sanar y muchas ganas de llenarnos de momentos”

Ese fue el texto con el que acompañé la foto.

También subimos algunas de las que nos hicimos en las hamacas y al vernos con los modelitos que llevábamos, muchos de los seguidores comentaban que se nos veía guapísimas.

A la hora de comer, nos decantamos por unas hamburguesas que nos montamos nosotras mismas con todo lo que había para completarlas. Beicon, queso fundido, cebolla y *kétchup*, así fue la mía y estaba de lo más deliciosa.

Decidimos irnos a la habitación un rato a descansar y que pasara la hora punta de calor para luego ir a perdernos por la Medina.

—La foto está triunfando como los Chichos —dijo cuando se tumbó en la cama y revisó la publicación—. Hasta el Tonino ha reaccionado —se echó a reír de lado sobre la cama y comenzó a dar palmetazos sobre ella—. Será gilipollas el tío.

—Encima que te da un corazón, vas y lo llamas así. Que me lo dé a mí, Chris, si tiene huevos —dije riendo, aunque por dentro me moría de la pena.

—Que hubiera sido más hombre —se refirió a Tonino—. Corazón ni corazón, por mí se lo puede meter por el culo.

—Bueno, no te vengas arriba. Lo mismo te echa de menos y lo está pasando fatal. Lo mismo quiso cubrir a su primo como familia que es —dije, porque si había algo que yo tenía claro es que, por lealtad a la familia, cualquier persona haría lo que fuera necesario, incluso no contar algo como lo que Chris mantenía oculto.

—Que no se juega con eso, Paulina. Que te quede claro.

De repente, me quedé en silencio, como si una sombra se posara sobre mí. Mientras Susi seguía hablando, mi mente volvió a Chris. A pesar de lo que me decía, las palabras de Susi no conseguían borrar esa sensación, esa mezcla de esperanza y desilusión que había en mi pecho por un hombre al que había amado con todo mi corazón, y que, por desgracia, aún amaba.

¿Cómo podía quererlo tanto si cada vez que pensaba en él me dolía el corazón? Y lo que más me angustiaba era que, quizá, nunca sabría lo que sentía realmente por mí.

Susi me observó en silencio, probablemente notando el cambio en mi expresión. No hacía falta que dijera nada más, ella siempre me entendía sin palabras.

—No puedes seguir así, Paulina. Te estás haciendo mucho daño —dijo, con su tono de voz suave, pero firme.

Solté un suspiro largo y me recosté sobre la almohada.

—Lo sé —murmuré, mirando al techo—, es solo que… es raro. Todo esto es raro. Estuve tan convencida de que lo nuestro fue algo real, y ahora me siento perdida.

Susi me miró con una mezcla de cariño y comprensión. Sabía que este tema me había estado rondando la cabeza desde que llegamos a Marrakech, pero lo había dejado a un lado por un rato, sumergiéndome en la belleza del lugar y la diversión de nuestras vacaciones. Pero las sombras seguían ahí, acechando y haciendo que mi cabeza volviera una y otra vez hacia el mismo lugar, a aquella villa en la que sentí por un hombre un amor inmenso.

—A veces, lo que más cuesta es aceptar que no tenemos control sobre las cosas —dijo, mirando al frente—. La vida no siempre se ajusta a lo que esperamos, y los sentimientos… —suspiró—. Esos son los más complicados de todos.

Estaba en lo cierto. Los sentimientos que albergábamos por otra persona eran tan difíciles de manejar, y se quedaban tan arraigados al alma y al corazón, que hacerlos desaparecer era lo más complicado de todo.

—¿Crees que alguna vez podré dejar de pensar en él? —le pregunté, sin mirarla.

—No lo sé —suspiró—, pero te prometo que lo lograrás. Cuando algo no es para ti, aunque lo quieras con toda tu alma, al final entenderás que el tiempo te ayudará a sanar. No lo harás de la noche a la mañana, ni sin dolor, pero lo harás.

Yo sabía que tenía razón, que la pena y la tristeza se irían, que el dolor acabaría siendo solo un mal recuerdo en mi memoria, y que Chris se convertiría en ese alguien del pasado al que quise con todo mi ser y con el que habría estado una vida entera.

Porque yo lo había querido, me había enamorado de él, me conquistó con su forma de ser y con ese modo de tratarme. Pensé que sus sentimientos eran sinceros, y me topé con una realidad bien distinta.

Pero como decía Susi, iba a sanar, todas las heridas que ahora tenía abiertas sanarían antes o después. No importaba el tiempo, mientras el dolor acabara.

Capítulo 32



Paulina

Eran las seis de la tarde cuando después de haber tomado un café en la terraza de la habitación, comenzamos a ducharnos para irnos a la Medina.

Elegí un vestido que me encantaba, de manga corta y cruzado al pecho, que luego tenía una bonita caída desde la cintura hasta los tobillos. Era estampado con hojas verdes y tonos tierra de fondo. Ligero y fresco, muy bonito e ideal para este momento, disfrutando de una tarde bajo el suave sol de *Marrakech*. Susi se puso otro vestido parecido, pero en naranja, de esos que teníamos claro que iba a destacar entre la multitud. Perderse, no se perdía, pero estaba guapísima.

Nos dirigimos al *lobby* del *resort* y allí en la puerta había varios taxis. Tomamos uno y le pedimos que nos dejara en la plaza *Jemma el-Fna*.

El conductor era también un encanto, y nos dio la bienvenida con una gran sonrisa comentándonos lo mucho que le gustaba recibir turistas. Susi y yo nos estábamos dando cuenta de que los marroquíes eran de lo más entregados, atentos y hospitalarios, cosa que nos hacía sentir muy a gusto.

La plaza era el corazón de la ciudad y estaba junto a la mezquita *Koutoubia*. Pasamos por delante de ella y se veía llena de restaurantes a su alrededor y por la plaza había encantadores de serpientes, monos, puestos de zumos, especias, con unos olores que podían entremezclarse en mi olfato al pasar, y caracoles.

Sabíamos que en un rato la plaza se transformaría, pero mientras tanto, quisimos adentrarnos por su Medina, metiéndonos por uno de los accesos del norte de la plaza hacia ese laberinto de calles estrechas que te adentraban en el Zoco y el Gran Bazar.

Los intensos olores de las especias, el bullicio y el ritmo frenético que se respiraba por las estrellas calles llenas de laberintos, que te hacían sentir que esto era la esencia y lo auténtico de un país lleno de historia.

Susi se quedó mirando unas pulseras rígidas de caña, el hombre que las vendía le explicaba que eran hechas por los Bereber, que eran los indígenas que vivían en las montañas del Reef.

Las cogió y se probó tres que quedaban preciosas, ya que eran de diferentes tonos, pero contrastaban entre ellas, y por la sonrisa de mi amiga supe que estaba más que dispuesta a comprarlas.

—Te las puedo dejar las tres en muy buen precio —le dijo el señor.

—¿Cuánto? —preguntó Susi.

—Las tres por…

—¿Se lo tiene que pensar? —pregunté, causándoles una risa.

—Seiscientos dirhams —contestó muy convencido.

—¿Seiscientos dirhams? —pregunté alucinando—. Eso son sesenta euros —dije mirando a Susi—. Vamos voy a Tous o Pandora y me las compro allí —contesté avisando a mi amiga de que se había pasado un pueblo y parte del otro.

—Si vas a esos sitios, sigues moviendo un mercado en el que haces más rico a los únicos ricos, y te olvidas de los pobres que trabajan para sobrevivir y tener un pan que llevarse a la boca —contestó el señor.

Nos quedamos las dos en silencio unos minutos, nos miramos y ella fue la primera en hablar.

—Joder, me acaba de hacer un nudo en la garganta —dijo Susi.

—No, sí la verdad es que su reflexión es buenísima. Me dan ganas de regalártelas yo y pagarle cien euros —les causé una carcajada a los dos.

—Yo te voy a dar diez euros por cada una —le dijo Susi—. Y sabes que, aun así, ya las estás vendiendo a buen precio para ganarle muchísimo más de lo que le pagaste a los Bereber. Si de verdad te preocupas porque ellos sigan trabajando, tienes que poner tú también de tu parte.

—Tú también eres buena —dijo riendo y señalándola con el dedo.

—Todos podemos tocar el corazón de otro, eso es fácil, lo difícil es poner cada uno de su parte para que lo que queremos ejemplarizar lo promulguemos.

—¿Has visto qué bien habla mi amiga? —dije con una sonrisa.

—Es muy buena. Acepto. Y no solo eso, os voy a regalar esta pulserita de cuero a cada una, para que veáis que todo no es negocio en esta vida —dijo, como si no lo hubiera hecho con esa venta. Qué arte tenía.

—Al final se hace mi amigo —soltó Susi.

—Siempre que necesitéis un amigo —se puso la mano en el pecho—, yo estaré aquí para

ustedes.

—¿Sin cobrarnos? —le pregunté con retintín.

—Sin cobraros —sonrió—. ¿Queréis un té?

—Venga —dije feliz y se puso a servirlos, ya que lo estaba haciendo en una esquina de la tienda.

Grabé cómo los servía y quedó muy bonito porque se giró a cámara e hizo un guiño. Había quedado impresionante este trocito. También grabé cuando ella se probaba las pulseras. Realmente estábamos aprovechando todos los rincones y momentos para luego poder editarlo y tener bastante contenido.

Rachid nos explicaba la vida de la Medina y cómo los comerciantes luchaban por mantener sus negocios con vida en un mundo lleno de cambios, pero sin perder la esencia de la tradición.

Nos envolvió por unos momentos, metiéndonos en sus rutinas diarias en un lugar donde parecía que no hubieran pasado los años.

Nos despedimos de él después de disfrutar de sus palabras y de un té que nos dejó con el mejor sabor de boca.

Era tal laberinto de calles llenas de tiendas, puestos callejeros y de olores, que terminamos perdiéndonos varias veces en las que acabamos muertas de la risa. Cada rincón de la Medina estaba lleno de sorpresas, impregnado de esa magia que se percibía en Marrakech.

—Mira, Paulina, qué alfombras más bonitas —dijo al pasar por delante de una tienda—. En este momento me siento como la princesa Jasmine, de Aladdín.

—A ti ahora mismo solo te faltaba subirte a una alfombra voladora —reí.

—Ay, ¿te imaginas? Menudas fotos y vídeos iban a quedarnos. Es que lo veo, las dos subidas en la alfombra sobrevolando Marrakech. Tiene que ser bonita la ciudad así, a vista de pájaro, como dicen —sonrió.

—Ya la viste desde el avión.

—Desde la ventanilla del avión, y no es lo mismo, que allí no se sentía el aire —resopló.

—Madre mía, a ti te están afectando las especias que inhalas —reí.

—No te diría yo que no, que me ha parecido que olía a algo raro en una de esas calles…

Nos reímos de nuevo y continuamos por aquel laberinto esperando encontrar la salida, que, anda que no nos estaba costando.

Comenzó a caer la noche y por fin salimos a la plaza de nuevo, esa que ya estaba transformada por completo y nos dejó con la boca abierta. Lo habíamos leído, pero vivir cómo cambiaba del día a la noche, era otra cosa.

Nos encontramos todo lleno de puestos minuciosamente colocados para cenar rodeados de espectáculos improvisados y diferentes. Nos fuimos deteniendo en todos los puestos de comida y viendo la variedad que ofrecían, esa que iba desde carne, pinchitos, caracoles, aceitunas… De todo para perderse en los sabores que proporcionaban a todos sus platos.

Nos sentamos en una de las mesitas de uno de los puestos y pedimos un par de pinchitos de pollo, otro par de kefta y unas patatas fritas para acompañarlos. De beber, dos refrescos. Obviamente, fuera de los grandes hoteles o restaurantes, era difícil encontrar una cerveza o un vino, el alcohol era algo prohibido para su religión.

—Qué rico está todo, por favor —gimió—, pero echo de menos una cervecita —decía Susi—. Y un buen polvo —hizo un guiño.

—No grites, hija —me reí negando—. Recuerda dónde estamos, bruta.

—Ya lo sé, mujer, pero, a ver si tú te crees que ellos no follan.

—Pues claro, no van a tener los hijos por obra y milagro del Espíritu Santo —volteé los ojos —, pero son más reticentes a airear esas cosas. Es otra cultura.

—A mí lo que no me queda claro es una cosa. He oído muchas veces a personas de esas que no se toleran ni a sí mismos, que porque tienen que llevar velo en nuestro país, que deberían de respetarnos, pero yo veo aquí a todas las turistas con camisetas de tirantes, faldas cortas y vestidos de una manera que no está permitida en su religión, pero nadie se ofende. Y luego hemos pasado por la iglesia católica de los Santos Mártires y había gente entrando y saliendo sin problemas. No queremos sus mezquitas, pero bien que presumimos de la mezquita que nos dejaron los árabes en España, como por ejemplo la de Córdoba, que explotamos para el turismo y nuestros beneficios y encima se atrevieron a llamarla: mezquita-catedral para sumarnos al protagonismo.

—Qué intensa estás hoy —me reí.

—Es verdad, me choca mucho que nadie nos mira con mala cara por ir vestidas como nos dé la gana. Que nosotras vamos, dentro de lo que cabe, tapadas con un vestido al aire, pero llevamos un ligero escote y los hombros fuera. Y si ves por ejemplo a aquella mujer lleva una minifalda y un top con la barriga un poco fuera. ¿Alguien se ofende? No veo a nadie que lo haga. Eso sí, algunos la miran como la mirarían en España o Pekín, que son hombres por naturaleza. La miro hasta yo —se reía mientras yo la escuchaba disfrutando del pinchito.

Después de esa primera parada, caminamos entre los puestos para probar algo más, en este caso me picaba la curiosidad por probar unos dátiles con nueces que me llamaron la atención. Le pedí media docena, ya que eran grandes y, cuando me giré con la bolsita de papel con ellos dentro, me encontré a Susi en el puesto de caracoles sentada en la barrita comiéndolos de un

cuenco.

—Tía, esto está que se sale del pellejo, qué cosa más rica por favor —se mordisqueó el labio —. Pruébalo.

—A ver —cogí uno y reconozco que ese primer impacto de sabor del líquido era de locura. No dudé en pedirme uno.

Todo momento era aprovechado para hacernos vídeos de pocos segundos y fotos. La verdad es que estábamos logrando captar momentos que se veían muy vivos en las imágenes.

Cuando terminamos de comerlos, nos dirigimos a los puestos de frutos secos, chuches, frutas, verduras, pasteles y aceitunas. Cogimos una cajita de una docena de pasteles para llevarlos a la habitación y tomarlos con los cafés de primera hora de la mañana o para cualquier momento. Eran pequeñitos, pero tenían una pinta espectacular. También cogimos frutos secos recién tostados y unas aceitunas aliñadas con un poco de picante que, cuando nos la dio a probar, nos cautivó al momento.

Finalmente nos dirigimos hacia la parte donde estaban los taxis al comienzo de la plaza para regresar al *resort*.

Todo este día había sido asombroso, de pasar del confort y lujo del alojamiento a meternos en unas calles con tantos años e historia que nos llevó a transportarnos a otra época. Había sido una experiencia que estaba deseando volver a vivir en estos días.

Una vez en la habitación, salimos a la terraza y comenzamos a montar el video de la tarde y la noche en la plaza y la Medina. Nos quedó precioso y lo acompañamos con una música marroquí que le daba aún más embrujo. Lo subí yo y la puse de colaboradora a ella. No tardó apenas tiempo en tener miles de interacciones.

Después de subir el video y ver cómo las notificaciones de “me gusta” y comentarios se multiplican, nos relajamos allí mismo, en la terraza.

El viento cálido soplaba suavemente y las luces de la ciudad brillaban a lo lejos. Susi y yo estábamos disfrutando de un momento de calma después de toda la adrenalina del día. La mezcla de culturas, risas y recuerdos seguía rondando en mi cabeza.

—¿Te das cuenta de lo que hemos vivido hoy? —me preguntó Susi, con la mirada perdida en las luces de la ciudad— Esto es como un sueño, Paulina —sonrió.

—Sí, como una película, ¿verdad? —respondí, sonriendo a mi vez— Solo que, en lugar de una pantalla grande, estamos viviéndolo de verdad.

Reímos juntas, pero al mismo tiempo, había algo especial en la forma en que habíamos experimentado Marrakech. La ciudad tenía una energía única que te envolvía y te hacía sentir que formabas parte de ella, aunque solo fuera por un día.

Y mientras descansábamos un poco allí sentadas antes de irnos a dormir, empezamos a hablar de lo que haríamos el resto de nuestros días en Marrakech, lo que podríamos visitar y donde estábamos seguras que quedarían unas fotos y vídeos preciosos y perfectos para nuestras redes.

De nuevo me vino Chris a la cabeza, dado que Susi me dijo que Tonino había visto lo que acabábamos de subir y, de nuevo, había reaccionado con un corazón.

En mi caso, me sorprendería mucho que lo hiciera, muchísimo, siendo sincera, más que nada porque él no era dado a esas cosas, o al menos no que yo supiera.

Y por más que intentaba hacerlo salir de mi cabeza, no había manera, no lo conseguía.

Capítulo 33



Chris

Dos días llevaba en Marruecos y hoy me levantaba con un vídeo que me había hecho emocionarme. Era precioso, pero en sus ojos notaba una ligera tristeza por mucha sonrisa que quisiera sacar.

El día anterior me lo pasé mirando una de las fotos que había subido tomando una cerveza con Susi en la barra de la piscina. Se la veía tan ella, tan bonita…

Y ahora este vídeo, que muchas de las visualizaciones iban a ser gracias a mí. Se había convertido en uno de mis favoritos. Lo que más me dolía era no poder estar allí con ella viviendo esos momentos.

Estaba tomando el segundo café de la mañana cuando mi hermano me escribió citándome en una cafetería cercana. Su mensaje me hacía pensar que tenía alguna noticia. Lo conocía demasiado.

Me di una ducha antes de prepararme para ir a su encuentro y escuchar lo que me tenía que decir.

Llegué a la terraza de la cafetería y pedí un par de cafés, ya que vi a Alonso aparcando.

—¿Noticias? —pregunté nada más que apareció delante de mí.

—Y bien fuertes. Todo cambia de rumbo —dijo mientras se sentaba.

—Habla.

—Ayer por la tarde tuve una primera y gran información por parte de la investigación. No quise decirte nada hasta reunirme con él y que me diera todos los papeles —traía una carpeta— que me entregó hace un rato, ya que habíamos quedado bien temprano. ¡Esa hija de puta nos la coló!

—¿De qué hablas? —pregunté con el ceño fruncido.

—Luz, la más pequeña de las jóvenes que estuvieron en la fiesta, tenía en ese momento diecinueve años, y las otras, entre veinte y veintiuno, no diecisiete como nos hicieron creer —abrió la carpeta y sacó copia de todas las identificaciones de ellas, y al detenerme en las fechas me di cuenta de que aquí había más gato encerrado del que mi cabeza pudo imaginar—. Aquí hay implicados que hicieron que se grabaran esas imágenes con ellas consumiendo drogas para así tener mejores bazas para el chantaje. Por eso no vimos nada aquella noche. Todo estaba hecho a conciencia.

—La voy a matar…

—No, me vas a escuchar, que no he terminado de hablar. Lo primero que hizo el detective fue investigar los datos de cada una de ellas para tener un mayor control y seguridad, motivo por el que tan rápido contrastó que no correspondían las edades de las chicas con nuestras informaciones. Ahí no queda la cosa…

—Termina de sorprenderme, porque te juro que no va a haber Dios que me frene —le advertí, con un enfado encima, monumental.

—Alex —carraspeó.

—¿Nuestro cuñado? —pregunté arqueando la ceja.

—Ese mismo que tú dices que yo le tengo manía… —dejó caer, como diciendo que ahora debería darle la razón.

—Dime —juro que, a cada puto segundo que pasaba, me estaba poniendo de lo más nervioso.

—Es el representante de dos de ellas desde antes de esa fiesta.

—¿Qué me estás diciendo?

—Van a eventos y acompañan a millonarios a cenas, fiestas…

—Se suponía que eran amigas de Víctor.

—Claro que sí —sacó una foto y me la enseñó—. Es de hace seis años.

—¿Qué hacen Víctor y Alex juntos, si se conocieron a través de mi hermana?

—Eso cree la niña… Este no está con ella porque la ame ni nada por el estilo. Este es un sinvergüenza tan grande como Virginia, pero en estos días nos darán más pruebas, el detective va a sacar hasta la hora en la que todos cagan. Lo que sí, es que no hay nada que te ate a tenerle miedo a Virginia, las copias de sus documentos están compulsadas y hay aquí papeles que demuestran que jamás estuvimos con menores —dijo, y mi cabeza comenzó a dar vueltas.

No entendía cómo esa mujer a la que tanto quise, y por la que todo di en su momento, me hacía aquello, de verdad que no conseguía entenderlo.

—Ahora voy a ir a buscar a Virginia, esa me va a escuchar.

—Haz lo que quieras, pero no nombres a nadie, más que, que en la Policía te han corroborado las edades de ellas y que estás pensando en incriminarla. No hables de nadie que aquí hay mucho más escondido y hay que probárselo a Alma para que deje a ese ser tan despreciable.

—Se va a cagar, te juro que se va a cagar.

—El que se va a cagar es Alex cuando termine este hombre la investigación, porque ya sabe hasta de dónde tirar y cómo hacerlo.

En estos momentos sentía una rabia y a la vez una liberación enorme. Terminamos de desayunar y me fui a buscar a Virginia, ya que sabía dónde encontrarla.

Conduje hasta la casa de Virginia y llamé insistentemente para ponerla nerviosita. Miró por la videocámara y abrió la puerta del jardín.

—¿Qué haces aquí, amor? —preguntó con su asquerosa sonrisa.

—Mis abogados están ahora mismo trabajando para hundirte la vida —dije sin pensarlo dos veces—. Ahora voy a hablar con tu padre. Por cierto, el contrato nuestro no tiene validez más que para mostrar que eres una impostora y que te agarraste a algo en lo que yo no tenía nada que ver. Ni las chicas eran menores de edad, ni nosotros hicimos algo que tuviera consecuencias. ¡Eres una hija de puta! —le grité y se sobrecogió.

Me miró con odio, con rabia, con los ojos fijos en los míos y la mandíbula tensa. Aunque la hubiera hecho sobrecogerse con mi grito, se mantenía estoica y odiándome con todo su ser, algo que nunca entenderé, porque jamás le di motivos para ello.

—Ahora mismo, esa mujer que tanto deseas está en la barra de una piscina en Marruecos con dos tíos que tienen muy claro que las llevarán a sus habitaciones y les harán todo eso que tú y tu primo os estáis perdiendo —dijo con una sonrisa de lo más triunfal.

Apreté mi puño y me lo pensé dos veces. Pero la rabia y la desolación que yo estaba sintiendo me estaban llevando a hacer una locura.

—Voy a acabar contigo y te pudrirás en la cárcel. Lo juro por mi vida.

Me fui de allí cerrando la puerta del jardín con un fuerte golpe que hizo retumbar todo. Ese sonido me devolvió a la realidad, una que cada vez me resultaba más insoportable.

Salí de aquella casa con la sensación de que el aire que me rodeaba se volvía más pesado, o tal vez fuera la presión que yo sentía en el pecho.

Me subí al coche con los puños apretados, la mandíbula tensa y tratando de calmarme cuanto pudiera. Toda esa furia que había estado controlando durante días desde que todo el asunto de Virginia y la boda de su prima empezó, ahora salía con fuerza.

El silencio del coche me resultaba insoportable, así que le puse remedio y llamé desde allí a mi primo Tonino para contarle todo y decirle que teníamos que irnos a Marruecos. Le iba a coger por sorpresa, eso seguro, pero no había tiempo que perder.

—Chris, ¿qué pasa, primo? —preguntó con un tono ligeramente preocupado, dado que no solía llamarlo a estas horas de la mañana sabiendo que estaba en el trabajo.

—Tenemos que irnos a Marruecos cuanto antes —contesté sin tan siquiera saludarlo, con la voz tensa y cargada de rabia. Tenía que ponerle remedio a la situación por todo lo que había descubierto gracias a mi hermano y lo que me había confesado Virginia—. No podemos perder tiempo, Tonino, esto es más grande de lo que pensábamos.

—Así que la bomba es de las de onda expansiva kilométrica, entonces —dijo tras unos segundos de silencio.

—Puedes estar seguro de eso.

Le pedí a mi primo que le dijera al banco que, si le daban cinco días para acompañar a uno de los dueños de la productora a Marruecos, meteríamos un buen dinero en su banco, y quedamos en hablar para ver si aceptaban la propuesta.

Me quedé en silencio por un momento. No me podía creer que Virginia hubiera mandado a dos hombres, pero lo que más me desconcertaba era cómo sabía dónde estaban ellas exactamente. No lo entendía. Yo no sabía ni siquiera en qué parte de la ciudad estaban alojadas porque cuando subía las fotos y vídeos, solo ponía Marrakech. Había sido un golpe muy certero, una jugada que demostraba que alguien estaba al tanto de cada uno de mis movimientos y de quienes me rodeaban.

Llamé a mi hermano para contárselo y llegó a la misma conclusión que yo, alguien, y apostaba por mi ex, estaba al tanto de todo lo que hacía yo y ahora también, Paulina.

Acto seguido, en cuanto llegué a mi casa, llamé al padre de Virginia. A ese hombre le tenía que pedir perdón por haber tenido que hacer un papel desde la coacción, debía ponerlo al tanto de todo sin obviar lo más mínimo. Iba a ser doloroso para él, estaba seguro de ello, pero más me dolía a mí por saber lo que había hecho su hija con esas malas artes, con tal de conseguir a toda costa lo que quería de su padre.

Ese hombre y su esposa eran dos bellísimas personas que no merecían tener un ser tan despreciable como hija.

—¿Hola? —preguntó al otro lado, y suspiré.

—Hola, Ernesto, soy Chris —saludé con la voz tomada, sintiendo la opresión en el pecho por lo que iba a contarle.

—Chris, ¡qué alegría! ¿A qué debo tu llamada, hijo?

—Necesito pedirte disculpas por todo —comencé—. Lo que voy a contarte no va a ser fácil de escuchar, lo sé, soy consciente, pero quiero que sepas que jamás tuve la intención de haceros daño, ni a ti ni a Carmen. Solo trato de hacer lo correcto.

—¿Qué pasa, Chris? No estoy entendiendo nada.

—Virginia nos ha engañado a todos —contesté—. Nos ha manipulado desde siempre.

Él no sabía nada de aquella fiesta, jamás salió a la luz, pero yo necesitaba que él lo supiera, que fuera consciente de la clase de persona que era su hija, y por ello le conté absolutamente todo. Él me escuchaba con atención, incrédulo a mis palabras, a la confesión que le estaba haciendo por primera vez a alguien que no fuera mi primo, dado que nadie había sabido aquello salvo mi hermano Alfonso, por estar conmigo, y después mi ex porque recibió aquellas imágenes.

—Y ahora ha usado eso para chantajearme —continué—. Fui a la boda simplemente porque me coaccionaba con denunciarme públicamente con algo que ahora sé que es mentira, que simplemente orquestaron para tener algo con lo que poder manipularme y chantajearme alguna vez, como ha sido el caso. No he vuelto con ella, Ernesto, y te aseguro que nunca pensé en hacerlo. Nunca volveré con ella porque la quise mucho, pero no se portó como pensé que lo haría.

El silencio al otro lado fue roto por un sollozo, el de un padre sufriendo por lo que acababa de descubrir. Y no, no me sentía orgulloso por el dolor que estaba produciendo en ese hombre, pero sí lo estaba por lo que sabía que ella viviría desde este momento.

—No sé qué decir, Chris. ¿Cómo pude ser tan ciego? Mi hija solo ha buscado su propio beneficio desde siempre. Lo siento, hijo, de verdad que siento por lo que te ha hecho pasar. Yo, como padre, le di todo cuanto pude, hice todo por ella, y así me lo paga, comportándose de un modo tan deleznable con su madre y conmigo, jugando contigo y engañándonos a todos solo para conseguir la empresa. No reconozco a mi hija, Chris, no la reconozco.

Aquellas palabras y el dolor que él estaba sintiendo me llegaron al corazón, ese hombre había sido una víctima más de los actos bien calculados de su hija, al igual que yo.

—No tienes culpa de nada, Ernesto —dije para tratar de calmarlo.

Pero él se echó a llorar de nuevo volviendo a pedirme perdón, a pesar de que él no tenía la más mínima culpa. Me dijo sin titubear que para él su hija ya no existía y que tenía mucho callado, dado que le había sacado mucho dinero que tiró de mala manera y con esto, ya pensaba dar un carpetazo, por mucho que como padre le doliera.

Tonino me llamó para decirme que le habían dado una semana libre. No lo dudaba porque el banco confiaba mucho en él y en su sucursal se quedaban el subdirector y un jefe de equipo.

Tras colgar la llamada con mi primo, miré las posibilidades de llegar hoy mismo a Marrakech con la suerte de que había un vuelo para las seis de la tarde. No sé si llegaría a tiempo, pero lo

que me había dicho Virginia me había dejado loco. Había mandado a dos tíos allí para que se acercaran a ellas. ¿Cómo sabía dónde estaba ubicada dentro de la ciudad cuando ni yo lo sabía? A mí me lo estaba investigando un amigo policía que tenía contacto con los de inmigración de allí para ver dónde estaba alojada, ya que en el visado de entrada lo tenía que poner.

Cogí los vuelos, me puse a preparar las maletas y recibí la llamada de mi amigo dándome el nombre y dirección del hotel. Se lo agradecí en el alma. Hasta la fecha en que salían de Marruecos, me dio información que me valió para saber qué vuelo de regreso coger. Acto seguido entré a la página del hotel, que era un *resort*, y reservé para cinco noches, que eran las que les quedaban allí.

Avisé a mi primo y quedamos en vernos en el aeropuerto, y a pesar de que los dos estábamos destrozados, el muy jodido supo cómo hacerme reír.

—Las vamos a recuperar, primo. Así tenga que cambiar mi coche por dos camellos y venirme con ella a cuestas.

Capítulo 34



Paulina

El primer café de la mañana nos sentó de maravilla, ese que tomamos en la terraza disfrutando de las vistas.

Me puse el bikini negro con adornos en rosa chicle y me eché a reír al ver que Susi se ponía el que tenía de ese mismo rosa.

—Vamos a parecer mellizas estos días por aquí —dijo al verme.

—Más bonitas salen las fotos, ya lo verás —contesté, mientras me ponía el vestido negro de tirante fino con las cuñas del mismo color, y ella un vestido blanco con las cuñas también a juego.

Cogimos los bolsos y bajamos a desayunar, ya que después teníamos intención de ir a pasear y conocer alguno de los sitios que habíamos planeado estos días.

Tras escoger una de las mesas y dejar nuestras cosas, Susi quiso ir primero a servirse porque decía que no quería quedarse sin esos *muffins* de chocolate que tanto le gustaban.

Me eché a reír porque era una golosa impresionante, pero más aún cuando me soltó que, ya que no tenía sexo, al menos, comía chocolate, que era un buen sustitutivo.

Regresó poco después con un café, el *muffin*, un cruasán, una tostada con mantequilla y mermelada de fresa, un cuenco con fruta troceada y un sándwich como el que yo le preparé.

—No me mires con esa cara, que con todo lo que vamos a andar luego, lo bajo del tirón —protestó mientras se sentaba.

—Te miro porque, aunque te conozco como te conozco, te juro que no sé dónde echas todo eso —reí.

—Pues se me va a las caderas, que ya podía irse a las tetas, digo yo —resopló.

La dejé para ir a por mí desayuno y, además del café y la fruta troceada que cogió ella y que tenía una pinta buenísima, me preparé un sándwich y una tostada con aguacate y tomate.

Me estaba esperando con el móvil en la mano, haciendo fotos al desayuno, algunas de tal manera que se veía una de las zonas del *resort* de fondo.

En cuanto me senté, hizo un vídeo de los dos desayunos y después foto del mío.

—Hazme una foto con el café en la mano, y que se vea mi desayuno —me pidió dándome su móvil.

En cuanto se la hice, me lo arrebató de las manos para que posara igual que ella y me tiró una a mí.

No tardó en subir las fotos de los desayunos solos, seguidas de nosotras con el café, el vídeo lo puso en sus historias etiquetándome, igual que las fotos.

"Al fin del mundo contigo"

Puso, y me reí al verlo.

—Si ve esto Erica, y con la cantidad de seguidores y reacciones que tenemos, se caga —dijo antes de soltar el móvil.

—Teniendo en cuenta que desde que se fue de la villa prácticamente no sabemos de ella.

—La expulsaron, como a ti —me cortó.

—Desde la última vez que la vimos en la villa, no supimos nada hasta que nos mandó esas noticias, dudo que esté viendo todas nuestras publicaciones.

—Y si lo hace, pues mira, que le corroa la envidia —se encogió de hombros.

Desayunamos tranquilamente y, tras acabar, fuimos a coger un taxi para que nos llevara a nuestro primer destino que visitar. El Palacio de la bahía.

En árabe significa Palacio de la belleza, y es uno de los ejemplos más espléndidos de la arquitectura marroquí del siglo XIX. Fue residencia de los visires y nobles de la corte, y se encuentra en el barrio de la Medina, en la ciudad vieja de Marrakech.

Uno de los puntos más destacados es, sin duda alguna, su jardín central, ese en el que todos los turistas, al igual que nosotras, se hacían fotos.

—Preciosas, verás qué vídeo chulo montamos luego —dijo Susi tras acabar de hacernos una más.

Solo que esta vez la hicimos de modo que saliera el mosaico de azulejos y los techos pintados

a mano, por los que también era muy famoso el palacio.

De allí fuimos hacia las tumbas Saadíes, que son otro de los grandes patrimonios históricos de Marrakech, y estaban cerca de la Mezquita de Kasbah.

Las tumbas databan de la dinastía saadí que gobernó Marruecos entre los siglos XVI y XVII, y fueron construidas para los miembros de la realeza durante el reinado de Ahmad al-Mansur, por lo que se veía en Internet.

La entrada era algo sencilla, pero una vez dentro, el lugar sorprendía gratamente. Estaba compuesta por varias estructuras funerarias, incluyendo una sala principal donde descansaban los restos de los sultanes y sus familiares más cercanos.

Todo llamaba la atención, desde los mosaicos de cerámica, los azulejos de colores brillantes, los techos de madera tallada, las columnas de mármol y todas esas decoraciones que no pasaban desapercibidas para nadie.

También contaba con un jardín que resultaba de lo más tranquilo y relajante.

Y después de la visita regresamos al *resort* para irnos directas al bar de la piscina, donde queríamos tomarnos unas cervezas fresquitas antes de comer.

El sol de Marrakech estaba en lo más alto, algo que después podríamos aprovechar para acomodarnos en las hamacas y hacernos algunas fotos. En cuanto Said nos vio llegar, sonrió, nos acomodamos y no hizo falta pedirle nada, puesto que sabía lo que queríamos.

Puso las cervezas bien frías en la barra, y allí nos las tomamos tras un brindis.

Eché un vistazo al lugar y me fijé en que había varias parejas por allí, algunas paseando de la mano, otras tomando el sol, otras en las mesas de los bares disfrutando de un aperitivo, y eso me dio que pensar que, seguramente, se encontraban en ese destino disfrutando de su luna de miel.

—Paulina, ¿estás escuchando? —dijo Susi con una risa un poco nerviosa— No estás aquí conmigo, ¿eh?

—Perdona, estaba pensando —respondí, estirándome en la barra, disfrutando de la sombra que nos daba el parasol—. Dime, ¿qué decías?

—Dime que no pensabas en, ya sabes quién —arqueó la ceja.

—No, para una vez que no lo tenía en la mente… —resoplé.

—Vale —sonrió—. Te estaba contando que acabo de ver a los chicos que había en una mesa cerca a la nuestra cuando desayunábamos esta mañana. ¡Están en la piscina! Y no solo eso, Paulina, están mirando hacia aquí. —Susi hizo una pausa, levantó una ceja y me miró con una sonrisa traviesa—. Tienes que verlos, te juro que esos dos no deben ser de este mundo.

Me giré hacia donde me decía, un poco más intrigada de lo que debería estar. Yo no soy de fijarme mucho en los hombres, la verdad, y ahora que tenía lo de Chris tan reciente, mucho menos. Pero de alguna forma, no pude evitar que mi mirada se deslice hacia la zona de la piscina.

Y los vi. Eran dos chicos, uno con el pelo negro, casi negro, y el otro con el cabello castaño claro que parecía brillar bajo el sol. El de cabello negro se veía relajado, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si estuviera bastante cómodo. El castaño, por otro lado, se estaba sacudiendo el agua de la mano, un poco más nervioso.

Y mientras que el de cabello negro se veía un poco más alto que el otro, y su físico era atlético, aunque no exagerado, el del cabello castaño era de estatura media, con una musculatura definida, pero no exagerada.

Y para sorpresa de ambas, en ese momento los dos volvieron a mirar hacia nosotras antes de levantarse y comenzar a caminar.

—Que vienen para acá, Paulina —me dijo en un susurro mientras se giraba de nuevo y cogía la cerveza para darle un sorbo.

Y sí, vinieron hacia donde estábamos nosotras, porque no tardamos en escuchar la voz de uno de ellos.

—¿Podemos invitaros a una cerveza? —preguntó, y al girarnos, vi que era el de cabello negro el que preguntó, con un acento del sur de España, que me llamó la atención.

—Claro que sí, pero vamos, que no os va a costar nada —dijo la muy descarada, al ver que tenían, igual que nosotras, la pulsera de “todo incluido”.

—Vaya por Dios, se han dado cuenta —resopló.

El chico de cabello negro tenía los ojos marrones y una mirada de lo más curiosa. Vestía con una camiseta blanca que se le pegaba al cuerpo marcando los bíceps, esos que no eran para nada exagerados, y unas bermudas en color beige.

—Soy Óscar, y él es Pablo —se presentó.

—Encantada, yo soy Paulina y ella, Susi.

Pablo sonrió haciéndonos un guiño de lo más pícaro. Tenía el cabello castaño y los ojos verdes, llevaba una camiseta azul marino y las bermudas blancas.

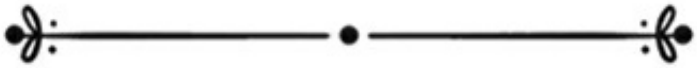
Susi sonreía charlando animadamente con ellos, que se sentaron con nosotras para tomar esa cerveza a la que iban a invitarnos, porque ellos tenían arte y dijeron que aun con el todo incluido nos invitaban, y yo me animé a hablar también.

No, no pretendía encontrar un nuevo amor en este lugar, ni mucho menos, yo no era de las que

pensaba que una mancha de mora con otra se quitaba, porque a Chris lo seguía teniendo en mi corazón y en mi alma y me iba a costar mucho sacarlo de ahí.

Pero no por eso me iba a privar de conocer a alguien con quien pudiera tener una amistad, alguien que, si se daba, pudiera acompañarme a tomar café un día por nuestra ciudad y, aquí, en este lugar donde todo se vivía de otra manera bien diferente, compartiera risas y la visita a esos lugares que aún nos quedaban a Susi y a mí por descubrir de la ciudad.

Capítulo 35



Paulina

Llevábamos dos horas con Óscar y Pablo, que eran de lo más majos, y que habíamos conocido aquí mismo en la barra de la piscina, donde nos encontrábamos aun tomando con ellos cervecitas mientras charlábamos.

Lo que no esperábamos al hacer este viaje era que encontraríamos a alguien de nuestra misma ciudad. Nos habían hablado un poco sobre ellos, nos dijeron que tenían treinta y cuatro años y que trabajaban en temas de seguridad cibernética y estaban de vacaciones por seis días. Habían llegado el día anterior.

Eran super divertidos y simpáticos, además de ser guapísimos, aunque mi cabeza estaba en otro lado, obviamente. No estaba para ligar ni nada por el estilo, pero se veían majos y educados.

Nos dirigimos los cuatro a la terraza de uno de los restaurantes del resort, que era de especialidad marroquí y servía en mesa.

Pedimos para compartir un tajín de cuscús de pollo con verduras y otro de carne de kefta con tomate que venía con huevos.

Les estuvimos contando la experiencia tan bonita que habíamos tenido la noche anterior por la Medina y su plaza. Nos animaron a ir los cuatro esta tarde y cenar por allí. Bueno, tampoco es que hiciera falta que nos convencieran mucho dado que teníamos muchas ganas de repetir.

La comida estaba riquísima y esos sabores tan característicos de sus especias hacían que fuera un verdadero deleite para el paladar.

—Está brutal —dijo Pablo, tras saborear el tajín—, pero donde se ponga un plato de papas fritas con huevos fritos y jamón serrano por encima, no hay plato ni marroquí, ni nada en el mundo, que lo supere.

Susi no pudo evitar reír, y yo tampoco, porque se notaba que eran del sur de España y que tenían arte que derrochaban por los cuatro costados.

—Patatas y huevos puedes comer todos los que quieras aquí —respondí con la risilla suelta.

—Y jamón serrano —me contestó—, que para eso hemos traído varios paquetitos envasados.

—Y será verdad —Susi los miró con los ojos muy abiertos.

—Sí —contestó Óscar, confirmando lo que decía Pablo—. A nosotros nos gusta todo, pero el jamón con pan en la mañana no nos puede faltar.

—Pero si en el bufet hay de todo.

—Ya lo vimos esta mañana, pero no quita que un poquito de jamón en medio… —Se encogió de hombros.

—Madre mía, desde luego que no sabéis viajar —soltó Susi a carcajadas—. Vienen a un *resort* todo incluido de cinco estrellas y se traen jamón —volteó los ojos antes de soltar una carcajada.

—¿Qué de malo tiene traer algo de tu tierra que sabes que aquí no vas a encontrar?

—A ver, alma de cántaro. Has dicho unos paquetitos, no uno para un día que tengas muchas ganas de tu jamón, pero que cuando se viaja, se hace para meterte en sus costumbres.

—El poli vio el jamón y no me dijo nada —se encogió de hombros.

—Lo que te decía, aquí respetan más que en ningún lado —soltó Susi—. De todos modos, yo entiendo que alguien que sea muy delicado para comer viaje con ciertos productos que lo saquen del paso. Pero en el caso de ustedes que decís que sois de buen comer, joder, una semana sin jamón no pasa nada.

—Prefiero estar un año sin sexo, así te lo digo —soltó Pablo, causándonos una carcajada.

—¿Un año sin sexo? ¿Ni contigo mismo? —le preguntó Susi y le di una colleja— Joder, solo era curiosidad —protestó mirándome.

Nos moríamos de risa, de verdad, ese par de amigos estaban sembrados, y la verdad que a las dos nos habían caído muy bien. A medida que avanzaba la conversación, cada uno se iba soltando más, y eso hizo que la química entre los cuatro fuera cada vez más evidente. Sin querer, las bromas se sucedieron, y la conexión era tan natural y ligera, que el tiempo pasó volando.

Después de comer nos fuimos a descansar un poco a las habitaciones y quedamos con los chicos a las siete para irnos a la Medina.

Nos tumbamos un rato porque no aguantábamos el calor de las cuatro de la tarde y así luego estaríamos más fresquitas.

Me comí un dátil con nuez que estaba que lo rompía todo. Esa mezcla de sabor para mí iba a

ser imperdible en mi vida a partir de ahora. Nunca me había dado por mezclarlo ni probarlo. Susi se decantó por un pastelito de almendras que decía que estaba bien, pero no para tocarle las palmas. En mi caso, probé uno de pistacho y estaba claro que tenía que hacerme con una cajita de algunos de ellos para llevar para España. Estaban de vicio.

Cerré los ojos y no podía dejar de pensar en Chris. No conseguía sacarlo de mi corazón ni de mi cabeza y era tan profundo lo que sentía que me dolía saber que me iba a costar un mundo olvidarle.

A la hora acordada nos vimos con los chicos en el *lobby* y abordamos un taxi que nos dejó en el mismo sitio que el día anterior, así verían la transformación de la plaza de cómo la veían ahora y cómo se vería cuando regresáramos del paseo por la Medina.

Nos perdimos por las callejuelas dando con la tienda de Rachid que, al vernos, sonrió.

—Venís muy bien acompañadas —dijo con ese tono de simpatía en su voz que recordábamos del día anterior.

—Pues sí, Rachid, mira —dijo Susi—. Hemos contratado dos gorilas para que nos escolten. No vaya a ser que nos secuestren por guapas.

—Hacéis bien —contestó con una amplia sonrisa y un guiño—. La seguridad cuando se viaja a cualquier país, es lo primero.

Después de cruzar unas palabras con él, nos adentramos en las callejuelas llenas de vida. El bullicio de los comercios nos envolvía, y nos dirigimos por una calle que nos llamó la atención por todas las tiendas de decoración marroquí que había.

Pablo compró un bolso para su madre y otro para su hermana, Óscar, en cambio, decía que no llevaba ni un imán. Nos reíamos mucho con ellos. Eran totalmente opuestos, pero a la vez similares, difícil de explicar.

Yo quería comprarles algo a mis tíos, pero en estos días lo haría en el momento que viera algo que de verdad me llamase la atención para ellos.

Pablo y Óscar a la hora de negociar eran dos personajes y se salían con la suya. Hasta enfadaron a un comerciante que hasta corrió detrás de ellos para decirles que aceptaba su injusta oferta. Y eso les costó un montón de cruces de recriminaciones para al final que no se cerrara el trato porque los chicos se ofendieron.

—Haced el favor y no ser más brutos regateando. La próxima vez yo os pongo la mitad y no la lieis, que al final salimos de la Medina a palos —decía Susi, muerta de la risa.

Dimos una vuelta por la plaza cuando ya estaba en todo su apogeo, la noche había caído y la energía que se respiraba en el lugar invitaba a quedarse. Los chicos nos propusieron cenar en una de las terrazas de los restaurantes de la plaza y no en los puestos.

Preguntamos en un par de ellos y en uno tenían cervezas, por lo que nos decantamos por ese. Subimos a la terraza cogiendo una mesa privilegiada, con unas vistas increíbles, y nos pedimos para cenar una bandeja de chuletitas de cordero con patatas fritas. Tenía una pinta espectacular y los cuatro le hicimos fotos y vídeo.

Cenar con las vistas a todo el suburbio de la plaza era algo tan increíble como placentero. Me quedaba embobada mirando hacia allí mientras en mi cabeza estaba Chris y todos esos momentos que viví junto a él.

Fueron varias las veces que me tuvieron que sacar de mis pensamientos, esos que yo no quería, pero no podía hacer desaparecer.

Nos reíamos mucho con Pablo, que se ponía a describir este país desde sus ojos, esos que llevaban veinticuatro horas nada más, pero para él suficiente para sacar sus propias conclusiones. Lo hizo en plan monólogo y estuvimos un rato a carcajadas, llamando la atención de las demás mesas.

Regresamos al hotel después de una relajada cena, cansados, pero felices, ya que había sido una velada perfecta donde la diversión no decaía nunca, y quedamos en vernos al día siguiente en la terraza del bufet para desayunar a las nueve de la mañana.

—Si no fuera porque mi corazón aún late por el desgraciado de Tonino —dijo Susi mientras entrábamos en la habitación—, me tiraba a Óscar varias veces durante estos días.

—Qué bruta eres —volteé los ojos, pero me tuve que reír por sus ocurrencias.

Me tiré en la cama abrazándome a la almohada e intenté que no se me escuchara llorar, pero la realidad es que lo hacía a cántaros. No podía olvidar ese video en el que él se comportaba como si yo no hubiera sido parte de su vida. Realmente fue poco tiempo, pero yo lo viví como algo intenso por parte de los dos. Ingenua de mí.

Decidí salir a la terraza poco después, necesitaba que me diera el aire. Me senté en una de las sillas y contemplé de nuevo el cielo cubierto de estrellas iluminando la ciudad.

La rabia, la tristeza y la incredulidad se mezclaban en mi pecho mientras observaba las imágenes en la pantalla. Esa sonrisa que tanto me había gustado, ese brillo en los ojos cuando estaba con él, ahora parecía una burla.

Recordaba aquellos días en los que él me trataba como si fuera especial, como si yo le importara de verdad. ¿Es que todo había sido una mentira? ¿Había sido capaz de jugar conmigo, como quien juega con un juguete y luego lo descarta cuando ya no le sirve?

Me sentía estúpida en este momento, como si todo lo que había vivido no fuera más que una farsa montada para seducirme y conseguir con buenos modales y palabras bonitas que me fuera a la cama. Por no hablar de todos los *post-it* que fui encontrando en la villa con mensajes suyos, esos que me sacaban una sonrisa y que ahora me resultaban de lo más amargos.

¿Cómo pudo hacerme esto? ¿Por qué? No entendía cómo alguien podía hacerle tanto daño a otra persona, sobre todo a alguien que se había entregado tanto sin pedir nada a cambio. Y quizás fue por eso, porque no le pedí nada, por lo que me usó sin más, sin importarle lo más mínimo mis sentimientos.

Sentía el pecho oprimido por el dolor, mi mente corría a mil por hora, tratando de entender lo que había pasado, pero no encontraba ninguna respuesta a las preguntas que rondaban mi cabeza.

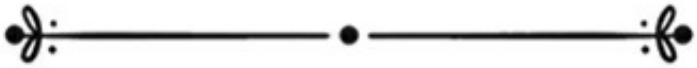
¿Realmente pensaba en mí cuando se reía en esos videos? ¿Pensaba en lo mucho que sufriría al verlo tan feliz, tan conectado con su ex? ¿Le importaba lo que sentiría al ver todo aquello?

Y por un momento la respuesta me pareció clara. No. No le importaba.

El pensamiento de que había sido una ilusión me hizo sentir aún más sola. Todo lo que había creído, todo lo que podría haber sido, se desvanecía como humo. El vacío en mi corazón era cada vez más grande, y mi cuerpo estaba agotado por el dolor. Pero sabía que tenía que salir adelante y dejar atrás esta espiral autodestructiva en la que me encontraba.

Y mientras las lágrimas seguían cayendo, me prometí que algún día, aunque no pudiera olvidar lo que había sucedido, aprendería a sanar, a ser más fuerte, por mí y por quienes realmente me querían, por quienes siempre estaban ahí para mí y nunca fallaban. Por mis tíos y por Susi, mi familia.

Capítulo 36



Paulina

El sol de la mañana ya comenzaba a calentar el aire, iluminando las altas murallas de la Medina de Marrakech.

Hoy pasaríamos el día con los chicos por la ciudad y, después de un desayuno que a todos nos supo a gloria, fuimos a coger un taxi.

No me había pasado desapercibido que los dos se veían bastante atractivos, y en realidad lo eran.

—Vamos a llevaros a ver algo único —dijo Óscar con una sonrisa enigmática—. Hoy vamos a adentrarnos en los jardines de *Majorelle* y luego descubriremos unos rincones secretos de la ciudad. Preparaos para lo mejor de Marrakech.

—¡Vamos! —exclamó Susi, que le encantaba como a mí conocer lugares y rincones nuevos— Este lugar es precioso, de verdad, cada rincón tiene su encanto.

—Cierto, y anoche en Internet estuve mirando dónde llevaros hoy —rio Pablo.

—¿Nos queréis impresionar, o qué? —reí.

Cogimos el taxi y nos llevó hasta donde le había pedido Pablo. En cuanto nos bajamos, noté a Óscar a mi lado y sonreí al verle.

—¿Sabes que Marrakech tiene una energía especial? Yo diría que es la misma que la de tu sonrisa —dijo con una mirada de lo más intensa, y me sonrojé.

—Qué original —sonreí, porque se notaba que solo estaba siendo encantador conmigo—. ¿Esos son los trucos que usas para ligar?

—Tal vez —sonrió de medio lado—. ¿He tenido suerte?

—No —reí.

—Bueno, seguiré intentándolo —contestó, mientras metía ambas manos en los bolsillos de su pantalón.

Cuando llegamos a los famosos jardines de *Majorelle*, nos quedamos sorprendidos. Se trataba de un jardín botánico donde la vegetación exótica, las plantas de colores brillantes y los impresionantes tonos azules de los edificios captaban la atención de todos. Mientras caminábamos por los senderos, Susi y yo íbamos haciendo fotos y videos, capturando la belleza del lugar, de modo que al final del día, como siempre, subiríamos un montaje precioso de todo ello.

—Este es un lugar mágico —dije sin poder dejar de admirar las plantas raras y las fuentes que veíamos—. Es como estar dentro de una pintura.

—Lo bueno es que no hace falta ser artista para disfrutar de la vista —comentó Óscar, acercándose a mí mientras hacía una foto del paisaje—. Aunque me gustaría pintar algo bonito —se quedó pensativo—. ¿Qué tal un retrato tuyo, sonriendo?

Me eché a reír por la ocurrencia de Óscar, es que no podía no hacerlo, porque este hombre tenía un arte que no se podía aguantar.

—¿Y eso qué tiene que ver con los jardines?

—Todo. Porque estos jardines no son nada comparados con la belleza que tienes —contestó con una mirada que me hizo sonrojar al tiempo que apartaba la mirada.

No quería caer de nuevo en las palabras bonitas de un hombre, así que me centré en seguir haciendo fotos.

Después de recorrer los jardines, fuimos a un café local para relajarnos un poco antes de continuar el día, ese en el que Pablo dijo que aún nos esperaba otra sorpresa turística. Nos sentamos en una mesa al aire libre, con vistas a la plaza, donde la vida de Marrakech fluía a nuestro alrededor. Los vendedores ambulantes, los turistas y los lugareños que se cruzaban en el camino, todo hacía que el lugar fuera aún más mágico de lo que ya era de por sí.

Y tras tomarnos el café y hacernos algunas fotos más, en las que ellos sí salían con nosotras, pero de espaldas, debido a que no querían que se les viera el rostro por su trabajo, seguimos a los chicos hacia esa siguiente parada con la que Pablo quería sorprendernos.

El lugar que visitaríamos no era otro que el museo de Marrakech, situado en el corazón de la ciudad. Aquel museo era uno de los principales atractivos culturales, era del siglo XIX y originalmente fue el Palacio de los Sultanes, conocido como el palacio *Mnebhi zelige*, que se traducía como de los azulejos de cerámica.

El museo albergaba una impresionante colección de arte y artefactos que reflejaban la diversidad cultural de Marruecos, incluyendo desde la época medieval hasta la contemporánea. En sus salas se podían encontrar objetos tradicionales como cerámica, textiles, joyería y objetos de metal, además de una colección de arte.

Uno de los puntos más fascinantes y que dejaba realmente impresionado a quien lo visitaba, era su patio central, un espacio abierto rodeado de columnas y arcos, que aportaba un ambiente de tranquilidad.

El museo estaba organizado en varias habitaciones y galerías, lo que permitía una experiencia de recorrido fluido y envolvente. Además, en el museo solían organizarse exposiciones temporales que presentaban trabajos de artistas locales e internacionales.

El museo de Marrakech era, sin lugar a dudas, el lugar ideal tanto para los interesados en conocer la historia del país como para aquellos que buscaban una visión moderna del arte en Marruecos. Es un lugar que celebraba tanto la tradición como la innovación.

Decidimos quedarnos a comer en el restaurante donde tenían cervezas fresquitas y, entre tajínes, pinchos de pollo y de kefta, así como de varias pastelas que estaban buenísimas, y varias tazas de té para bajar todo eso, se nos pasaron las horas sin que apenas nos diéramos cuenta, charlando y riendo con ese par de alocados españoles a los que les salía el arte por los cuatro costados.

Regresamos al *resort* ya casi de noche, por lo que nos fuimos directos a la terraza del restaurante, donde nos acomodamos en una de las mesas para cenar.

Eso sí, los cuatro nos decantamos por una ensalada ligera y unos pinchos de carne, además de las cervezas, que esas no nos faltaban.

—Hoy ha sido un día increíble —dijo Susi, mientras tomaba un sorbo de su cerveza—. Este lugar tiene algo especial.

—Sí, nos lo hemos pasado genial, ¿verdad? —contestó Pablo, mirando a todos con una sonrisa divertida—. Creo que la gente más guapa de Marrakech está justo aquí, sentada en esta terraza.

—Madre mía, no tienes abuelas —rio Susi.

—Sí, tengo a las dos, pero, como no están para decirme piropos…

—Qué morro tienes —reí.

Cenamos igual que habíamos comido, sin poder parar de reír con ellos dos y las ocurrencias de cada uno, que eran para morirse de la risa, de verdad que sí.

Se notaba que había buen rollo entre todos, que nos caíamos bien y que habíamos congeniado, por lo que los días que nos quedaban por vivir en este precioso rincón del mundo iban a ser de lo más entretenidos y divertidos.

Después de cenar nos fuimos a la barra de la piscina, donde dejamos las cervezas y pasamos a pedir cócteles que estaban buenísimos. Reímos hasta no poder más, brindamos por mil y una cosas diferentes y nos hicimos un montón de fotos. Ellos nos las hacían a nosotras, así como

algún que otro vídeo nos grabaron solas y juntas, y también posaron, aunque de espaldas, para salir en algunas de esas fotos.

Incluso acabamos bailando al ritmo de todo lo que iba sonando, los chicos se acercaban y, cuando veíamos el vídeo de aquellos bailes, nos parecían de lo más sensual.

Tanto Susi, como yo, nos encargábamos de que no se les viera el rostro en ningún momento, respetábamos su privacidad y el que mantuvieran su identidad alejada del mundo por su trabajo, como hacían muchos famosos o incluso policías.

La música seguía sonando a todo volumen, mientras nos dejábamos llevar, entregados al ritmo de cada nota. Óscar empezó a bailar conmigo de tal manera, que por un momento temí que acabaríamos los dos cayendo.

—Al final vas a hacer que me caiga —dije riendo mientras él nos movía de un lado a otro.

—Eso es lo que busco, Paulina, que te caigas, pero conmigo, o sobre mí —respondió Óscar, con una sonrisa pícara.

De fondo, se oían las risas de Susi y Pablo, que no podían dejar de mirarse entre ellos, cómplices de ese momento.

Ella sonreía bailando al ritmo que Pablo marcaba, era música árabe, pero invitaba a moverse sin miedo.

Y en cuestión de lo que fueron apenas unos segundos, noté algo raro en los movimientos de Óscar. Me soltó y, con un grito, lo vi ir hacia atrás, justo en dirección a la piscina. Susi y Pablo miraron, al igual que yo, lo mismo que muchos otros turistas, que se quedaron paralizados por un segundo.

Óscar cayó de lleno en la piscina, salpicando a todos a su alrededor, no solo a nosotros tres, sino a quienes estaban cerca. Las risas estallaron de inmediato, y yo, incapaz de contenerme, empecé a reír a carcajadas.

—¡Óscar, te has convertido en el primer valiente de la noche! —gritó Pablo, mientras veía a su amigo salir a flote con cara de sorpresa.

—¡Te has ganado el título, definitivamente! —rio Susi.

—Panda de cabritos, que me he calado entero —protestó, pero se echó a reír—. Y con ropa, que tiene guasa.

Susi, que a loca y atrevida no la ganaba nadie, no se lo pensó ni un segundo y se tiró al agua, gritando.

—¡¡Fiesta en la piscina!!

No quería ni pensar en cuánto había bebido para estar así, pero el caso es que no había sido tanto.

—Vamos, Paulina, al agua conmigo —dijo cuando salió a flote.

Tampoco lo pensé, me quité las cuñas para que no se estropearan y salté de un solo impulso, aterrizando en el agua a su lado.

—Esto es una locura —dije flotando y riendo mientras el agua me caía por la cara.

Vi a Óscar nadando hacia mí y me echó los brazos para cogerme. Sonreí, pero me quedé un tanto cortada al estar así con él.

—Pablo, no seas gallina y tírate —le dijo Susi.

—Yo es que soy alérgico al cloro —se encogió de hombros.

—Pero eso desde cuándo, porque te has metido a remojo como los garbanzos antes, y, que yo sepa, ni te ha salido sarpullido, ni te has derretido —contestó Susi.

—Déjalo, que es un gallina —rio Óscar.

—No, colega, por ahí no —Pablo arqueó la ceja.

—Gallina —rio.

—Paulina, aparta de él que se las va a ver conmigo —dijo Pablo antes de lanzarse a la piscina.

Y yo me aparté de Óscar para, cuando saliera a flote, no estar en medio de una peleílla de amigos.

Cuando vimos salir a Pablo, no dudó en intentar hacer una ahogadilla a Óscar, pero no pudo y acabaron los dos muertos de risa.

Cuando salimos del agua, cómo nos verían los empleados del hotel que estaban por allí que nos dieron una toalla a cada uno para que nos secáramos al menos un poco.

La noche siguió entre bromas y momentos de risas, dejando claro que todos habíamos congeniado a la perfección.

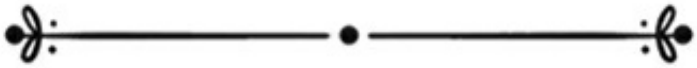
Óscar y Pablo no dejaban esas locuras suyas y nosotras nos reíamos sin parar. En algún momento vi por parte de ambos el intento de acercarse más, pero como no nos vieron muy receptivas, no dieron el paso.

Veía que Óscar me observaba mucho, y que se quedaba mirando mis labios de vez en cuando. Solo esperaba que no quisiera hacer nada porque yo no estaba preparada para que pasara nada con nadie, ni siquiera algo de una sola noche o unos pocos días, como diría Susi.

Dimos por finalizada la noche poco después. Nos despedimos en el *lobby,* quedando en vernos después del desayuno para pasar el día, tranquilos en la piscina, y salir por la tarde a pasear por la ciudad, dado que hoy lo habíamos hecho diferente a como lo veníamos haciendo nosotras.

La vida seguía sin Chris, y aunque aún pensaba en él, sabía que podía continuar sin él.

Capítulo 37



Chris

Me preparé un café nada más levantarme y Tonino me pidió otro al escucharme.

El día anterior se retrasó el vuelo y terminamos aterrizando en Marrakech a la una de la madrugada. Hasta las dos no nos alojamos en la habitación del resort.

Estaba nervioso por verla y esperaba que no hubiera hecho ninguna tontería con esos dos chicos. ¿Cómo sabía Virginia dónde estaban alojadas? Era mala, demasiado para lo que me podía haber imaginado. Y me daba miedo hasta dónde podía llegar su maldad.

—¿Crees que lo tendremos fácil para hablar con ellas? —preguntó, cabizbajo.

Y es que al igual que yo había visto las fotos y los vídeos que subieron las chicas con esos dos tipos, paseando por la ciudad, bebiendo, riendo y bailando. El último era de una hora antes de que nosotros llegáramos al *resort*.

Lo curioso de esas imágenes es que a ellos en todas se les veía de espaldas, en ningún momento se les veía la cara, por lo que sentía curiosidad qué les habrían dicho para que no los cogieran en un primer plano o de frente.

—No lo sé —le respondí con un suspiro.

—Yo sé que Susi es capaz de abrirme la cabeza con lo primero que pille.

—No seas pesimista —le pedí, ya que estaba de lo más nervioso, pero bueno, intentaba mantener un poco la calma.

—¿Pedimos el desayuno a la habitación?

—Es un "todo incluido", si tuvieran que traernos a todos los del hotel el desayuno, les iban a faltar manos.

—Anoche dijo la chica de recepción que se podía pedir un variado para dos personas por un

suplemento de quince euros —dijo con la ceja arqueada.

—Ni lo escuché. Pídelo, llama, sí, prefiero que las pillemos relajadas en la piscina que en el desayuno con mucha más gente alrededor.

—Menos mal que piensas —me dijo riendo.

El aire fresco de Marrakech me recibió en el momento en el que abrí la ventana, y desde ahí las vi andando por uno de los caminitos de los jardines. La ansiedad en mi pecho seguía aumentando y mi mente no dejaba de darle vueltas a esa pregunta que no podía quitar de mi cabeza, esa que me mataba de dolor.

Me contuve de llorar, pero mi corazón comenzó a bombardear fuerte. Cuando me di cuenta, estaba apretando el barandal con tanta fuerza que se me habían quedado las manos agarrotadas.

—Me han hecho un interrogatorio para el desayuno, qué barbaridad. Que si huevos o tortilla, que si bollería o pastelería, que si pan tradicional o internacional… He estado a punto de decirle que trajeran lo que les saliese de los huevos —rebufó.

—Relájate, Tonino —me reí, negando.

—¿Cómo puedes reírte, teniendo encima la que la tenemos? —preguntó, antes de terminar con una carcajada impresionante.

—Pues como tú, más vale reír que llorar, aunque de todo vamos servidos.

—¿Y si se han liado con esos tíos?

—Pues las desliaremos.

—Yo me doy dos tiros. Mi Susi no me puede haber hecho eso.

—Dos tiros les doy a esos.

—Ni se te ocurra —me advirtió con el dedo, causándome una carcajada.

—Es un decir. Y deja de fumar que estás empalmando uno con otro.

—Estoy muy nervioso. Me muero si la veo con un tío liada.

—Y dale —solté el aire y volteé los ojos.

Mi primo parecía estar más alterado que yo, y eso que él no había salido en esas fotos y vídeos con su ex. Y quizás mi actitud era más relajada, pero solo porque me había propuesto no dejar que la situación me desbordara más de lo que ya estaba, aunque no podía negar que todo esto podía acabar muy mal.

No tardaron en traernos un desayuno de lo más completo que disfrutamos en la terraza mientras hablábamos de los posibles escenarios de cuando nos vieran.

Desde nuestra terraza se veía la piscina principal donde había una barra en su interior, esa en la que se hicieron la foto tan bonita que publicaron.

—¿Y si no van a la piscina y se van a la ciudad con esos tíos o a sus habitaciones? —preguntó, y noté el miedo en su voz.

—Según lo que pusieron en su publicación, que no había día más perfecto que disfrutar por las mañanas del *resort* y por las tardes de una Marrakech llena de vida.

—Es verdad, pero ¿y si cambian de planes por ellos?

—Esperaremos a que regresen, pero apuesto a que van a la piscina.

—Por lo que las conocemos, sí, pero me da mucho miedo.

—Hoy las vamos a ver, así las esperemos a que regresen en el *lobby*.

—¿Y si pasan el día enrollándose con ellos por la ciudad?

—Déjame desayunar —volteé los ojos.

Después de desayunar nos quedamos en la terraza esperando a ver si las veíamos. Ni las once y media y ya estaban acomodándose con esos dos chicos en la barra de la piscina.

—Va a ser más difícil de lo que pensaba —murmuré más para mí, pero mi primo lo escuchó.

—Lo sé —dijo con un suspiro—. Pero si verla con otro ya me da ardores en el estómago, ¿te haces una idea de cómo se me quedaría el cuerpo al imaginarla besándose, o…?

—Ya, ni lo digas, porque estoy igual.

Nos quedamos allí en silencio unos segundos, observando, y el modo en el que Paulina sonreía con aquellos tipos al lado de ellas. Solo de imaginar que alguno de ellos la hubiera besado o la llevara a su habitación, me consumía y me destrozaba.

Tonino rebufó fuertemente cuando el que estaba al lado de Susi le acarició la espalda y me hizo un gesto para ir hacia allí. Estaba claro que con ellos la situación iba a ser más difícil, pero sabiendo las pretensiones de estos y por quién estaban contratados, tenían las papeletas de que mejor se callaran si no querían terminar muy mal.

Salimos de nuestra habitación y fuimos hacia la piscina, con cada paso que dábamos, sentía mi corazón más y más acelerado, y que mi primo fuera suspirando cada cinco segundos no me ayudaba a calmarme.

No iba a ser fácil, lo sabía, pero necesitaba que Paulina me escuchara para poder contarle la verdad, el motivo que me hizo marcharme tan precipitadamente y la razón por la que habían salido a la luz aquellas malditas imágenes con mi ex.

Y esperaba que me creyera, de verdad quería que lo hiciera.

Estaban charlando cuando llegamos a la espalda de ellas y nos metimos en la piscina. No nos vieron y nos colocamos en la barra junto a ellas, al otro lado estaban los chicos.

—Buenas, dos cervezas —le pedí al camarero y las dos se giraron fulminantemente como si hubieran reconocido de manera inmediata mi voz.

—Ya lo que me faltaba por ver aquí —dijo Susi resoplando.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de los chicos.

—No te metas, amigo —le advertí con buen tono.

—¿Los conocéis? —preguntó de nuevo.

—Sí, los conocemos —murmuró Paulina.

—Creo que no les apetece vuestra presencia —contestó el otro.

—A ver cómo os lo digo sin necesidad de que se cree aquí un mal rollo ni nada —les dije—. Digamos que han pillado a Virginia con el carrito de los helados, os ha vendido diciendo que estáis aquí en busca de ellas dos por encargo. Esto es fácil —continué con calma—, si se pone la cosa fea, vais a tener problemas para salir de este país. Os vais ahora mismo y no darán orden de que os detengan a la salida. Decidid, o jugamos todos a vuestro juego o desaparecéis inmediatamente.

—Te dije que no me fiaba de ella —le dijo uno al otro.

—¡Yo aquí no me entero de nada! —gritó Susi.

—Iros —les hice un gesto con la cabeza—. Y más vale que no os vea acercaros jamás a ellas.

Cogieron una especie de bolsa neceser que tenían en la barra y se fueron cagando leches. Obviamente, nadie los iba a detener, pero si ellos no habían sabido jugar limpio, nosotros tampoco íbamos a hacerlo.

—¿Qué está pasando aquí, Chris? —me preguntó Paulina, con una expresión de estar de lo más desubicada— ¿No habías regresado con tu mujer? ¡Qué cojones haces aquí! —chilló y vi cómo al camarero se le arrugó la cara.

—¿Nos tranquilizamos todos y hablamos? —pregunté muy seriamente.

—¿Y por qué tenemos que hablar con unos mentirosos como ustedes que sois de lo peor? —preguntó Susi.

—Tampoco es eso —respondió Tonino ladeando la cabeza.

—¿Quiénes eran ellos y por qué vinieron a por nosotras? —me preguntó con gesto de miedo en su cara.

—Nada, no te pasará nada. Solo querían separarnos más e intentar que ellos os consiguieran llevar a su terreno.

—¿Y por qué hace eso Virginia? ¿No has vuelto con ella? —preguntaba entre sollozos.

—Qué tal si nos relajamos todos y hablamos, a poder ser en voz baja —pedí, ya que el camarero se iba a enterar de todo.

—¡¡¡Has vuelto con ella!!! —gritó con rabia— ¡¡¡Vi los vídeos!!!

—Viste una farsa. Si te pones así, no me dejarás explicarte nada.

Los dos nos giramos al escuchar gritarle Susi a Tonino que era un sinvergüenza sin corazón y que no entendía cómo se atrevía a colarse aquí después de haberle ocultado algo tan grande.

—Aquí va a ser imposible hablar. Ya hay gente pendiente de nuestra movida —dije negando y mirando a Paulina—. ¿Podemos ir a mi habitación a que chilléis todo lo que queráis? —les pregunté.

—¿Dónde has dejado a tu mujer, Chris? —preguntó en voz baja y desafiante Susi.

—Haya calma —pidió Tonino—. Todo tiene una explicación que os podrá gustar más o menos, pero si no nos permitís hablar con ustedes, podemos pasarnos todo el tiempo chillando y recriminándonos desde la ignorancia.

—Tú sí que eres un ignorante —le dijo Susi y se me escapó una risilla.

—No estoy ni he estado con Virginia, lo creáis o no. Todo tiene una explicación para mi larga ausencia y por qué no os lo podíamos contar. Si nos acompañáis a tomar algo en una mesa de las apartadas, estoy dispuesto a demostrar toda la verdad.

—Yo quiero escucharte —murmuró Paulina.

—Eso lo sabía yo —le reprochó Susi con un suspiro, y le eché una mirada que no se esperaba.

—Venga, vamos —dijo Susi de mala gana—. Hasta luego, Said. Si regreso con sangre en mis manos, no te extrañe.

Vi cómo a él se le escapaba una risilla y lo miré sonriente. Nos dirigimos a la terraza de uno

de los bares que ahora estaba muy tranquilo y pudimos apartarnos varias mesas de otros clientes.

Una camarera se nos acercó para preguntar qué nos apetecía y nos recomendó unos deliciosos cafés helados que acababan de llegar. Los cuatro aceptamos probarlos.

Vi cómo Paulina apretaba las manos sobre la mesa, como si quisiera impedir que su dolor se desbordara. Tenía la piel pálida, y el cabello caía desordenado sobre sus hombros. Susi, a su lado, también estaba visiblemente afectada, pero era Paulina quien me desarmaba por completo.

Mi corazón latía con fuerza, y por un momento, me sentí completamente inútil, como si todo lo que había hecho hasta ese momento no fuera más que un intento fallido de redimir una situación que ya se había ido de las manos. Y entonces, sin pensarlo demasiado, tomé la decisión de actuar, de hablar, de enfrentar la verdad. No podía seguir en silencio, no podía permitir que Paulina siguiera creyendo como real lo que no eran más que mentiras urdidas por una mente perversa como la de mi ex.

—Bueno, sé que he sido muy capullo al no contar la verdad, pero las circunstancias, el miedo y la cobardía, no me dejaban. Todo comenzó en una fiesta en la villa unos meses después de mi divorcio… —dije, tras un largo suspiro.

Les conté toda la historia, las amenazas que me llevaron a irme precipitadamente y todo lo que se había descubierto hasta ahora.

—Hija de puta, hasta al padre quería engañar —dijo Susi, y Paulina no reaccionaba, estaba mirando hacia la mesa y con los ojos brillosos.

—Siento por todo lo que has tenido que pasar —murmuró sin mirarme—. Pero podrías haber confiado en mí y los dos hubiéramos llevado esto de mejor manera. Te lo dije en la villa, si podía ayudarte, quería hacerlo y lo habría hecho.

—Y tú me lo deberías de haber contado y yo habría hecho que ella no sufriera tanto —le soltó Susi a Tonino.

Y de pronto, el silencio se instaló entre nosotros, pesado, denso.

Con una respiración profunda, extendí la mano y la posé sobre la de Paulina. Fue un gesto impulsivo, pero necesario. Ella levantó la mirada, y vi sus ojos aún llenos de dolor, pero también de algo que no supe definir en ese momento. Confusión, rabia, desconfianza. Era evidente que no confiaba en mí, que no sabía qué pensar, que no sabía si estaba siendo sincero y contándole la verdad o no, pero necesitaba que me creyera.

—No quise hacerte sufrir —dije en tono bajo mientras nos mirábamos—. Solo, no podía contarte la verdad, iba a hacerlo cuando solucionara todo, pero… —suspiré— Ella de algún modo hizo que se filtraran todas esas imágenes. No estoy con ella, para mí esa mujer no existe desde el momento en el que nos divorciamos. Y no, jamás te habría echado de mi lado de no haber sido por sus amenazas y porque no sabía qué habría sido capaz de hacer ella con tal de hacerme daño a través de ti.

—Mandó a dos hombres para que se acercaran a nosotras —murmuró.

—Y en cuanto me lo dijo, cogí el primer vuelo. Habríamos llegado antes, pero se retrasó. Aterrizamos a la una y nos dejaron aquí a las dos.

—¿Cómo sabía ella dónde estábamos? —preguntó Susi.

—No tenemos ni idea, pero lo averiguaremos —contesté.

—¿Y vosotros?

—Eso es cosa de mi primo —le dijo Tonino a Susi.

Cogí aire mientras me preparaba para contar esa parte y, tras soltarlo, les dije lo de ese amigo mío que había averiguado todo.

—¿Entiendes que me alejé de mi casa para pensar? —me dijo Paulina— ¿Que me fui porque necesitaba tiempo para olvidarme del dolor y de lo que sentí al verte con tu ex? Y me dices que me ha encontrado un amigo tuyo, policía —se quedó mirándome unos segundos sin decir nada, y en sus ojos no supe describir qué veía—. ¿Sería así siempre? Si decido irme con Susi o con quien me dé la gana, ¿me buscaría tu amigo el policía cuando veáis nuestras fotos?

—No, Paulina, yo, solo…

—Ya he escuchado lo que no me contaste antes —se puso de pie y vi que se le volvían a humedecer los ojos—. Necesito tiempo, no sé, un mes y poco tal vez —se encogió de hombros, y a su vez, mi corazón se detuvo.

—Imagino que habéis venido para unos días, ¿no? —dijo Susi, y mi primo asintió.

—Nos vamos el mismo día que ustedes —contestó.

—Ah, que hasta el día que nos iremos sabéis —me dijo Paulina—. Pues nada, si quieres más datos de estos días, solo tienes que ponerme un policía a la espalda las veinticuatro horas. Yo me voy —miró a Susi—, tú puedes quedarte, que a ti este hombre te quiere y no merece que le des de lado.

Se alejó y a mí se me partió el alma de ver cómo se iba. Sentí unas ganas de llorar inmensas y cerré los ojos mientras soltaba el aire.

—No te hagas ilusiones —escuché que decía Susi y al mirarla, vi que le hablaba a mi primo —. Ahora mismo no te perdono que no me lo contaras para que yo pudiera hacer algo por mi amiga, pero nos veremos por aquí. Y tú —me señaló—. Paulina te quiere, de eso no tengas dudas. Pero si le dices que yo he confirmado eso, te corto los huevos. Aquí os quedáis, me voy con ella a perdernos por la Medina.

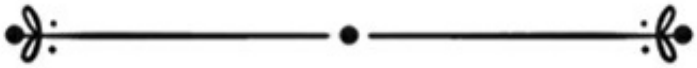
Cuando nos quedamos solos, vi que mi primo estaba igual que yo, hecho una mierda.

—La cagué con ella —dije apoyando los codos en las rodillas.

—Ya has oído a mi Susi, primo, Paulina te quiere.

—Pero tengo todas las papeletas de haberla perdido para siempre.

Capítulo 38



Paulina

La habitación se sentía más fría de lo que nunca había estado. Las paredes, que antes se habían cargado de risas y conversaciones ligeras, ahora se veían envueltas en un espeso silencio, interrumpido únicamente por el sonido de mi llanto, ese por el que tenía los ojos hinchados.

No podía creer lo que acababa de escuchar. La verdad que Chris nos había revelado, todo lo que había sucedido, la razón por la que se había alejado, el dolor que había escondido durante tanto tiempo. El nudo en mi garganta era tan grande que sentía que no podía respirar, y ni siquiera me salían las palabras, no podía hablar. Estaba en *shock*, rota por dentro, con los ojos llenos de lágrimas que no paraban de caer sin control por mis mejillas.

Susi, siempre tan fuerte, tan protectora, se acercó y me abrazó con fuerza. Estábamos sentadas en la cama de la habitación tratando de asimilar lo que ambas habíamos escuchado.

En este momento mi mente no lograba procesar todo lo que acababa de contar Chris. La traición, el dolor, las dudas, la angustia, todo se agolpaba en mi pecho.

—No puedo creerlo, Susi... —susurré entre sollozos, con la voz temblorosa mientras miraba al vacío— Es todo tan doloroso. Todo lo que creía que sabíamos, todo lo que sentía que teníamos, se desmorona.

—Paulina, escúchame —dijo Susi con voz firme, apartando algunos mechones de mi rostro, como quien trata de calmar a una niña asustada—. Si Chris no te amara, si no te amara profundamente, no habría subido a ese avión para encontrarte al saber lo que hizo su ex mandando a esos dos a seducirnos —dijo con firmeza—. No habría movido cielo y tierra, ni siquiera habría involucrado a la policía. No lo haría. No estaría aquí para que le dieras la oportunidad de explicarte todo. Se ve que lo ha pasado muy mal, y ahora podemos estar seguras de que lo que sentía por ti, es real. Y él sabe tanto como nosotras, que no será fácil que lo perdones, pero al menos ha tenido el valor de buscarte y pedirte que lo entiendas. Y tú no puedes negar que lo sigues amando. No dejes que el dolor te ciegue, cariño.

Las palabras de Susi se clavaron en mi alma. Pero la angustia y el dolor, esos seguían anclados en mi pecho.

—Todo esto me duele demasiado —dije mientras las lágrimas seguían cayendo, y mi voz sonaba aún más rota por ese dolor.

—Entiendo que duela, de verdad, lo entiendo perfectamente. Pero no puedes seguir huyendo del dolor. Debes darle una oportunidad para que te explique, para que puedan sanar esas heridas que tienes. No podemos seguir atadas al pasado, a lo que pasó antes. Te conozco, Paulina. Aún lo amas. A veces, el amor no es algo que se olvide con facilidad, pero sí se puede reconstruir.

—¿Tú crees, Susi? —pregunté sin dejar de llorar— Después de todo esto, ¿crees que es posible volver a confiar en él?

Susi me cogió las manos con suavidad mientras me miraba fijamente, y cuando volvió a hablar, lo hizo con una certeza que solo podía venir de alguien que había visto el sufrimiento de cerca, alguien que había vivido momentos complicados en su vida y había entendido que el dolor no era eterno, aunque en algunos momentos parecía infinito.

—Creo que, si lo amas, Paulina, si de verdad lo amas, y estoy segura de que es así y apostaría mi bolso de Dior —dijo, solo para hacerme sonreír a pesar de mis lágrimas—, debes escucharlo, comprender lo que le hizo tomar esas decisiones y darle la oportunidad de mostrarte que está dispuesto a arreglarlo todo. No te digo que lo perdones de inmediato, ni que todo vuelva a ser como antes. Pero al menos, por ti misma, por ese amor que alguna vez compartisteis, ¿puedes darle la oportunidad de hablar?

—Se supone que eres mi amiga, y a él lo odiabas, querías cantarle como si fueras Susanita la del Barrio —dije entre lágrimas.

—Y lo de rata inmunda se lo pienso llamar cuando menos se lo espere, puedes estar segura —contestó, y de nuevo me hizo reír.

Respiré profundamente, como sopesando las palabras de Susi. La idea de darle una nueva oportunidad a Chris me causaba miedo, pero también una necesidad desesperada. ¿Acaso podría realmente dejar ir todo lo que sentía por él? ¿Podría superar el dolor y las mentiras?

Finalmente, después de un largo silencio, cogí mi móvil y noté los dedos temblorosos al escribir el mensaje. Mis pensamientos no dejaban de dar vueltas y, a pesar del miedo, sabía que debía enfrentar todo aquello.

Paulina: *Chris, quiero que nos encontremos en el lobby del resort. Necesito que hablemos. No quiero más mentiras, solo la verdad, por mucho que esta duela. Nos vemos en media hora.*

En cuanto lo envié, salió un suspiro de lo más hondo de mi ser, pero el miedo y el dolor seguían ahí anclados en mi pecho.

El silencio llenó la habitación por unos minutos, y Susi me abrazó.

—Te quiero mucho, cariño. Lo que pase después, lo superaremos juntas, pero ahora, haz lo

que sientas que es lo mejor para ti.

Asentí mientras me daba ese abrazo que solo una hermana como ella podría dar, y eso que no lo era, y me dio un beso en la mejilla antes de ponerse en pie.

—Yo me voy un ratito a la piscina a que Said me ponga una cervecita fresquita. Mándame un mensaje si necesitas refuerzos —dijo haciéndome un guiño y fue hacia la puerta.

Cuando la cerró al salir, me quedé allí sola con mis pensamientos, respirando profundamente. Sabía que el momento que se aproximaba no sería fácil, pero también comprendía que no podía seguir huyendo. El amor, ese que a veces era complejo y desafiante, merecía una última oportunidad.

Me levanté de la cama, me miré en el espejo y, aunque la tristeza seguía notándose en mi rostro, me lavé para retirar esas lágrimas que habían cubierto mis mejillas, me recogí el cabello en una coleta y me dispuse a salir para ir al *lobby* a encontrarme con Chris.

El *lobby* del *resort* estaba tranquilo, casi vacío en esa hora del día. La luz cálida del sol se reflejaba en el mármol del suelo, creando una atmósfera relajada y acogedora. Y allí estaba yo, sentada en uno de los sillones cerca de la entrada, con las manos entrelazadas sobre el regazo, moviéndolas nerviosa. Mi corazón latía con fuerza, anticipando lo que estaba por venir. Sabía que la conversación que iba a tener con Chris sería difícil, pero también era necesaria.

Solo unos minutos después apareció Chris. La tensión en su rostro era evidente, y sus ojos no dejaban de buscarme, como si esperara ver en mí alguna señal de perdón.

—Paulina… —dijo mi nombre en un susurro, como si de una súplica se tratase.

—Hola, Chris —respondí al igual que él en un susurro, sin levantarme del sillón.

Chris se sentó frente a mí, a una distancia prudencial, pero suficientemente cerca como para que ambos pudiéramos sentir la conexión que aún existía entre nosotros.

—¿Por dónde quieres que empecemos? —murmuró Chris, con la mirada fija en sus manos, las cuales apretaba con nerviosismo.

—La verdad me la has contado, pero no entiendo por qué no me lo contaste, porque yo te habría escuchado y habría respetado el no poder saber de ti de ninguna manera, incluso podríamos haber sabido el uno del otro a través de Susi y Tonino, y no que ellos también acabaron rompiendo por lo que parecía que me habías ocultado a mí —dijo, con la voz temblando ligeramente—. ¿Eres consciente de lo que pasé, de lo que sufrí al ver todo eso que saltó a la prensa? Me sentí sucia, Chris —no quería llorar, pero tenía las lágrimas a punto de salir —. Creí que lo nuestro no significó nada para ti, que solo fui un polvo más.

Chris respiró hondo y vi que tenía los ojos cerrados y apretaba las manos y los dientes con fuerza.

—Lo siento. Te mentí, te fallé. Y la razón por la que me alejé no tiene justificación. Estaba asustado, confuso, pero, sobre todo, estaba cegado por el miedo a perderte. No sabía cómo contarte la verdad, no sabía si alguna vez me perdonarías. Lo que pasó aquella noche fue una pesadilla durante tanto tiempo, que me mataba el hecho de que pensaras que soy un monstruo, un degenerado. Y lo que viste con Virginia no fue más que una farsa con la que ella quería conseguir precisamente esto —suspiró, pero seguía sin mirarme—, alejarte de mí y que no volvieras a querer saber nada. Esa mujer es odiosa, por eso me divorcié, siempre fue una manipuladora, pero no tenía ni la menor idea de hasta qué punto. Ella no significa nada para mí. No pude soportar verla manipularme, pero lo hice. Pensé que, si te lo contaba, te perdería para siempre. Y lo peor es que, aunque te he hecho daño, sigo deseando con todo mi corazón que me des la oportunidad de volver a empezar.

Lo miré en silencio, con los ojos llenos de lágrimas y de ese dolor que me había acompañado tanto tiempo. Mi corazón latía con fuerza al escuchar esas palabras, tan sinceras, tan llenas de arrepentimiento.

—Jamás me había sentido tan rota por dentro como ahora —dije entre sollozos, y fue cuando me miró, y vi que sus ojos estaban vidriosos por las lágrimas contenidas—. No sé si puedo perdonarte, Chris —él asintió, escuchándome en silencio—. No, al menos ahora mismo. Pero, tal vez… podamos empezar de nuevo. No puedo perdonarte porque el dolor no se ha ido, y entiendo que esa mujer nos ha hecho este daño a los dos, pero al menos quiero intentarlo. Porque en el fondo, y aunque no debería, te sigo amando.

Nunca le había dicho esas palabras y al escucharlas, vi que sus ojos se humedecían aún más.

—Si vamos a intentarlo, debemos ser sinceros. No más mentiras, no más secretos —le pedí, y él asintió—. Necesitaremos tiempo, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Y no te presionaré. Solo quiero la oportunidad de demostrarte que puedo hacer las cosas bien. De demostrártelo todos los días, hasta el último de mi vida.

—Bien, en ese caso… —carraspeé secándome las lágrimas y le tendí la mano—. Soy Paulina, encantada de conocerte.

Chris se levantó con una leve sonrisa en los labios y aceptó mi mano.

—Chris, y te aseguro que el placer es mío —respondió.

Y en ese momento sentí que, a pesar del dolor, había un camino que podíamos recorrer juntos.

Capítulo 39



Chris

No me perdonaba, pero tampoco me sacaba de su vida, y eso era un gran avance para mí.

Salimos del *lobby* y fuimos hacia la piscina, donde me dijo que estaría Susi, y sí que estaba, con mi primo Tonino tomando una cerveza y hablando.

Ojalá él pudiera recuperarla porque estaba realmente enamorado de ella, no era solo una más en su extensa lista de conquistas.

—Hola —dijo Paulina cuando llegamos a ellos.

—Hola —sonrió Susi—. ¿Ya has hecho las paces con la rata inmunda? —preguntó, Paulina se rio y yo arqué la ceja— No me mires así, que podría haberte dicho cosas peores —me señaló.

—Doy fe, primo. ¿Cómo me has llamado a mí? —dijo Tonino.

—Animal rastrero, y culebra ponzoñosa —contestó, acercándose la cerveza para dar un sorbo.

—Eso. Pero en el fondo me quiere.

—Muy en el fondo —dijo Susi, y Paulina seguía sonriendo.

—Susi, él no tiene la culpa —escuché que le decía Paulina—. Solo protegía a sus primos.

—Pero qué bonita eres, futura prima —le dijo Tonino dándole un abrazo—. Y no llores, que te pones fea. Estás mucho más guapa cuando sonríes, como en las fotos de tus redes.

—No le hagas a la pelota a mi amiga, que no me va a convencer para que te perdone —le advirtió Susi—. Ya te he dicho que te lo vas a tener que currar, y mucho.

—Sí, sí, arrastrándome como la culebra ponzoñosa que soy, que no se me olvida —mi primo volteó los ojos.

—Efectivamente. ¿Quieres una cerveza, Paulina?

—¿Y si mejor vamos a comer? —contestó.

—Pues me parece una buena idea. Venga, que me apetece un rico *tajín* de pollo y una deliciosa pastela —sonrió.

Cuando Susi se levantó y se colgó del brazo de Paulina, mi primo y yo nos quedamos allí parados, mirándonos, sin saber qué hacer. Hasta que escuchamos la voz de Susi.

—¿Venís, o vais a quedaros ahí como un par de estatuas?

No tardamos en acercarnos y comenzamos a caminar tras ellas.

—¿Cómo ha ido, primo? —me preguntó en un susurro.

—Mejor de lo que pensaba, no me ha mandado al Infierno, por lo menos.

—¿Y?

—Nada, solo que, no me puede perdonar por el momento, pero que podemos empezar de cero.

—Entonces, ¿estáis…?

—No, no estamos juntos. Solo vamos a empezar a conocernos, pero ahora sin secretos ni mentiras.

—Vas a recuperarla, ya lo verás.

—Ojalá, porque te juro que, sin ella, mi vida no vale nada.

—Por cierto —dijo llevándose la mano al bolsillo—. Te he traído esto —hizo un guiño y sonreí al cogerlo.

Me acababa de dar el taco de *post-it* que traje conmigo y donde había apuntados un montón de mensajes para Paulina. No sabía si podría dejárselos en la puerta de su habitación o no, pero tenía una idea muy clara de dónde iban a acabar los mensajes.

Nos sentamos a comer en la terraza del restaurante y pedimos ensalada, varios *tajines,* así como *pastelas*, pinchitos de *kefta* y patatas fritas para acompañar, con una botella de vino.

Las chicas no dudaron en hacer fotos de todo lo que había en la mesa, incluso algunos selfis solas y juntas, y Susi hizo vídeo de esos que después subiría.

Mi primo, que para eso tenía un morro impresionante, le preguntó si podía salir en alguna foto con él, y ella acabó claudicando. Paulina se la hizo y me miró, le pregunté si le gustaría subir una conmigo, y se le abrieron mucho los ojos por la sorpresa.

No, yo no era dado a estas cosas y jamás fui un personaje público, pero ahora, en cambio, quería que el mundo entero viera que estaba con la mujer correcta.

La vi tragar con fuerza y acabó aceptando, así que posamos juntos con nuestras copas de vino en la mano, muy juntos el uno del otro, ella sonreía mirando a la cámara y yo sonreía mirándola a ella, porque la amaba con todo mi ser y quería recuperarla.

Susi tenía una risilla de lo más pícara cuando la miré, y sonreí, puesto que ella había visto el modo en que miraba a su amiga.

Subió la foto etiquetándome y no tardaron en llegar comentarios preguntando si eso se debía a una colaboración con mi productora, a lo que Susi era quien respondió en los comentarios que todo estaba por ver.

La verdad es que nos reímos por el modo de Susi de sacar la cara por su amiga, y yo me alegraba que Paulina contara con ella para que no la dejara caer.

Quien me llamó en ese momento fue mi madre, cosa que no me esperaba, pero al parecer había visto la foto en mis redes, esas que apenas usaba, y me preguntó qué estaba pasando.

Le dije que mi hermano le contaría todo y que hablaría con ellos a mi vuelta. Lo único que me dijo, antes de colgar, fue algo que yo ya sabía.

—A esa chica la miras con amor, hijo.

Sonreí y le mandé un mensaje a mi hermano para pedirle que hablara con nuestros padres, que les dijera la verdad de todo y que a mi vuelta yo daría la cara también, que les contara quién era Paulina y lo que significaba para mí, y no tardó en responderme.

Alonso: *Dalo por hecho, hermano. Por cierto, a tu vuelta tenemos que hablar, tengo todo para ir a ver a Alma y que vea la verdad. No estaba equivocado en odiar a nuestro cuñado, ese hijo de puta… La ha engañado de la peor manera, y cuando te cuente la verdad, no te lo vas a creer. Disfruta de tus días allí y, hazme un favor, no vuelvas sin un anillo en el dedo de Paulina. O al menos, no vuelvas sin que sea oficialmente mi cuñada. Te quiero, hermano.*

Ojalá pudiera volver con ella llevando un anillo de compromiso en el dedo, pero dudaba mucho que fuera posible.

Después de comer nos quedamos allí tomando un té, y luego un café helado, hasta que decidimos ir a la ciudad.

Paseamos por las callejuelas de la Medina y vimos a las dos sonreír cuando nos acercábamos a un puesto.

—¡Rachid! Venimos a que nos invites a un té —dijo Susi.

—Encantado, os invito —sonrió el hombre—. ¿Vosotras sois de la realeza? Porque estos, son

otros guardaespaldas —dijo con el ceño fruncido.

—Ay, Rachid, que los otros dos, no eran lo que pensábamos —suspiró mientras se sentaba en la silla, a su lado—. Que los habían pagado para engañarnos.

—¿Querían secuestraros? Sabía que tenían algo turbio en la mirada —murmuró.

—Pues no sabemos qué querían, pero ellos —nos señaló a Tonino y a mí—, han venido a rescatarnos de sus garras —rio—. Son nuestros ex, por llamarlos de alguna manera.

—Estos hombres tienen la mirada más limpia —comentó unos segundos después, tras habernos mirado a ambos—. Siguen enamorados, lo veo.

—¿Y cómo lo ves, Rachid? Mira que, si me dices que le puedo perdonar, me lo pienso y a lo mejor lo perdono —dijo Susi.

—Rachid, por lo que más quieras, dile que me perdone que yo la quiero mucho —le pidió mi primo.

—Lo veo en vuestros ojos, sí —sonrió él—. Pero creo que ellas tienen aún mucho dolor.

—No sabes cuánto —murmuró Paulina, y eso me rompió por dentro.

—Hay un dicho árabe… —Se quedó pensando un momento— y por cómo las veo a ellas, sé que a ustedes dos os va perfecto.

—¿Qué dicho es? —pregunté con curiosidad.

—*"Quien ama no se cansa de esperar"* —contestó—. Significa que el amor verdadero es capaz de soportar el paso del tiempo sin perder la esperanza.

—Pues ya lo habéis oído —dijo Susi—, paciencia hasta que os perdonemos. Y ahora vamos a tomarnos un té, Rachid, que te voy a comprar otra pulsera.

—No, no, yo te regalo una —rio él.

Nos tomamos el café con aquel hombre que se veía buena gente y que a las chicas les caía muy bien, y después decidimos ir a visitar el palacio *El Badi*.

Aquel era uno de los monumentos más impresionantes y emblemático de Marrakech, aunque actualmente solo quedaban las ruinas de lo que una vez fue aquel majestuoso lugar.

En el gran patio central que tenía, las chicas no dudaron en hacerse algunas fotos y vídeos que por la noche editarían para subirlo todo a las redes. Estaba rodeado de diferentes estancias, como salones de audiencias o apartamentos privados del sultán.

A pesar de que no se veía la belleza que una vez tuvo, no dejaba de impresionar.

Desde aquellas ruinas se tenía una vista panorámica de Marrakech y sus alrededores que era impresionante, y todos nos hicimos fotos con ellas de fondo, así como las hicimos de las propias vistas.

Tras aquella visita regresamos a la Medina y nos quedamos a cenar acompañados de una cerveza fresquita.

Cuando regresamos al *resort*, y aprovechando que nos pudimos despedir de las chicas con un beso en la mejilla, metí varios de esos *post-it* en el bolso de Paulina.

Quería que los viera y que supiera que todos los que le dejé en la villa y que le sacaron una sonrisa eran reales.

Capítulo 40



Chris

Los días habían ido pasando y en cada uno de ellos, me acercaba un poco más a Paulina, que sonreía y se sonrojaba como lo hacía en aquellos días en la villa y cuando nos conocimos en la boda de mi hermana.

Estábamos a solo un día de acabar con nuestra estancia en el *resort* y, después de hablar con mi primo, hice una reserva para pasar el día de hoy fuera con las chicas.

Queríamos sorprenderlas y sabíamos que esa experiencia les iba a encantar, por no hablar de que las dos harían muchas fotos y vídeos que después subirían a sus redes.

Cuando la noche anterior, antes de irnos cada uno a nuestra habitación, les dijimos que se pusieran ropa cómoda y que prepararan una bolsa con ropa porque íbamos a dormir fuera. Nos miraron como si fuéramos a secuestrarlas, pero al final accedieron cuando mi primo les dijo que iban a disfrutar mucho de la experiencia.

Desayunamos temprano y a la hora prevista nos recogieron en la entrada del *resort* para llevarnos a nuestro destino.

Ahmed, que así se llamaba el chico, dijo que sería nuestro acompañante durante toda la experiencia.

—¿Y dónde vamos, Ahmed? —le preguntó Susi— Porque estos dos no sueltan prenda.

—Lo siento, señorita, pero no puedo desvelarlo —sonrió él, mirándola por el retrovisor—. Los señores pidieron que no dijera nada.

—Solo dime una cosa —se acercó hacia el asiento de Ahmed—. No nos van a hacer cachitos en mitad del desierto y luego a fingir que hemos desaparecido, ¿verdad?

—Susi, por Dios —protestó Paulina.

—¿Qué? No le he dicho a mi padre que me voy de aventura y lo mismo no vuelvo.

—No se preocupe, señorita, que no van a lastimarlas.

—Qué tierno eres, Ahmed. ¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Veintidós.

—Haznos un favor, y no nos llames señorita. Somos Susi y Paulina. A ellos, en cambio, puedes llamarlos rata y culebra —nos señaló a mí y a mi primo respectivamente.

—Pero no le digas eso al chico.

—Paulina, hija, le quitas la gracia a las cosas —volteó los ojos y se echó a reír.

—Nosotros somos Chris y Tonino, Ahmed —le dijo mi primo—, que lo de señor me hace sentir mayor, como mi padre.

—Está bien, señor —sonrió, y los cuatro lo miramos con la ceja arqueada—. Perdón, Tonino.

—Eso está mejor.

Durante el trayecto no pude evitar mirar a Paulina, ella observaba todo por la ventana e incluso hacía algunas fotos y vídeos.

Se veía radiante, pero la tristeza que había en sus ojos el día que volvimos a vernos seguía ahí, un poco más camuflada, pero estaba.

Al menos había podido acercarme a ella, y aunque me moría de ganas por poder volver a cogerle la mano y caminar así con ella, por abrazarla y decirle lo mucho que la amaba, besarla y que comprendiera que todo lo que sentí y que aún sentía era real, me contenía tanto de hacerlo como aquellos días en la villa me contuve para no acostarme con ella.

Iría poco a poco, le daría su tiempo y dejaría que pasara lo que tuviera que pasar. Si había algo que tenía claro es que tendría paciencia, porque me había dicho que me amaba, y no perdería la esperanza en poder recuperarla, me costara lo que me costara.

Cuando llegamos al lugar que nos esperaba, las chicas se quedaron con la boca abierta y sin palabras. No había más que verles las caras para saber que aquello las había sorprendido, tal como esperaba que pasase.

—Esto es precioso —dijo Susi.

—Bienvenidos al desierto de *Agafay.* —Ahmed sonrió antes de bajarnos del coche.

Una vez fuera, cogimos nuestras bolsas y le seguimos hasta el alojamiento que teníamos reservado para pasar la noche, que no era otro que un par de jaimas.

Las chicas dejaron sus cosas en una y mi primo y yo, en otra, aunque sabía que él y Susi, a

pesar de los tira y afloja, habían pasado algunos ratos a solas en nuestra habitación, mientras Paulina se quedaba en la suya descansando, y yo simplemente me iba a la terraza de la cafetería a tomar un café y hablar con mi hermano.

Le pedí que me contara lo que había conseguido averiguar el detective, y debo admitir que ahora no me extrañaba que nunca le cayera bien nuestro cuñado.

La cosa era mucho peor de lo que pensábamos, y cuando mi hermana lo supiera, se iba a quedar destrozada.

—Chicos, esto es increíble —dijo Susi, cuando nos encontramos de nuevo fuera—. Ahmed nos ha dicho que podemos usar esa piscina, que vamos a dar un paseo en camello y que recorreremos las dunas en *quad*.

—Y comer, que nos van a poner un delicioso menú —sonrió Tonino.

—Además, la noche aquí es mucho más hermosa que en la ciudad —dijo Ahmed con una sonrisa.

—¿Nos vamos a quedar a dormir? —preguntó Paulina.

—Sí, y mañana nos llevará Ahmed de vuelta —contesté, y ella asintió.

—Vamos, cariño, que nos lo vamos a pasar aquí de lujo. —Susi la abrazó y le dio un beso en la mejilla—. Ahmed, ¿tú nos podrías conseguir un par de pañuelos para el pelo?

—Claro, señorita… —carraspeo— Susi, ahora os los traigo.

—Gracias, guapo. Luego te tienes que hacer unas fotos con nosotras, que te vamos a hacer famoso en redes.

—Claro —sonrió de nuevo antes de alejarse.

—A ese me lo llevo adoptado para España, Tonino, que lo sepas —le dijo a mi primo.

—Pero, Susi, si podría ser nuestro hermano pequeño —rio Paulina.

—Es que muy mono, si le hago *influencer,* triunfa como los Chichos.

—Madre mía… —Paulina volteó los ojos.

Ahmed regresó poco después con un par de pañuelos negros y las chicas se los pusieron en seguida. Paulina estaba preciosa, pero es que a mi chica todo lo que se pusiera le sentaba bien.

Lo primero que hicimos fue ir hacia la zona donde estaban los camellos, y Ahmed escogió a los más tranquilos para ellas dos. No tardaron en posar con ellos, que estaban descansando, pero atentos a todo, e incluso se quedaron de lo más quietos cuando cada una de ellas apoyó la frente

en la del cabello al que iba a subir. Ahmed les dijo que, si ellos veían que no tenían miedo, se mostrarían más dóciles de lo que ya eran.

Hice un vídeo del momento en el que Paulina le hablaba a aquel majestuoso animal, como si le pidiera que se portara bien y no la tirara.

Ellas fueron las primeras en subir y después lo hicimos nosotros. Ahmed se aseguró de que todos estuviéramos bien sujetos y se subió al suyo. Además, él, que era el más experto de todos en esto, iba grabando con el móvil de Susi para que luego ella lo pudiera editar y subirlo a las redes.

La verdad es que los camellos se mostraron muy dóciles, y el paseo, que duró media hora, fue una pasada.

Nos hicimos varias fotos y, cuando regresamos, fuimos a comer esos manjares marroquíes con los que nos deleitaron, acompañados al final con el té que no podía faltar en ninguna comida.

—Yo ahora me voy a dar un bañito —dijo Susi.

—Pues vamos todos a la piscina —contestó mi primo, y eso hicimos.

Después de pasar por las jaimas para ponernos cómodos, fuimos a la piscina donde las chicas posaron para varias fotos y vídeos.

Paulina, cuando sonreía, estaba aún más bonita de lo que ya de por sí era.

—La vas a recuperar —me dijo mi primo, cuando nos quedamos solos en las tumbonas, viendo a las chicas reír en la piscina.

—Al menos no me aparta cuando me acerco mucho.

—Y te mueres por besarla, que lo sé yo.

—Qué observador eres —volteé los ojos y se echó a reír.

Nos fuimos al agua con ellas y mi primo ya no se cortaba, le buscaba la lengua a Susi todo el tiempo y ella se dejaba querer. Paulina sonrió e incluso preguntó que si ya le había perdonado.

—Estoy en ello —contestó Susi—. Ya sabes lo que dicen, el sexo de reconciliación es lo mejor.

—Qué bruta eres —rio Paulina.

—Ya me lo dirás, ya.

Paulina me miró y vi que se sonrojaba. Sonreí acercándome a ella y no me pude contener más, la rodeé por la cintura y ella apoyó ambas manos en mi torso, pero no me miraba.

—Mírame, preciosa —le pedí en un susurro, y lo hizo—. ¿Te está gustando el día?

—Sí —sonrió.

—Pues la noche va a ser aún mejor —le di un beso en la frente y me salí del agua.

No podía evitar desearla como en aquellos días, y me controlaba todo lo que podía porque no quería forzar nada.

Después del baño en la piscina y de secarnos un poco en las tumbonas, fuimos a vestirnos y Ahmed nos llevó a disfrutar de las dunas en el *quad*. Las chicas estaban guapísimas en las fotos y los vídeos quedaron muy bien antes de emprender el recorrido, y durante todo el camino Ahmed iba grabando.

Desde allí pudimos ver las montañas del Atlas, así como la gran extensión de aquel desierto, y regresamos tras poco más de una hora de nuevo al campamento.

Nos duchamos para quitarnos el polvo de las dunas y salimos para disfrutar de una deliciosa cena donde no faltaron esas bromas y risas de mi primo y Susi que tanto recordaba y que sabía que él había echado de menos.

Para mi sorpresa, noté a Paulina un poco más cerca de mí de lo que esperaba, y cuando dejó caer la cabeza sobre mi hombro, abrí los ojos mirando a mi primo y a Susi, que sonreían.

Que a mis años me notara nervioso y con miedo como un adolescente, es que no era normal, en serio. Le pasé el brazo por los hombros y ella me miró con una bonita sonrisa que me hizo querer besarla.

No dejaba de mirarme, como si ella también lo esperara, y entonces, lo hice.

Me incliné y dejé un breve beso en sus labios que ella no rechazó, sino que correspondió de buena gana.

Seguimos charlando como si no hubiera pasado nada, riendo con ellos y no aparté el brazo de alrededor suyo, incluso le acaricié el brazo despacio, casi de manera distraída.

Tras la cena fuimos a disfrutar de esa noche bajo las estrellas, y nos sentamos los cuatro en una zona donde no había mucha gente.
Paulina se acomodó entre mis piernas y le besé la cabeza cuando la tenía pegada a mi pecho.

Susi hizo un vídeo del cielo y dijo que eso sería la parte final del vídeo, demostrando que había sido un día divertido que acababa con un momento de lo más perfecto.

Me armé de valor y entrelacé mis manos con las de Paulina, cogí aire profundamente y, cuando me decidí a hablar, ella lo hizo primero.

—¿Me has dejado más *post-it* en el bolso? —preguntó, y sonreí.

—Alguno.

—No tienes remedio —le salió una risilla.

—Te quiero demasiado como para que me olvides, y con esos *post-it*, me aseguro de que no lo hagas.

—Es difícil olvidarte, Chris. Ya te dije que yo… —suspiró.

—Me amas —terminé por ella, y asintió—. No he dejado de pensar en ti ni un solo día desde que te dejé en tu casa aquel día. Solo quería que todo eso acabara para volver a por ti, para decirte que eras la mujer a la que quería en mi vida.

—Pero salieron esas imágenes —dijo en un susurro.

—Y maldije a Virginia cada segundo que pasaba porque sabía que lo estarías pasando mal. Lo lamento tanto, preciosa —la besé esta vez en el cuello—. Jamás he querido a alguien como te quiero a ti, Paulina.

—Yo tampoco —susurró, mirándome a los ojos, y volví a besarla.

Esta vez lo hice con todo ese amor que sentía por ella, con dulzura, pero con la urgencia y necesidad que me invadían desde que la vi marchar cuando todo lo que estábamos empezando se fue a la mierda por culpa de mi ex.

—Chris —murmuró.

—Dime, mi amor —le acaricié la mejilla para retirar una lágrima que caía de sus ojos.

—¿Qué pensarías de mí si te pidiera que me hicieras el amor esta noche, antes de que volvamos a la realidad de lo que pasa en nuestras vidas?

—Te diría —le di un beso y carraspeé porque estaba a punto de llorar—. Que te haría el amor y te demostraría lo mucho que te amo, pero te aseguraría que no iba a volver a dejar que te me escaparas de nuevo.

—Entonces hazlo —dijo con la voz entrecortada y algunas lágrimas cayendo por sus mejillas —. Hazme el amor y no me dejes escapar de nuevo.

—No imaginas lo feliz que me hace escucharte pedirme que no te deje escapar, mi vida.

La besé y, tras ponernos de pie, Susi y Tonino nos miraron.

—¿Me voy a dormir con Tonino, cariño? —le preguntó Susi, y ella sonrió al tiempo que asentía con las mejillas de lo más ruborizadas— Pues… que tengáis dulces polvos. Digo, sueños —hizo un guiño y nos echamos los dos a reír.

—Te dije que volverían —escuchamos a mi primo y los dos sonreímos.

Caminamos de la mano hasta su jaima, y cuando entramos, la besé de nuevo mientras la llevaba a la cama.

Sobra decir que esa noche no solo le hice el amor, sino que le entregué mi corazón por completo, que le di mi alma y le juré que siempre iba a amarla, hasta el último día de mi vida.

Capítulo 41



Chris

Habíamos regresado de Marrakech hacía ya cuatro días, y después de reunirme con mi hermano y ver por mí mismo esas pruebas de lo que me fue contando días atrás que había descubierto el detective, llamamos a nuestra hermana para quedar con ella en mi apartamento para contárselo.

A ella le dijimos que queríamos hablar sobre un nuevo formato que estábamos pensando para la televisión y queríamos su opinión, una pequeña mentira piadosa, pero de otro modo sabíamos que no vendría.

Alonso y yo estábamos sentados en el salón, rodeados de una mezcla de papeles, café frío y la ansiedad que siempre llega antes de una gran revelación.

Esperábamos a que llegara Alma, que apenas tardaría unos minutos en hacerlo, y mi hermano estaba nervioso por primera vez en su vida. Él no solía mostrarlo, pero había algo en sus ojos que, a los que lo conocíamos bien, nos decía que no estaba cómodo con la idea de la conversación que íbamos a tener que enfrentar.

—¿Y si no se lo cree? —preguntó Alonso, rompiendo el silencio que había caído sobre nosotros desde hacía minutos.

—No te preocupes —sonreí, aunque un poco forzado—. Como sea, esto no es para que ella nos crea o no, esto es para que ella sepa la verdad. Y créeme, las pruebas son más que relevantes y claras, no hay lugar a dudas de nada de lo que el detective encontró.

—Es que, ¿cómo le explicamos que Alex… que él…?

—Que Alex es un desgraciado hijo de puta que no solo la ha engañado durante dos años, sino que planeó todo desde el principio con esas víboras, dilo, que no pasa nada. Se lo vamos a decir con calma y con pruebas, así que, tranquilo.

Alonso resopló, echándose atrás en el sillón. Desde luego que no nos enfrentábamos a algo fácil, pero era nuestra hermana pequeña y solo queríamos lo mejor para ella, y si eso significaba

que tendríamos que hacerle un poco de daño en el proceso, pues era lo que había.

No íbamos a permitir que nuestra hermana siguiera viviendo en esa mentira ni un solo segundo más.

Fui a por más café, pero en ese momento me llegó el aviso de que Alma estaba llegando, así que fui a esperarla.

Cuando la vi, ella sonrió y abrí los brazos para que se acercara.

—Hola, hermanito —me dio un beso en la mejilla—. Te ha sentado bien estar en Marrakech, ¿eh? —rio— Te veo esos ojitos de enamorado que se veían en las fotos de Paulina. Ya me contó mamá todo, no me podía creer lo de Virginia, de verdad. ¿Y Víctor? ¿Cómo pudo haceros eso? No le encuentro explicación, de verdad —suspiró.

—Bueno, imagino que son cosas que pasan —me encogí de hombros—. Por cierto, no se puede estar más guapa que tú —sonreí.

—Tu chica es preciosa, y como *influencer*, una pasada —sonrió mientras íbamos hacia el salón, pero antes de que llegáramos, Alonso ya estaba allí—. Hola, hermano.

—Así que él es hermanito, y yo, hermano. Qué bien ser el mayor —resopló, al tiempo que volteaba los ojos.

—No te quejes, que al menos te hablo. ¿Se te olvidó el cumpleaños de tu cuñado? Porque él tiene excusa, estaba en Marrakech buscando a la mujer de su vida, pero ¿y tú? —Arqueó la ceja.

—Me estaba encargando de la productora, mientras él estaba de vacaciones.

—No eran vacaciones —protesté.

—Voy a por café —rio Alma.

—Añade *whisky*, que igual lo necesitamos —dijo mi hermano, con ese tono de sarcasmo que a veces le salía y lo fulminé con la mirada.

—¿Tan complejo es eso que tenéis entre manos? —curioseó nuestra hermana.

—Haz el café, y ven al salón —le dije, dándole un beso en la frente.

Alonso y yo nos sentamos de nuevo en el salón, y todas esas fotos y demás pruebas seguían sobre la mesa.

Cuando Alma vino con la bandeja con los tres cafés, la vi fruncir el ceño al ver aquellas fotos.

—¿Esto es para ese nuevo formato?

—Siéntate, Alma —le pidió Alonso, en ese tono de hermano mayor que no dejaba lugar a una negativa.

—¿Qué pasa?

—Tenemos algo que contarte —respondí, cuando se sentó a mi derecha.

—Me estáis empezando a asustar.

—Sabes que te queremos, y lo que siempre hemos hecho ha sido por tu bien.

—Esto no me está gustando, Alonso.

—Sé qué piensas que le tengo una manía obsesiva a tu marido.

—No lo pienso, lo sé a ciencia cierta. No lo soportas y eso lo sabe todo el mundo.

—Veía algo raro en él, y ahora sé que no me caía bien, y con razón.

—No me voy a quedar para escuchar cómo me hablas mal de mi marido —dijo levantándose.

—Alma, sabes que yo siempre he defendido a Alex —dije, y ella me miró—, pero tenemos algo que contarte. Por favor, siéntate y escúchanos.

—No quiero, Chris, no quiero que me digáis nada porque yo amo a ese hombre.

—Y por eso esto es tan difícil para nosotros —contestó Alonso—. No queremos que sufras, pero ese hijo de puta…

—Me voy.

—Alma, siéntate ahora mismo y no me hagas repetirlo —le ordené, poniéndome más serio que nunca.

Ella abrió los ojos ante mi tono exigente, pero acabó sentándose.

—Gracias —dije.

—Os advierto que, con esta actitud, y con querer meterme mierda en la cabeza de mi marido, lo único que vais a conseguir es perderme como hermana.

—Te aseguro que no seremos nosotros quienes te perdamos —contesté.

—¿Desde cuándo conoces a Erica, la *influencer*? —le preguntó Alonso.

—Pues, desde hace como dos años y medio, casi tres. Fue antes de conocer a Alex. Coincidimos en un evento.

—No fue coincidencia, Alma —dije, con pena.

—¿Por qué crees eso?

—Erica conocía a Víctor —contestó mi hermano.

—¿Víctor? —Frunció el ceño.

—Sí, lo conocía, igual que a Alex.

—¿Qué dices? Pero, si a Erica yo le presenté a Alex.

—Ya se conocían —cogí una foto de hacía unos años y se la enseñé—. Eso es de antes de hacerse varias operaciones de cirugía estética.

—No puede ser, pero…

—Erica intentó entrar en uno de nuestros *realities*, pero no daba el perfil —dijo Alonso—. Después de eso se hizo las operaciones y comenzó como *influencer*, pero ya estaba con Alex de antes.

—En el caso de Víctor, también conocía a Alex y nosotros no teníamos ni idea —comenté—. La fiesta que le hicimos, ese asunto del que te habló mamá y que también estaba involucrada Virginia, fue una venganza contra nosotros por eso, porque Erica no daba el perfil.

—Virginia se estuvo liando con Víctor después del divorcio, él le presentó a Alex y a Erica y ella, al saber que era la ex de Chris, le contó lo que pasó, y ahí entre los cuatro planearon todo —dijo Alonso—. A nosotros nos querían joder con toda esa mierda de la fiesta, y además contigo, enamorada y casada con Alex, hasta que te pidiera el divorcio dentro de un año, porque eso también lo tenían planeado. Quería conseguir que estuvieras tan enamorada que te quedaras rota al perderlo.

—No puede ser, esto… esto tiene que ser un error —susurró mientras veía las fotos que tanto Alonso, como yo, habíamos visto tantas veces.

—Alma, Alex y Erica… —mi hermano tragó saliva, porque esto iba a ser aún más duro, por lo que sabíamos que ella nos había contado.

—¿Qué, Alonso?

—Tienen un hijo.

—¿Un hijo? —preguntó con la voz casi quebrada y los ojos comenzaron a humedecérsele.

Ella siempre quiso ser mamá, y aceptó casarse con Alex porque lo amaba aun sabiendo que él no quería tener hijos.

—Sí. Tienen un hijo, y han estado juntos todo este tiempo. Erica le había estado dando tiempo a Alex para organizar todo este maldito plan y jodernos la vida a los tres, nuestra reputación, la productora, y a ti.

Alma se quedó mirando la foto en la que Erica y Alex estaban juntos, sonriendo y felices, unos años atrás, antes de que Erica fuera la *influencer* que era hoy en día, y le comenzaron a caer las lágrimas por las mejillas mientras lloraba en silencio.

—Esto es surrealista, en serio, parece sacado de una película de espías —dijo mirándonos mientras se secaba las mejillas—. ¿Cómo sabéis que esto es cierto? Porque estas fotos pueden ser un maldito montaje, y me dolería mucho que hubierais hecho todo esto para hacerme daño —seguía llorando y eso nos mataba a los dos.

Alonso cogió la carpeta que había preparado para ella y que estaba en el sofá, y la dejó sobre la mesa delante de ella.

—Aquí tienes todo lo que tenemos. Mensajes, fotos, grabaciones. Todo.

Alma abrió el sobre y echó un vistazo rápido a los papeles. Luego nos miró a nosotros con incredulidad.

—¿De dónde habéis sacado todo esto? —preguntó, aun sin confiar del todo en nosotros.

—De una fuente fiable —contestó Alonso—. Ya te contaremos en su momento cómo lo conseguimos, pero ahora necesitamos concentrarnos en lo que sigue. Virginia ya va a pagar por lo suyo, Víctor, también, en cuanto a Erica y Alex, nos estamos encargando de ellos. Ese hombre va a ir a la cárcel, hermana, y no queremos que sufras.

Nuestra hermana sacó varias de las fotos del sobre y se quedó mirando una en la que Alex y Erica estaban con su hijo, un niño que apenas tenía cuatro años y que sonreía feliz y ajeno a todo.

—¿Qué va a ser del niño? —preguntó, secándose las lágrimas.

—Erica tiene una tía en Barcelona, se irá con ella seguramente —contesté, y ella asintió.

Alma guardó los papeles de vuelta en el sobre y nos miró, volviendo a retirar esas lágrimas que le caían con tanto dolor.

Tanto Alonso, como yo, sabíamos que todo esto iba a ser devastador para ella, pero queríamos lo mejor para nuestra hermana, y no íbamos a permitir que ese hijo de puta la hiciera sufrir más.

—¿Puedo pediros tiempo? —nos preguntó— Quiero hablar con él, quiero preguntarle si algo de lo que hemos tenido estos dos años ha sido real.

—Alma…

—Alonso, es mi vida la que está destruida ahora mismo por lo que hay en este puto sobre, al

menos déjame preguntarle si algo de lo que me dijo y viví era real.

—No te hagas eso, Alma —le pedí, cogiéndole la mano—. Por favor, hermanita.

—¿Y qué hago, Chris? —rompió a llorar desconsolada— ¿Simplemente le digo que quiero el divorcio, y ya?

—Sí —contestó Alonso—. Si te pide explicaciones, dile que hable con tu abogado, que es el nuestro, le das la tarjeta y él le pondrá la verdad por delante.

—No es justo —sollozó—. Lo amo, y él solo me quería por una venganza para su, lo que sea que es ella.

—Planeaban casarse cuando se divorciara de ti.

—Pues qué bien todo —protestó y se secó las mejillas.

Se quedó unos minutos en silencio, llorando, y nosotros tampoco dijimos nada. Le dimos su espacio, su tiempo para asimilar todo, hasta que, por fin, tras unos minutos, retiró todas las lágrimas y se puso en pie.

—Dame la tarjeta de vuestro abogado —me pidió, extendiendo la mano, y la saqué del bolsillo para dársela—. Voy a pedirle el divorcio sin darle más explicaciones y me iré a casa con papá y mamá, les contaré toda esta mierda para que sepan por qué dejo a mi marido con el que llevo apenas unos meses casada, y trataré de seguir con mi vida. Solo os pido una cosa.

—Lo que sea —respondimos los dos al unísono.

—Quiero que acabéis con él, que le arruinéis de tal manera que todo lo que tenga en propiedad sea para mí, incluso el dinero de las cuentas. El de Erica que sea para ese niño, que no tiene la culpa de los malos padres que le ha tocado en la vida.

—Dalo por hecho —dijo Alonso, y ella asintió antes de irse.

Cuando nos quedamos solos, escuché a mi hermano suspirar.

—Me jode haberle hecho daño —dijo.

—Lo sé, pero no había una mejor manera de contárselo.

—Al menos no ha dicho que nos odia.

—Pero lo ha pensado y lo sabes.

—Sí —rio.

—Bueno, es un placer tenerte aquí, pero me voy a ver a mi chica.

—¿Qué hay del anillo en el dedo que te pedí que luciera? —Arqueó la ceja.

—Se lo voy a poner, pero dame tiempo —reí—. Por el momento tengo otra cosa en mente.

Nos despedimos y cada uno fue por su coche para irnos. En mi caso iba a ver a Paulina, pero antes pasé por el restaurante asiático que tanto le gustaba para llevarle la cena.

En cuanto me vio en la puerta al abrir, sonrió de ese modo que tanto me gustaba y saltó a mis brazos cuando la rodeé por la cintura.

—Hola, guapo —dijo mientras caminaba hacia la cocina.

—Hola, preciosa.

—¿Asiático? Me muero de hambre —dijo cuando la dejé en el suelo y me besó en la mejilla —. Llevo todo el día trabajando y apenas he comido un sándwich.

—Pues entonces, hora de cenar.

Servimos todo y nos fuimos al salón, nos sentamos en el suelo junto al sofá y cenamos acompañados de una botella de vino mientras veíamos en la televisión que hablaban del *reality* de los ex que estaba a punto de comenzar una nueva edición.

—¿Sabes? Si sigues apareciendo por sorpresa con la cena por mi casa, me puedo acabar malacostumbrando —dijo tras comerse otro rollito.

—¿Y si te mudas a mi ático y cenamos juntos cada noche? —propuse, y se rio, pero cuando vio que la miraba serio, se quedó callada de golpe.

—¿Estás hablando en serio, Chris?

—Nunca he hablado tan en serio en toda mi vida.

—No me estás pidiendo que nos casemos, ¿verdad? Porque eso sí te digo que te va a costar conseguirlo.

—Soy paciente —me encogí de hombros—. Entonces, qué, ¿te mudas conmigo?

Epílogo



Paulina

Diez años después…

Habían pasado diez años desde que nuestras vidas cambiaron para siempre. Diez años desde que conocí a Chris y todo lo que creía saber sobre el amor se transformó en algo mucho más grande, más profundo, más real. No fue como un cuento de hadas, no, nunca lo fue. Y a pesar de lo que tuvimos que pasar hasta llegar al gran amor que compartiríamos, puedo decir que fue mejor que eso. Fue nuestra historia, llena de giros inesperados, risas, lágrimas y, sobre todo, esa sensación de que estábamos destinados a estar juntos.

Cuando nos conocimos, no teníamos ni idea de lo que el futuro nos tenía preparado. No sabíamos que la vida nos pondría un fuerte obstáculo que superar, y que el dolor formaría parte de nuestras vidas hasta que todo aquello quedara atrás.

Pero algo en sus ojos me dijo que este hombre iba a ser parte de mi vida, y no me equivoqué.

Ahora, después de diez años, al mirar a Chris, podía decir sin lugar a equivocarme que veía al mismo hombre que conocí en aquel momento inesperado, pero también veía al padre amoroso de nuestros hijos, al hombre que seguía dirigiendo la productora junto a su hermano Alonso, con la misma pasión y determinación de siempre.

No necesitábamos una boda para saber lo que significábamos el uno para el otro, pero cada año en lo que considerábamos nuestro aniversario, que coincidía con la noche que nos reconciliamos en Marrakech, Chris me pedía matrimonio y yo le decía que no.

Todos decían que me estaba haciendo de rogar demasiado, pero es que en mi mente seguía pensando que, de algún modo, el hombre al que amaba podría fallarme como lo hizo aquella vez y tenía miedo de que eso pasara, de que lo que había entre nosotros se acabara y nuestras vidas tomaran caminos diferentes.

Mi tía decía que, si eso fuera a pasar, podría ocurrir igualmente estando así, viviendo juntos y sin casarnos, pero yo seguía creyendo que solo pasaría si me casaba.

El caso era que seguíamos viviendo juntos, como haría cualquier matrimonio, compartiendo el amor que sentíamos el uno hacia el otro y ese amor tan grande por nuestros hijos.

Cintia, nuestra hija mayor, ya tenía ocho años y su inteligencia y madurez nos dejaban sin palabras a los dos. Era una versión en miniatura de Chris, con esa misma chispa en los ojos, esa energía que contagiaba a todos los que la rodeaban, y para suerte nuestra se llevaba muy bien con Daniel, el pequeño de seis años, que tenía la capacidad de hacernos reír a todos con sus ocurrencias. A veces me preguntaba de dónde sacaba esas ideas, pero luego recordaba que Chris siempre tuvo esa mente creativa que no dejaba de sorprenderme y, claro, Daniel era su fiel reflejo y había heredado el humor de su padre y del primo Tonino.

La vida había cambiado mucho en estos años. Las risas de los niños en la casa, las pequeñas discusiones sobre qué película ver por la noche mientras cenaban, el caos que a veces se apoderaba de todo, pero siempre encontrábamos la manera de manejarnos como una familia unida.

Compramos una casa en cuanto me quedé embarazada, y tanto la mía como su ático los alquilamos, de modo que así nuestros hijos pudieran tener algo en un futuro cuando quisieran independizarse.

Chris seguía al mando de la productora junto a Alonso. Ninguno de ellos se cansaba de dar vida a nuevos formatos para la televisión, y yo lo admiraba a ambos por ello. En estos diez años, los dos habían logrado crecer mucho más, enfrentando obstáculos y celebrando victorias.

Alonso era más que un cuñado para mí, era un amigo cercano, un hermano mayor al que le contaba algunas veces lo que me pasaba con Chris y él me daba consejos.

Y también encontró el amor, hacía ya siete años, cuando conoció a Sofía, una joven *influencer* que también se convirtió en una de mis grandes amigas.

Sofía era una mujer increíblemente sabia, con un corazón tan generoso, y su hija Sara, con cinco años, tenía la misma serenidad que ella, pero también esa chispa traviesa de su padre.

Susi, mi alocada Susi, seguía siendo mi amiga inseparable, la persona con la que compartía mis alegrías y mis penas.

Después de nuestro regreso de Marrakech, donde se reconcilió con Tonino, al igual que yo con Chris, su vida dio un giro increíble. Se casaron hacía ya nueve años, y la vida les ha bendecido con dos hijos maravillosos. Samuel, a quien concibieron en Marrakech sin saberlo, tenía nueve años y la misma energía de su madre, siempre haciendo reír a todos con sus bromas, y Paulina, su pequeña de seis años, siempre buscando la manera de seguirme a todas partes porque era su tía y madrina favorita. Anda que no lloré cuando me dijo que iba a ponerle mi nombre a la niña, qué ilusión me hizo aquello.

Y, por supuesto, Susi y yo seguíamos trabajando juntas, creando contenido, compartiendo nuestras experiencias y haciendo de nuestras pasiones una forma de vida. Yo también hacía mis artículos para las revistas, esos que me solían meter de lleno en el mundo del cotilleo de los

famosos.

Susi era una de las personas más importantes en mi vida, una amiga que se había convertido en una hermana.

Alma, la hermana pequeña de Chris, también tuvo su propio camino y final feliz.

Después de un complicado divorcio, encontró el amor de nuevo en los brazos de Carlos, un productor musical que la adoraba y la trataba como una reina. Se casaron hacía siete años y se convirtieron en los felices padres de dos niñas mellizas, Mireia y Noelia, que ahora tenían cinco años. Eran una combinación perfecta de los dos, con la dulzura de su madre y la creatividad del padre. Alma, al igual que Susi, me seguía sorprendiendo con su capacidad de reinvención y su valentía para empezar de nuevo cuando la vida no le había dado lo que esperaba.

Y luego estaba mi querida Lola, que definitivamente se quedó en Japón con su amado japonés y tenían una preciosa hija de siete años que, al igual que su madre, era una bailaora de flamenco maravillosa.

Solían venir a pasar el verano aquí, y eso me alegraba porque podíamos ponernos al día y nuestras hijas se lo pasaban pipa juntas.

No podía dejar de pensar en la gente que siempre había estado ahí para nosotros, mis tíos, los padres de Chris, que me acogieron en la familia con un cariño inmenso, y que seguían disfrutando de sus nietos y de la vida, y que siempre nos apoyaron y nunca dejaron de ser un pilar fundamental.

Nuestros amigos, que se convirtieron en familia, han sido testigos de nuestras alegrías y desafíos, al igual que nosotros hemos sido los testigos de los suyos. Juntos hemos aprendido a disfrutar de las pequeñas cosas, a valorar cada momento, porque la vida es un regalo, y lo mejor de todo es que lo hemos vivido al máximo, siempre rodeados de amor.

Y por fin llegaba a casa después de un día lleno de reuniones y trabajo. Susi y yo, como siempre, hemos tenido conversaciones que se extienden por horas, compartiendo risas, ideas y proyectos. Al llegar a la puerta, algo llamó mi atención. Un *post-it* pequeño y amarillo pegado en ella, con una escritura limpia y delicada que no me era desconocida.

"Sigue el camino de pétalos"

Sonreí sin poder evitarlo mientras lo cogía, y mi corazón comenzó a latir más rápido. Este hombre nunca cambiaría, siempre estaba con sus *post-it* sacándome sonrisas.

No sabía qué estaba pasando, pero sentía una mezcla de emoción y curiosidad.

Nada más abrir la puerta, lo primero que hice fue mirar a mi alrededor, y en el suelo, me encontré los pétalos de rosa que había esparcidos por el pasillo, formando un sendero suave, que me invita a seguirlo.

Mis hijos no debían estar en casa, así que seguramente Susi se había esmerado en entretenerme tanto para que Chris preparara esto, y habría dejado a los niños con Tonino en su casa.

Siguiendo el sendero, llegué al siguiente *post-it*, pegado con cuidado en la pared.

"Cada día contigo es un regalo. Nunca dejaré de sorprenderte"

Sonreí, porque desde luego que nunca dejaría de sorprenderme. Continué siguiendo los pétalos y encontré otro *post-it*.

"Quiero estar a tu lado siempre, en cada momento, en cada etapa de nuestra vida"

El siguiente *post-it* lo encontré en la cocina.

"Te amo más de lo que las palabras pueden expresar"

El sendero me llevó hasta nuestra habitación, donde encontré el último *post-ti*.

"¡Quiero todo contigo!"

Al abrir la puerta, en el suelo, estaba Chris, arrodillado dentro de un corazón formado con los pétalos de rosa y en sus manos, una pequeña cajita.

Mi corazón dio un vuelco al verlo allí, con esa mirada llena de amor y emoción. Se levantó con una sonrisa y, en un gesto lleno de ternura, me mostró la caja que sostenía. Dentro había un anillo, algo que en las nueve ocasiones anteriores nunca me mostró, y tampoco hizo nada especial. Hoy, en cambio, todo era diferente.

—Paulina —dijo, con la voz ligeramente quebrada—, estos diez años han sido los más maravillosos de mi vida. Has sido mi compañera, mi amiga, mi amor. Juntos hemos creado una familia, un hogar, y no hay nada que desee más que seguir compartiendo cada día contigo. No necesito una boda tradicional para saber lo que significas para mí, pero quiero pedírtelo igualmente. Y ya sabes ese dicho árabe —sonrió y recordé las palabras de Rachid, aquel hombre al que conocimos en un viaje que marcó nuestros caminos para siempre—. *"Quien ama no se cansa de esperar"*. ¿Te casarías conmigo? ¿Quieres hacerme el honor de ser mi esposa lo que nos quede de vida?

Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas y, sin pensarlo, me acerqué a él, rodeándolo con mis brazos.

—Sí, Chris. Sí, quiero. Siempre he querido esto, siempre he querido todo contigo.

Nos abrazamos, rodeados de pétalos de rosa, y nos besamos hasta que me puso el anillo en el dedo.

Volví a besarle y me cogió en brazos para llevarme a la cama, donde me recostó y fue

desnudándome poco a poco, como siempre, sin prisa, besándome cada resquicio de piel que dejaba libre, acariciándome y contemplando mi cuerpo, ese que había cambiado con el paso de los años, como si para él fuera el mismo que vio la primera vez que hicimos el amor.

Cuando se desnudó, dejó un camino de besos desde mi tobillo a mi entrepierna, donde sentí la punta de su lengua deslizándose entre mis labios vaginales acariciándome el clítoris de tal manera que comencé a excitarme de inmediato. Chris añadió dos dedos a la ecuación para penetrarme, y eso fue mi perdición.

Alcancé el clímax en apenas unos minutos y grité mientras me agarraba a las sábanas con la espalda arqueada.

Me besó con esa mezcla perfecta de ternura y pasión mientras me penetraba de una certera estocada, y comenzamos a movernos al unísono en un ritmo frenético.

Nos besábamos, acariciábamos y entregábamos el uno al otro en ese momento de pasión desenfrenada, como tantas veces habíamos hecho.

Alcanzamos el clímax al unísono y nos quedamos abrazados, jadeantes y sudorosos unos minutos.

—Te amo más que a nada —dijo, mirándome a los ojos.

—Y yo a ti —sonreí, y lo atraje hacia mí para besarlo.

En cada beso que le daba, entregaba no solo ese amor que sentía por él, sino una parte de mí, de mi corazón.

Habíamos pasado por mucho, sentí un dolor tan grande que creí que no podría superar y, sin embargo, aquí estábamos.

Y sabía que este era solo el comienzo de un nuevo capítulo. Porque, aunque lo nuestro no había sido un cuento de hadas, este amor era más real que cualquier fantasía. Y sabía que, pasara lo que pasara, siempre estaríamos juntos.

El camino de pétalos fue solo el inicio. Juntos, siempre juntos.

RRSS

Facebook: Ariadna Baker
Instagram: @ariadna_baker_escritora
Amazon: relinks.me/AriadnaBaker
Twitter: @ChicasTribu